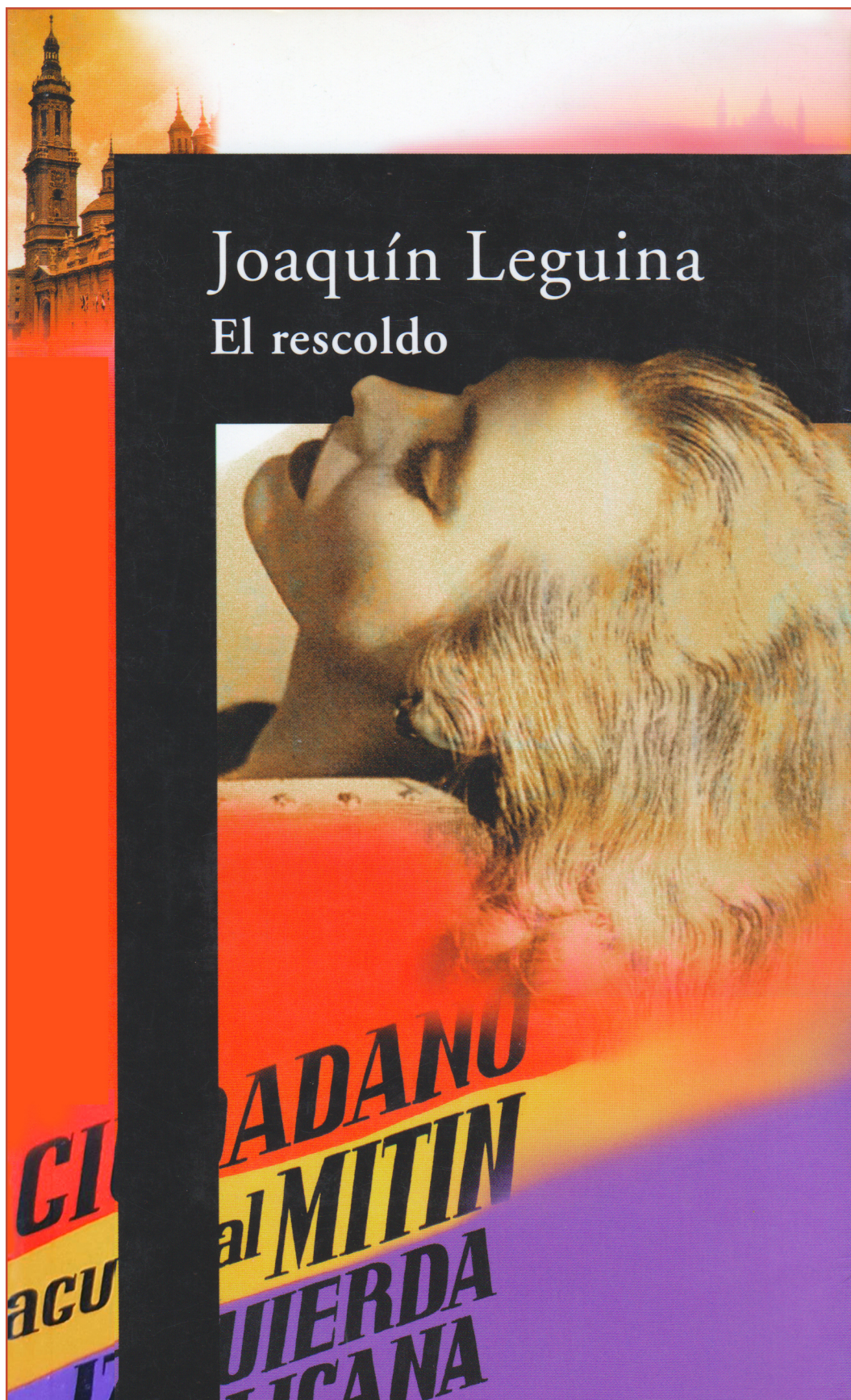




Francisca fue una mujer audaz que decidió vivir sus pasiones sin cortapisas. Casada con su primo Jesús Vió, supo hacer compatible ese amor con el que sintió por Germinal Ors. Pero en 1936 la guerra civil terminó bruscamente con sus sueños de libertad. Dada por desaparecida junto con su amante tras la contienda, su recuerdo se hunde en el olvido.

El teorema de Gödel, la conjetura de Goldbach o la última proposición de Fermat, coexisten en esta novela con el republicanismo y el anarquismo en un *tour de force* narrativo.

Un trío amoroso de fondo y una investigación sobre un pasado lleno de misterio conformarán esta novela interesantísima que se lee de un tirón.



Cubierta original: Opalworks

Joaquín Leguina

EL RESCOLD

Para Agustín Camón, que me animó a escribir este libro,
y para Paquita Ors, por razones que la lectura hará obvias.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

RAFAEL ALBERTI, *Lo que dejé por ti*

Y de repente todo un tiempo antiguo
acude hasta mi piel, hasta el olfato.

JOMÍ GARCÍA ASCOT, *Un tiempo antiguo*

(1952)

Cuando Antonio Vió supo que se estaba muriendo, hizo llamar a sus dos nietos para pedirles que, ocurriera lo que ocurriera, nunca vendieran la casona del pueblo. Les hizo jurar que por más que llegaran a necesitar el dinero, no se desharían de aquella propiedad.

José, que en aquel momento tenía veinte años, y María, su hermana, de diecisiete, escucharon en silencio al viejo, cuyos huesos descarnados se cubrían con un pijama de franela blanca rayada en azul. Los nietos juraron solemnemente, serios los dos, temblorosa ella, de pie junto a la cama en la que el anciano habría de morir durante la madrugada siguiente.

El abuelo hubiera preferido no llamarlos al borde del lecho, donde se había instalado ya la muerte. Le resultaba incómoda la solemnidad que un juramento requería, pues deseaba morir como había vivido los últimos años: entre sobreentendidos, economizando las palabras, huyendo de la expresión verbal de cualquier sentimiento, refugiándose en la trivialidad de la conversación minuciosa, asido con firmeza al timón de su vida y de la de sus próximos, pero sin exhibiciones, procurando que el gesto de autoridad sustituyera a la orden o al mandato. Lo que tenía que exigir a sus nietos bien se lo podía haber dejado escrito en el testamento que muy pronto les sería leído, pero asunto tan personal no le pareció que debiera reflejarse en una escritura pública. Él nunca había sido partidario de dar cuartos al pregonero.

Los dos nietos aparecían en el testamento, que el notario les leyó dos días después del entierro, como sus principales herederos y en él les legaba pro

indiviso todas sus propiedades, que no eran pocas y que estaban descritas con detalle.

Aparecían también cantidades discretas para sus sirvientes, especialmente generosa la dedicada a quienes cuidaban la casa del pueblo, y una manda notable a una mujer, Ángela Montes, cuya existencia ignoraba la mayor parte de los allí presentes, aunque entre algunos de los reunidos en el amplio despacho notarial aquel nombre levantó murmullos, cortados por el notario con una severa mirada por encima de las gafas con las que se ayudaba para dar lectura al testamento.

Primera parte

Antonio Vió había nacido en Huesca, donde su padre ejercía de pasante en una notaría, en una familia de menestrales con tierras en el llano de la provincia. Sólo dos hijos, Antonio y su hermano Pedro, que le sacaba dos años, llegaron a la mayoría de edad. Antonio vino al mundo el mismo día de 1875 en el que dimitió en Inglaterra Ramón Cabrera como líder del carlismo, facción en la que había combatido durante su juventud el padre de los Vió, quien alcanzó en aquel Ejército el grado de capitán. La profesión de militar habría de ser la elegida por el hijo mayor, Pedro, que inició los estudios castrenses en 1884.

Antonio comenzó a estudiar derecho en Zaragoza, pero pronto abandonó la carrera. Atraído por la efervescencia económica barcelonesa y convencido por su compañero de estudios, Damián Falcones, cuyo padre había fundado un pequeño banco, se trasladó a esa ciudad para trabajar en la administración de las obras que Elias Rogent estaba realizando, al amparo del tirón económico que se produjo en la Ciudad Condal con la Exposición Universal. Aquella aventura catalana fue corta, pero económicamente intensa. En apenas cinco años, Falcones y Vió, sostenidos financieramente por el padre del primero, se independizaron de Rogent y luego, simplemente, se hicieron ricos. La muerte de su padre trajo a Vió de vuelta a Huesca, donde no estuvo mucho tiempo. Pronto se instaló en Zaragoza para dedicarse al negocio del urbanismo, que tantos frutos le había dado en Barcelona, compaginándolo, siempre junto a los Falcones, con una industria de transformación agrícola. En 1897 Antonio Vió se casó con la hermana de Damián, Manuela Falcones, una hermosa muchacha de dieciocho años.

En cuanto a Pedro Vió, en la primavera de 1895, ya capitán, fue enviado a Cuba con las tropas del general Martínez Campos. Fueron años fieros y

desgraciados. En la primera época estuvo dedicado a proteger las plantaciones de azúcar, siempre expuestas a los golpes de mano en los que tan hábiles se mostraban en la isla los hermanos Maceo. Más tarde, tras la dimisión de Martínez Campos y con los rebeldes muy cerca de La Habana, llegó a Cuba el general Valeriano Weyler y con él se implantaron los campos de concentración. Entonces, en 1897, Pedro Vió contrajo el paludismo, enfermedad que habría de arrastrar hasta su muerte. A finales de aquel año, con el nuevo capitán general, Ramón Blanco, que estaba dispuesto a aplicar el decreto de autonomía recientemente aprobado, Pedro Vió tuvo que mandar su compañía contra los unionistas proespañoles que amenazaban con prender fuego a La Habana, reclamando la vuelta de Weyler. Poco después, con la voladura del Maine, dio comienzo lo peor. Ascendido a comandante por méritos de guerra, Pedro Vió estaba entre los cuatrocientos españoles que defendieron Santiago del ataque final de norteamericanos e independentistas y desde su puesto avanzado pudo ver cómo era hundida la escuadra española cuando los seis barcos, forzados por una orden estúpida, abandonaban la bahía de Santiago intentando romper el cerco norteamericano. Cuando, el 16 de julio de 1898, el Ejército dio la orden de capitular, Pedro Vió fue hecho prisionero.

Tardaría meses en regresar a España. Volvió flaco y enfermo. Cuando su hermano Antonio, que viajó hasta Santander, donde aguardaba a los repatriados un recibimiento multitudinario, cariñoso y triste, lo abrazó, Pedro tenía la mirada perdida en el horizonte.

Antonio primero lo sugirió, luego le rogó y finalmente insistió a su hermano en que pidiera la baja del Ejército, aunque fuera temporalmente. Pedro, que se resistía, acabó por aceptar y, al fin, obtuvo el retiro. Integrado con desgana en los negocios de su hermano, tras un corto noviazgo contrajo un matrimonio tardío con Amelia Torre, una mujer más joven que él. Amelia, agraciada físicamente, era de una familia zaragozana sin posibles, para la cual el entronque con los Vió significaba un golpe de suerte.

Francisca, la hija de Amelia y Pedro Vió, nació el 30 de mayo de 1905. El parto fue largo, doloroso y mortal. Ya fuera por ser primeriza, ya por la impericia de la comadrona o la tardanza del médico en acudir al domicilio

donde estaba naciendo la niña, el caso es que Amelia no sobrevivió a la hemorragia.

A sus treinta y dos años, acarreado las secuelas físicas y morales de una guerra perdida, viudo y con una hija recién nacida, Pedro Vió se encerró en sí mismo, en una actitud desvanecida, que los médicos calificaron de melancolía, sin que nada hicieran de provecho para sacarlo de aquel estado, en verdad preocupante. Silencioso, inapetente, atacado por las fiebres, restos del paludismo contraído en Cuba, el hombre se arrastró por la vida los dos últimos años, hasta que murió, sin haber cumplido los cuarenta.

Manuela, la esposa de Antonio Vió, después de cinco años de matrimonio, al fin, en 1902, había tenido un niño, al que bautizaron con el nombre de Jesús. Los médicos anunciaron a la parturienta que ya no podría concebir más hijos, lo que disgustó, sobre todo, a su marido, deseoso de una familia numerosa. El retraso en la llegada del primer hijo había apagado sus ilusiones de convertirse en patriarca, que se volvieron a encender durante el tardío embarazo, para derrumbarse definitivamente tras el veredicto del médico. La orfandad de la sobrina y su integración inmediata en la casa de Antonio y de Manuela aliviaron el profundo dolor que la decadencia y muerte del hermano le habían producido.

Aunque nunca ocultaron a la niña su origen, Manuela y Antonio siempre la trataron como una hija. No hicieron distinciones entre los dos niños ni siquiera bajo la forma de sobreprotección que se suele otorgar a los huérfanos. Hijo y sobrina recibían un trato parejo, sólo distinto en función de la edad y del sexo. La pequeña Francisca nunca llamó hermano a Jesús, pero fue siempre tras sus pasos y en Zaragoza sólo los muy próximos sabían la verdad. La inmensa mayoría pensaba que eran hermanos y como tales los tenían y trataban sin que ninguno de los dos aclarara la confusión.

Desde muy niña, Paquita tenía la querencia de mirarse continuamente en los espejos. La tía Manuela le reprochaba tanta vanidad, pero no era ésa la causa de que le gustara mirarse, sino que Paquita pretendía con ello saber cómo era en realidad. «Sólo un espejo dice la verdad sobre uno mismo», pensaba. En una ocasión, durante las fiestas del Pilar, la llevaron a un salón de

espejos deformantes. Allí se vio reflejada, a derecha e izquierda, en imágenes que falseaban su figura. La alargaban, la ensanchaban, la reducían o ampliaban, sin dejar por ello de ser ella. «La personalidad de cualquiera — había de decir mucho más tarde Paquita— se ve reflejada en el pensamiento de quienes nos conocen o dicen conocernos y, al igual que ocurre con esos espejos, no somos en su pensamiento sino caricaturas de nosotros mismos». Cuando, tras la confusa pubertad, Francisca se convirtió en una bellísima joven, decidió que de poco valía lo que de ella pensarán o dijeran los demás y abandonó la costumbre de mirarse continuamente en los espejos.

Tras la pérdida de Cuba, los Falcones y, por tanto, también Antonio Vió, que era su mano derecha, vieron la oportunidad que ofrecía el valle del Ebro para sustituir el azúcar de caña cubano por la remolacha. Con protección estatal, movilaron capital suficiente para montar, en 1902, una industria azucarera y alcoholera que consiguió salvar con habilidad la crisis que dos años después sufrió el sector. Antonio Vió se mostró entonces como un buen navegante en las ni calmas ni limpias aguas de la industria zaragozana. A la muerte de su suegro y con la anuencia de Damián Falcones, Antonio se convirtió en el presidente de la empresa, sin abandonar el negocio del suelo, en torno al cual creó, además, una constructora. Finalmente le compró a su cuñado la parte del negocio, cuya propiedad quedó en sus manos y en las de su esposa.

Al inicio de la segunda década del siglo, Antonio Vió era ya un hombre rico e influyente dentro de la oligarquía local. «No desciende de la pata del Cid, pero es trabajador y es de los nuestros», comentaban de él en el casino los monárquicos más rancios. Fue entonces cuando los Vió compraron un piso de casi quinientos metros en la calle Alfonso I, donde se fueron a vivir.

Antonio Vió nunca quiso meterse directamente en política, le bastaba con llevarse bien y compadrear con los ediles del Ayuntamiento y, sobre todo, con el alcalde, quienquiera que éste fuera, pero sentía una íntima simpatía hacia su tocayo, Maura, de quien siempre hablaba con admiración. En Zaragoza se trataba con Juan Moneva, católico y aragonesista furibundo, que era, además, un escritor arcaico y moralista, líder durante años del baturrismo. Moneva y el banquero Mariano Baselga no sólo eran sus amigos, también buscaba en ellos orientación y argumentos.

En 1915, Antonio decidió volver a sus orígenes y compró una finca y una casa en Vió, en el Pirineo de Huesca. Las tierras y el ganado lanar le rentaban lo justo, pero él se hacía la ilusión de que con ello y con la casa, enorme, homenajeaba a sus ancestros que, a la fuerza, muchos años atrás, debieron de habitar en aquellos pagos, aunque el único indicio de que así hubiera sido lo tenía en su propio apellido. Fuera como fuese, durante los veranos se trasladaba allí toda la familia, y cuando decidió motorizarse («Hay que estar con los tiempos», decía), los viajes se hicieron más frecuentes, aunque él casi nunca permanecía en la casa del pueblo más de una semana seguida.

El valle de Vió, o Ballibió, lo es en realidad del río Aso, pero, a veces, se incluyen en él los ríos Yesa y Vellos, pues los tres confluyen antes de unirse al Cinca, junto a Escalona. El valle, aislado y triangular, tiene su vértice entre la Brecha de Arazas y el Pueyo de Mondiceto. Al oriente limita con el valle del Bellós, también llamado de Añisclo. Al otro lado se junta con el valle de Broto. Por allí abundan el pino royo o albar y el boj en los taludes. Fanlo es, por así decirlo, la capital del valle, a una altitud que supera los mil trescientos metros, y también es paso para quienes desean alcanzar desde el valle de Vió el Circo de Soaso por su acceso natural, remontando el Ara por Broto y Torla.

Antes de comprar casa y tierras en el valle, Antonio Vió ya subía cada otoño hasta el Pirineo en su condición de cazador, en cuanto se abría la veda por San Miguel, cuando los rebaños abandonaban la montaña y las aves migratorias, especialmente las palomas, realizaban su paso en bandada por encima de las cumbres. Allí encontraba también la perdiz nival, de librea blanca en invierno y parda en verano. Como todo cazador pirenaico, Vió buscaba el celo de los sarrios, cuya indumentaria, como la de los árboles, varía al llegar la otoñada haciéndose más oscura. Esta caza mayor era dificultosa y constituía un trofeo que, aunque pudiera parecer pequeño, se tenía por muy meritorio. La caza era también ocasión para huir de Zaragoza y sus trajines. De igual manera para recuperar el aire, el viento, la humedad cerca de las cascadas y los árboles, especialmente los de hoja caduca, que en otoño se tiñen allí de todas las tonalidades del púrpura, también anaranjadas y amarillas. Nunca dejaba Vió de recoger y llevar a Zaragoza algún ramillete de las blancas estrellitas aterciopeladas del edelweiss, consteladas del azul oscuro de las gencianas.

Jesús Vió había dado muestras muy pronto de una inteligencia superior. Comenzó a hablar cuando apenas tenía cumplido un año y a los tres manejaba las cuatro reglas, que había aprendido de su madre. El padre buscó para él un maestro, Juan de Vicente, catedrático de Química en el Instituto, que enseguida informó a la familia de que el niño era un «prodigio». Algo asustado al principio y azuzado por la curiosidad después, el profesor profundizaba cada vez más en álgebra y trigonometría, en cálculo, incluido el diferencial, que el muchacho manejaba con soltura antes de cumplir los diez años. Al llegar a esa edad, Juan de Vicente recomendó a los Vió que pusieran al chico un profesor de lenguas extranjeras, pues él creía que la facilidad de Jesús para las ciencias podría extenderse fácilmente a otros aprendizajes.

El padre no tardó en encontrar a una mujer alemana que, además, hablaba perfectamente inglés y era la *fräulein* en una casa encopetada de Zaragoza. Ofreciéndole un buen sueldo, se la trajo al domicilio familiar para que cuidara de los niños y les enseñara las lenguas que ella manejaba a la perfección. Jesús Vió no tardó mucho tiempo en hablar alemán de corrido y también inglés. Francisca, más lenta, acabó también por ser bilingüe en castellano y alemán y, aunque usaba con bastante soltura el inglés, este idioma nunca llegó a ser santo de su devoción.

La capacidad de cálculo que Jesús demostraba era a menudo aprovechada por su madre para exhibir las habilidades del niño ante los invitados. Una columna de cuatro cifras dispuestas, por ejemplo, en diez filas, era sumada por Jesús en menos de diez segundos, sin ayudarse de instrumento alguno, dejando boquiabierta a la concurrencia. Otras veces se le ponía delante una multiplicación de diez cifras por tres y él la resolvía sin tardanza y sin lápiz. Mas estos ejercicios «de circo» no gustaban al padre, que acabó por prohibirlos, con gran contento del muchacho, a quien humillaban aquellas exhibiciones, que sólo realizaba a instancias de su madre, por el gusto de verla orgullosa, por el placer de sentir su admiración.

Cuando Jesús cumplió los doce años, su profesor, Juan de Vicente, propuso a los Vió que el muchacho hiciera el examen de Bachillerato, para lo cual arreglaría él las dispensas y los trámites burocráticos. Tras unos meses de preparación intensiva en Latín, Geografía, Religión e Historia, el chico,

acoquinado, se enfrentó al examen escrito y, lo que fue peor, al oral, ante un tribunal de tres miembros que, conocedores de sus antecedentes, observaban al joven como se suele hacer con lo raro o con lo monstruoso. Con la seguridad de quien responde a cuestiones obvias y trilladas, Jesús obtuvo la calificación de sobresaliente, dejando impresionados a los barbudos profesores. Pero no pudo entrar en la Universidad, pues Juan de Vicente no fue capaz de vencer las resistencias que la temprana edad de su pupilo levantó en el claustro zaragozano. Bachiller a los trece años, hubo de esperar hasta los quince para escoger carrera y, mientras tanto, dedicó sus días a leer los más variados libros: de matemáticas, de historia, de literatura... A ir al cine y, sobre todo, a la música. El apoyo de su madre lo llevó a las clases de solfeo en el conservatorio y más tarde al violín, instrumento que llegó a tocar con buen sentido y no poca sensibilidad.

Antonio Vió admiraba el talento de su hijo y, aunque procuraba ocultarlo, sentía un íntimo orgullo, pero, a la vez, le preocupaba el carácter del muchacho, sus silencios y su mirada ausente. Le parecía un chico respetuoso sólo en apariencia, que muy pronto dio muestras de estar poseído por un espíritu y un criterio independientes, poco dispuesto a aceptar tópicos ni verdades impuestas. El *por qué* infantil se había instalado en él con una profundidad a menudo difícil de abordar desde el pensamiento adulto, con frecuencia superficial o, simplemente, interesado. A los quince años, aquel muchacho había superado ya en altura a su propio padre, al que no se parecía físicamente en casi nada. Antonio Vió era moreno y ancho y Jesús espigado, rubio de niño y castaño de adolescente. El padre tampoco veía con buenos ojos la deriva artística de su hijo ni su escasa propensión al ejercicio físico. Una y otra cosa le parecían muestras de escasa virilidad. Quizá por eso se empeñaba en llevarlo con él de caza, aunque el joven protestara por lo que consideraba una pérdida de tiempo. Su padre le había comprado un equipo completo, incluida una magnífica escopeta, pero durante las cacerías, a menudo, Jesús extraía del morral un libro y, leyéndolo, entretenía la espera en el puesto, sacando de quicio a su progenitor.

Un sábado, muy de mañana, padre e hijo salieron en tren hacia Caspe para tomar allí sendos caballos y dirigirse, quince kilómetros más allá, a la casa de

un cliente de la fábrica, que les había invitado a cazar en el monte Valdurrios. Durante la cena temprana y en la larga sobremesa, la partida allí congregada se dedicó, como es habitual, a charlar y contar historias en derredor de un único tema: la caza. Eran ocho cazadores y el llamado «mayordomo», un criado que oficiaba de experto conocedor de la caza en la zona. Conejos, venados, jabalíes... fueron analizados, clasificados... y muertos antes de que todos se fueran a dormir para poder levantarse con el alba. Jesús, aunque escuchaba con atención aquella cháchara, no abría la boca, a no ser para responder a alguna pregunta.

A la casa, deshabitada la mayor parte del año, habían llevado abundantes alimentos y las camas estaban dispuestas. El lecho en el que se acostó Jesús, sobre un jergón incómodo, hizo que se le retrasara el sueño, pero no pudo ponerse a leer como acostumbraba, pues en aquel cubículo no había otra luz que la de la luna que entraba por un ventanuco. A lo lejos oyó aullar a un lobo que tal vez venteara a los perros y éstos le contestaron con ladridos.

La cuadrilla de cazadores se levantó con el amanecer y subió a los caballos para acercarse hasta los puestos. En ese momento, Antonio Vió propuso la caza de ciervos, que estaban en veda. Se organizó una pequeña discusión y fue entonces cuando Jesús, de improviso, sorprendió a todos, diciendo que él no cazaría ciervos. «¿Vas a contradecir a tu padre?», preguntó molesto Antonio Vió. «No. Eres tú quien contradice la ley», contestó el muchacho. Se hizo el silencio, que rompió una propuesta conciliadora del anfitrión: quien quisiera cazaría venados, pero se comprometía a pagar de su bolsillo la multa si ésta se producía; los demás irían a los puestos previstos. Padre e hijo se separaron, con alguna reticencia paterna.

Don Diego le dijo a Jesús que se emboscara en un romeral, mientras él mismo se colocaba unos metros a la izquierda del muchacho, tras unas defensas hechas con troncos. El «mayordomo» se alejó junto a otro ojeador, con la promesa de enviar hacia allí los animales que pudiera. Pasó un buen rato, pero Jesús no se atrevió a sacar el libro que llevaba en el morral, pues no las tenía todas consigo. Podría haber por allí «chabalins», había dicho el «mayordomo».

Con la oreja atenta, Jesús comenzó a oír y a sentir en el terreno como un tambor lejano. El muchacho, sentado en el suelo, cogió la escopeta que, cargada, reposaba a su lado. De pronto, las matas de romero se abrieron para dar paso a una cabeza que le pareció enorme. Un jabalí corría hacia él, tras pasar por delante del puesto que ocupaba don Diego. Sin levantarse del suelo, con un movimiento instintivo de defensa, Jesús se echó a la cara el arma y disparó los cartuchos de postas tan seguidos que las dos detonaciones parecieron una sola. Las descargas dieron de lleno en el blanco y levantaron del cuerpo del animal, cubierto de barro seco, una gran polvareda. Pronto llegaron dos ojeadores que cargaron el jabalí muerto sobre una mula.

Al atardecer, ya de vuelta, Antonio Vió, que ese día no había cobrado pieza, comprobó, entre orgulloso e incrédulo, que su hijo había cazado un jabalí de gran tamaño, el mismo que en aquel momento, colgado de un palo por las patas, portaban dos hombres, mientras a su alrededor brincaban y ladraban los perros.

Durante la cena, don Diego quiso explicar por qué se le había escapado la presa y lo hizo con gracia, excediéndose al contar que el miedo no le había permitido disparar. «De cuál era mi estado de ánimo se darán cuenta ustedes si les digo que me oriné en los pantalones.» Era evidente que tal cosa no había sucedido y Jesús entendió que la vergonzosa fábula del señor Diego según la cual «algo sucedió en mi vejiga y el líquido renal salió él solo», era un homenaje a su propia valentía.

Cuando la cabeza del jabalí llegó, como correspondía, al piso de los Vió en Zaragoza, Manuela y Francisca no acababan de creer que hubiera sido Jesús quien lo había cazado. «Sí, lo ha matado él, que ya es un buen cazador», tuvo que avalar el jefe de la casa.

Manuela Falcones era una mujer entregada a su marido y a sus hijos, con los que había establecido una total complicidad. Según decía, los niños nunca habían roto un plato, pero si lo hacían, allí estaba ella para ocultarlo o disculparlo. «Los malcrías», le reprochaba su marido, pero no por eso cambiaba ella de actitud. Terne, de su boca nunca salía una reconvención para con ellos. Era una mujer piadosa y bienintencionada, que a menudo escuchaba

el tópico según el cual «el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones», que ella contradecía alegando que, de estar empedrada la ruta hasta el infierno, lo estaría de malas y no de buenas intenciones. Sólo una vez, a propósito de las prácticas eclesiales a las que tan dada era, se puso seria con su hijo cuando el niño no había cumplido aún los trece años. En un extraño arranque, poco común en él, Jesús le vino a decir que si Dios existía, cosa de la que dudaba, difícilmente podía sentirse representado por la Iglesia, una institución que era culpable no sólo de servir y servirse obscenamente del poder, sino también de los más horrendos crímenes inquisitoriales. Ilustró ante su madre el despotismo criminal de la Iglesia, relatando los procesos que la Inquisición había montado contra Giordano Bruno y Galileo, sobre los cuales se había documentado y no precisamente en la biblioteca paterna. Manuela quedó espantada y le obligó a confesarse de tan grave pecado. Lo llevó ante el padre Vázquez, el cura de mano flácida y habla untuosa que ella frecuentaba. El sacerdote, que sabía de las dotes del niño, pretendió convencerlo a base de edulcorados argumentos históricos y teológicos salpicados de latinajos, sin conseguir que el muchacho abriera la boca. Cuando se decidió a hablar, pronunció tan sólo la frase que se atribuye a Galileo: *Eppur si muove*.

El susto de Manuela se volvió a repetir cuando, ya en sus diecisiete años, Jesús opinó que el fusilamiento en Zaragoza de dos cabos y cinco soldados tras un juicio celebrado en un solo día constituía un «asesinato legal». En efecto, el 9 de enero de 1920, un grupo de soldados encabezado por un cabo llamado Godoy tomó en Zaragoza el cuartel del Carmen, matando a un alférez y a un sargento. El ácrata Ángel Checa, cabecilla intelectual de la revuelta, también murió en el tiroteo. Un consejo de guerra, en sólo dos horas, puso contra el paredón a los siete militares de tropa. Sin importarle nada los tiquismiquis legales, aquel tribunal militar se los llevó por delante sin más trámites. Sin embargo, en el otoño de aquel año, cuando la huelga se extendió por Zaragoza, afectando directamente a la azucarera de los Vió, Jesús se cuidó de expresar sus opiniones a favor de los obreros, si es que tenía alguna, pues la actitud paterna durante aquellos días dejó bien claro que el horno familiar no estaba para bollos.

En cuanto cumplió los quince años, Jesús Vió se pudo matricular en la Facultad de Ciencias con la intención de especializarse en Matemáticas. En aquel edificio, obra del arquitecto Ricardo Magdalena, fue sacando, sin aparente esfuerzo, los cursos a pares, compatibilizando aquellos estudios con los de Filosofía y Letras, de suerte que a los dieciocho años se licenció en Letras y al año siguiente en Ciencias, obteniendo el premio extraordinario de licenciatura. El profesor Julio Pastor lo llamó a su despacho para preguntarle qué pensaba hacer una vez licenciado. «Tiene usted dotes para llegar a ser un buen matemático, y no seré yo quien lo desanime, pero si lo que le interesa son las aplicaciones prácticas, le sugiero que se ocupe de la Física o se dirija a la ingeniería, pues, en verdad, las Matemáticas, al menos mientras se están produciendo en la mente del investigador, no son sino conceptos que en ese momento tienen poco que ver con el mundo físico o sensorial.» «Lo sé», contestó Jesús. «Pues en tal caso, sabrá usted también —continuó el profesor— que el único resultado práctico de las Matemáticas es la creación de la armonía o de la perfección, lo cual está en las antípodas de los objetivos del hombre pragmático, del ingeniero, del político o de quien se dedica a los negocios».

Jesús entendió que la última frase se refería a los negocios de su padre y replicó: «No, no he pensado dedicarme a los negocios familiares». «Está bien —continuó el profesor—, pero el matemático nace, no se hace. De otro modo, sin esas dotes naturales, se trabaja en vano. Si, pese a mis palabras, usted desea dedicarse a esta disciplina esquivada y mal pagada, yo le puedo ayudar, conseguirle una beca, pero tendrá que salir fuera de España. No tenga prisa en contestarme».

Jesús planteó en casa la posibilidad de iniciar en el extranjero su carrera de matemático y a su padre le pareció una extravagancia, pero no opuso resistencia y le prometió complementar la beca, pues «si te vas, no voy a permitir que andes por el mundo hecho un muerto de hambre». Jesús Vió se entrevistó de nuevo con Julio Pastor para comunicarle su voluntad de seguir estudios en el extranjero y el profesor se alegró.

—Solicitaremos una beca a la Junta de Ampliación de Estudios —dijo, en plural, el profesor—. Estoy seguro de que la conseguiremos. Además, hoy

mismo escribiré a Harold Lardy, que me honra con su amistad y es uno de los matemáticos más brillantes del mundo. Trabaja en Cambridge —le informó.

Julio Pastor se acercó a la librería que tenía detrás de su mesa de despacho, abrió las cristaleras que protegían del polvo los libros y extrajo un tomo que resultó ser uno de los volúmenes de la *Opera omnia* de Leonhard Euler, se volvió a sentar y se lo dio a Jesús.

—Se lo regalo para que, por muchos éxitos que obtenga en la profesión que ahora se dispone a iniciar, y que le deseo sean notables, siempre tenga en cuenta que antes de nosotros hubo genios a los que no podremos igualar, a quienes les debemos casi todo.

La Junta de Ampliación contestó la carta de Pastor casi a vuelta de correo, mostrando su interés por conocer al aspirante. Jesús y su profesor viajaron juntos a Madrid y el muchacho se sometió allí a una entrevista, convertida pronto en algo parecido a un examen, de la que salió airoso. En el tren de vuelta, Julio Pastor, radiante y convencido de que pronto llegarían buenas noticias de Cambridge, ilustró a su pupilo acerca de Harold Lardy, a quien tanto admiraba. Le contó que Lardy había nacido en 1877 y que trabajaba normalmente con otro matemático muy notable llamado Littlegarden y, durante algún tiempo, también con Ramanutyan, un hindú que Lardy había descubierto gracias a un manuscrito que le había llegado de Madrás, donde el entonces desconocido matemático ejercía de funcionario con un sueldo de veinte libras anuales. El manuscrito contenía teoremas que Lardy y Littlegarden consideraron como extraordinariamente poderosos. Consiguieron llevarlo a Cambridge y allí trabajó con ellos. Lardy y Ramanutyan escribieron en colaboración cinco comunicaciones de primera categoría. «El hindú tenía un grave problema: estaba tuberculoso y ha muerto hace unos pocos meses en Madrás», dijo Julio Pastor.

—Una tarde, me lo ha contado él —continuó Pastor—, Lardy tomó un taxi para visitar a su amigo, que estaba muy enfermo en el hospital de Putney. Al entrar en la habitación donde yacía Ramanutyan, lo saludó y, con el ánimo de iniciar una conversación trivial, comentó que el número del taxi en el que se había desplazado era el 1729, «un número bastante soso», añadió Lardy.

Ramanutyan contestó, de inmediato, que no, que era un número muy interesante: «Es el menor número que puede ser expresado de dos formas diferentes como la suma de dos cubos», le dijo. Tendrá usted que aprender a jugar al cricket y al tenis —añadió Pastor—. Lardy es un maestro en esas artes y le agrada medirse con sus alumnos.

—Nunca he tenido en mis manos una raqueta y sólo he visto jugar al cricket en alguna película inglesa, pero le aseguro que haré lo que pueda —contestó Jesús.

En la carta que Lardy envió a Julio Pastor le anunciaba la admisión, en principio, de Jesús, que habría de revalidar en Cambridge su licenciatura. Poco después llegaron los papeles oficiales de la admisión, con las firmas pertinentes.

El verano en el que Jesús se preparaba para viajar hasta Inglaterra resultó sangriento. La aventura española en Marruecos, comenzada en 1909, sufrió un revés trágico, el Desastre de Annual. La matanza fue horrible. Murieron trece mil soldados españoles.

En los primeros días de septiembre, tras aquel agosto lleno de tristeza y malos augurios que habían enervado el ánimo de Antonio Vió, toda la familia se trasladó en tren a Bilbao para despedir al muchacho, que navegaría hasta Southampton en un barco mixto, de carga y de viajeros.

Aquella despedida era el adiós a un joven que emprende un largo viaje, pero también tenía el aire iniciático dirigido a quien cambiará de vida tras la llegada de la madurez, en aquel caso hartamente prematura.

—Cuídate mucho, hijo —le dijo Manuela.

Y mirando a su esposo, como buscando el apoyo que parecía necesitar, se dirigió a él para pronunciar, entre lágrimas, unas palabras inoportunas:

—Pero si es un niño... —se lamentó.

—Ya es un hombre y lo tiene demostrado —corrigió el esposo, aliviando el malestar que las palabras maternas habían dejado en el ánimo de Jesús.

—Quiero irme contigo —le susurró Francisca al oído en el momento de la despedida.

II. (1921)

Lloviznaba la tarde en que Jesús Vió se bajó del tren en la estación de Cambridge. Una lluvia fina y persistente, como tantas otras que le habrían de acompañar durante su larga estancia en la ciudad inglesa.

Un mozo hindú recogió las dos maletas y la caja del violín con las que viajaba y le condujo a la salida. «¿Desea un coche o un automóvil?», le preguntó en un inglés nasal que a Jesús le resultó confuso. «¿Qué diferencia hay?», replicó. De la respuesta coligió que el coche era tirado por un caballo y escogió esta modalidad pensando que le permitiría un paseo sosegado por aquellas calles que pronto serían las suyas. Le dio al cochero la dirección de la fonda Sebastián, en Magdalena Street, residencia que le había recomendado Julio Pastor y donde estaban advertidos de su llegada. Ya fuera por lo grisáceo del cielo y la humedad del ambiente, ya por el efecto depresivo del final de un largo viaje, Jesús sintió, nada más iniciar el paseo hacia su destino, el mordisco de la soledad y de la ausencia.

En la fonda Sebastián, regida por una mujer en la cuarentena, viuda y con tres hijos, lo recibieron con amabilidad y le indicaron que antes de deshacer el equipaje debía dar el visto bueno a la habitación que le estaba destinada. Ésta, en el primer piso, tenía un balcón sobre la calle, por cuyos ventanales entraba buena luz. Era una habitación para estudiantes, con dos amplios armarios, cama de un metro por dos, una mesa que se iluminaba mediante un potente flexo, su silla, un sillón de orejas y una librería nada escasa. La pensión incluía el arreglo diario de la habitación, desayuno y cena. El lavado y planchado de la ropa se pagaban aparte. Una de las dos hijas que ayudaban a la viuda en sus quehaceres compartió con Jesús el traslado del equipaje y luego él se entretuvo en colocar la ropa en los armarios y ordenar los libros que, como pesado lastre, se había traído de Zaragoza. Uno de Lógica: *Principia*

mathematica, de Russell y Whitehead, y otros de Matemáticas, pero también literatura: unas obras incompletas de Shakespeare, dos novelas de Galdós aún no leídas; *Las afinidades electivas* y *Ser y tiempo* en alemán y un libro que acababa de comprar cerca de la estación Victoria en Londres, *Victorianos eminentes*, escrito por un antiguo colegial de Cambridge llamado Lytton Stttrachey.

No tardó en sonar la campana que anunciaba la cena. Cuando Jesús bajó, el comedor con mesas separadas estaba semivacío, y así se mantuvo durante todo el tiempo que tardó en ingerir unos alimentos tan abundantes como insípidos. Jesús tardaría en acostumbrarse a la comida inglesa, que siempre le hizo añorar los sabores variados de la de su casa. Tras la cena, solicitó un paraguas y dio un paseo por la ciudad, sin atreverse a entrar en ningún pub, aunque a través de los cristales los percibió animados.

Al día siguiente se levantó temprano, se vistió de punta en blanco y desayunó, luego salió a la calle, cruzó el río y sin demora llegó al Trinity College, donde vivía y trabajaba Harold Lardy. Cruzó la Great Gateway, la entrada principal, fortificada, donde le recibió la estatua de Enrique VIII. Atravesó el gran patio y se dirigió a un conserje que, sin levantar la vista del periódico, le indicó dónde se encontraba Harold Lardy. Éste lo recibió de inmediato, con una amplia y acogedora sonrisa. El maestro vestía una chaqueta sport y pantalones de franela gris. Llevaba una camisa blanca, de seda, cerrada en el cuello mediante una fina corbata azul de lana. Tenía el pelo rubio y lacio, matizado de unas pocas canas en las sienes, y se ayudaba de unas gafas redondas con montura de carey que tendían a deslizarse a lo largo de su bien dibujada nariz, lo cual le permitía mirar a su interlocutor por encima de ellas. Los ojos verdes de aquel hombre eran penetrantes y, a la vez, risueños. Su rostro triangular y bien equilibrado dotaba al personaje de una serenidad en la que no estaba ausente la belleza.

Lardy le preguntó por España, por la guerra en Marruecos, por Zaragoza y por los sitios napoleónicos que la ciudad había sufrido más de un siglo atrás. Al fin, mirándole a los ojos y quizá porque viera a Jesús intimidado, le dijo:

—Es usted muy joven, pero eso en matemáticas resulta ser una ventaja. La etapa creadora comienza pronto en nuestro oficio y, ¡ay!, también se apaga muy temprano. La Matemática, más que cualquier otro arte o ciencia, está destinada a hombres jóvenes. Newton expuso sus más geniales ideas sobre fluxión y gravitación en 1666, cuando tenía veinticuatro años. Galois murió en un duelo a los veinte, Abel a los veintisiete, Rieman a los cuarenta. Si éste es su camino, no lo desperdicie, porque es corto e intenso. Dentro de unos días tendremos el *Mathematical Tripos*. Por lo que sé de usted, lo superará sin dificultades, pero si quiere venir a unas clases sobre números que estoy dando como recordatorio, puede hacerlo, está usted invitado. Supongo que en España no se juega al cricket —dijo Lardy como por casualidad—. Es una pena, pero quizá sí juegue usted al tenis. Me gustaría que midiéramos nuestras habilidades.

—Le agradezco todo lo que me ha dicho, pero, en lo que concierne al tenis, tendrá que esperar a que tome algunas lecciones. Jamás he jugado. En cuanto salga de su despacho, iré a comprar lo necesario para ejercitarme.

—Hágalo, resulta saludable —concluyó Lardy, ya en pie, antes de despedirse.

Jesús Vió dedicó lo que quedaba de la mañana a visitar la biblioteca y varias librerías. También a tomar contacto con aquella ciudad en la que, al mediodía, comenzó a lucir un tímido sol.

Lardy daba sus clases de repaso, que él llamaba de entrenamiento, muy temprano. Una docena de estudiantes, todos ellos ya bien entrados en la veintena, esperaban al profesor en una pequeña aula del Trinity en cuyo frente, tras la mesa, había una grande y limpia pizarra negra. Quizá inducido por el sol que brillaba en el cielo azul, Lardy se presentó vestido completamente de blanco. Un traje impoluto, de lana, camisa de seda y una corbata también blanca.

—Tienen ustedes un nuevo colega. Es español y se llama Jesús Vió —dijo a guisa de presentación—. Les ruego que, en la medida de sus posibilidades, lo ayuden con la actitud acogedora que es propia de esta vetusta Universidad —añadió—. Hoy hablaremos, una vez más, de los números primos. Ya conocen la

curiosidad que suscitan en mi ánimo. También nos ocuparemos de Euclides, que vivió durante el siglo III antes de Cristo. La demostración de que la serie de los números primos es infinita se debe a él. Es una de esas demostraciones obtenidas «por reducción al absurdo», método este que gusta poco a los matemáticos modernos, pese a lo cual, la deducción de Euclides posee una elegancia sorprendente. Intentaré reproducirla. Como ustedes saben, un número primo es aquel que sólo es divisible por sí mismo y por la unidad. O, dicho de otra forma, son números primos aquellos que no son susceptibles de ser descompuestos en factores más pequeños que ellos mismos. Supongamos que hay un número primo más allá del cual no hay un primo mayor que él. Ésta es la hipótesis que, como demostraremos, es falsa. Llamémosle a ese número P . Ahora construyamos un número que sea el producto de todos los números primos, incluido P , y le añadimos la unidad. Al resultado lo llamaremos Q . Es obvio que Q no es divisible por ningún número primo, menor o igual que P , pues siempre quedará la unidad como resto. Por lo tanto, o Q es primo, siendo, como es, mayor que P , o no lo es, entonces será divisible por otro número primo mayor que P . En conclusión, siempre existe un número primo mayor que P , por muy grande que sea P . Reconozcan ustedes —concluyó Lardy— que esta demostración es un gambito más hermoso que cualquiera de los que nos puede ofrecer el ajedrez. Con una diferencia: el jugador de ajedrez corre el riesgo de sacrificar una pieza, pero el matemático arriesga toda la partida en una apuesta así.

Dos semanas después, media docena de aspirantes a doctorandos, procedentes de otras universidades británicas, y Jesús Vió, como único extranjero, se sometieron al *Tripas*. Se trataba de un examen escrito, consistente en cinco problemas de variadas procedencias, que Jesús resolvió sin excesivas dificultades, a excepción de un desarrollo en serie cuya resolución, por buscar un atajo, se le atragantó. Volvió al inicio y, al fin, pudo entregar el examen a su satisfacción y a la de los examinadores, que le otorgaron una alta calificación.

Antes de elegir el objeto sobre el que realizar la tesis pasarían aún unos meses, durante los cuales tan sólo habría de asistir a las charlas-debate, que dirigía Lardy, los lunes a primera hora. Jesús madrugaba, recibía

entrenamiento temprano y diario en la cancha de tenis y se dirigía al Neville's Court del Trinity, en cuya biblioteca se encerraba dos o tres horas por la mañana, frente a la estatua de Byron, que, esculpida por Thorvaldsen cien años atrás y rechazada por la abadía de Westminster, había ido a parar al Trinity como signo de liberalidad hacia el cojitranco aventurero, discutido ciudadano y romántico poeta. La biblioteca impresionó a Jesús la primera vez que entró en ella, mas pronto comprobó la comodidad y el buen funcionamiento de aquellos espacios donde se acumulaba toda la memoria del mundo.

El deporte formaba parte intrínseca de la vida colegial en Cambridge, hasta el punto de que nadie dejaba de ejercitarse en alguno. Aunque Jesús consideraba que el ejercicio físico era una forma narcisista y efímera de perder el tiempo, empujado por la tropa de estudiantes afines, que consideraba una extravagancia casi intolerable la abstinencia deportiva, acabó por complementar el tenis matutino con el remo. Las traineras, atracadas en el río Cam, a espaldas del Trinity, servían a los remeros para bajar hasta el Queen's College y volver a contracorriente al lugar de partida. En días alternos por la tarde y obligatoriamente el sábado por la mañana, Jesús se enrolaba con una tripulación variable y navegando «perdía» un par de horas. Como no se atrevía a ensayar en la fonda, Jesús había trasladado el violín a la sala de música del Trinity, donde enseguida encontró compañía con la cual formar un cuarteto de cuerda. Los ensayos pronto ocuparon su tiempo en la reglada agenda colegial. Paul Coleman, un rubio londinense doctorando en Letras que tocaba el chelo, se encargó de formar un cuarteto, escoger las partituras, dirigir los ensayos y comprometer al grupo para que en Navidad se sometiera a la prueba de fuego de un breve concierto en la capilla del Trinity. Coleman, de una buena familia (su padre era un tory miembro del Parlamento), había hecho la guerra y, aunque nunca hablara de ello, la experiencia de dos años en las trincheras francesas había dejado en él un poso de amargura. Sus estudios habían sido interrumpidos para ir a filas y, según le contó a Jesús, había perdido a un hermano en el Mame. Antes de la guerra se había hecho amigo de Ludwig Wittgenstein, un filósofo austríaco residente en Cambridge, al que, según su propia confesión, quería y admiraba. Wittgenstein marchó hacia Viena para enrolarse en el Ejército imperial y combatir en primera línea cerca de la

frontera rumana, donde, expuesto a las balas, siguió escribiendo su obra más acabada, el *Tractatus*. Entretanto, Coleman sintió que la vida feliz y confiada que habían llevado en Cambridge los de su generación desaparecía para siempre. «Hemos sufrido una mutilación irreparable», aseguraba. Coleman admiraba a Bertrand Russell tanto como Vió, aunque por motivos diferentes, pero cuando Russell se opuso frontalmente a la guerra, Coleman se vio atrapado en una contradicción insalvable. Por un lado, entendía y compartía las razones para oponerse a la matanza que Russell tan brillantemente expresaba, mas, por otro lado, consideraba que a quienes morían en los campos de Bélgica o de Francia no podía faltarles la solidaridad y la compañía. Cuando Lytton Sttrachey, compañero y amigo de Paul Coleman, se negó a tomar el uniforme y fue sometido a juicio, Paul, que asistió a la vista, sintió vergüenza ajena, no por los argumentos exhibidos por Sttrachey, sino por la cobardía moral que intuyó, con razón o sin ella, en la actitud de Lytton. Cuando abandonó la sala del juicio, Paul se dirigió a la oficina de reclutamiento para enrolarse en el ejército. «¿Por qué haces eso?», le preguntó Sttrachey cuando se enteró. «Por decencia», respondió Coleman.

Ya de vuelta, vencedor y perdido, después de sentir en sus carnes la sangre, el barro y la desesperación de las trincheras, a Coleman le resultaba difícil retomar las viejas amistades, especialmente la de aquellos, de quienes antes se había sentido tan próximo, que se habían negado a colaborar con la milicia.

Durante los primeros meses, Jesús percibió el daño y el dolor que la Gran Guerra había causado en todas las capas sociales inglesas, en aquellas generaciones jóvenes en cuyas filas la guerra había dejado huecos irreparables.

III. (1922)

Petras Papachristos se presentó en Cambridge bien entrado el invierno. No era la primera vez que pasaba unos meses en Inglaterra, con la sola intención de reunirse con Lardy y Little garden, a quienes tenía en alta estima como matemáticos. A ellos se debía un método algebraico en el cual estaba trabajando el griego. Venía de Munich, en cuya Universidad ejercía de profesor e investigador.

Desde que se licenció en Matemáticas en Atenas, Papachristos estaba auténticamente engolfado en los números primos, persiguiendo una conjetura expresada por primera vez en 1742 y para la cual nadie había sido capaz de encontrar una demostración. Pensaba, como todos los matemáticos de la época, que si la conjetura era cierta —y las comprobaciones empíricas así lo señalaban— en alguna parte existía una demostración. Papachristos creía también, tal era la fe que tenía en sí mismo, que estaba destinado a abrirse paso y dar con la estrategia para alcanzar, al fin, esa demostración. Temeroso de que cualquier otro se le adelantara, se negaba a compartir con nadie los pasos intermedios en los que andaba. Incluso Lardy, que mostraba hacia él una especial deferencia, no sabía a ciencia cierta hacia qué objetivos se encaminaba el matemático griego.

Petras Papachristos, nacido en Atenas en 1895, había pasado su infancia en una gran soledad, de la que surgió su pasión por los números. Cuando nacieron sus dos hermanos, los cambios familiares no consiguieron sacarlo de su obsesión solitaria. Estudió con los jesuitas, cuyos matemáticos estaban especializados en geometría clásica, una disciplina ya entonces algo pasada de moda. En un momento dado, el padre de Petros, que había llevado a su hijo a un colegio «cismático», convencido de su calidad pero no de sus ideas, se dijo: «Estos condenados papistas quieren apoderarse de mi hijo», y lo mandó a

Alemania para que estudiara con Constantino Caratheodoris, un matemático griego que era profesor en Berlín.

Caratheodoris lo sometió a un examen delante de su padre, que había viajado con el muchacho hasta Alemania, y cuando ya habían terminado, después de que Petros confesara su dedicación a los números primos, le preguntó informalmente:

—¿Y qué me dices de la distribución de los números primos? ¿Se te ocurre una forma de calcular cuántos primos menores que un número dado existen?

—No —contestó Petros—, pero para un número muy grande la cantidad de primos menores se aproxima a la división de ese número por su logaritmo.

—¿Dónde has leído eso? —preguntó, sorprendido, Caratheodoris.

—No, señor, no lo he leído en ningún sitio. Los únicos libros que hay en mi colegio son de Geometría —respondió Petros.

—Señor —dijo el profesor dirigiéndose al padre—, haré las gestiones necesarias para que el chico ingrese directamente en la Universidad.

Y así, Petros se instaló en Berlín, en Charlottenburg, en casa de la familia de un empresario amigo de su padre, cuya hija, de nombre Isolda, se ocupó de enseñarle el alemán. Las clases se realizaban en el jardín, mas, cuando comenzó el frío, la instrucción continuó en la cama.

Cuando Petros descubrió que Jesús hablaba alemán y no era británico, sino español, estableció una estrecha relación con él. Una «afinidad electiva mediterránea», decía Papachristos, nacida, más que de una elección propiamente dicha, de una exclusión, de la procedencia no británica del joven aragonés, al que Petros llevaba algunos años. Esa diferencia de edad hizo que el griego adoptara el papel de mentor.

—Los ingleses no saben vivir. Son un pueblo raro y militar. Tampoco saben beber. Beben para embriagarse, no para alcanzar, aunque sea por un momento, la sabiduría y el placer que caracterizan al inmortal Dionisos. Han construido un imperio, pero es un imperio triste —aseguraba Petros—. Nosotros, cuando nos interese y sin pararnos en miramientos ni en finuras,

hablaremos en alemán para darles esquinazo. Como ya habrás comprobado, los ingleses son incapaces de entender un idioma que no sea el suyo.

La fascinación que Petros suscitaba en Jesús provenía de dos fuentes en verdad contradictorias. Por un lado, la inconmensurable fuerza vital que desplazaba la poderosa humanidad del griego y, por otro, su inteligencia, a la que unía buenas dotes pedagógicas.

—No pienso casarme nunca —le espetó Papachristos a Jesús en un pub, delante de una pinta, en una tarde de lluvia—. Las obligaciones que toda convivencia lleva aparejadas dificultan la dedicación intensiva a cualquier arte o investigación. No puedes disponer a tu antojo del tiempo. Además, en mi caso, no podré encontrar otra mujer que pueda compararse a Isolda.

Al verlo predispuesto a las confidencias, Jesús indagó acerca de aquella mujer de nombre tan germánico.

—Isolda me enseñó cuanto hay que saber sobre el amor. Era una mujer que consiguió encender en mí no sólo una pasión que aún perdura, también me hizo conocer durante meses, por desgracia muy pocos, la felicidad. Una tortuosa felicidad —aseguró Petros.

—¿Qué pasó con ella? —se atrevió a preguntar Jesús.

—Isolda abandonó la casa familiar y a mí para casarse con un teniente de la artillería prusiana. Me dejó desolado y no he vuelto a verla, aunque no desespero. La primera vez que yacimos juntos me murmuró al oído que le atraía, más que cualquier otra cosa, el hecho de que yo fuera un *wunderkind*. Sólo si consigo alcanzar alguna hazaña intelectual tendré la posibilidad, que sé lejana, de reconquistarla.

La confianza que Petros otorgaba a Jesús no tenía límites en lo concerniente a los asuntos personales, pero seguía guardando para sí el secreto de su pasión matemática. Continuó hermético hasta que una mañana, cuando el invierno estaba en sus últimos días, Lardy, en las reuniones que mantenía cada lunes con los doctorandos, planteó algunas cuestiones que a Jesús le parecieron normales.

—¿Alguien puede enunciar la conjetura de Goldbach? —solicitó Lardy.

Un joven inglés a quien Jesús apenas había visto antes levantó la mano.

—Todo número par mayor que dos es la suma de dos números primos —dijo.

—Correcto, pero les haré una precisión histórica. En efecto, la conjetura ha llegado hasta nosotros en los términos en los que la ha expresado nuestro amigo —dijo Lardy dirigiéndose a quien había hablado—, pero Christian Goldbach, que era tutor del joven zar, no la formuló así en la famosa carta que envió a Leonhard Euler en 1742. Lo que Goldbach escribió realmente fue esto —Lardy se volvió hacia la pizarra y con su cuidada letra, lentamente, escribió: «Todo entero par puede expresarse como la suma de tres números primos»—. Fue Euler —continuó— quien fácilmente dedujo que lo escrito por Goldbach equivaldría a lo que acabamos de oír a nuestro colega. ¿Quién de ustedes se presta a representar el digno papel de Leonhard Euler y nos lo demuestra?

Algunos de los asistentes comenzaron a escribir en sus cuadernos.

—Nada de fórmulas —cortó Lardy—. Sin ayuda de lápiz ni de pluma.

Se hizo un silencio espeso, que cortó Papachristos levantándose mientras le susurraba a Jesús en alemán: «Este Lardy es un cabrón». Lardy le hizo un gesto indicándole que levantara la voz.

—Tomemos un número par —comenzó Petros—, si ha de ser la suma de tres primos, uno de ellos es el 2, pues la suma de dos números primos siempre es par y el 2 es el único tercer primo que mantiene esa paridad. Si suprimimos el 2 llegamos a la formulación que ha expresado nuestro compañero, si bien las estrategias para demostrar una u otra formulación pueden ser distintas. Por eso se habla de dos conjeturas. Una es la primera que se ha expuesto aquí y otra es la conjetura original, que es la contenida en la carta que el tal Goldbach envió al gran Euler.

—Correcto, señor Papachristos, aunque no me han quedado claras algunas de sus quedas palabras que, en el idioma de Goethe, se referían a mi persona.

—Gracias, profesor —contestó Petros, algo corrido—. Eran términos coloquiales pero cariñosos —añadió.

—De eso no me cabe la menor duda —concluyó Lardy con la risa brincándole en los labios.

El resto de la concurrencia no entendió las chanzas que se traían el profesor y Papachristos, pero éste encaró a Jesús, que estaba a su lado, y sin que Lardy pudiera ver su cara le dijo:

—Este tío no sólo entiende el alemán, además lee los labios.

—Pasemos a otra conjetura que todos ustedes conocen —continuó Lardy—, el mal llamado último teorema de Fermat. No es un teorema, pues nadie hasta ahora ha conseguido demostrarlo. Tampoco se ha encontrado ningún contraejemplo, por lo tanto, debemos suponer que la conjetura es cierta. Pierre de Fermat, que era un cuco, dejó escrito que él tenía la demostración. Yo, con todos los respetos, no creo que la tuviera. Fermat era juez, una gente que no suele ser muy piadosa con el prójimo y menos en el siglo XVII. En sus ratos libres se dedicaba a las Matemáticas y martirizaba a sus colegas con hallazgos cuya demostración él se guardaba. Por ejemplo, sostuvo que el 26 es el único número que existe emparedado entre un cuadrado (25) y un cubo (27). Lo proclamó a los cuatro vientos dentro de la escasa comunidad matemática de la época y desafió a que lo demostraran. No pudieron. Esta vez él sí tenía la demostración. Fermat trabajó, o se entretuvo, que nunca se sabrá, con uno de los tomos de la *Arithmetica* de Diofanto, y en los márgenes escribió el enunciado de multitud de teoremas, sin preocuparse de sus demostraciones. Por ejemplo, el teorema de los primos. Su expresión es sencilla: todo número primo es el producto de cuatro por otro número más uno o menos uno. Los primeros, escribió Fermat, se pueden descomponer en la suma de dos cuadrados, los segundos no. Euler, más de un siglo después de la muerte de Fermat, consiguió demostrarlo. Para ello empleó siete años, lo que no es poco tratándose de una cabeza tan privilegiada como la de Euler. Todas las conjeturas que Fermat escribió en los márgenes de la *Arithmetica* de Diofanto —continuó Lardy—, más tarde o más temprano, han sido demostradas, convirtiéndose así en teoremas. Todas menos una, la que

ustedes conocen. Un alemán llamado Paul Wolfskehl, rico y aficionado a las matemáticas, rechazado por una dama de la que estaba perdidamente enamorado, decidió suicidarse en una fecha y hora fijas, justo cuando sonaran las campanadas de la medianoche. Llegado el día y para entretener las horas que le quedaban, se puso a estudiar un artículo de Kummer, en el cual destroza la supuesta solución al enigma de Fermat que habían propuesto Cauchy y Lamé. Lo tomó con tanto empeño que se le fue el santo al cielo sin que se apercibiera de que su hora había ya pasado. En la madrugada, decidió que el suicidio le privaba de conocer el final de la trama, así que rompió las cartas de despedida que había escrito, se olvidó de aquella esquiva dama y cambió su testamento. Cuando tras su muerte, en 1908, el testamento fue leído, la familia quedó espantada. Paul había dejado un buen pellizco de su fortuna, cien mil marcos, como premio para quien demostrara el último teorema de Fermat, y ahí sigue ese dineral, depositado en la Real Sociedad de la Ciencia en Gotinga, esperando a que alguno de ustedes resuelva el enigma y cobre el premio. Les animo a intentarlo.

Cuando Jesús Vió le pidió a Petros una aclaración acerca de su extraña actitud para con Lardy durante la charla, Papachristos lo miró fijamente a los ojos, se quedó mudo durante unos segundos y al fin, solemnemente, dijo:

—Te lo contaré si me prometes el secreto más absoluto.

—Lo que me digas no saldrá de mí —aseguró Jesús.

—Pues bien, has de saber que llevo muchos años, en realidad toda mi vida, trabajando en el enigma de Goldbach, dándole vueltas a los números primos, y no son inocentes, los muy perros, sino escurridizos como anguilas. Quiero llegar el primero a esa meta. Esa es la causa de que no me interese publicar los pasos intermedios y con ello levantar la liebre para que otro coja el testigo, resuelva la conjetura y me deje con un palmo de narices. Por eso me sentó mal que Lardy sacara a colación a Goldbach, aunque fuera en la forma tan trivial en que lo hizo.

—Pero trabajar en equipo puede ayudar, y mucho —argumentó Jesús—. Lardy y Littlegarden lo hacen y, a juzgar por los resultados, el esfuerzo conjunto les va bien.

—No lo dudo —replicó Petros—, pero para ello hay que estar hecho de la pasta de Lardy, y yo no lo estoy, aunque sí creo estar dotado para la soledad creativa, la buena compañía de uno mismo. Lardy es, desde luego, un tipo raro, por eso, en el fondo, me cae bien, aunque yo no comulgue con muchas de sus ideas. Por ejemplo, ese asunto de la juventud que, según él, acompaña a la creación matemática. Créeme, eso es un cuento chino. La imaginación acompaña al hombre hasta que se lo llevan al cementerio. Conozco matemáticos con más años que Matusalén que tienen una capacidad creativa envidiable.

—Por cierto —continuó Papachristos—, habrás observado que Lardy no le tiene ningún cariño al viejo Fermat. Tuve con él una discusión bastante inútil. Como sabes, Fermat escribió en las malditas páginas del Diofanto la fórmula dos elevado a dos, elevado a n , la cual, sumándole la unidad, nos arroja números que cumplen la condición necesaria de ser primos. Pues bien, muchos han sostenido, sin ningún rigor, y Lardy con ellos, que Fermat dijo que son primos. El francés era demasiado inteligente como para cometer un error tan infantil, pero a Lardy no hay quien le saque de sus trece.

Algunas tardes de los sábados, Petros Papachristos arrastraba a Jesús hasta Londres, para «descargar la tensión acumulada», según decía. Iban al teatro, al cine, a cenar y beber y, como fin de fiesta, a visitar algún burdel, aunque Jesús jamás le seguía los pasos hasta el final, sino que se quedaba en el salón mientras el griego pasaba con una pupila a la habitación.

—Sentimentalmente, el sexo mercenario es blanco —sostenía Petros—, el único en el que no se mezclan intereses espurios; un juego simple y claro, sin objetivos «superiores», sin mentiras.

Para Petros, al menos eso decía él, sólo existían el recuerdo de Isolda y la necesidad de la «descarga», como si su cuerpo y su alma constituyeran un acumulador eléctrico que necesitara deshacerse de la energía sobrante. Jesús escuchaba tales argumentos sin compartirlos y mucho menos discutirlos. El aragonés poseía un entusiasmo muy limitado por las discusiones, aunque le agradaba presenciarlas sin intervenir en ellas. Cuando la facundia del griego lo empujaba hacia una perorata, Jesús se limitaba a escuchar atentamente con la

sonrisa bailándole en el semblante. Papachristos no se detenía ante ningún tabú y gustaba de escandalizar al auditorio, especialmente al, tan británico, de Cambridge. Los modos y maneras del griego chocaban con la represión expresiva inculcada en las aulas de aquella Universidad, en cuyos debates se podía decir casi todo, pero manteniendo unas formas y unas reglas estrictas que a Petros le encantaba romper.

En una de las reuniones interdisciplinarias que con frecuencia se organizaban en el Trinity, a propósito de unas excavaciones dirigidas por un arqueólogo allí presente, surgió el tema del evolucionismo. Papachristos tomó la palabra y ahí fue Troya.

—Darwin era un impostor —comenzó el griego— y *El origen de las especies* un libro estúpido, feo y mal escrito. Como bien saben ustedes, este farsante lo publicó en 1859, doce años antes de que Oscar Hertwig descubriera la fecundación. ¿Cómo un individuo, ignorando que él mismo proviene de un óvulo fecundado por un espermatozoide, se puede meter a explicar dizque *el origen de las especies*? El mecanismo que él propuso, el de la selección natural, es una tautología, una perogrullada, una explicación que nada explica —y, lanzado, concluyó—: Como la de Dios, que explica todo, pero a Él ¿quién lo entiende?

La habitación se llenó de murmullos y de medias sonrisas nerviosas que no hicieron detenerse al griego.

—Por supuesto que la evolución es una realidad. Para mí, tan clara como un día despejado con buen sol, pero no la descubrió Darwin, la habían descubierto otros antes que él. Por ejemplo, Manpertius y también Lamarck. Incluso, dentro de la familia de este santón, su abuelo Erasmus Darwin —concluyó Papachristos.

Los ruidos desaprobatorios fueron apagados por una ovación que provenía de los más heterodoxos. La discusión se había convertido en una pequeña trifulca; el griego había ganado la partida.

Las dos hijas de la viuda Sebastián, la dueña de la fonda donde vivía Jesús, no parecían hermanas. La mayor, Gladys, alta, de rubicundo aspecto y ojos

grises, contrastaba con su hermana Mildred, que era morena, de poca estatura y con la tez que se les atribuye a las nacidas cerca del Mediterráneo. Sus largas trenzas, cuando se las soltaba, dejaban caer sobre su espalda una melena color ala de cuervo casi hasta la cintura. En sus facciones correctas destacaba una nariz breve pero aguileña, todo lo cual la dotaba de un aire sarraceno o, al menos, de los rasgos que Mérimée atribuyó a su heroína española, a la cual el escritor francés bautizó con el nombre de Carmen.

Mildred se encargaba de adecentar la habitación del español, al que trataba con especial cuidado, prodigándole sonrisas que a Jesús le parecían excesivas, aunque nunca dejó de corresponderlas. Cerca ya de la Navidad, un sábado desapacible y lluvioso, ya fuera a causa del mal tiempo o de la pereza, el joven había dedicado la tarde a la lectura y al estudio sin salir de su habitación. Después de la cena se había metido en la cama para leer y dejar que el sueño lo venciera. A punto de apagar la luz, oyó que alguien golpeaba con los nudillos levemente en la puerta. Antes de que diera la orden de adelante o se levantara para abrir, Mildred entró en el cuarto y quedamente lo cerró por dentro. Lo que sucedió a continuación no rompió el silencio y sorprendió al muchacho.

De espaldas al yacente, Mildred se despojó de todo lo que llevaba puesto, aplicándose a ello con una notable velocidad. Se acercó al lecho, apagó la luz y se colocó bajo las sábanas junto a Jesús, que, cogido de improviso, aceptó la maniobra como algo inevitable. La muchacha enseguida introdujo su cabeza bajo los cobertores y allí encontró lo que, al parecer, había venido a buscar. Pronto consiguió la respuesta adecuada, momento en que arrojó a los pies de la cama manta y sábana superior para, a horcajadas, cabalgar entre suspiros. De pronto, cambió de opinión y de postura. Sin separar el cuerpo del de su presa, consiguió darle vuelta a las tornas y ponerse debajo. Colocada en tendido supino, acercó su boca a la oreja de él para decirle: «Cuando te llegue, no te derrames dentro».

Jesús había pensado a menudo en cómo habría de ser la primera vez, pero jamás imaginó que ocurriera de aquella forma sorprendente, caída del cielo, pasiva. Cuando la muchacha se vistió y abandonó la habitación en silencio, Jesús quedó, primero perplejo, luego preocupado. Durante meses llevaría esa preocupación en su cabeza.

Mildred, fuera de sus fantasmales apariciones, que acontecían con ritmo irregular pero siempre en sábado bien entrada la noche, trataba a su joven amante durante la vigilia exactamente igual que antes de que ella se hubiera decidido por las visitas sabatinas. A Jesús le inquietaba el silencio de Mildred, que durante el juego amoroso apenas pronunciaba palabras que no fueran órdenes cortas y precisas acerca de cómo él debía comportarse. Pensaba, además, que dado que la muchacha compartía habitación con su hermana, ésta debía de saber de las andanzas nocturnas o, al menos, sospecharlas, con el riesgo añadido de que la madre, el hermano e incluso algún pupilo que estuviera despierto sorprendieran a la joven entrando o saliendo a hurtadillas de su habitación. Por otro lado, también le desasosegaba ignorar cuáles eran las verdaderas intenciones de «la gitana», como solía nombrarla en sus pensamientos. ¿Era sólo la urgencia del sexo lo que allí la llevaba o buscaba establecer con él una relación con objetivos permanentes... y la intención oculta de atraparlo en una red que acabara con ambos en la iglesia?

Para un novicio, que acababa de probar el sexo a manos de una experta o, en todo caso, más conocedora que él de las artes que conlleva tal práctica, aquel aprendizaje sólo debiera ser digno de agradecimiento, pero en la cabeza de Vió existían demasiados cruces de redes sentimentales como para que aquellos encuentros furtivos no llevaran a su alma la confusión. Por otro lado, bien lo sabía él, Jesús sentía desde su pubertad una atracción ambigua hacia los de su propio sexo, que aparecían sin él buscarlo en sus fantasías eróticas y, aunque las censuraba con empeño, reaparecían, inquietantes, en sus sueños. Tan sólo una mujer mostraba su presencia recurrente y perversa en tales circunstancias, y eso no lo tranquilizaba, pues se trataba de Francisca, su prima, que en la duermevela o en el sueño aparecía disfrazada con los más variados ropajes y sin que, al igual que a los fantasmas masculinos, la pudiera apartar fácilmente de su imaginación.

Animado por un primer bourbon y mientras se tomaba, contra su costumbre, un segundo en el pub londinense adonde le había llevado Papachristos después del cine, Jesús se dirigió a Petros para contarle sus encuentros furtivos con Mildred, expresarle sus dudas y solicitar consejo.

Antes de contestar, Petros demandó precisiones acerca de cómo y de qué forma, y Jesús, violentando su discreción y su intimidad, sin mirarle a los ojos, le fue contando. El rubor que le tomaba las mejillas no era visible en aquella penumbra ni Papachristos se apercibió del esfuerzo que le estaba costando a Jesús abrirse y expresarse.

—Mira —se arrancó al fin el griego—, eres afortunado. Disfruta del regalo y preocúpate tan sólo de no dejar a esa mujer embarazada.

Y mientras hablaba hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta de cheviot y de allí extrajo una cajita que, sin recato, abrió ante los ojos de Jesús. La caja contenía una decena de preservativos.

—Te pones uno de éstos —continuó Petros— y olvídate de todos esos complejos de niño bien que aún tienes. El trato carnal con las mujeres es un ejercicio más saludable que el tenis, especialmente en Cambridge, donde la densidad de homosexuales por metro cuadrado es más alta que la de las espigas en un trigal. Agárrate con fuerza a esas posaderas, disfruta y arroja de ti las dudas.

Aprovechando el impulso, Petros se explayó sobre la homosexualidad, considerándola una característica que añadir, una más, a las múltiples razones que él tenía para despreciar a los británicos. Una homosexualidad que, según él, se extendía como mancha de aceite por los colleges y, en general, por todo el imperio.

—Un país —dijo— cuyos varones viven en los cuarteles y está sometido a una represión sutil y feroz, impuesta por esa enana que fue la reina Victoria y que ahora continúa su hijo Eduardo y la gavilla de ganapanes que lo acompaña, ¿qué puede esperar? Los hombres, de tanto tratar entre ellos, mañana, tarde y noche, acaban por meterse en la cama juntos. No me extraña que las mujeres inglesas estén desesperadas y busquen entre las sábanas a extranjeros que no han sufrido la degradación de este ambiente castrense y pacato. Lo dicho, que has tenido suerte —concluyó.

La relación intelectual de Papachristos con Inglaterra, como la de tantos mediterráneos, era ambivalente. En ella se mezclaban, por un lado, la

admiración y, por otro, el rechazo. El griego criticaba con especial dureza la división estamental de aquella sociedad, en la cual las relaciones entre las personas estaban marcadas a fuego por la casta en la que cada uno había nacido. «Aquí convive el más moderno capitalismo con una estructura social medieval y a la vez oriental», sostenía. «Tienen un idioma común, al que veneran y, sin embargo, cada casta lo habla de una forma diferente. Oyendo a una persona puedes saber, si tienes buen oído, en qué barrio ha nacido y a qué oficio se dedicaba su padre.»

—No creo que Lardy, por ejemplo, haya tratado jamás con un obrero —continuó Petros—. Conoce de su existencia por periódicos y libros. Quizá haya visto alguno en el cine, pero su habitación está presidida por una fotografía gigante de Lenin. Allí está el ruso tocado con una gorrilla de ferroviario. A Lardy le parece bien que Lenin mande en Rusia, pero no soportaría que un tipo así ordenara fusilar a la familia real inglesa y sustituyera el Parlamento británico por un soviet. Naturalmente, vota a los laboristas, pero en el fondo de su alma prefiere que gobierne Lloyd George e incluso que lo hagan los conservadores, como Bonar Law y Stanley Baldwin. Algo parecido le ocurre a tu admirado Bertrand Russell. No diré que les falta valor, lo tienen, pero nunca saldrán del círculo endogámico en el que nacieron, no desharán el nudo invisible que les une a su casta.

Después de Navidad, Jesús Vió tuvo una larga charla con Harold Lardy para orientar el trabajo de la tesis que debía comenzar. Había pensado encaminar su investigación atacando, en la medida de sus fuerzas, el último teorema de Fermat. Le atraía, como a tantos, la sencillez del planteamiento. Lo que Pierre de Fermat había escrito en el margen de la *Arithmetica* de Diofanto, probablemente en 1637, era muy simple: «Es imposible escribir un cubo como la suma de dos cubos o, en general, escribir cualquier potencia mayor que dos como la suma de dos potencias iguales».

Cuando el español le planteó a Lardy su intención de centrar la tesis en el teorema de Fermat, el profesor sonrió, pero no se lo desaconsejó. Estaban sentados en torno a una mesa en la sala de estar contigua a la habitación donde vivía el soltero Lardy. Como ya le había informado Petros, una gran fotografía de Lenin adornaba una de las paredes. Varios grabados del viejo

Londres, aquí y allá, acompañaban al revolucionario. Una pizarra negra con sus tizas completaba la decoración mural. «Comencemos, pues», indicó Lardy y, levantándose, se acercó a la pizarra. Allí escribió la ecuación de Fermat:

$$x^n + y^n = z^n$$

—No existe una terna (x, y, z) de números enteros que, para n mayor que 2, satisfaga esta ecuación —concluyó Lardy.

En lugar de sentarse, el profesor siguió de pie.

—Si me lo permite —continuó Lardy—, le haré una pequeña digresión histórica que quizá le sea de utilidad. Comenzaré por el método conocido como «descenso infinito» que el propio Fermat utilizó, aunque no para demostrar esta conjetura. Si para una potencia 4 existe una solución para la fórmula aquí escrita —dijo Lardy señalando la pizarra—, es decir, si existe una terna de números enteros que cumplen la ecuación para $n = 4$, se puede construir a partir de ella una segunda terna formada por tres números más pequeños que también la cumplen, a partir de esa segunda una tercera... y así hasta el infinito, pero esa escalera descendente e infinita de ternas contradice que la escalera descendente de los números enteros es finita, pues acaba en el uno, luego no existe esa hipotética solución inicial. Euler, siguiendo este método, demostró también la no existencia de solución para la potencia tres. Así se lo anunció a Goldbach en una carta fechada en agosto de 1753. Un siglo después de la muerte de Fermat, tan sólo se había demostrado la validez de su teorema para las potencias 3 y 4. Si le he de ser sincero —continuó Lardy—, no creo que en este asunto de Fermat se haya avanzado mucho desde entonces. En cualquier caso, le prepararé una bibliografía lo más exhaustiva que pueda acerca de este enigma. Trabaje usted con ella y luego propóngame una vía de ataque, la discutiremos. Creo que ha llegado el momento de que tengamos un encuentro en la cancha de tenis. La he reservado para dentro de media hora. ¿Es tiempo suficiente?

A Jesús no le quedó otro remedio que asentir y correr hacia la fonda a buscar los útiles para el juego. Cuando entró en el campo, donde se alineaban cinco canchas de tenis, Lardy, vestido completamente de blanco, polo y pantalones largos, se le había adelantado y ya estaba peloteando con uno de

los muchachos, el recoge pelotas que se ocuparía de ayudarlos durante los dos sets que jugaron.

Lardy hizo correr a su pupilo cuanto quiso, enviándole pelotas cruzadas para probarlo. El joven, esforzándose al máximo, consiguió devolverlas en una buena proporción y hasta ganar un par de juegos, más por potencia y velocidad que por técnica. En todo caso, Lardy, a pesar de su edad, no sólo demostró tener talento para el juego, también que gozaba de buena forma física, y a Jesús le quedó la duda de si el matemático le había dejado ganar los dos juegos por otorgarle la honrilla o los había conseguido en buena lid.

Después del partido, el joven acompañó al profesor hasta el edificio en el que éste vivía dentro del Trinity. Durante el paseo, Lardy se interesó por la familia de Jesús, por España y, otra vez, por la aventura marroquí en la que el país andaba metido y que Lardy seguía atentamente.

Al principio de su estancia en Cambridge, Jesús recibía cartas de su madre. Un folio en el que apenas cabían otras cosas que las obvias recomendaciones a las que tan aficionada era Manuela. Sin embargo, puntualmente, todas las semanas llegaba una larga carta de Francisca en la que se explayaba sobre los más variados temas. Era un aire fresco y cariñoso que Jesús agradecía. Él contestaba a las cartas de ambas con irregularidad, pero no menos de dos veces al mes. Conforme pasó el tiempo, las cartas de Manuela se fueron espaciando hasta desaparecer y ser subsumidas en las de Francisca en forma de un saludo o una recomendación en el último folio.

Durante la primavera, Jesús dejó de recibir la carta semanal de su prima, y como trasladara su alarma a través de las que él enviaba a Zaragoza, al fin recibió una de Manuela en la que ésta le comunicó la muerte de una amiga de Francisca, de nombre Maruja. Él recordaba a la muchacha por ser la confidente de Francisca y su frecuente compañía en la casa familiar. En efecto, Marujita, como la llamaban los mayores, comía y cenaba a menudo en la casa de los Vió y muchas veces allí se quedaba a dormir, compartiendo habitación con Francisca. «La niña está muy triste y se niega a comer. La hemos llevado al médico, que le ha recetado un reconstituyente.» Lo que Manuela no contaba en su carta eran las circunstancias en las que se había producido aquella

muerte súbita. Jesús las pudo conocer un par de meses más tarde, cuando Francisca reanudó la correspondencia. «Habíamos estado hablando un largo rato en la cama antes de quedarnos dormidas y Maruja no dio señales de que pudiera estar enferma. Todo lo contrario, estuvo tan alegre como siempre, contando chascarrillos e imitando a las monjas de su colegio, hasta que se durmió antes de que a mí me llegara el sueño. Cuando me levanté, era temprano, pero ya había amanecido. Fui al baño y, entonces, cuando volví para meterme de nuevo en la cama, toqué con mi pierna una de las suyas y noté el frío en su piel. Acerqué mi mano a su cara y estaba helada. Me asusté, levanté la persiana y entonces pude ver el color ceniza de su frente. La zarandeé, llamándola, pero no despertó. No podía creer que estuviera muerta. Grité y acudieron los padres y las criadas, todos en tropel, con las ropas de dormir. Alguien fue a llamar al médico, que no tardó mucho en venir... Dijo que, aunque no es muy común, a veces pasan estas cosas. Lo peor fue cuando llegaron los padres de Maruja... He pasado dos meses horribles, perdida, sin salir de casa, sin ir al Instituto... Todo me asustaba. Tenía el miedo metido muy adentro. También la responsabilidad, pensar que de haber estado yo despierta, algo podría haber hecho. Me he sentido y me siento culpable.

»Ella no fue consciente de que se moría, pues de haberlo sido me hubiera despertado. Probablemente uno mismo no siente llegar la muerte. Hasta ahora, la muerte era una cosa que les pasaba a otros, generalmente viejos, pero a partir de aquella madrugada sé que está cerca, que me seguirá rondando, tenaz.»

La carta de Paquita, pese a la tragedia que narraba, tranquilizó a Jesús, que intentó transmitir en su respuesta consuelo para un dolor que sólo el tiempo fue capaz de diluir.

A finales de abril, Petros Papachristos y la conjetura de Goldbach partieron hacia Munich. El griego organizó una pequeña fiesta en la amplia habitación que ocupaba en el Bishop, dentro del Trinity, y, bien entrada la noche, cantó y bailó para sus invitados, consiguiendo que algunos residentes acudieran para protestar por el sueño maltratado, aunque hubo quienes, una vez allí, renunciaron a dormir y se sumaron a la fiesta. El vino de resina y otros licores más fuertes, que Petros había comprado en una tienda griega de Londres,

corrieron como caballos al galope, dejando los estómagos y las cabezas en un estado lamentable, excepto el cerebro, propiedad de Papachristos, que, sin dormir, tras una reparadora ducha, agarró sus maletas y cogió el primer tren hacia Londres. «Estoy como una rosa», se encargó de asegurar él mismo al despedirse. «Nos escribiremos, ¿verdad?», le dijo a Jesús cuando lo abrazó ya en la calle.

La marcha de Petros Papachristos dejó a Jesús sumido en una cierta orfandad. La vitalidad y desmesura que irradiaban del griego constituían una vacuna contra el ensimismamiento, un buen remedio para la depresión que tiende a presentarse en la vida de cualquier desplazado.

Paul Coleman, en cierta forma, rellenó el hueco dejado por el griego. Tras los ensayos del cuarteto de cuerda, Vió y Coleman solían salir juntos y pronto comenzaron a compartir las horas de lectura y estudio en la biblioteca del college. Paul tenía ya muy avanzada su tesis doctoral, para la que había elegido un tema dramático y musical: *Tosca* y *Madama Butterfly* de Puccini, relacionando los libretos con las tragedias griegas que complementaba con un análisis exhaustivo de las influencias musicales que el artista toscano había buscado e introducido en sus partituras.

Coleman, al igual que Jesús, no era dado a las confidencias personales, pero su relación con el aragonés fue franca desde el principio. A pesar de ocuparse en la Universidad de cosas tan distintas como las Matemáticas y la Literatura, encontraban temas de conversación, en los que Coleman solía llevar la iniciativa.

La figura de Coleman no tardó mucho en presentarse y nutrir las fantasías eróticas de Jesús y, aunque éste intentara rechazar aquella presencia, cada vez le resultaba más difícil apartarla de su mente. En sueños, Jesús se veía a sí mismo sometido a propuestas sexuales por parte de Paul que no era capaz de rechazar. El acuciante desasosiego que aquellas fantasías traían a su espíritu continuaba un buen rato durante la vigilia.

Las relaciones de Coleman con el grupo de Bloomsbury seguían existiendo, aunque mucho más frías que antes de la guerra, y se hizo acompañar por Jesús a algunas reuniones en Londres o en Tidmarsh, donde tenía la casa Lytton

Sttrachey. Éste, consciente de la distancia que Coleman había establecido con él a causa de la guerra, para reconquistarlo insistía en que acudiera allí. Sttrachey no ocultaba su homosexualidad y vivía entonces con una pintora a quien todos llamaban por su apellido, Carrington. A Jesús le pareció que Coleman y Carrington tenían entre sí una relación ambigua en la que se mezclaba una vieja amistad con algún reproche o rivalidad mutuos que nunca se verbalizaban del todo.

Las veces que el grupo se reunía, con asistencia de Sttrachey y de Virginia Woolf, eran ellos dos quienes acaparaban la atención de la concurrencia. La seriedad de la escritora, algunas de cuyas novelas comenzó a leer Jesús, contrastaba con el agudo y demoledor humor de Sttrachey, para quien la desmitificación y el escarnio constituían la expresión de un oficio muy trabajado.

Precisamente a Tidmarsh acudieron en mayo Paul y Jesús para pasar un fin de semana. Dispusieron allí de una amplia habitación con baño en el ala este de la casa. Dos camas de «canónigo» unidas entre sí, con dos mesillas a ambos lados, un gran armario, sillas y una mesa de estudio constituían el escueto mobiliario. La primera noche Coleman se excedió algo con el alcohol, traicionando su morigerada actitud. Quizá para darse ánimos, tomó dos o tres whiskys después de cenar, lo cual avivó la tertulia, no sin que Carrington hiciera alguna observación poco amable al respecto. Cuando, ya en el dormitorio, Jesús sacó de su bolsa el pijama y los útiles de aseo para dirigirse al baño, hacer sus abluciones y desnudarse allí, Coleman se lo recriminó. «Entre hombres no ha de haber esos recatos propios de la condición femenina», le dijo. Jesús, algo corrido, se sentó en una de las camas para descalzarse y, ya en pie, continuó quitándose la ropa, notando sobre sí la mirada de Coleman, que no era una mirada neutra. Sintió vergüenza y, a la vez, el desasosiego de un cosquilleo interno. Coleman, sonriendo, se le acercó justo en el momento en que Jesús se estaba quitando el pantalón. No le resultó difícil inmovilizarlo en tan incómoda postura. Tomó la cara del español entre sus manos y lo besó en la boca. Jesús tuvo un respingo de sorpresa y no tardó en ceder, cayendo ambos sobre la cama. Coleman llevó la iniciativa en todo momento,

demostrando que su experiencia homoerótica no era corta. Perdidos los frenos de la vergüenza, Jesús colaboró con el británico sin reticencia alguna.

Bien entrado el día, Jesús se despertó confuso, con la conciencia dividida entre el grato recuerdo de una larga noche en la que había descubierto los juegos de un sexo diferente al que ya conocía y la pesadumbre de haber transgredido un tabú, de haber roto con una obligación moral tan imprecisa como poderosa. La visión de su padre, que no podría comprender y mucho menos aprobar aquello, se le hizo presente con una tenacidad amenazadora. Se sintió, a la vez, feliz y desamparado, alegre y deprimido.

No le fue fácil enfrentarse a Coleman a plena luz del día, y en cuanto a sus anfitriones, Jesús estaba seguro de que notarían en los gestos de ambos indicios de aquella nueva intimidad.

Coleman, sin embargo, se levantó radiante, dispuesto a disfrutar de aquel domingo y, aunque no pregonó su conquista, cualquiera (y más el acerado Lytton y la observadora Carrington) se hubiera dado cuenta de que no era sólo el sueño reparador lo que le había insuflado el buen humor y la vitalidad desbordada que desplegó durante toda la jornada.

A partir de ese día, las cosas entre Coleman y Vió no cambiaron en sus rutinas cotidianas, pero, aunque fuera del trance amoroso jamás hablaran de ello, resultaba evidente que la relación entre ambos se había modificado radicalmente.

Envuelto por la confusión y las dudas, Jesús le confesó a Coleman las extrañas visitas de Mildred, y Paul se puso serio para decirle que él no podía compartirlo con una sucia fámula y que debía cerrar bien la puerta del cuarto o prescindir de su amistad para siempre. No hubo de insistir. Tras el primer rechazo, la muchacha abandonó sus trasiegos nocturnos y, sin mediar palabra, sin mostrar un mal gesto, ni hacer notar su decepción, siguió comportándose exactamente igual que antes de aquella noche en la que, por primera vez, entró sin anunciarse en la habitación del huésped español.

Bien avanzado junio, Coleman informó a Jesús de que tenía la intención de viajar a Italia, a la Toscana, para conseguir sobre el terreno información de

primera mano acerca de Puccini, incluso una entrevista con el compositor, que le estaba gestionando el director del Covent Garden, quien había conocido al autor de *Tosca* cuando éste vino a Londres al estreno de *Madama Butterfly*. Deseaba que Jesús lo acompañara a Italia y el español aceptó.

Antes de partir, Jesús Vió se entrevistó con Lardy para darle cuenta de la marcha de sus trabajos. Lardy se sorprendió gratamente de que su alumno hubiera asimilado prácticamente toda la bibliografía suministrada por él y más aún cuando Vió tomó la tiza y sobre la pizarra, que acompañaba en la pared del cuarto a la descomunal fotografía de Lenin, comenzó a explicarle hacia dónde encaminaba la investigación.

—Vamos a suponer —comenzó Jesús— que, en contra de la conjetura, la ecuación sí tiene solución para algún n mayor que 5, que existen tres números enteros (A, B, C) mayores que 2 que la cumplen. Se tratará de demostrar que tal hipótesis es falsa. Creo haber llegado a la conclusión de que esto se puede demostrar estudiando una ecuación de otro tipo construida a partir de esta hipotética solución (A, B, C) .

—Escríbala —pidió Lardy.

$y^2 = x(x+a^n)(x-B^n)$, escribió Jesús en la pizarra.

—¿Y bien? —demandó el profesor.

Jesús, disfrutando de la curiosidad que había despertado en su maestro, sonrió.

—Una ecuación de este tipo es una curva elíptica. Si existe, esto es, si sus coeficientes existen, tiene infinitas soluciones que formarán un todo. Pues bien, he llegado a la conclusión de que esta curva elíptica construida a partir de la hipotética solución a la ecuación de Fermat, cuyos coeficientes A^n y B^n están ligados por la existencia de un tercer número, C , tal que —y volviéndose, escribió en la pizarra: $A^n + B^n = C^n$ — es una curva rarísima, tanto que sospecho que no existe, que el conjunto de soluciones a su ecuación es el conjunto vacío, por lo que la hipotética solución a Fermat no puede existir.

Lardy se quedó mudo durante unos momentos, mirando fijamente la pizarra. Luego fijó su vista en Vió para volver de inmediato sus ojos hacia las fórmulas. Al fin, habló:

—Si usted es capaz de demostrar lo que está escrito ahí tiene la tesis hecha. ¿Podrá?

—Creo que sí, pero para mostrárselo necesito mis cuadernos, que no he traído conmigo.

—Está bien —dijo Lardy—. Me ha puesto usted en ascuas. Suspenderé las citas que tenía concertadas para esta tarde y, si lo tiene a bien, veremos juntos esos cuadernos. Ahora le reto a un partido de tenis. Le espero dentro de media hora en la cancha. Yo me encargo de reservarla.

Jesús, radiante, corrió hacia la fonda y llegó al campo de tenis antes de que lo hiciera Lardy. El sol de junio, acompañado de una suave brisa, iluminaba los árboles y las praderas, que lucían un verde rabioso. Lardy volvió a ganar, naturalmente, pero esta vez el alumno se lo puso algo más difícil.

Durante toda la tarde y parte de la noche, Lardy y su pupilo estuvieron encerrados en el cuarto del Trinity. El profesor hizo que les sirvieran allí la cena con el fin de no perder la concentración.

—Es suficiente —concluyó Lardy—. Como ha visto, parece haber algunas dificultades intermedias que usted ya ha anotado. Trabájelas durante el verano, pero sin obsesionarse, pues de lo contrario arruinará sus vacaciones. A la vuelta, presénteme lo más aseadamente que pueda todo lo que tenga. Littlegarden y yo lo estudiaremos con atención. Creo sinceramente que está en el buen camino. Posee usted, joven, una intuición notable. No la desaproveche.

El 13 de julio, muy temprano, Coleman y Vió tomaron el tren en Cambridge y al mediodía ya estaban embarcándose hacia Calais. Caía la tarde cuando llegaron a la estación de Saint Lazare en París. Un taxi los llevó hasta el barrio latino y, entre el Panteón y Cardinal Lemoine, encontraron un hotel barato donde dejar el equipaje para, a continuación, salir a pasear por los alrededores. Aquella noche, víspera de la fecha en que se tomó la Bastilla,

París era una fiesta, y la apuraron, de suerte que regresaron muy tarde al hotel.

Al día siguiente, Paul, impulsado sin duda por la camaradería de la guerra sufrida en común, quiso asistir al desfile militar en los Campos Elíseos y, aunque Jesús se resistía a salir de entre las sábanas, un desagradable vaso de agua fría arrojado sobre su cara lo sacó de la cama. Durante el desfile, Jesús pudo observar que su amigo vivía la parada con una intensidad que contradecía su pretendida distancia con la grandilocuencia militar. Cuando un grupo de ex combatientes, todos ellos mutilados y vestidos con los uniformes de campaña, pasó por delante de la tribuna donde ellos dos estaban, Jesús se apercibió de la emoción que tomaba a su amigo hasta saltársele las lágrimas.

Pasaron dos días en el tren que desde París los llevó hasta Viareggio. La noche de su llegada durmieron como troncos en un hotel desde cuya habitación se oía el suave golpear de las débiles olas sobre la playa de la Versilia. Al día siguiente consiguieron alquilar una casa en el interior, una pequeña villa de una sola planta encaramada sobre una colina en las estribaciones marinas de los Alpes Apuanos. La casa, suficiente para una familia numerosa, se alquilaba incluido el servicio de una mujer de edad indefinida, vestida sempiternamente de negro. En un cuarto de hora se llegaba a pie hasta el pueblo, Camaione, y, desde allí, un desvencijado coche tirado por un caballo hacía el recorrido hasta las playas, si bien, para viajes más largos, a la capital de la provincia, Lucca, a Pisa o a Florencia, existía un autobús que pasaba por Camaione en días alternos.

Paul Coleman, interesado sobre todo en hablar con Puccini, que normalmente habitaba en su casa de Torre del Lago, no lejos de donde ellos estaban pero a suficiente distancia como para no poder abordar el viaje ni a pie ni a caballo, se planteó de inmediato dos objetivos: conseguir entrevistarse con el músico, a quien, desde Londres, ya habrían advertido de su presencia en la Toscana, y resolver el problema del transporte por medios menos convencionales y más versátiles que el autobús o el caballo. Jesús Vió tuvo entonces ocasión de comprobar por qué los británicos habían construido un imperio. En apenas tres días, Paul Coleman, que leía bien el italiano pero se expresaba en ese idioma con más tenacidad que destreza, consiguió que el

médico residente en Camaiore, pero que tenía consulta en Viareggio, se prestara para acercarlo en su Fiat hasta donde vivía y trabajaba el maestro toscano, en la ribera del lago Massaciuccoli, en cuyas aguas se dedicaba a cazar aves, «la segunda pasión de mi vida», gustaba decir de la caza el maestro. «Lo llevaré allí o a donde usted lo necesite, pues dar noticia al mundo de la magna obra de nuestro genio es una labor patriótica a la que ningún toscano podría negarse», prometió el médico. Coleman se las arregló para que *il dottore* Marco Silvini hiciera llegar al músico la noticia de su presencia en Camaiore. El tercer día después de su llegada, un propio, enviado por el Ayuntamiento de Viareggio, llamó a la puerta de la villa donde vivían los dos jóvenes para entregar a Coleman una carta de puño y letra de Puccini, en la que le informaba de que se había trasladado del lago a su casa de Viareggio, donde gustosamente lo recibiría la tarde del día siguiente.

Coleman y Jesús bajaban algunos días hasta la playa, pero, mientras Paul visitaba al músico, el aragonés se quedaba en la villa trabajando.

Puccini, según contó Coleman a Jesús, estaba optimista y alegre, pues acababa de recibir el libreto corregido y completo de la obra en la que llevaba trabajando desde tiempo atrás. Se trataba de *Turandot*, la ópera que su autor nunca vería representada pues, dos años después, cuando ya la tenía prácticamente concluida, un cáncer de garganta acabaría con su vida en unos pocos meses. Pero en aquellos días de julio en los que se entrevistó con Coleman, el maestro preparaba ilusionado una travesía por Europa con su hijo y varios amigos en su majestuoso automóvil Isotta-Fraschini que tanto le gustaba.

Jesús, por su parte, se levantaba pronto y normalmente dedicaba las mañanas a Fermat, a trabajar su tesis en la línea que le había indicado Lardy. Su proceso creativo, la intensa concentración que le exigía, precisaba de algún descanso, que aprovechaba para dar largos paseos, generalmente por los boscosos alrededores que comenzaban en la ladera de la colina en la que estaba edificada la villa. Una de esas mañanas, Jesús ascendió por el sendero y, en una revuelta del estrecho camino, se topó con una casa, un galpón que amenazaba ruina. Sentado sobre una piedra redonda, que antaño había servido para prensar manzanas y hacer sidra, estaba un niño con la camiseta y

los pantalones desgarrados. Tenía una de las piernas extendida de una forma extraña y agarraba con la mano derecha una piel seca de conejo. El niño se le quedó mirando fijamente y se levantó con dificultad. No tendría más de diez años. Era cojo y raquítico y la rodilla de la pierna mala no abultaba más que su escuálido brazo. Al andar arrastraba aquel pie como si tirara de un lastre. Dos mujeres vestidas de negro salieron del habitáculo y una de ellas hizo callar al perro, que ladraba, atado con una cuerda a una arandela que sobresalía del muro.

Jesús saludó y fue correspondido con un murmullo ininteligible. Sintió, de pronto, como si se le acabara de revelar una evidencia, que aquel niño podría haber sido él, y percibió que se le colaba en el alma un fortísimo sentimiento de piedad, dirigido no tanto o no sólo hacia aquella criatura tullida, sino al dolor inmenso de todos los humanos, hacia la humanidad desconsolada.

Allí, frente a la casucha deplorable, a la vista de la desconfiada mirada de las dos mujerucas, mientras el muchacho lo observaba con curiosidad, supo que algo tan invisible como cierto lo unía a aquella lejana y desconocida desgracia, a aquel niño cuyo destino estaba escrito en su pierna inútil.

En Florencia, después del obligado viaje que los dos jóvenes hicieron en tren, Jesús se sorprendió de la belleza que encerraba la ciudad del Arno, de la impronta de los Medici que allí sobrevivía, de las estatuas de Miguel Ángel, de los sorprendentes cuadros colgados en los Uffizi, tan actuales como cuando los pintó Botticelli, especialmente el de la belleza serena e inquietante de aquella mujer, la Vespucci, de la que el pintor, bien se veía, estaba enamorado. Pero lo que realmente cautivó la mente matemática del español fue que alguien hubiera tenido el atrevimiento de levantar una cúpula de aquel tamaño y sin armazón sobre una catedral, como había hecho Brunelleschi quinientos años atrás.

Cuando Jesús y Paul salían del Palacio Pitti y se dirigían hacia la plaza de San Felice, aparecieron por la esquina de Via Mazzetta una docena de individuos con camisas negras y porras en las manos, gritando y amedrentando a los viandantes. Muchos de éstos retrocedieron, refugiándose en portales y establecimientos. Sorprendidos, Coleman y Vió se quedaron quietos y solos en

mitad de la calle. Uno de los salvajes se plantó ante ellos y, echándoles materialmente el aliento en la cara, levantó el brazo armado, pero se limitó a decir: *Viva il Duce!* Bajó la porra, dio media vuelta con aire militar y se fue.

No sólo en Florencia, también en Viareggio y en Lucca, Coleman y Vió pudieron comprobar la presencia de grupos fascistas que, provistos de cachiporras, campaban a sus anchas por las calles sin que ninguna fuerza pública se les opusiera. Jesús y Paul quedaron sorprendidos al leer en un periódico unas palabras con las que Benito Mussolini comentaba aquellos hechos violentos: «En cuarenta y ocho horas de violencia sistemática hemos obtenido lo que no hubiéramos conseguido predicando durante años».

—Este país es un volcán en erupción, pero esa lava ardiente viene de muy abajo —opinó Coleman.

En los primeros días de agosto, Jesús y Paul tomaron en Viareggio el tren hacia el norte y, de noche, llegaron a Marsella, sin otro contratiempo que la pesada espera en el paso fronterizo. Al día siguiente se despidieron y Jesús tomó el tren, para transbordar en la frontera española y llegar a Barcelona en la mañana del día siguiente; mientras, Coleman viajó hasta París con la intención de llegar a Londres cuanto antes.

Durante el viaje que le llevaría a Barcelona, Jesús tuvo tiempo de recordar los días pasados en Italia. También de reflexionar acerca de la doble actitud de Paul respecto a él.

La convivencia en Italia inundaba sus recuerdos de añoranza, de dudas y de remordimientos. Era un problema moral y no lo era. No era moral en el sentido religioso del término, pues tenía bien claro que el rechazo familiar y social que se encontraría, de hacer explícito su enamoramiento, nada tenía que ver con su propia moral, sino con la moral religiosa impuesta. Pero también era una cuestión moral, la de la decisión de vivir clandestinamente o hacer pública su elección sexual. Una actitud y unos gustos que no tenía por qué ir pregonando, puesto que sólo concernían a su intimidad. En todo caso, y cualquiera que fuera su futura actitud al respecto, necesitaba apoyos y, bien lo sabía, no los iba a encontrar en Coleman. Durante la estancia en Italia, pese a que Jesús lo intentó en varias ocasiones, no consiguió ni una sola vez que el

inglés se aviniera a sostener una conversación sobre la relación sentimental que habían establecido entre ellos. Estaba claro que Paul Coleman no deseaba hablar de tales asuntos, que para él aquel amor, si es que lo había más allá de su expresión física, eso sí, apasionada, era una zona de sombra, un añadido clandestino y canalla a su vida bien integrada en el Londres eduardiano, aquel que permitía a sus hijos escarceos intelectuales y de otro tipo, sabiendo que, a la postre, volverían al redil y harían en la vida lo que se les demandaba, sin escándalos y sin extravagancias. Vicios privados y públicas virtudes, porque así se lo exigía Inglaterra. Ya lo había expresado muchos años antes con lacónica sencillez el almirante Nelson, preclaro ejemplo de doble vida, cuando poco antes de morir en aguas gaditanas había arengado a sus marineros con una frase decisiva: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber».

Volver a Zaragoza, reencontrarse con su casa y su familia le procuraba una doble y confusa sensación de agrado y de rechazo. No había pasado un año desde la despedida en Bilbao, pero a él le habían ocurrido muchas cosas, hechos que, intuía, le iban a marcar para siempre. Había descubierto una vida distinta, cosmopolita y, especialmente, un mundo que en poco se parecía a la Zaragoza de su ya perdida adolescencia. Y estaba, sobre todo, Coleman.

Manuela y Francisca le estaban esperando en la estación y, por turno, como si regresara de China, se abalanzaron sobre él cuando bajó del tren. Un nuevo y gran coche, un Hispano-Suiza comprado recientemente y conducido por un mecánico uniformado, llevó a los tres hasta la casa, en la calle Alfonso I.

En el aspecto espléndido y en la belleza de Francisca, Jesús no percibió la huella dejada por la dura experiencia vivida por ella pocos meses atrás. Ya no estaba en presencia de la adolescente a quien él había despedido en Bilbao, sino ante una mujer a cuyo paso se empezaban a levantar rumores atrevidos.

Los días que pasó en Zaragoza los dedicó Jesús a su siempre escasa vida social. A visitar a Julio Pastor, que recibió con alegría los progresos que Vió le fue contando, a charlar por primera vez de hombre a hombre con su padre, que a toda costa intentaba implicarle en prácticas emprendedoras donde las posibles ganancias siempre estaban presentes y que Jesús, consciente e inconscientemente, rechazaba. Y no porque maldijese el dinero, sino porque

detrás de aquél veía el trabajo de los albañiles y de los azucareros, aquella dura labor que él se sentía incapaz de realizar. Una vida que no hubiera querido para sí y que también merecía un mejor destino. En todo caso, le prometió a su padre realizar un diseño para construir un edificio de viviendas. «Tendrás que estudiar algo de arquitectura», le advirtió don Antonio. «Lo haré, no te preocupes», aseguró Jesús.

Consciente de las ventajas que su talento podría depararle, Jesús se lamentaba en su fuero interno de los inconvenientes que aquel desfase intelectual llevaba aparejados. Incapacitado para establecer una relación normal con los muchachos de su edad, se vio pronto forzado a convivir con gente mayor que él, que lo miraba y lo trataba como a un bicho raro. Alguien que encerraba en un cuerpo de muchacho un cerebro poderoso, impropio de su edad. No tenía amigos en la ciudad en la que había nacido y apenas recordaba haber jugado con otros niños más allá de los siete u ocho años. Las conversaciones con sus coetáneos, si es que alguna tenía, sólo le producían hastío. Condenado a la vida familiar, dedicado con la pasión del fugitivo a la lectura y a la tensión creativa, descubriría pronto un escape gozoso en la acogedora y desinhibida actitud de su prima, en sus impertinentes preguntas, en sus confidencias más íntimas, en la entrega total que aquella confianza sin límites representaba.

Cuando el calor se hizo insoportable, los Vió se trasladaron a la casa del pueblo. Todos menos don Antonio, que se quedó en Zaragoza, asistido por una de las criadas. Jesús, encerrado en su habitación de la primera planta, transformada en estudio, desplegó sus cuadernos y dio fin, o eso creía él, al mandato de Lardy. Por su parte, Manuela, como un comandante en jefe, ordenaba en la casa. Hizo varear los colchones de lana, retejar la cubierta, probar la calefacción recién instalada y todo cuanto quehacer imponía una casona de aquellas dimensiones.

Resultaba evidente que la vuelta de Jesús había animado a Francisca. Se dedicaba a la lectura, a algún encaje con los bolillos y, sobre todo, a acompañar a su primo. Muchas horas metida en su cuarto «sin interrumpir al poeta», como ella decía, y otras dando largos paseos por el campo en su compañía y, sobre todo, aprovechando cualquier ocasión para conversar,

forzando a su silencioso primo a contar, haciendo de él un narrador forzado. Sobre un plano de Cambridge, y sólo Dios sabía de dónde lo había sacado, le hizo señalar la fonda en que vivía, el Trinity y su biblioteca, la cancha de tenis y las navegaciones por el río Cam. Pero, sobre todo, quería sonsacarle los aspectos privados de su vida. Las chicas que había conocido, los compañeros de estudios que trataba... Aunque él se resistía, ella volvía una y otra vez a la carga. Una de aquellas noches en que Paquita entró en la habitación de su primo sin pedir permiso, estando él acostado, ella se echó encima de la colcha e, interrumpiendo su lectura, exigió confidencias, a la vez que ella las otorgaba. Ya fuera por la paz que desde los campos aledaños entraba por la ventana abierta, ya por la voz incitadora y persuasiva de Francisca, el caso es que Jesús abrió la espita de su alma y comenzó a contarle su aventura con Mildred. Entonces, Francisca se levantó y, dando vuelta a la cama, apagó la lámpara que lucía sobre la mesilla de él. Volvió a su sitio y dijo: «La luz ahuyenta a las brujas, y hoy parece que las necesitamos». Jesús siguió contando sin que ella le interrumpiera, pero luego hubo de someterse a un interrogatorio exhaustivo y exigente, más aún que aquel que, sobre el mismo asunto, había tenido como protagonista a Papachristos. «¿Y entonces qué sentiste?» «¿Y de qué forma se hace?» «¿Y...?, ¿y...?, ¿y...?»

Roto el muro de contención, en medio de las tinieblas, Jesús, por primera vez en su vida, no tuvo recato en contarle a su prima, aquella noche y en noches sucesivas, casi todo, pues Coleman tan sólo apareció en la narración como un compañero en aficiones musicales y en viajes italianos. Se dejó dentro, pues, aquello que más le preocupaba, lo que, intuía, habría de señalarle la dirección de su destino. Tal era la curiosidad de Paquita que incluso hubo de explicarle, como bien pudo, sus trabajos matemáticos y la lucha titánica que mantenía con un francés del siglo XVII llamado Pierre de Fermat.

Comenzado ya septiembre, mientras Francisca se preparaba para entrar en la Universidad, Jesús volvió a Bilbao para, desde allí, viajar a Inglaterra. Llevaba escritos con su mejor letra, en un cuaderno de páginas blancas y tapas azules, los resultados «bien aseados» que Lardy le había sugerido. A él entregó el cuaderno al día siguiente de llegar a Cambridge. Luego jugaron al tenis y el

profesor volvió a ganar. En el paseo posterior, Lardy se explayó sobre el talento que exigía realizar cualquier juego de pelota que, según él, era de una inteligencia emparentada con la que precisaba el cálculo numérico, «aunque un maestro del cricket, del tenis o del fútbol no sepa dividir. En verdad, a la mayor parte de ellos —añadió— les cuesta un imperio resolver una ecuación sencilla, pero eso poco importa. Intuitivamente, antes de golpear la bola, han resuelto sin saberlo problemas de física que llevaría días enteros tan sólo plantear. El juego de pelota está, además, inscrito en el arranque revolucionario de la Historia Moderna», concluyó Lardy, aludiendo al lugar de París en el que había comenzado la revolución que acabó con el Antiguo Régimen en Francia.

Coleman tardaría aún dos semanas en volver de Londres y Jesús pensó en visitarlo. Entonces cayó en la cuenta de que Paul nunca lo había invitado a su casa familiar y, pensando que quizá lo importunaría, desistió. Durante aquellos días en Cambridge, a la espera del veredicto que Lardy y Littlegarden emitirían, Jesús sintió la soledad. Como no podía aminorar ese sentimiento con la rutina del estudio, se vio obligado a encontrar nuevas y efímeras pautas temporales con las que clasificar y utilizar las horas de los largos días, a menudo grises, que ya anunciaban el otoño. Compró nuevas partituras y volvió al violín. También se dedicó a la escritura epistolar, con Papachristos y Francisca como principales destinatarios. Las horas de biblioteca que se impuso las ocupó en libros de arquitectura, antiguos y modernos.

El reencuentro con Coleman, cuando éste regresó, tuvo el fulgor de un fuego. Jesús fue plenamente consciente de que el enamoramiento que sentía hacia Paul le hacía dependiente y de que aquella dependencia lo tornaba más vulnerable. Quizá ya había entendido, a través de tantas lecturas, que el del amor es un juego desigual y que a él le había tocado un papel gregario. Entre el lecho y la vigilia había la misma diferencia que separa la noche del día. La descarnada confianza y el abuso de ella, a la que Coleman se entregaba de buen grado en el amor, desaparecían en cuanto ambos retomaban los papeles pautados que exige la vida cotidiana. El placer de la posesión y el de la entrega daban paso a la distancia que se establece entre gentes normales en la vida social, y era esa distancia la que lo atormentaba.

Antes de Navidad, Coleman presentó su tesis doctoral sobre Puccini y el tribunal le fijó fecha para marzo. El día de Año Nuevo el cuarteto de cuerda dio un concierto en Londres, en una sala aledaña al Royal Court Theatre, que fue bien acogido, incluso el *Times* publicó una escueta nota en sus páginas musicales. Los padres de Paul asistieron al concierto y éste se vio obligado a presentarles al resto del cuarteto. Los Coleman hacían una bella pareja: espigados, británicos, dignos y, sobre todo, educados, se deshicieron en elogios. Junto a ellos estaba el hermano de Paul, David, apenas salido de la adolescencia, y una muchacha rubia, Kitty, que Jesús entendió que era pariente de los Coleman, a juzgar por la confianza con que éstos la trataban. La madre insistió en invitar a los músicos a cenar, pero Paul se negó, alegando que el cuarteto tenía un compromiso. Jesús ignoraba de qué compromiso se trataba y Paul se encargó de aclararlo en cuanto los padres se despidieron. «Seré yo quien os invite a cenar... Luego os enseñaré el Londres de la noche, el de Jack el Destripador», prometió.

Los organizadores del concierto habían puesto un coche con su chófer a disposición del cuarteto y en él se desplazaron, primero a Kensington Place, donde cenaron, y luego a los más infames tugurios, hasta que el abundante alcohol ingerido comenzó a pasar factura. Se presentaron los efectos devastadores sobre la verticalidad y el habla, propios de bebedores poco avezados. A las tres de la mañana, el coche depositó a un Paul tambaleante en la puerta de la casa familiar, en Caledonian Road, y luego transportó la carga del trío superviviente a sus domicilios en Cambridge.

El día 2 de enero del nuevo año no amaneció para Jesús, que apenas consiguió levantarse para cenar y dar alimento a su maltratado estómago, volviendo de inmediato al lecho, para que su pobre hígado siguiera trabajando en paz, eliminando los destrozos a los que había estado sometido.

Antes, en noviembre, Jesús y Lardy habían tenido, en presencia de Littlegarden, una larga entrevista. Los profesores habían encontrado en los papeles de Vió dos pasos intermedios cuya demostración era incompleta o confusa. Fue una tarde larga y provechosa, pues los maestros no se habían limitado a detectar los fallos sino que se esforzaron en señalar y desbrozar los caminos que probablemente conducían a una salida airosa. En cualquier caso,

a Jesús le quedaban algunos meses de trabajo para sacar adelante el empeño. Littlegarden, un hombre de aspecto serio y talante riguroso, dedicó a Vió gratas palabras, claros elogios a su capacidad, y Jesús abandonó la sala convencido de hallarse en el buen camino, seguro de que podría alcanzar el doctorado antes de lo que Lardy y él habían previsto.

Coleman y Jesús celebraron el éxito que el primero obtuvo con su tesis sobre Puccini y, por primera vez, Paul habló de su futuro. Le habían ofrecido quedarse en Cambridge como profesor, pero expresó sus dudas.

—No quisiera envejecer aquí —dijo— y acabar siendo un sabio que ignora casi todo de la vida, dedicado a deglutir lo que otros han escrito. Sé que no estoy suficientemente dotado para el chelo y no me dedicaré a la música, pero me atrae más la acción que la contemplación. Voy a pensarlo —anunció.

Jesús no se atrevió a preguntar qué papel jugaría él en el futuro de Coleman, se limitó a recomendarle que lo pensara bien antes de decidir.

Tres semanas más tarde, dos de las cuales había pasado en Londres, Paul, cosa insólita, se presentó de improviso en la fonda donde vivía Jesús. Cenó con él allí y a los postres le pidió que dieran un paseo por la orilla del río. Era una noche apacible, pero junto al agua hacía frío y los dos se cubrían con gabanes de invierno; Coleman incluso se había calzado unos guantes de lana.

—He tomado una decisión —comenzó Coleman— y quiero que seas el primero en conocerla. Me han ofrecido un trabajo interesante, pero lejos de aquí. Un cargo en la India, concretamente en la Administración. No viajaré solo, antes me casaré con Kitty, la chica que conociste en Londres el día del concierto.

Jesús recibió la doble noticia como si le acabaran de anunciar una grave enfermedad, como si un juez le hubiera comunicado su sentencia de muerte, y no supo qué decir. El largo silencio, embarazoso y espeso, fue roto al fin por Coleman.

—Es mi vida, ¿lo entiendes? Y he de tomar decisiones, tú mismo lo dijiste. Si quieres, nos despediremos en Londres..., vamos, si te parece bien. Por supuesto, estás invitado a la boda.

—No, no nos despediremos en Londres, ésta es la despedida. ¿Cómo se te ocurre que pueda ir a tu boda? Nadie asiste a su propio entierro —concluyó Jesús.

Los días de la primavera resultaron aciagos y Jesús sintió la soledad del abandono, muy diferente de otras soledades que ya conocía. Por suerte para él, se refugió en Fermat y aquella pasión creadora lo mantuvo en pie, mas cuando, agotado, se detenía para pasear, bogar por el río, jugar al tenis o descansar sobre la cama (no volvería a tomar en sus manos el violín durante muchos años), el mal de la ausencia aparecía como un perro mordedor, un fantasma tenaz. Para ahuyentarlo se sirvió también de la literatura epistolar. Cartas a Papachristos contándole los avances sobre la ciudadela de Fermat y, sobre todo, largas misivas dirigidas a Francisca en las que practicó todas las artes del disimulo, aunque bien sabía él que a su vuelta acabaría por desgranar en los oídos de su prima una confesión general.

Aunque Francisca no era dada a escribir sobre asuntos políticos, en la segunda semana de junio Jesús recibió una carta suya en la que los abordaba:

«Tu padre está malhumorado y destila malos modos, producto de su preocupación. Aquí, en Zaragoza, las cosas no van bien. Como ya sabrás mataron en la calle al cardenal Soldevila. Iba en su coche por el Terminillo y al reducir la marcha para entrar en el asilo que hay allí, dos hombres que lo estaban esperando le dispararon a través de la ventanilla trasera. Murió en el acto. El cura que lo acompañaba y el chófer quedaron heridos. Todos dicen que los autores han sido los anarquistas, como venganza por el asesinato en Barcelona de un sindicalista llamado Salvador Seguí, a quien apodaban el Noi del Sucre.

»El mes pasado también asesinaron al gobernador de León. De eso le echan la culpa a Durruti, que al parecer es de allí. La muerte del arzobispo se la cargan a los hermanos Ascaso, que son aragoneses. Tu padre dice que esto acabará mal si no hay un hombre fuerte que se haga cargo de la situación. Dado que Maura, a quien tanto venera, dimitió el año pasado, no sé muy bien en quién estarán pensando él y sus amigos del Casino Principal.»

Recién entrado el verano, Jesús pensó que estaba en condiciones de tener una entrevista definitiva con su maestro. Reescribió todo el texto, incluyendo las soluciones a los fallos detectados por Lardy y Littlegarden, y se dispuso a entregárselo.

—Quiero que lo vea también Littlegarden, que está ahora en los Estados Unidos y no volverá hasta septiembre —le informó Lardy—. Quizá prefiera usted esperar nuestras noticias en España. Si todo va bien, como imagino, enviaremos la investigación a una revista especializada para que la publiquen. Tiene varias ventajas. En primer lugar, el hecho mismo de la publicación, pero también la de que, antes de publicarlos, someten los artículos a una revisión por parte de varios matemáticos especializados. Su veredicto será favorable, estoy seguro, y nos dará mayor tranquilidad, ¿no le parece? —Jesús asintió.

Al día siguiente hizo el equipaje y lo facturó hacia Bilbao. Se despidió de los Sebastián y de sus compañeros del Trinity y, provisto tan sólo de una bolsa de viaje, tomó el tren, que lo llevó hasta Dover, y, tras cruzar el canal, a París, donde se demoró tres días, antes de salir hacia Hendaya.

Jesús se presentó en Zaragoza sin previo aviso. Aunque tendría que volver a Cambridge, se hizo a la idea de que su etapa inglesa había concluido. Visitó varias veces a Julio Pastor. Pastor quería que Jesús se integrara en la Universidad de Zaragoza e iniciara «una carrera académica que será brillante», aseguró. Viajaron juntos a Madrid para dar cuenta a la Junta de Ampliación de sus «éxitos en Cambridge», así lo expresó Pastor, dando por hecho que la tesis de su pupilo llegaría a buen puerto.

Zaragoza seguía siendo para Jesús una ciudad cerrada; apenas tenía amigos y la única vida social era la que representaban su familia y las superficiales y formales visitas que los Vió recibían en su casa. Eso sí, solo o en compañía de Francisca, no se perdía un estreno teatral y no había concierto al que no asistiera. También era asiduo de los cines. Del Alambra o del Doré en el paseo de la Independencia, del Salón Blanco en Espoz y Mina.

Jesús llevaba dentro algo más que un desengaño. Sufría de abandono y de traición, pero más allá y más profundamente, aquel desamor, tan drásticamente sobrevenido, le produjo una profunda inseguridad. Una fatal

desconfianza en sí mismo, en poder superar aquel desgarró. Los reproches que no quiso expresar a Coleman a orillas del Cam se habían ido pudriendo en su interior hasta convertirse en un rencor sin objeto ni venganza posibles.

Aunque Jesús fuera persona de pocas palabras, pese a que guardara para sí la mayor parte de sus sentimientos e ideas, su estado de ánimo no escapaba a la permanente observación de su prima, que de vez en cuando solicitaba información acerca de él. Cuando, en agosto, los Vió se trasladaron a la casa del pueblo, Jesús sabía que le esperaba una confesión general. Que le haría bien contarle a Francisca lo ocurrido, abrir la herida de su corazón, por ver si el aire fresco y limpio que ella le aportaba servía para cicatrizar aquel taladro.

Cuando, una de las primeras noches, Francisca apareció en la habitación de Jesús y se acostó vestida encima de los cobertores de la cama, no tuvo que insistir. Jesús se abrió a las confidencias y lo contó todo. Intentó y consiguió no hurtar detalles, no ocultar los pliegues de su alma donde guardaba sus más escondidos y amargos sentimientos. Cuando concluyó, le sobrevino un dichoso cansancio. Por primera vez en muchos meses, como el escalador que, dejándose la piel en el intento, alcanza la cumbre, Jesús se sintió aliviado de una parte del peso que arrastraba. Ella, que había escuchado en silencio, se volvió hacia él, lo besó en la frente, juntó su mano izquierda con la derecha de su primo y le dijo:

—¿Podrás quererme a mí como lo has querido a él?

—A ti te quiero más —contestó Jesús.

—Pero no igual, ¿verdad?

—Si te quiero más no puedo quererte igual, es un principio elemental de la aritmética —adujo el hombre.

—Sabes muy bien que no es eso lo que te he preguntado. No te refugies en tus matemáticas. Igual quiere decir con idéntica pasión, con el cuerpo y el alma.

—Me temo que, al menos de momento, eso no podrá ser —confesó Jesús, tras un silencio.

—Yo sabré hacer que sea posible, pero debes dejar que lo intente. No te cierres como un caracol.

—No te huiré, si es eso lo que quieres.

Los acontecimientos políticos de aquellos días los seguía Jesús con atenta distancia. Los debates en el Parlamento recién elegido acerca de las responsabilidades por el Desastre de Annual habían ido, según su padre, «demasiado lejos, implicando injustamente al rey». Jesús, que había leído todo lo que cayó en su mano acerca del asunto, no era de esa opinión pero, una vez más, guardó silencio. A finales de julio, antes de que los Vió se trasladaran al pueblo, los soldados se negaron en Málaga a embarcarse hacia Melilla. En la revuelta murió un suboficial y el Gobierno indultó de la pena de muerte a un cabo al que habían hecho responsable de la sedición. Antonio Vió volvió a perorar en la mesa acerca de lo mal que iban las cosas y la debilidad del Gobierno, «incapaz de sentar la mano a tanto extremista como anda suelto».

En uno de los primeros días de septiembre, Jesús recibió una breve carta de Lardy, donde le informaba de que Littlegarden y él se habían puesto a trabajar sobre el manuscrito y que hasta el momento no habían detectado fallos. El 15 de septiembre le daba Lardy el definitivo visto bueno, en una carta donde le anunciaba el envío del trabajo a *Proceedings of the London Mathematical Society* (PLMS) y le comunicaba que, de ser favorables los dictámenes de los expertos, la publicación vería la luz en breve plazo. Entonces le diría la fecha de la prueba para el doctorado.

Antonio Vió andaba exultante aquellos días y razones no le faltaban para ello. Poco antes de que le llegara a Jesús la agradable carta de Lardy, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se había levantado contra el Gobierno que presidía el liberal García Prieto. Pronto se supo en Zaragoza que el general Sanjurjo, que ejercía allí de capitán general, se había sumado al «movimiento salvador». Los años que iba a durar aquella dictadura servirían para cambiar Zaragoza y la construcción prosperaría. «Se necesitan viviendas y habrá viviendas; se precisan carreteras y puentes y los habrá», anunció don Antonio a su familia, seguro de que los sobresaltos habían terminado.

Julio Pastor le propuso a Jesús que, decidiera lo que decidiera tras el doctorado en Cambridge, debía hacer dos cosas: presentar la tesis también en España, en la Universidad Central de Madrid, la única que estaba autorizada entonces para otorgar el título de doctor, e inscribirse como profesor en la Universidad de Zaragoza. «Creo que sería bueno para la Universidad y para usted», se atrevió a sugerirle.

Sin comprometerse del todo, Jesús aceptó y en pocos días pasó al castellano la tesis que había entregado a Lardy y la hizo editar por su cuenta en una imprenta zaragozana. Cuando el regente le preguntó el título de la publicación, Jesús se apercibió de que aún no lo había decidido. Tomó un papel y allí mismo escribió: «El último teorema de Fermat y las curvas elípticas». Debajo puso su nombre.

En cuanto los expertos del *PLMS* dieron su visto bueno, Lardy citó a Jesús Vió en Cambridge y éste volvió a Inglaterra en los primeros días de noviembre para realizar la lectura formal de la tesis, cosa que hizo con el éxito esperado. Aparte de las relaciones académicas, Lardy y Jesús sostuvieron varias entrevistas. Lardy quería saber si Vió seguiría intentando desvelar el enigma de Fermat o se conformaría con el paso ya dado.

—Pienso —dijo Jesús—, pero es tan sólo una intuición, que las curvas elípticas pueden expresarse de otra forma. Que está por desarrollar otra rama de las Matemáticas, directamente relacionada con las curvas elípticas, como el magnetismo lo está con la electricidad. Intuyo —insistió Jesús— que son las formas modulares las que están directamente ligadas a las curvas elípticas.

—Interesante —comentó Lardy—, pero ¿tiene evidencias de eso?

—Alguna tengo pero, le insisto, se trata de una intuición.

—Las matemáticas avanzan gracias al motor de las intuiciones —concluyó Lardy.

—De todas formas, tengo una seguridad y una duda —dijo Jesús—. La primera es también una obviedad: Fermat no conocía las curvas elípticas ni las formas modulares y, por lo tanto, no pudo explorar esta vía para demostrar su

teorema. La duda no es mía, sino de todos los matemáticos: ¿tenía Fermat la solución, tal como él aseguraba?

—Yo creo que el viejo Fermat no tenía la solución —dijo Lardy—, de haberla tenido, alguien en tres siglos la hubiera descubierto.

—Ese razonamiento tan empírico no me saca de dudas —concluyó Vió.

Lardy le ofreció que se quedara en Cambridge, pues allí tenía asegurada la tranquilidad necesaria para proseguir con sus investigaciones. «Le he de confesar que también siento curiosidad por sus progresos. Además —se atrevió a decir Lardy—, ahora en su país hay una dictadura y debe de resultar desagradable soportarla».

Pero a Jesús le asustó la soledad, una soledad llena de recuerdos, y supo que aquél no era su sitio, que no podría recorrer los lugares donde creyó, aunque fuera por tan breve tiempo, haber entrevisto la felicidad.

IV. (1923)

Unos meses después de que Jesús Vió se integrara en la Universidad como profesor de la Facultad de Ciencias, primero la enfermedad y después la muerte de Zoel García de Galdeano, gran patrón de las matemáticas zaragozanas, provocaron una reforma en la distribución de las labores pedagógicas en aquella materia, lo que obligó al joven, sin experiencia docente, a hacerse cargo de la enseñanza de dos cursos, uno de iniciación y otro avanzado. Julio Pastor confió en él y lo ayudó en sus primeros pasos, que podrían ser duros, suponía Pastor, no por falta de conocimientos, sino porque las relaciones entre el profesor y los alumnos pudieran resultar difíciles. No fue así; aunque pronto le adjudicaron el mote de el Niño, las cosas no pasaron de esa broma. Jesús reproducía entre aquellos jóvenes la distancia que solía acompañarlo. También ellos veían en Jesús Vió un fenómeno raro, cuyo comportamiento les parecía impredecible, difícil de tomarle normas y medida. Él procuraba explicar las cosas reduciéndolas a la expresión más sencilla, parando a menudo su discurso para solicitar respuestas, agarrándose a ellas, fueran ciertas o erradas, para retener la atención de la audiencia, tratando de sostener el ritmo más moroso que le fuera posible. La enseñanza como labor le agradaba, aunque fuera consciente de la nula utilidad que le reportaba para su propio aprendizaje, excepción hecha de la didáctica, en la cual sí se veía avanzar. A esto último ayudaba el hecho de que la clase nunca pasara de los quince alumnos, en una facultad cuya matrícula no superaba en total los cuatrocientos.

Al contrario de Peter Pan, Jesús deseaba hacerse mayor cuanto antes, que dejara de agobiarlo la pesada carga de su aspecto juvenil. Cuando se lo confesaba a Francisca, ella le consolaba echando mano de un tópico: «Eso lo cura el tiempo», le decía.

En la Universidad de Zaragoza estudiaban apenas mil ochocientos alumnos, casi todos varones. Las mujeres, muy escasas, abundaban algo más en Letras, donde, de un total de doscientos cincuenta jóvenes, las chicas no llegaban a veinticinco. Francisca era una de ellas y no pasaba desapercibida. Requerida por abundantes moscones, no los rechazaba, sino que acudía a sus reuniones y paseos, ejerciendo la camaradería. No era raro que por las tardes se juntaran en el café Ambos Mundos, entre el sonido de una orquestina, la algarabía de la concurrencia y un humo cegador, para, más tarde, ir a Gambrinus, en la plaza de España, a tomarse unas copas.

Cuando las condiscípulas los acompañaban, los muchachos evitaban pasar por la plaza de San Lamberto, que ellos sí frecuentaban para «rendir culto a Afrodita», en frase algo relamida de Rafael Ventura. Rafael era un joven bien parecido. Alto, algo flaco, tirando a rubio, podía pasar por un vizconde sacado de alguna vieja novela francesa. Le gustaba pasearse en invierno cubierto con una capa y apoyándose en un bastón cuya empuñadura consistía en una mujer desnuda tallada en marfil.

Francisca, ya fuera por afán igualitario o porque su curiosidad no conocía límites, les exigió hasta conseguirlo que la dejaran acompañarlos a lugares «más interesantes». Venciendo sus resistencias —y sin conseguir que se uniera al grupo ninguna de las escasas chicas— fue con ellos algunas veces al teatro Parisiana, en el que Carmen Flores, que hacía el número principal, salía, desenvuelta, a cantar *La celosa* u otro cuplé verde de letra insinuante. Incluso, una noche, Francisca acabó con ellos en un antro de la calle Boggiero (un «cabaret moderno», predicaban sus propietarios) y allí pudo contemplar a una mujer, ya no tan joven, que bailaba en solitario una danza, cubierta sólo por unas mallas color salmón, aderezadas, eso sí, con un triángulo de piel de conejo, como anuncio o metáfora de lo que había debajo.

Durante los primeros meses de aquel curso 1923-1924 comenzado con la dictadura, uno de los compañeros de Francisca, Raúl Sedaño, un joven con tendencia a engordar, de bigote fino y voz ligeramente campanuda, que no ocultaba su ideario anarquista, les tuvo puntualmente informados de los pasos judiciales seguidos por el proceso abierto contra los supuestos autores del asesinato del cardenal Soldevila. Raúl sostenía que todo era un montaje y que

Francisco Ascaso, preso, junto a los demás procesados, en la cárcel de Predicadores, era poco menos que un ángel y sólo quería la «liberación de la Humanidad».

En la madrugada del 8 al 9 de noviembre, Francisco Ascaso y ocho de los suyos, no se supo bien cómo, escaparon de la cárcel. Todos los periódicos dieron cuenta de la espectacular fuga que dejó con tres palmos de narices a las nuevas autoridades, las mismas que se habían impuesto por la fuerza, prometiendo orden y seguridad. Aquella mañana, Raúl Sedaño llegó exultante a la facultad y prometió champán en el Ambos Mundos a quien quisiera acompañarlo. No estuvo solo en la celebración, aunque la inmensa mayoría de quienes lo siguieron nada tenía que ver con la acracia y ni mucho menos aprobaba las andanzas de Ascaso, el compañero inseparable de Durruti.

Paquita, siempre preocupada por el aislamiento de su primo, tiraba de él y conseguía que se sumara a la panda. Jesús se avenía a ello intentando ser uno más del rebaño, para alcanzar tan sólo el estatuto de espectador, con la excepción de las conversaciones particulares que mantenía con Ventura o con Sedaño.

Ventura, que conocía las aficiones de Vió, le sonsacaba opiniones musicales e incluso cinematográficas. «Quiero saber qué opinas sobre todas las artes, menos las Matemáticas. Esos jeroglíficos siempre me han dado dolor de cabeza», le decía. Por el contrario, Raúl Sedaño veía en Jesús un objetivo para su apostolado. Dado que a Vió se le consideraba en Zaragoza un genio y parecía receptivo, Raúl debió de pensar que Jesús era un buen candidato para nutrir las filas de la «acracia intelectual», a la cual él decía pertenecer. Las peroratas ideológicas con las que Sedaño le intentaba atraer a su causa, las recibía Jesús con la atención del entomólogo y el rostro de la esfinge, sin que el predicador consiguiera arrancar a su interlocutor cualquier opinión en la que fundar esperanzas de conversión. A menudo, aquellas pláticas peripatéticas eran interrumpidas por Ventura, zumbón, a quien la gracia le sobraba, sin hacerse el gracioso.

—Todas las utopías son, en el fondo, pesimistas —sostenía Ventura—. No creen en el individuo sino que siempre lo ponen al servicio de alguna

colectividad o, lo que es peor, de una idea. Y éstos —decía, señalando a Sedaño—, aunque se deshagan en loas a la libertad, no por ello dejan de pensar en la imposición de sus ideas redentoras por la fuerza. ¡Sean ustedes felices, de la forma y manera como nosotros entendemos la felicidad!, ésa es su consigna.

Sedaño se defendía con todos los argumentos que tenía a mano, especialmente cuidadoso de que nadie pudiera argumentar en contra del pensamiento libertario con el ejemplo ruso. «Ésos son comunistas, que es cosa bien distinta. Sólo creen en el Estado, un horrible Leviatán», sostenía.

—¿Y vosotros, cómo vais a construir el Paraíso? —preguntaba Ventura—. ¿Convenciendo a la gente para que sea buena y generosa? ¿O, más bien, pistola en mano, como parece opinar esa nueva pareja de la Guardia Civil que forman Ascaso y Durruti?

Sedaño, en todo caso, no se arredraba y seguía manteniendo sus posiciones, seguro en su trinchera, desde la cual disparaba diatribas contra todo lo que se movía: el Dictador, el Rey, el Ejército, la burguesía podrida... Rechazaba, al menos de palabra, la «acción directa», pero en aquellos días nunca se le oyó criticar a los usuarios de las pistolas. Se consideraba discípulo de un profesor os- cense de quien hablaba maravillas y, de vez en cuando, le insistía a Jesús para que fuera a visitarlo a Huesca. Ventura, que era también amigo del profesor, se sumó a la propuesta y, tocado en su curiosidad, Vió acabó por aceptar y con Francisca fueron los cuatro un domingo hasta Huesca para conocer a Ramón Acín.

Ramón Acín los recibió en su casa. El oscense, que entonces tenía treinta y seis años, era un hombre polifacético. Profesor de la Escuela Normal, magnífico dibujante y pintor y también un escritor con garra que, pese a la dictadura, seguía publicando en el *Diario de Huesca*. Uno de esos artículos, «Por estética y por humanidad», en defensa de Juan Bautista Acher, colaborador en Barcelona de *Solidaridad Obrera* y que había sido condenado a muerte, le había llevado a la cárcel, de donde acababa de salir cuando los cuatro jóvenes lo visitaron. Eludió hablar de su experiencia carcelaria, pero, por lo demás, habló de todo.

—Me hubiera gustado ser obispo —confesó, sorprendiendo a la concurrencia—, mas, para llegar a serlo, es preciso saber latín. Torpe en la lengua de Virgilio y poco dado a las cosas de tejas arriba, desistí.

Jesús y Francisca quedaron encandilados por Acín y también por su esposa, Conchita, que daba a su marido réplicas graciosas y atinadas. La niña de ambos, a quien sus padres habían puesto el exótico nombre de Katia, completaba el trío, que Francisca no tuvo empacho en bautizar de «Sagrada Familia», para escándalo de Raúl Sedaño, que no admitía metáforas religiosas.

Jesús Vió seguía manteniendo una irregular correspondencia con Papachristos y éste, haciendo una excepción, lo informaba de su lucha contra «el maldito Goldbach» y sus números primos. «Ciertos avances voy haciendo, aunque muchos de ellos sean destructivos —le escribió Petros—. Por ejemplo, algunos optimistas creían haber encontrado una serie regular de primos, con el 3 y el 1. En efecto (a lo peor te estoy descubriendo el Mediterráneo): 3, 31, 331, 3.331... son primos, pero, ¡oh decepción!, si multiplicas, siempre que te apetezca, 19.607.843 por 17, verás el resultado. Esa multiplicación no es otra cosa que 333.333.331. ¡Que, evidentemente, no es primo! Un chasco para esos ilusos, que me ha dado gusto descubrir, pero que, bien mirado, de poco va a servirme».

Intentando atacar por la retaguardia a Fermat, Jesús Vió le dedicaba muchas horas de soledad, encerrado en su pequeño estudio de la casa familiar de la calle Alfonso I, protegido por una orden nunca dada según la cual nadie debía molestarlo. Algunas veces aquel aislamiento era roto por Francisca que, sin pronunciar una palabra, se introducía en el sanctasanctórum de su primo para sentarse a leer en el sillón de orejas que Jesús sólo ocupaba para sus propias lecturas literarias. Jesús trabajaba las matemáticas siempre en la silla, delante de la mesa, con sus cuadernos blancos depositados sobre ella. Persiguiendo la intuición que había confesado a Lardy, seguía peleando con las curvas elípticas y las formas modulares, intentando ligarlas, pero apenas hablaba de ello con nadie. Por otro lado, no le abandonaba una duda, la de si habría otro camino más sencillo, aquel que habría seguido Pierre de Fermat en caso de ser cierta la afirmación del matemático francés según la cual sí tenía y se había guardado la demostración de su famoso enigma.

Cuando Pastor partió hacia Madrid para integrarse en la Universidad Central, Jesús tardó algún tiempo en encontrar un colega zaragozano a quien confiar, aunque fuera someramente, sus pesquisas. Lo acabó encontrando en José Álvarez Ude, un hombre que le llevaba veintisiete años y lo trataba con cariño y aprecio, pues creía en el joven Vió. Álvarez Ude se empeñó en que Jesús publicara artículos en la revista matemática que él mismo dirigía, comenzando por la tesis. Poco importó que ya estuviera publicada en una revista inglesa. Jesús, exigente consigo mismo, se mostraba reticente, pero siempre acababa por ceder a las amables y tenaces invitaciones de su nuevo mentor. Fue éste quien le forzó más tarde a que presentara una comunicación en el Congreso Internacional de Matemáticas, que se celebró en Bolonia, donde Jesús se volvió a encontrar con Papachristos, con Lardy..., con Italia.

Los trajines y las amistades de los primos no pasaban desapercibidos al padre y suscitaban en él alguna inquietud, aunque a Manuela todo lo que hicieran Francisca y Jesús le parecía adecuado, excepto la resistencia de ambos a pasar por la iglesia, hasta tal punto que sólo conseguía arrastrarlos al Pilar algunos días señalados, y cuando iban, bien lo sabía ella, lo hacían por no disgustarla y no porque estuvieran convencidos de la necesidad de tales prácticas. De tarde en tarde, en la mesa, don Antonio señalaba con pretendida indiferencia: «Me han dicho que días atrás estuvisteis en tal o cual lugar», y se limitaba a añadir algún comentario poco amable acerca de Ventura, pues su extravagante vestimenta llamaba la atención y la gente de orden, siempre alerta, veía en él la quintaesencia de la modernidad. Un ser que se salía de la norma y, por ello, resultaba potencialmente peligroso. Por lo demás, el padre mantenía hacia Jesús cierto respeto suscitado por la admiración que, a veces, la ignorancia dedica a la sabiduría. Pero también le inquietaba, llenándolo de preocupación, el nulo apego que el hijo mostraba hacia el dinero y, en general, hacia las empresas familiares que él sostenía, eso creía y eso solía decir, sobre sus «espaldas de luchador empecinado».

Jesús veía en su padre a alguien próximo y lejano a la vez. Esa lejanía en la que él mismo se colocaba con respecto a la mayoría de los humanos. Sin embargo, admiraba en él lo que para sí mismo resultaba inalcanzable: la facilidad para abordar proyectos y sostener empresas que exigían relacionarse

con multitud de gentes, e imponer a éstas su voluntad y sus ideas. Por otro lado, el hecho de que aquellas empresas produjeran cosas tangibles, como azúcar y edificios, lo encontraba envidiable. Por eso, cuando Antonio Vió, exultante, comentó los proyectos que la dictadura y, más precisamente, el alcalde, Juan Fabiani, pensaban poner en marcha, Jesús, sorprendiendo a toda la familia, le dijo a su padre que le gustaría colaborar con la empresa constructora, si había ocasión.

—La habrá —aseguró el padre—. Ya está en marcha el plan de abastecimiento de aguas y el de alcantarillado y, en cuanto se acabe de cubrir el Huerva, comenzará el ensanche. Hay en el Ayuntamiento un arquitecto que te gustará conocer, se llama Miguel Ángel Navarro. Estoy seguro de que los planes para la nueva Gran Vía te sorprenderán.

Empujado por su padre, Jesús visitó a Navarro. El arquitecto estuvo encantado de hablar con él y se explayó explicándole sobre planos los proyectos «que harán de Zaragoza una ciudad moderna», le dijo. Lo que más atrajo la atención del matemático fue el plan de casas baratas, proyecto anterior a la dictadura, que se pensaba iniciar en terrenos delimitados por la avenida de Hernán Cortés y la carretera de Madrid. Aunque las complicaciones administrativas y los desencuentros entre los constructores zaragozanos y el Ayuntamiento retrasaron su inicio, el plan, que preveía la construcción de tres mil casas, acabó por arrancar mediante una sociedad mixta, pública y privada, en la que participó la constructora de los Vió. Ello permitió a Jesús presentar y ver aprobados varios diseños a los que dedicó muchas horas de trabajo solitario y a los que incorporó las ideas alemanas de la Bauhaus, que estudió a fondo. Cuando, años más tarde, las casas estuvieron en pie, Jesús lo celebró. Al fin veía que algo salido de su mente tomaba vida propia y, a menudo, durante la construcción y, después, cuando ya estuvieron habitadas las viviendas, las visitaba acompañado de Francisca. Allí se ocupaba un buen rato en explicar a su prima las ventajas de vivir en unas casas que, según él, reunían condiciones de habitabilidad de las que carecían otras, edificadas al mismo tiempo y con parecidos costes.

Antonio Vió compró para sí un solar en el arranque de la nueva Gran Vía y allí hizo edificar una casa de seis pisos y un ático, donde la familia ocuparía la

planta principal. «El ático lo reservaremos para vuestras viviendas, cuando toméis estado», dijo el padre. «No tengo prisa en que encontréis novio y novia, pero eso no tardará en ocurrir», aventuró el patriarca. Sin embargo, Jesús no quiso participar en el diseño de la casa familiar. «No hay peor cliente que la propia familia», argumentó, pero se reservó discutir con el arquitecto la distribución interna y la decoración de los áticos. Antonio Vió acabó por encargar el edificio a Regino Borobio que, para sorpresa de Jesús, conocía muy bien la obra de Gropius y de Mies van der Rohe. Con él estableció el joven Vió durante la construcción de la casa algo más que una relación de buena vecindad.

A menudo, los dos primos, solos o en compañía de Ventura y Sedaño, visitaban en Huesca a Ramón Acín y a su familia, que había aumentado con la llegada de la segunda hija, a quien llamaron Sol. También el pintor, cuando se desplazaba a Zaragoza, procuraba verlos. En uno de aquellos viajes Ramón Acín recibió en Huesca a los zaragozanos con alegría especial y cierto nerviosismo, como si estuviera esperando alguna noticia o envío. Sus críticas políticas, entre bromas y sarcasmos, contenían en aquella ocasión la ilusión de «estar al final de este túnel», tales fueron sus palabras.

Era una tarde primaveral y fueron al campo para comer allí entre los árboles. Luego pasearon por la ciudad. Todo el mundo parecía conocer al pintor, para quien la travesía por El Coso fue un continuo saludo. Al volver a casa de los Acín, ya entrada la tarde, alguien estaba esperando. Apoyado en el quicio de la puerta que daba entrada al edificio de viviendas, leyendo un libro, estaba un joven que no pasaba de los veinte años. Vestía pulcra y pobremente. Camisa blanca y pantalón de mahón. Calzaba alpargatas de esparto, eso sí, inmaculadas. Espigado y bastante alto, lucía un pelo negrísimo, a juego con sus cejas pobladas, que contrastaban fuertemente con unos ojos, entre verdes y azules, de mirada incisiva. Se llamaba Germinal Ors y vivía en Zaragoza. Su familia, explicó el pintor, había llegado de Valencia hacía algunos años. «Con ese nombre, que no es de pila sino de registro civil, podéis imaginar de qué pie cojea esta familia», añadió.

Germinal, invitado por los Acín, pensaba quedarse unos días en Huesca y traía por todo equipaje un hatillo con ropa. Acababa de perder su empleo en la

construcción y no porque le hubieran despedido sino por finalización de la obra. Intentaba encontrar en Huesca algún trabajo. «No es que el trabajo manual me asuste —dijo mostrando sus manos callosas—, pero me gustaría tener algo de tiempo para seguir con los estudios», confesó.

Cuando los zaragozanos estaban por despedirse, Ramón Acín hizo un aparte con Jesús para decirle que Germinal, gracias a sus esfuerzos y a la ayuda que él mismo le había procurado, acababa de sacar adelante el Bachillerato. Acín estaba seguro de que Germinal sería un buen maestro, para lo cual necesitaba un trabajo menos agobiante y a ser posible mejor remunerado. «Intentaré buscárselo aquí —dijo Acín—, pero en la Escuela Normal no hay plazas y para otro trabajo no creo que mis recomendaciones sean la mejor carta de presentación. ¿Por qué no lo intentas tú en Zaragoza? Se me ocurre que en la Universidad o, quizá, en otro sitio... De momento, le tendré de ayudante en mi escuálido estudio de pintor, pero poco le puedo pagar. Además, Germinal detesta la caridad», concluyó el profesor.

Jesús entendió en la frase «quizá en otro sitio» que Acín le hacía una referencia velada a los negocios paternos, y se sintió incapaz de abordar el asunto con su padre, entre otras cosas porque deseaba mantener sus relaciones personales alejadas de la mano, ya de por sí muy larga, de su progenitor. Se hizo el propósito de intentar encontrar un acomodo laboral a Germinal en la Universidad.

Jesús, no sin esfuerzo, se dirigió al profesor Álvarez Ude para plantearle el asunto de Germinal. Sabía bien que su archicatólico mentor era íntimo del no menos papista Royo Vilanova, el rector de Zaragoza, tan complaciente con la dictadura. Paquita y él habían preparado la estrategia a seguir para llevar a buen puerto la demanda. «Déjale claro que nadie es responsable de su nombre, no vaya a ser que eso de Germinal provoque un rechazo insalvable», recomendó Francisca. «Además, es un zagal tan guapo... Esos ojos de mar... Me gustaría conocerlo a fondo», añadió, picara.

Álvarez Ude prometió ocuparse del caso. Y en septiembre, antes de comenzar el nuevo curso, informaron a Jesús de que su recomendado podía pasarse por las oficinas del rectorado para hacer unas pruebas.

La solícita Francisca, que en junio se había licenciado en Letras, se prestó como acompañante de Germinal y lo hizo con tanta eficiencia que se encargó también del vestuario. Compró camisas y corbatas y obligó a Germinal a pasar por el sastre de la familia. El joven se resistió cuanto pudo, pero no fue capaz de detener el impulso de aquel pigmalión femenino que le cambió la vestimenta de la cabeza a los pies.

Germinal Ors se presentó como un pincel ante la comisión calificadora que, obvio era, estaba bien aleccionada. Unos fáciles problemas de álgebra, mecanografía y una redacción fueron las pruebas. En los primeros días de octubre, Ors comenzó a trabajar como administrativo en el rectorado.

Francisca, una vez licenciada, dudó entre instalarse como profesora particular de alemán, para lo cual no esperaba obtener mucha clientela, entrar en algún colegio privado o intentar la carrera docente en el ámbito público. Fue Domingo Miral, su profesor y decano, quien la orientó hacia la Escuela Normal y, con su apoyo, comenzó allí a impartir clases de lengua. Más tarde, Miral se la llevó consigo al Instituto de Idiomas, que él mismo había impulsado, para que se ocupase de la enseñanza del alemán.

Aunque Paquita mantuvo sus amistades universitarias, éstas se fueron dispersando para dar paso a las nuevas, que, en parte, se nutrieron con sus compañeras, profesoras de la Normal. Pero, sobre todo, Francisca había encontrado en Germinal un objetivo.

—Hay algo en él, entre desvalido y poderoso, que me atrae —le dijo a su primo en una de sus confidencias—. Me gustan su cuerpo, su cara y su talante y no me pararé hasta desvelar qué guarda en su interior. ¿Qué te parece?

—¿Quieres mi opinión sobre tus intenciones o acerca de su talante? —solicitó Jesús.

—Sobre ambas cosas.

—Me malicio que tus intenciones serán fácilmente colmadas, si te lo propones en serio. En cuanto a él, sí, es atractivo, comparto esa opinión y entiendo que lo busques.

—¿Piensas hacerme la competencia? —inquirió Paquita.

—Eso nunca lo haré, pero me gustaría acompañarte en el intento, aunque sea a modo de carabina —bromeó Jesús.

—¿Tan pronto sientes celos?

—¿De ti o de él?

—Puede que de los dos —aventuró Paquita.

—Eso no ocurrirá —aseguró Jesús—. ¿Adónde han ido a parar tus promesas de amor eterno para con mi persona?

—¡Ah! No tiene nada que ver. Tengo yo el corazón ancho y abierto. En él estarás siempre —aseguró solemne—. Estarás en el papel que quieras: de amante, confidente, amigo, hermano, profesor de cosas que no entiendo. Amor encabalgado.

—¿Dónde has leído eso? —cortó Jesús.

—Ya ves, se me ha ocurrido a mí.

—Pues se agradece, aunque puede resultar un juego peligroso. ¿Recuerdas los versos de Quevedo? «¿Por qué con dos incendios una vida / no podrá fulminar su luz ardiente / en dos diversos astros encendida?»

Mas a Francisca lo que más le atraía eran, precisamente, los juegos peligrosos.

—Quiero llevarte al cine —le dijo a Germinal, a quien fue a buscar al rectorado.

—No me gusta que vengas a la oficina —protestó Ors—. Esto es un mentidero y a ti te conoce todo el mundo. Buenas ganas de alimentar el cotilleo.

—Me importa, exactamente, un bledo. Si la gente disfruta cortando trajes, no seré yo quien ponga dificultades a su oficio de sastres. ¿Y tú eres el defensor de la libertad? —contraatacó Francisca.

—No son precisamente sastres, sino desastres, que se pasan la vida metiéndose en la de los demás. Yo lo digo por ti.

—Por mí no te preocupes. Lo que digan o callen acerca de mi persona, ni lo sé ni me importa —concluyó Francisca—. Vamos al Aragón, que reponen una película de Charlot.

La tarde, fría y con cierzo, invitaba al encierro y, nada más sentarse en la butaca, antes de que se apagaran las luces de la sala, Francisca, sin mirar a su acompañante, extendió su mano izquierda y tomó con ella la derecha de Germinal. Cogido por sorpresa, el muchacho se dejó hacer, como si las caricias que Francisca otorgaba a aquella mano muerta no fueran con él, pero la pose duró poco. Cuando ella entretejió sus dedos con los de él y los cerró con fuerza, Germinal, vencido, no pudo resistir la tentación y comenzó a colaborar. Se apagaron las luces y empezó la proyección de *La quimera del oro*. No habían pasado diez minutos cuando la chica se volvió hacia él para susurrarle al oído una orden: «¡Bésame!», le dijo.

—Hemos venido a ver a Charlot, ¿no es verdad? —contestó apocado.

—¿Eres incapaz de hacer dos cosas a la vez? —le provocó Paquita.

—Depende de cuáles. No todas son compatibles.

—Por ejemplo, Charlot y yo —dijo Francisca.

Y uniendo la acción a la palabra se volvió hacia él, le tomó la cara con su mano libre y le besó en la boca. El primero fue un beso furtivo, casi de refilón, pero, poco después, el segundo desató ambas voracidades y la hora siguiente, hasta que la película dio fin, consistió en un casi continuo escarceo, que acabó por demandar una batalla más en serio, pero no era aquél el mejor campo donde librarla.

Aquella noche Francisca esperó a que el silencio y el sueño tomaran la casa para deslizarse dentro de la habitación de su primo. Jesús no dormía, estaba dentro de la cama leyendo cuando ella se tumbó vestida a su lado y él se dispuso a escucharla.

—Lo he besado —comenzó Francisca.

—¿A quién? ¿Al manto de la Virgen?

—No. He llevado a Germinal al cine.

—Y allí lo has seducido.

—En cierto modo, sí —aseguró Francisca.

De un tirón, sin mirarlo ni permitir interrupciones, le contó a su primo con pelos y señales la aventura cinematográfica y las sensaciones que ella había experimentado.

—La secuencia lógica nos llevaba a la cama —continuó la mujer—, pero ni era el lugar ni creo llegado el momento, aunque a mi edad muchas mujeres se han casado y tenido hijos y, sin embargo, aquí me ves, sigo tan virgen como la del Pilar. ¿No crees que ya es hora de lanzarse?

—¿Qué buscas en él, que te haga esa labor, o quieres algo más?

—Me atrae, es cierto. Además abre la caja de mis ternuras; me gustaría que jugáramos juntos y no perderé la vergüenza, pero no deseo que sea él el primero. Eso se lo tengo reservado desde siempre a otra persona.

Francisca se levantó de la cama y en silencio fue dejando encima de un sillón todas sus prendas hasta quedar desnuda.

—Quiero que veas así a esta mujer —dijo, solemne, colocándose frente a él, con los brazos caídos, pegados a los flancos. (Friné ante sus jueces no lo habría hecho mejor.)

—Es un cuerpo muy bello —confesó Jesús—, pero lo que pretendes es una locura.

Francisca volvió al lecho, pero esta vez se introdujo entre las sábanas, acurrucada contra el cuerpo de su primo. Él la besó en la frente y ella le exigió que comenzara el juego. Le buscó la boca, le tomó la mano, que llevó sobre uno de sus senos y luego la deslizó hasta su vientre.

—No puedo —dijo él—, porque quizá no debo o, más probablemente, porque existe dentro de mí un mandato que me bloquea.

—Pues yo sí quiero —exigió la mujer.

La resistencia opuesta por Jesús acabó por ceder a las caricias de ella y, después, cuando la intuición de Francisca, su sabiduría corporal y su descaró lo llevaron hasta el mundo de Venus, ya no hubo restricciones ni censuras. Jesús se entregó al juego, cuyas reglas ella iba marcando en cada paso, y saboreó aquellas dulzuras como si hubiera estado destinado a ellas desde su nacimiento. Perdida la noción del tiempo y del espacio, deseó quedarse en aquella burbuja acogedora, residir allí dentro para siempre. Permanecer asido en aquel tierno abrazo hasta la muerte. Y cuando ésta llegó, ya muy tarde, en su expresión amable —la del sueño—, sintió que había ingresado en un paraje que no querría abandonar ya nunca.

Para muchos zaragozanos, jóvenes y maduros, Paquita Vió tenía el mejor ombligo de la ciudad, un precioso y acabado botón en el centro de su vientre, plano como una tabla de lavar. Lo contaban todos cuantos tuvieron el privilegio de verla disfrazada de odalisca en el carnaval de 1928. Aquella noche, la falda de seda, hasta los pies y en vivos colores, ocultaba sus largas y torneadas piernas, de las cuales se hacían lenguas otros privilegiados, los mirones que acudían a la piscina donde ella solía ir los días muy soleados del verano. Su bello rostro, cubierto en aquella ocasión por un velo de tul apropiado para tal disfraz, era bien conocido en el paseo de la Independencia. Ojos y boca grandes, tan sensuales que no había en Aragón ningún varón que al verla no la deseara. Andaba erguida y sus pasos no eran paralelos sino que ambos pies pisaban sobre una línea recta, como si caminara por encima de una maroma, igual que un funambulista. Francisca Vió era delgada y sus senos y muslos, bien nutridos, no aminoraban la esbeltez que sus ciento setenta centímetros de altura resaltaban.

Germinal no era una excepción. Admiraba la belleza de su amiga y mentora, le atraía aquella mujer hermosa, imprevisible y desenvuelta, pero también la consideraba inaccesible. Por razones de clase, sin duda, pero a ello se unía la idea o el prejuicio que Ors tenía instalados en su mente. No sobre cómo debía ser cualquier mujer, sino cómo tenía que ser su mujer. Allí chocaban el pensamiento libertario, que había mamado en casa, con su personal visión de la vida propia y de la mujer destinada a compartirla con él. Se resistió,

maltratando sus propios deseos, a la seducción a la que fue sometido sin ningún recato por Paquita, pero durante aquellos carnavales, ella encontró el lugar, que no fue otro que el ático de la nueva casa de los Vió, aún deshabitada, donde la joven había conseguido instalar una cama. Aquella noche de carnaval, casi de madrugada, Germinal se dejó llevar hasta allí y en aquel encuentro se soltaron todas las amarras, se olvidaron todas las reticencias y se desató en él una brusca e incontenible dulzura.

La Universidad de Zaragoza, en la que trabajaban los dos primos, se mantuvo casi al margen del movimiento universitario contra la dictadura. El cierre gubernativo de la Universidad Central, en marzo de 1928, que provocó la renuncia de muy notables profesores, produjo, como efecto expansivo, la creación en Zaragoza de la FUE. Paquita colaboró desde el inicio con la recién nacida Federación de Estudiantes. Ella, siempre animosa, se encargó, por ejemplo, de repartir entre sus alumnas el manifiesto que emitió Unamuno desde su destierro en Hendaya: «Hacer política es nuestro deber, juventud estudiosa. Nuestra política es hacer justicia, moralidad, verdad». Pero lo que más le gustaba a Paquita eran las últimas líneas redactadas por el rector de Salamanca: «Y una bendición a esas honradas estudiantes (...); ¡benditas seáis, hijas de España, hijas mías, futuras madres de españoles libres!». A Francisca Vió la encandilaba aquella retórica.

Antonio Vió contemplaba el deterioro de la dictadura con disgusto indisimulado y el creciente impulso republicano con aprensión. No comprendía que gentes, como algún hijo de su admirado Maura, se hubieran pasado con armas y bagajes a las filas no sólo antidictatoriales, también antimonárquicas. «Están haciendo de aprendices de brujo», se quejaba.

Jesús Vió acudió al Congreso Internacional de Matemáticas llevando a Bolonia una ponencia sobre el teorema de Fermat que no pasó desapercibida. Allí se reencontró gozosamente con Papachristos y con Lardy. Italia no era ya la que Jesús había conocido años atrás. Aquellos matones con quienes se había topado en Florencia eran ahora los dueños del Estado. El país transalpino llevaba puesta la camisa negra.

—En Alemania, especialmente en Baviera, las cosas no serán muy distintas —vaticinó Petros—. En Munich, por ejemplo, hay más parados que nunca. Gente desesperada que puede agarrarse a cualquier clavo ardiente.

—La guerra no se ganó bien —apostilló Lardy—. Ni los vencedores, como Italia, ni los vencidos quedaron conformes. La política de reparto territorial y las reparaciones de guerra impuestas a los alemanes no han hecho sino provocar agravios. No es de extrañar que las espadas sigan aún alzadas. Es probable que aquella guerra traiga como consecuencia otra peor. Yo no soy optimista, ni respecto a la economía, cuyos meandros se me escapan, ni en lo tocante a la política. Nosotros, desde la inutilidad de nuestra disciplina, poco podemos hacer en todo caso —concluyó Lardy.

—Sea como sea, querido Lardy —intervino Petros—, yo no estoy dispuesto a que unos descerebrados vestidos de uniforme me suministren aceite de ricino, que es lo que, al parecer, se ha convertido en práctica habitual aquí, en Italia.

Empero, los tres se encontraban más a gusto hablando de lo suyo, de matemáticas, sobre las cuales Lardy se mostró especialmente optimista, cuando Papachristos, al fin, le confesó el duelo que, desde tiempo atrás, mantenía con Goldbach.

—Una vez expresada una conjetura, en algún lado ha de estar la demostración que la confirme o la refute —aseguró Lardy—. Es cuestión de encontrar el camino, pero el camino existe.

—Pues éste de Goldbach debe de estar bien oculto o yo no tengo cualidades de buen explorador —se quejó Papachristos.

Tras la cena y ante una botella de grapa, azuzado por Lardy, Petros abrió su particular caja de Pandora y dijo tener una demostración según la cual todos los impares «suficientemente grandes» pueden ser expresados como la suma de tres primos, lo que significaba que en ellos se cumplía la conjetura de Goldbach.

—Tendrá usted que precisar qué significa «suficientemente grandes» —matizó Lardy.

—¿Qué le parece nueve elevado a quince?

—Desde luego es un número muy grande, pero eso no constituye una demostración acabada, aunque muestra que usted puede estar en el buen camino. ¿Por qué no lo publica?

—Porque no me gusta que otro me arranque el testigo y llegue a la meta antes que yo. Pero sí le puedo enviar un artículo sobre los números primos de Mersenne. Usted conoce bien el tema. Creo haber descubierto un algoritmo que los captura, mediante la aritmética modular. Naturalmente, me he apoyado en el artículo que usted y Littlegarden publicaron en 1923.

Al hablar Papachristos de formas modulares, Jesús se lanzó sobre ellas como el jugador sobre la ruleta y, cuando, amablemente, les comunicaron que la trattoria tenía que cerrar, siguieron casi hasta el alba en la habitación de Lardy.

Littlegarden, que ocupaba en el hotel la habitación contigua, debió de oír las voces o ser despertado por ellas. Se levantó y se sumó a la tertulia. Acababa de salir de la ducha y se cubría con un batín de seda, encima del pijama.

—¿Qué tal va su trabajo sobre Goldbach, amigo? —preguntó a Petros, antes de sentarse sobre la cama de Lardy.

—Sigo en ello —asintió Papachristos, sorprendido.

—He oído que está usando métodos algebraicos —insistió Littlegarden.

—Veo que las noticias vuelan, aunque no recuerdo haber hablado con nadie del asunto, pero así es —comentó Petros.

—Este mundo nuestro es un pañuelo —se justificó el británico—. Tengo muchas dudas de que ese camino lleve a parte alguna y quería decírselo.

—Pues yo tengo la intuición de que la verdad expresada por la conjetura es tan esencial que sólo un método elemental podrá desvelarla —se defendió el griego—

—Respeto su intuición, pero pienso que usted trabaja demasiado solo. Es posible que, sin apercibirse de ello, acabe peleando con fantasmas.

—¿Me está recomendando que publique un informe semanal sobre los progresos que hago? —contraatacó, dolido, Papachristos.

—Óigame —dijo el inglés con seriedad—, debería fiarse de unas cuantas personas. Comparta e intercambie ideas, creo que será bueno para la investigación y para su propia salud.

—Lo pensaré —concedió el griego. Y no era una fórmula, sino que, por primera vez, estuvo dispuesto a cambiar de actitud.

Jesús regresó a Zaragoza reconfortado por el reencuentro y dispuesto a seguir peleando con Fermat, pero Francisca tenía otros proyectos para él. En efecto, Paquita había hecho planes y tenía prisa. Estaba decidida a ponerlos en práctica de inmediato.

—Me quiero casar —le anunció en la noche de su llegada, que fue de confidencias.

—¿Contra quién? —solicitó Jesús.

—No estoy en contra de nadie. Estoy a favor.

—A favor del matrimonio, ya veo.

—No tanto, pero resulta imprescindible si se quieren tener hijos y yo deseo tenerlos.

—Se pueden tener hijos sin pasar por la vicaría...

—Nadie lo iba a entender —cortó Francisca—. Los bastardos sólo salen bien parados en las novelas, y no siempre.

—Está bien, si tan decidida estás, adelante. ¿Cuándo será la boda?

—La cosa lleva un trámite y, aunque yo lo tenga decidido, él no lo sabe aún.

—Pues es cuestión de comunicarle al afortunado la buena nueva. Una mujer guapa y con posibles, como tú, no ha de tener problemas —argumentó Jesús, con el tono del decepcionado o del dolido.

—Eso pienso hacer ahora mismo —aseguró Paquita—. Porque el elegido eres tú.

Jesús guardó silencio sin estar seguro de que su prima hablara en serio, sin saber si aquélla era una de sus fintas, pero se malició de que la propuesta no iba en broma y le pareció una montaña imposible de escalar. Al fin, habló:

—Eso es una locura —dijo, y volvió al silencio.

—No, no lo es —aseguró Francisca—. Admito que lo puede parecer, pero es lo más sensato, si tenemos en cuenta los fines que persigo.

—Que persigues tú, pero ¿has tenido en cuenta los míos? ¿Y qué pasa con Germinal? ¿Y con mis padres, que también son los tuyos?

—Si me dejas, te explico. Yo quiero teneros a los dos, a Germinal y a ti, y si me caso con él, aparte de que puedes imaginar que tu padre y Manuela no estarán de acuerdo con semejante boda, a mí tampoco me resulta una solución agradable. Si lo hiciera, sé que te perderé. Casándome con él o con cualquier otro, te perderé, y en eso no quiero ni pensar. La única forma de seguir unidos es que te cases conmigo. Quiero seguir metiéndome en tu cama, estar contigo cuando lo necesite o me apetezca y sólo lo podré hacer sin restricciones si nos casamos.

—Tu lógica es la del diablo —dijo Jesús, pero notó que el virus de aquella locura se le estaba instalando en la conciencia.

—Nada cambiará entre nosotros dos... —volvió a la carga Francisca.

—¿Y él? —cortó Jesús—. ¿Qué papel juega en esta historia?

—El otro vértice del triángulo. Se dice así, ¿no es cierto?

—Pero vamos a ver, ¿le has dicho algo? —solicitó Jesús inquieto.

—Ni una palabra. Es contigo con quien voy a casarme, no con él —aseguró Paquita—. Nada ha de cambiar, ni celos, ni posesión, ni historias. Se lo diré en su momento. Sé que aceptará.

—Hablas de él como si fuera una pieza de ajedrez que mueves a tu antojo, un muñeco...

—No es así —negó Paquita—. Déjalo de mi mano.

—Imagínate que acepto semejante propuesta. Para empezar, ¿quién se lo plantea a mis padres que, insisto, son los tuyos? —se quejó Jesús.

Cuando Francisca abandonó la habitación y Jesús quedó a solas no pudo conciliar el sueño. En ausencia de su prima, todo aquel plan le volvió a parecer un disparate, pero sabía que no encontraría argumentos con los que disuadirla. Amaba a Paquita con una intensidad que sintió inmensa y también confusa. En aquel amor se mezclaban muchos sentimientos, además de la curiosidad erótica que las descarnadas confidencias de ella alimentaban cuando le refería en detalle sus juegos con Germinal, cuando se atrevía a confesarle sus más íntimas fantasías. Perderla sería insoportable, de eso estaba seguro, y podía imaginar que una negativa de su parte abriría una brecha que acabaría, de una forma o de otra, en una separación. Se sintió desvalido con sólo pensarlo y supo que seguiría a su prima en los designios que ella había imaginado.

Tres noches después, Francisca volvió al cuarto de Jesús para recibir allí el visto bueno. Saltó de contenta y se pasó la noche precisando el plan, poniendo fechas en el calendario, imaginando un futuro en el que la otra pata del trípode, ausente e ignorante, jugaba un papel a gusto de los tres. La boda tendría lugar coincidiendo con el traslado a la nueva casa de la Gran Vía, decidió Francisca. Pensó que disponía de tiempo más que suficiente.

A partir de aquel día, procuró que se hicieran notar entre la servidumbre sus visitas al cuarto de Jesús. Ella estaba segura de que Magdalena, la criada que estaba en la casa antes de nacer ellos y que era como de la familia, acabaría por contarle a Manuela los trasiegos nocturnos de los primos, y ése sería el momento de pasar al ataque, de tapar el posible escándalo con la boda. Se trataba de convencer, primero, a Manuela, y una vez ésta de su lado, el asalto final contra el viejo Vió tenía asegurada la victoria, eso pensaba Francisca.

Del mobiliario y de la decoración para el ático doble se encargó Jesús, inspirándose en sus admirados arquitectos alemanes. Dedicó muchas horas a diseñar los muebles: sillas, sillones, mesas, cómodas, armarios, camas y mesillas de noche. Y otras tantas a supervisar y volver locos a los ebanistas que aceptaron tan especial encargo. La combinación de las maderas, los acabados y otras complicaciones estimulaban el espíritu artesanal de los operarios, pero también provocaban sus iras contenidas contra «este caprichoso», decían. Los colores de las paredes: ocre, azules, verdes... hubieron de ser compuestos para el caso y resultó, a menudo, más complicado de lo que Jesús imaginaba. Para la decoración contó Jesús Vió con la impagable ayuda de Ramón Acín, que amablemente les regaló dos hermosos dibujos, y de su mano compró Jesús algunas obras de jóvenes pintores aragoneses. Se hizo con fotografías, convenientemente ampliadas, de la vieja Zaragoza, de Max Missmann, paisajes con figuras de Cambridge y también de Nápoles. A ellas unió una gran foto de Paquita vestida de odalisca, el traje que había exhibido en los carnavales. Cuando, al fin, todo estuvo en su sitio, don Antonio subió para ver el resultado. «Arriesgado», repitió varias veces, mas, presionado por Paquita, acabó por confesar que a él le agradaba. «Quizá en el futuro las casas serán así, más luminosas y coloreadas. Además, estos muebles parecen cómodos», añadió sentándose en una de las sillas.

Francisca, entretanto, perseguía a Germinal y era perseguida por él. Los maratones a los que se sometían ambos en el ático aún sin inaugurar no decaían, sino que cada vez los atacaban con mutuo y mayor ánimo, agotando las muchas posibilidades que aquel juego daba de sí.

Paquita se hizo presentar a los Ors, que de El Coso se habían trasladado al barrio de Las Delicias. De vez en cuando comía o cenaba en aquella casa con los padres y los hermanos, Floreal y Esperanza. El padre era un albañil de la CNT que admiraba a Pestaña y echaba pestes contra patronos y curas. «Salvemos a tu tío», decía cuando, metido en harina, relataba las tropelías a las que estaban sometidos los obreros. «Un día llegará, y no ha de estar lejos, en que un hombre valga lo mismo que otro», aseguraba. Francisca procuró hacerse amiga de Esperanza, la hermana de Germinal, que trabajaba en una pequeña industria textil. La iba a buscar a la puerta de la fábrica, la

acompañaba a casa y con ella, su primo y Germinal salía de paseo y al cine alguna vez.

—¿Te importa venir un momento a mi cuarto? —le pidió Magdalena una tarde de lluvia en la que Francisca trajinaba por la casa.

Paquita acudió a la cuidada habitación de Magdalena, en la cual no recordaba haber vuelto a entrar desde que era una niña.

—Paquita —comenzó Magdalena—, ¿qué va a pasar si tu mamá se entera?

—¿De qué se ha de enterar? —fingió Francisca con cara de inocente.

—De esas visitas que haces al cuarto de tu primo. No te hagas la tonta conmigo.

—Bueno, nos vamos a casar —contestó Francisca, sorprendiendo a la fámula.

—¿Lo saben los papás?

—Aún no, pero lo sabrán en cuanto tú se lo digas.

—Niña, ¿me estás tomando el pelo? —preguntó Magdalena.

—Claro que no, pero me ayudarás, ¿verdad? Siempre lo has hecho.

—¿Cómo le voy a decir a tu madre que te metes en la cama con tu primo? —se quejó Magdalena.

—No es necesario que se lo digas así, debes contarle que vienes observando ciertas aproximaciones, algunos indicios... Vamos, que queremos casarnos. Tú preparas el terreno y luego entro yo en escena.

—No quiero ser cómplice de algo que no les va a gustar a los papás —argumentó la mujer.

—Menos les gustará que yo me quede embarazada —contraatacó Francisca.

—¿Estás en estado? —preguntó, espantada, Magdalena.

—No, todavía no, pero lo estaré y quiero casarme antes de que eso suceda.

Cuando Francisca abandonó la habitación de Magdalena estuvo segura de que pronto tendría que responder a las preguntas de Manuela, pero se equivocaba. La información se retuvo algún tiempo, pues pasó más de un mes antes de que Manuela pusiera el grito en el cielo.

Fue en el Ambos Mundos, donde Francisca estaba con unas compañeras de la Normal tomándose un café a media mañana, cuando oyó el comentario. Dos hombres que no cumplirían ya los cincuenta estaban apoyados en la barra, inspeccionando a la concurrencia, y uno, mirando hacia una mesa rodeada de mujeres, le dijo al otro y no precisamente en un susurro: «Esa flamencona es la querida de Vió, el constructor». Era una morenaza de ojos oscuros y cabello negro como el carbón. Llevaba un vestido estampado y medias de seda con costura. Desde luego no pasaba desapercibida. Francisca ya la había visto por allí en alguna ocasión haciendo tertulia con sus amigas. Al oír aquella afirmación maliciosa, no se inmutó, pero su arrasadora curiosidad maquinó de inmediato una estrategia. Se lo contó a Germinal, sólo a él, y le hizo acompañarla varios días al Ambos Mundos a una hora en que el muchacho tenía que justificar con mentiras sus ausencias de la oficina. Germinal protestaba, pero acabó por entrar en el juego. Al fin, coincidieron los dos con la morena en el café.

—Que no te vea conmigo —dijo Francisca—. Yo me voy y tú te quedas. En cuanto salga, la sigues. Tenemos que averiguar en dónde vive.

Germinal realizó el oficio de detective lo mejor que supo y pudo. Guardando la distancia, se dispuso a perder la mañana y siguió a la mujer, que se paseó, primero, con otras dos de la tertulia por todos los escaparates de Zaragoza, más tarde, la morena acompañó a sus amigas hasta sus domicilios y finalmente, tras pasar por un colmado, se dirigió a buen paso a uno de los bloques de las «casas baratas» que, no por casualidad, era uno de los diseñados por Jesús. A Germinal no le resultó difícil averiguar el piso donde vivía y el nombre de aquella mujer: Ángela Montes.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —le preguntó a Francisca, cuando la hubo informado.

—Hablar con ella. No se pierde nada por hacerlo —contestó muy segura.

Dos días después, en el atardecer, sabiendo que su tío estaba en casa con algo de fiebre y no saldría, Francisca se dirigió hacia el domicilio de la supuesta amante de don Antonio. Llamó y oyó que alguien decía: «Voy». Pocos segundos después se abrió la puerta.

—¿Es usted Ángela Montes? —preguntó—. Me llamo Francisca Vió y quisiera hablar con usted.

La mujer, vestida con una bata casera de generoso escote, desbordado por sus notables senos, no pareció extrañarse.

—Te conozco, pasa —le dijo, echándose a un lado.

La casa era agradable, aunque la decoración, según el gusto de Paquita, dejaba bastante que desear. Abundaban en ella las muñecas, esas muñecas que las madres regalan a sus hijas, para luego no dejárselas tocar.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? ¿Chocolate? ¿Un café? ¿Un té? Tengo unas pastas que me traen del pueblo. Están muy ricas —aseguró Ángela.

Francisca no rechazó la invitación, dispuesta, como estaba, a satisfacer su morbosa curiosidad. Había cogido a «don perfecto» en un fallo y encontraba divertido este nada inocente ataque por la retaguardia.

—Tú me dirás —solicitó Ángela, una vez colocadas las tazas de chocolate y unas pastas.

—He venido para satisfacer una curiosidad. Quiero saber si es cierto o es mentira que usted es... amiga de Antonio Vió.

Ángela sonrió. Rayaba los cuarenta, pero no los aparentaba; su cara y su cuerpo eran vivaces y atractivos.

—Sí, lo soy. Y para ser sincera, algo más que amiga —contestó la mujer—. Pero si te preocupa la familia, has de saber que jamás he interferido, ni lo haré en el futuro, en la vida familiar o profesional de Antonio. Se ha portado demasiado bien conmigo como para que yo le haga una faena tan sucia. Cada uno tiene su papel en esta historia y yo sé bien cuál es el mío.

Ángela, que distaba mucho de ser muda, le contó a Francisca que, nacida en Jaca, se había casado muy joven con un catalán de Barcelona. «Él venía a la nieve en invierno y se hospedaba en la fonda donde yo trabajaba.» La había abandonado dos años más tarde. «Por suerte no tuvimos hijos. Al parecer, no los puedo tener, eso dicen los médicos», afirmó. Había llegado a Zaragoza recomendada por «una familia amiga de Antonio, de cuando él, muy joven, había vivido allí, en Barcelona». Durante un tiempo, Ángela trabajó en la azucarera de Vió. «Fue mucho más tarde cuando comenzamos a vernos», aseguró la mujer.

—Por favor —pidió Francisca cuando ya estaban por despedirse—, no le digas nada de mi visita al tío. Quizá tenga que pedirte un favor más adelante —añadió.

—Si está en mi mano, dalo por hecho. Ha sido un gusto conocerte. Vuelve cuando quieras.

—Lo haré, seguro que lo haré —se despidió Paquita.

Cuando Francisca le contó a Jesús aquel descubrimiento, éste recibió la noticia con tristeza, pues el papel reservado a su madre no era el más airoso dentro de aquel enredo. Le dolió que su padre la engañara. En el fondo, pensaba, aquella doble vida no era sino un desprecio.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —aseguró una nada original Francisca, pensando en la pobre Manuela.

—Pero las cosas son lo que son, no lo que nos parecen —argumentó Jesús—. Esa doble vida, por mucha capacidad de ocultación o disimulo que se tenga, acaba por traslucirse, por emponzoñar un matrimonio.

—Eso es mucho decir. No creo que Manuela quiera saberlo. Si le dieran a elegir entre saber e ignorar estoy casi segura de que elegiría lo segundo.

Cuando Manuela, que estaba hecha un verdadero lío y no podía entender que los trasiegos entre los primos estuvieran ocurriendo delante de ella sin apercibirse de nada, llamó a capítulo a quien consideraba su hija, ésta sabía muy bien qué iba a decirle.

—Hija, ¿es cierto lo que me ha dicho Magdalena? —inquirió Manuela.

—Sí, es cierto, quiero casarme con Jesús.

—El también, claro. No hay matrimonio sin consentimiento mutuo.

—Por favor, no hagas bromas, que esto es cosa muy grave. ¿No te das cuenta de que sois como hermanos?

—Somos primos. Legal y biológicamente, somos primos y el matrimonio en tales casos sólo requiere una dispensa que la Iglesia otorga siempre.

—Dios mío, qué disgusto —se quejó Manuela.

—Pero si es una alegría. ¿No te apetece tener nietos?

Manuela no contestó y Francisca quedó preocupada, pero pocos días después Paquita iba a encontrar un aliado donde menos podía sospecharlo. Manuela acudió, como solía, a la iglesia de San Felipe para hablar con su confesor, el padre Vázquez, y éste le dijo que la Iglesia podía autorizar y autorizaría el matrimonio y mejor que así fuera, pues la convivencia de ambos jóvenes entrañaba enormes riesgos de pecado. «El hombre es fuego y la mujer es yesca..., y el diablo siempre está dispuesto a soplar, doña Manuela», añadió. Reticente, pero más tranquila, Manuela volvió a hablar con Francisca, dejando en el limbo a Jesús, y la sobrina entendió que el primer obstáculo estaba superado. Se trataba ahora de abordar los dos siguientes, los más difíciles: don Antonio y Germinal.

Francisca volvió a casa de Ángela para explicarle sus planes y la necesidad de que ella, Ángela, les echara una mano. En algún momento, don Antonio sería informado y Ángela, si él no se lo contaba, debía sonsacarle y aconsejarlo en la buena dirección y en el adecuado sentido. Paquita le comunicaría el momento en el cual Antonio Vió estuviera ya en suerte. Se trataba de parar sus impulsos, si es que eran negativos, y llevarle al redil, al buen camino. Ángela quedó encantada del principal y celestinesco papel que se le asignaba y prometió cumplirlo lo mejor que supiera.

Jesús se sabía metido en un pasillo sin retorno, cuyo final era la boda.

—¿No crees que ha llegado la hora de que hables con Germinal? —propuso a Francisca.

—Aún no. Primero atemos todos los cabos familiares y después hablaré con él. No antes —afirmó Paquita.

Cuando Antonio Vió supo por su esposa de las intenciones que abrigaban los chicos, primero se indignó por ser el último en enterarse, luego rechazó la intermediación: «Que me lo digan ellos», exigió. Más tarde lo consideró una locura y los buscó por la casa sin atender al hecho, bien patente, de que los dos primos habían viajado a Huesca para visitar a Ramón Acín. Finalmente, aquel domingo después de comer, Antonio Vió salió de casa con viento fresco. Ángela, convenientemente avisada, lo recibió sabiendo que llegaría mohíno, pero cuando, ya de noche, se despidió de su amante para volver a la calle Alfonso I, los ímpetus de don Antonio se habían calmado y se encontró a sí mismo considerando que, bien mirado, quizá aquel matrimonio no era tan mala idea. «Traer a casa gente de fuera siempre entraña riesgos», llegó a pensar.

Lo primero que hizo Francisca al regresar de Huesca el lunes en la mañana fue localizar a Ángela, quien le aseguró que las cosas irían sobre ruedas. Se trataba tan sólo de esperar a que el patriarca volviera a casa del trabajo y les pidiera explicaciones, y, efectivamente, en cuanto regresó esa tarde, don Antonio llamó a los primos al despacho, un lugar que raramente ocupaba.

—Me he enterado, y no precisamente por vosotros, de que queréis casaros, si os dan la dispensa eclesiástica. Ni es ortodoxo ni me lo esperaba, pero, si ésa es vuestra voluntad, no seré yo quien os niegue mi bendición. ¿Estáis seguros de querer casaros?

—Claro que sí —se apresuró a contestar Francisca.

—Y tú, ¿no tienes nada que decir? —volvió a preguntar, dirigiéndose a Jesús.

—Yo también —contestó el aludido.

—No pareces muy convencido de ello. Creo saber quién va a llevar los pantalones en este matrimonio. A partir de hoy, tú vivirás en el ático —le ordenó a Jesús—, y tú, Paquita, seguirás aquí. Las cosas hay que hacerlas bien. Ya tendréis tiempo para los arrumacos.

A Francisca le quedaba por salvar el último obstáculo, que no era el menor: Germinal. Se dedicó a él con más intensidad que nunca. Lo buscaba en el trabajo, lo traía y lo llevaba: a Huesca para visitar a los Acín, al cine y al teatro, con o sin Jesús... Y, sobre todo, al ático que se estaba amueblando. Le pidió a Jesús que se hiciera presente, que no le importara andar por la casa, mientras ella y Germinal se encerraban tardes enteras en una habitación, a menudo la misma en la que dormía su primo. Aquellas confianzas casi promiscuas no dejaron de extrañar al joven. «Jesús y yo somos una sola persona», le decía Francisca para justificar tanta proximidad. Pero Paquita no se decidía a plantearle definitivamente sus planes. Sólo cuando la fecha de la boda estuvo ya fijada, no le quedó más remedio que arrancarse, y lo hizo, como solía, por derecho.

Estaban en la cama, aparentemente agotados, cuando ella decidió que había llegado el momento de hablar. Pegada a su costado, la mano derecha sobre el disminuído sexo masculino, sin cambiar de postura ni detener sus caricias, le dijo:

—Has de saber que Jesús y yo nos casamos el próximo mes.

Germinal dio un respingo, pero Paquita, con sus caricias, no le permitió que se levantara de la cama.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó, sorprendido.

—No lo es. Se trata de una decisión que ya tenía tomada antes de que nos conociéramos tú y yo.

—No lo entiendo. Él, que está al cabo de la calle de todo lo nuestro, no puede consentir en casarse contigo.

—Nada va a cambiar entre nosotros tres, sólo que ahora tendremos nuestra casa, que será ésta, y aquí vendrás cuanto tú quieras.

—No lo puedo creer, estás completamente loca, y yo también por haberme enamorado de ti. Por haberme atado a tu ronزال. Es una perversión...

—No uses palabras que no te van —le cortó Paquita—. El amor es libre, ¿no decís eso los ácratas?

—No lo entiendo —repitió varias veces Germinal, como un latiguillo.

—En la vida hay muchas formas de querer y todas se entrecruzan. No estoy dispuesta a renunciar a ellas sólo por hacer caso a convenciones que no me conciernen y a ti tampoco —argumentó Paquita.

—Esta píldora es demasiado gorda para que me la pueda tragar sin agua. Necesito tiempo para hacerme a esta idea detestable. Creo que no podré sobrellevarla.

—Conviene que lo pienses y, sobre todo, que lo sientas, sabiendo que me tienes, que yo también te amo y te deseo.

Francisca supuso que Germinal iría en busca de Ramón Acín para exponerle tan complicada situación y pedirle consejo. Estuvo segura de que el pintor se comportaría como un aliado de su causa.

Quince días antes de la boda, Germinal Ors y Francisca Vió se volvieron a ver en el ático y el reencuentro fue tan apasionado que a ella ya no le cupo duda alguna. Había ganado la batalla: él consentiría, pues no quería perderla. Y ella se sentía muy capaz de sostener aquellos lazos tensos, sin permitir que la cotidianidad los arruinara, sin que la convivencia ajase las flores que ella se encargaría de mantener frescas en cada nuevo encuentro. Las cosas irían tal como ella imaginaba.

A finales de enero, Francisca y Jesús se casaron en la iglesia de Santa Engracia. El padre Vázquez desgranó una plática dirigida más a los padrinos, don Antonio y doña Manuela, que a los contrayentes. Al almuerzo, que el patriarca quiso celebrar en una de las plantas de su empresa azucarera, engalanada para la ocasión, asistió «toda Zaragoza», así lo reseñó *el Heraldo* del día siguiente. Pero la gente de orden, ampliamente representada allí, no disfrutó de los manjares con tranquilidad. Durante toda la mañana habían

corrido rumores en las redacciones de los diarios y en los cuartos de banderas. Al parecer, Primo de Rivera había sido llamado a palacio por el Rey para solicitarle su dimisión.

Antes de pasar por la casa para cambiarse, Paquita quiso llevar su ramo de novia a quien la había ayudado en la operación envolvente. Ángela la recibió sorprendida y le agradeció el gesto hasta las lágrimas. Luego, en el atardecer, los novios tomaron el Hispano-Suiza que don Antonio les prestó y salieron camino de Francia.

Lo que no sabían quienes despidieron a los dos primos en el portal de la casa paterna era que en Huesca, donde pensaban pasar la noche en casa de los Acín, los estaba esperando Germinal Ors, que al día siguiente salió con ellos en un viaje con múltiples escalas y final en París. Cuando llegaron a la capital francesa, ya les había precedido el ex dictador, que moriría allí poco después.

V. (1931)

Aquel domingo 12 de abril Francisca se levantó temprano y, metida en la bañera, sintió náuseas. No recordaba haber tenido aquella desagradable sensación desde cuando era niña. No tardó en reponerse. Se acicaló, se vistió y se dispuso a sacar de la cama a su marido. Nada le dijo de su indisposición, sólo le recordó que cuanto antes estuviera listo, mejor, pues convenía comenzar pronto el recorrido programado por ella. Ir a buscar a Germinal, intentar sacar a aquella familia de anarquistas de su empecinado abstencionismo. Acercarse a votar, aunque ella no podría hacerlo, pasear un rato por Independencia, «para ver cómo anda el ambiente», y prepararse a esperar los resultados. Todo un programa dominical, en un día en el que «se decidirá nuestro futuro», aseguró Paquita.

—No creo que el futuro, cualquiera que sea el sentido que se le quiera dar a esa palabra, se vaya a decidir en un solo día —dijo Jesús, aún en el lecho—. Napoleón hablaba como has hablado tú, porque era muy amigo de las frases redondas —apostilló.

—No voy a entrar a ese trapo —dijo ella—, pero si hoy ganamos, prepararemos fiesta. No te podrás negar. Así que arriba —ordenó.

La familia Ors estaba desayunando cuando los Vió llegaron.

—En cuanto terminen ustedes de desayunar, nos vamos todos juntos a votar.

—¿Desde cuándo votan las mujeres? —preguntó Floreal, el hermano mayor.

—Todavía no, pero si ganan hoy los republicanos, votaremos pronto. De momento, nos limitaremos a hacer compañía a los hombres, que son las únicas personas mayores de edad en España —contestó Francisca.

—A nosotros nos han dicho en la Confederación que no vayamos a votar —explicó Floreal.

—Sí, pero os lo han dicho con la boca pequeña —dijo Paquita.

—Eso también es verdad —admitió el hombre.

—Nosotros no creemos en la política —intervino el padre, que estaba sentado frente a un tazón de leche— y, por consiguiente, no participaremos en las elecciones, que, además, siempre están amañadas.

—Éstas no lo estarán —aseguró Francisca.

—Ojalá que así sea, pero eso no cambia mucho las cosas. Entregas tu voto a otros, a los elegidos, o peor, a los partidos, que luego lo administran a su antojo. Nosotros creemos en las urnas para decidir, no para delegar en nadie. La única democracia auténtica es la democracia directa. ¿Y qué es lo que se va a decidir hoy? Nada. Se va a elegir a unos cuantos concejales para que se ocupen a su gusto e interés del Ayuntamiento de Zaragoza.

—Se equivoca usted —le contradijo Francisca, ante la aprensión de los hijos, que nunca se atrevían a contestar al padre—. Ésta de hoy no es una elección cualquiera —continuó—. Es un plebiscito. Si ganamos se irá el Rey, de eso estoy segura.

Todos permanecían atentos a la discusión, mientras el padre sonreía, amable, siguiendo los argumentos de Paquita.

—Eres joven y tienes mucha fe. Las dos cosas son buenas —opinó el padre—, pero eso que dices de que se irá el Borbón es mucho decir, ¿no crees?

—Claro que se irá —machacó Paquita, entreviendo una brecha en la resistencia del hombre—. Y no presuma usted de viejo, que no lo es.

El señor Ors se levantó y encendió el cigarrillo que acababa de liar. Sonrió a Paquita. Pasó su mirada por la concurrencia y dijo:

—¿Dónde dices que hay que ir a votar?

—Coja la cédula y yo le indicaré el lugar —dijo Francisca, triunfante.

Los Vió acompañaron a los Ors hasta el colegio electoral. El viejo Ors se abstuvo de coger la papeleta de voto y esperó fuera a que Francisca se la trajera dentro de un sobre.

—Así nadie podrá decir que yo he tocado una papeleta de voto en mi vida —se justificó.

Germinal y Francisca acompañaron a su vez a Jesús para que éste votara. Cuando llegaron al colegio vieron salir de él a don Antonio, charlando con un grupo de seminaristas. «Preocupado ha de estar el arzobispo para pedirles que salgan de su encierro y vengan a votar», comentó Francisca.

Aunque Jesús hubiera preferido que no se hicieran ver, Francisca se dirigió a don Antonio, lo saludó con un beso y les dio la mano, uno por uno, a los uniformados alevines de cura, luego le pidió a su tío el Hispano-Suiza. «Nos gustaría ir esta tarde de excursión a Huesca», le dijo. Entretanto, Jesús, saludando desde lejos, se metió en el colegio y se puso a la cola.

Después de comer se les unieron Ventura y Raúl Sedaño. Todos juntos se fueron en el coche hasta Huesca para pasar la tarde con Ramón Acín y su familia. El pintor, que confesó haber ido a votar muy temprano, estaba seguro de que los republicanos ganarían. «Por una vez hemos votado todos», dijo.

Acín había comprado dos coronas de flores con la intención de llevarlas a las tumbas de Fermín Galán y Ángel García Hernández, fusilados cinco meses atrás como consecuencia del levantamiento republicano en Jaca. Hacia el cementerio se fueron a depositar las flores. Otros ya se les habían adelantado. Coronas y ramos cubrían las sepulturas y sus aledaños.

Cuando cerraron los colegios electorales, Ramón Acín comenzó a recibir en su casa visitas y mensajes que le adelantaban la victoria republicana. Discutieron, elucubraron, se repartieron la piel del oso monárquico y hasta cantaron unas jotas con letras escritas para la ocasión. De noche, ya de vuelta, Sedaño les comunicó que había abandonado, dijo, las banderas libertarias, para entrar a formar parte del nuevo partido que estaba montando Marcelino Domingo. «Hace un par de meses asistí a una cena con él y me convencí de

que la única forma de cambiar las cosas es la democracia representativa. Las utopías no se realizan de golpe, sino a golpe de votos», aseguró, muy convencido.

«Se han derretido las nieves libertarias de antaño —comentó el afrancesado Ventura—. Nuestras vidas son los ríos, que van a dar a la mar, que no es el morir, sino la República. Allá van los señoríos, derechos a se acabar y consumir», añadió, mordaz. Pero Raúl Sedaño no tenía el cuerpo para polémicas y menos para justificaciones. Cuando, ya de noche, llegaron a Zaragoza, pasaron por las sedes de los diarios. Los republicanos habían ganado en casi todas las capitales de provincia, incluidas las tres aragonesas. Grupos de personas con banderas tricolores y rojas cantaban y vitoreaban en la plaza de Santo Domingo.

El lunes amaneció preñado de rumores y Francisca apenas paró un momento. Jesús, poco dado a las aglomeraciones y a los ruidos, no salió de casa porque el sábado había recibido una carta de Petros Papachristos y la había abierto esa misma mañana del lunes. Interpretar el artículo que Petros le adjuntaba iba a llevarle algunos días de trabajo, así que se encerró con las matemáticas. Comió con sus padres en el primer piso y hubo de soportar la jeremiada de don Antonio. La derrota dinástica no le había sorprendido, aunque mantuvo las esperanzas hasta el último momento. Lo que le preocupaba no era tanto el pasado, que ya daba por ido, sino el futuro que, según él, estaba lleno de amenazadoras incertidumbres. «Con los revolucionarios al acecho —dijo— esto puede acabar como en Rusia o como el rosario de la aurora».

Pero lo que de momento se estaba preparando era una fiesta y Paquita había anunciado que no quería perdérsela. Cuando ella volvió, ya tarde, con noticias frescas, sacó a Jesús de su concentración sobre el artículo enviado por Petros para informarle de que el Rey había renunciado y que un Gobierno provisional y republicano estaba dispuesto a hacerse cargo del poder.

—No me digas que no has encendido la radio en todo el día —le dijo.

—Prefiero enterarme de lo ocurrido por tu boca. Es más divertido —argumentó Jesús.

—Mañana, si se proclama la República, no te dejaré solo en casa. Saldremos juntos a la calle —prometió Francisca—. Pero a mí no me engañas, estás preocupado por algo y no creo que tenga nada que ver con la política.

—He recibido una carta de mi amigo el griego.

—¿Le ha pasado algo?

—De salud está bien, pero el asunto que me cuenta no sólo le afecta a él, sino a todos los matemáticos del mundo. Junto a la carta me ha enviado un artículo científico realmente inquietante.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Aún no lo he descifrado del todo, pero Petros anuncia una catástrofe. Según Papachristos, un joven lógico y matemático de Viena acaba de demostrar en ese artículo la existencia de teoremas que, aun siendo ciertos, no pueden probarse ni refutarse.

—¿A ti y a mí qué nos va en ello? —inquirió Paquita, evangélica.

—A ti puede que poco, pero a mí sí y mucho. Puedo estar persiguiendo una ilusión, metido en una trampa urdida en el siglo XVII por el matemático francés del que te he hablado.

—Si ese enigma ha esperado casi tres siglos, bien puede aguardar un día más. Prométeme que mañana te olvidarás de él —replicó.

Aquel martes, confirmada la renuncia de Alfonso XIII, con el paro laboral y los comercios cerrados, grupos de entusiastas recorrieron las calles de Zaragoza desde temprano en la mañana. La manifestación que se formó hacia el mediodía no bajó de las treinta mil personas. Como había previsto Francisca, la fiesta se desbordó.

El grupo que animaba Paquita acompañó a los concejales elegidos y aún no proclamados desde la plaza de la Constitución hasta el Ayuntamiento. Allí, en un salón, eligieron alcalde en la persona de Sebastián Banzo. Cuando éste salió al balcón para saludar, quienes esperaban en la plaza prorrumpieron en variados gritos, entre los que predominaban los vivos a la República, pero no

faltaron tampoco quienes gritaron a favor de la revolución social. «Parece que hemos ganado todos los españoles menos uno, pero no he visto yo ningún partido de fútbol en el que ganen los dos equipos y sólo pierda el árbitro», dijo Ventura al oído de Jesús.

Después de comer, Francisca volvió a la carga y arrastró a sus amigos hasta el Gobierno Civil. «Allí van a izar la bandera», aseguró. Más tarde se acercaron a la Capitanía General, donde, por vez primera, ondeaba la tricolor.

Ya de noche, una docena de amigos, algunos de ellos conocidos aquella misma tarde, recalaron en el ático de los Vió y allí corrieron el champán y otros vinos. También se vaciaron varias botellas de coñac. Solicitado por su prima, el violín de Jesús abandonó el estuche donde guardaba silencio desde hacía años y sonó acompañando las más variadas piezas corales, que volvían de forma recurrente a los himnos.

En un momento de la noche, casi en la madrugada, cuando las voces, quizá agotadas, habían cesado, Jesús se arrancó de nuevo con el violín y tocó un tango. Ventura se atrevió a cantarlo: «Cuando la suerte, que es grela, fallando y fallando te largue parao...», comenzó.

—Lo que faltaba —se quejó una voz—. Ahora Gardel.

Ventura se detuvo y con él el violín.

—Pues te equivocas, necio —corrigió el cantor—. No es de Gardel, que sí lo canta. La letra y también la música son de Discépolo. Así que escucha y calla —ordenó.

Volvió a sonar el violín y se hizo el silencio hasta el final del tango.

«Sí, cantaban *La Marsellesa* y *La Internacional*», fue uno de los comentarios que hubo al día siguiente entre los inquilinos que ocupaban los pisos intermedios del edificio. Si Antonio Vió hubiera tenido el oído más fino, no sólo habría escuchado aquellos sonos, podría haber identificado también el violín que los acompañaba.

Una semana más tarde, Jesús escribió a Petros confirmándole los malos presagios. A su juicio, el artículo del vienes no tenía fallos. La conjetura de

Goldbach y el teorema de Fermat se habían convertido de la noche a la mañana en una quimera. Papachristos contestó a vuelta de correo con una carta casi desesperada. «He viajado a Viena y me he entrevistado con el individuo en cuestión. Es un tipo muy joven, bajito y miope, que se cubre los ojos con unas lentes tipo culo de vaso. Fui derecho al grano y le pregunté si existía algún procedimiento para saber, a priori, si un teorema tiene demostración o no la tiene. Aquel pichafría me contestó, completamente en serio, que toda conjetura puede, en principio, ser indemostrable. Le apremié para que me dijera si la de Goldbach estaba o no en la lista de los teoremas indecibles, que es como él los llama. No me sacó de dudas. Me dijo que, por el momento, no hay manera de contestar a mi pregunta. Me entraron ganas de estrangularlo, pero me contuve. Para acabar de adornar este fiasco, has de saber que Russell y Whitehead, nada menos, han escrito que la prueba de este enano, que ni siquiera es vienés, sino moravo, resulta irreprochable. De hecho, el término que han empleado es sublime. ¿Te acuerdas de la frase de Hilbert: “En Matemáticas no hay ignorabimus”? Pues a la mierda, es lo más suave que se me ocurre decir.»

Desanimados, pero con la esperanza de que los lógicos, que les habían echado encima un jarro de agua fría, acabaran por señalar cuáles eran los teoremas demostrables y cuáles no, Vió y Papachristos, aunque con los ímpetus disminuidos, siguieron en sus respectivas trincheras, intentando asaltar las fortalezas de Goldbach y de Fermat pese a que pudieran ser inexpugnables, pero el griego acariciaba cada vez más la idea de abandonar Munich y volver a Atenas.

Jesús sabía de la existencia de Alan Turing a través de una carta que le había enviado desde Cambridge Petros Papachristos, desplazado allí en uno de sus viajes: «He conocido a un tipo curioso —le escribió Petros—, un muchacho que no ha cumplido los veinte años y ha conseguido una beca del King’s College. Es hijo de un funcionario destinado en la India y se ha criado en un internado de corte militar de los que tanto abundan por aquí. El muchacho se queja del mal trato recibido, aunque parece dispuesto a resarcirse: trasnocha y viste como le viene en gana, se sujeta los pantalones con una corbata en lugar de cinturón, se afeita una vez a la semana y, para colmo, es tartamudo, pero tiene un

talento descomunal. Anda detrás de construir una máquina universal, así la llama él, capaz de realizar todo tipo de cálculo, y probablemente lo consiga. Hablé con él del asunto de la indecibilidad y ya conocía el artículo del maldito moravo. Le dejé muy claro lo que me interesa: conocer a priori si una conjetura es demostrable o no. Prometió dedicarse al asunto. ¡Ah!, se llama Alan Turing».

La respuesta que los matemáticos esperaban acabó por aparecer cuando Alan Turing publicó un artículo sobre aquel enrevesado asunto. Fue como si, tras la mojadura recibida, a Jesús y a Petros les cayera sobre las espaldas una copiosa nevada, bajo la cual les sería imposible volver a entrar jamás en calor. Turing había demostrado la imposibilidad de demostrar, a priori, si una conjetura tiene demostración o no la tiene. Parecía un trabalenguas, pero, para ellos y, en general, para todos los matemáticos, fue una noticia muy desagradable.

Antes de las elecciones de junio, de las que saldrían unas cortes constituyentes, Francisca comunicó a los futuros abuelos su embarazo. Si las cosas seguían con la normalidad de los primeros meses, el bebé nacería con el año nuevo. Manuela se puso de inmediato con la canastilla y don Antonio no refrenó su alegría. «Entre tantos desastres, por fin una buena noticia», comentó en la mesa. Jesús y Paquita disponían en su ático de la servidumbre familiar, pero sin el inconveniente de la convivencia con ella, pese a lo cual comían a menudo en casa de los padres, donde Jesús llevaba con paciencia las frecuentes quejas políticas de don Antonio, pero Francisca, a pesar de reprimirse, soportaba la cruz de los reproches políticos con menos espíritu franciscano y, aquí o allá, soltaba alguna pulla contradiciendo las opiniones de su tío, lo cual solía provocar una reacción en cadena que incomodaba a Manuela y no gustaba a Jesús.

—¿Por qué te empeñas en discutir con él? —le reprochaba cuando estaban a solas.

—Porque de la discusión sale la luz.

—¿De qué luz hablas, de la que se ve cuando recibes un golpe en la cabeza? ¿Acaso crees que lo vas a convencer?

—Al menos que se entere de que no todo el mundo piensa como él.

—¿Crees que no lo sabe? Nos pasamos la vida afirmando nuestra personalidad. Pero yo, la verdad, hace ya muchos años que renuncié a ello. Es un esfuerzo inútil. Te invito a hacer lo mismo. Además, a mi madre le disgustan esas discusiones.

Francisca prometió seguir aquel consejo, a sabiendas de que sería imposible mantener la promesa durante mucho tiempo.

Raúl Sedaño se quejaba de que al poco de empezar su militancia en el Partido Radical-Socialista, éste se escindió. Él, naturalmente, se mantuvo en la facción de su admirado Marcelino Domingo. Se lamentaba también de que los del PSOE se negaran a ir con ellos a las próximas elecciones en listas conjuntas. «Ya se ve que eres un elemento disolvente —le embromó Ventura—. Todo partido en el que entre Sedaño será divisible al menos por dos. Quizá el profesor Vió esté dispuesto a explicarnos matemáticamente este fenómeno». Jesús, por una vez, siguió la broma.

—Lo que quiere decir Ventura es que Raúl, al ser divisible, no es un número primo, aunque puede ser un número perfecto —conjeturó Vió.

—De primo no tengo nada, desde luego —aseguró Raúl.

—Me extraña que Sedaño sea perfecto, aun disfrazado de número —interrumpió Ventura—. Por cierto, ¿qué es un número perfecto?

—Un número perfecto es aquel cuyos divisores, sumados, dan como resultado el número en cuestión —contestó Jesús—. Por ejemplo, el seis o el veintiocho. A diferencia de los primos, que, salvo el dos, todos son impares, los números perfectos son todos pares, aunque esto último es una conjetura que nadie ha conseguido aún demostrar.

—No me digas —comentó Ventura, aparentemente interesado— que en Matemáticas, como en la vida, existen verdades que no se pueden demostrar.

—No lo sabes tú bien —le cortó Jesús—. Quizá tampoco estés enterado de que San Agustín sostenía, absolutamente convencido, que Dios había creado el mundo en seis días, por ser el seis un número perfecto. Veintiocho, que, ya lo

he dicho, también es perfecto, son los días que tarda la luna en dar una vuelta alrededor de la tierra. Quizá esto de la luna te sugiera algo.

—Sigo pensando que nadie es perfecto y mucho menos la luna. Por algo ocultará una de sus caras. Pero ya veo que eso de las Matemáticas tiene más química de lo que yo, ignorante de logaritmos y algoritmos, haya podido imaginar.

En aquella ocasión, Francisca no consiguió arrastrar hasta las urnas al viejo Ors ni a su hijo Floreal.

—¿A quién voy a votar? —se preguntó el padre de los Ors—. ¿A los socialistas? Serán obreros, no lo dudo, pero no estoy dispuesto a colaborar con sus enjuagues y chapuzas. Hoy me quedo en casa. Estas Cortes se han engendrado en el vientre del capitalismo —añadió, retórico.

Germinal sí se dejó convencer por la insistencia de Paquita y votó con desgana a los socialistas. Conseguido el título de maestro, Germinal había obtenido plaza en las Cinco Villas, concretamente en Ejea de los Caballeros, y, como allí el maestro disponía de vivienda, muchos días se quedaba en el pueblo. Había comprado una motocicleta y en ella se desplazaba entre Ejea y Zaragoza. También la usaba dentro de la ciudad y, a menudo, Paquita iba con él de paquete. Durante el embarazo dejó de hacerlo y de llamar por ello la atención. Paquita no se ocultaba cuando salía a la calle con el maestro, tampoco cuando iban los dos primos con él al cine o a un concierto. Los jóvenes Vió pasaban en Zaragoza por seres extravagantes y, en cierto modo, al considerarlos un caso perdido, se les perdonaba su falta de respeto hacia las normas bajo las cuales se regían las gentes de su clase. La ausencia de trato con las familias y personas de orden los excluía de la que éstas consideraban vida social. De algún modo explicaban sus raras actitudes metiéndolos en el impreciso saco de «los intelectuales», gente inaprensible que hacía una vida tan impropia como inútil. Jesús pasaba por ser un sabio distraído, a quien sólo le faltaban las melenas de Einstein para considerarlo una atracción de feria. A Paquita, sin embargo, se le perdonaba peor su desparpajo y eran, especialmente, las mujeres de cierta edad quienes en sus comentarios se mostraban más severas con ella. No faltaban personas en el casino que, al

paso, le hacían saber a don Antonio dónde y con quién se había visto a sus hijos, pero, en general, aquellos comentarios le resbalaban a Vió, pues Ángela le inoculaba el antídoto, encomiándole lo guapa e inteligente que era Francisca, lo bien que caía a todo el mundo.

—Hablas como si la conocieras —decía don Antonio.

—No, pero oigo lo que dice la gente —aseguraba la Montes—, y todo el mundo la quiere y la respeta.

En julio, como consecuencia de las reformas de Azaña, se cerró la Academia Militar y las calles de la ciudad quedaron privadas de la presencia de jóvenes uniformados, tan apreciada por madres y muchachas en edad de merecer, quienes veían en aquellos futuros militares la posibilidad de un matrimonio como es debido.

Aquel verano la familia, excepto don Antonio, lo pasó en Vió y, como disponían de automóvil, los primos se movieron por el Alto Aragón, visitando lugares en donde nunca habían estado. Incluso Germinal, a pesar de la aprensión que le producía tener que convivir con Manuela y la servidumbre, se hospedó en la casona algunos días. También los Acín pasaron allí un fin de semana con las niñas, y la hospitalaria Manuela estaba encantada con aquellas visitas. A finales de agosto el embarazo de Paquita se hizo ya bien visible y hubo de soportar los parabienes y consejos de todas las mujeres del pueblo y de cuantas visitaron la casa.

Cuando los veraneantes regresaron a Zaragoza en los primeros días de septiembre se encontraron la ciudad medio paralizada por la primera huelga general decretada por la CNT bajo la República. No sería la última. Don Antonio había pasado del enfado al miedo. La mala situación económica que atravesaba el país y también toda Europa, la ausencia de buenas perspectivas en la construcción, eje de sus actividades empresariales, le habían impulsado a despedir a un grupo de albañiles, pintores y electricistas. «A mi pesar, bien lo sabe Dios», se justificó. Aquellos despidos le ponían, según él, en el punto de mira de los sindicalistas. Éstos, sin existir un subsidio de paro, veían con desesperanza cómo las ilusiones que habían puesto en la República para que remediara sus males, que eran muchos, se venían al suelo con un horizonte

que, no sin razón, se les presentaba, más que nublado, negro, y no estaban dispuestos a «comer República», como algunos patrones resentidos ya les habían anunciado. En la noche del 14 de octubre Manuel Azaña pasó a presidir, por primera vez, el Gobierno de la República, y Raúl Sedaño se mostró exultante. «Al fin la cosa marcha por donde debe», dijo.

Durante los últimos meses del embarazo, Francisca se hizo más hogareña, redujo las salidas y, aunque siguió impartiendo sus clases casi hasta el final, las reuniones y tertulias pasaron a celebrarse en el ático. Allí acudía también Germinal. El último día del año, después de haber pasado la Nochebuena en familia, Paquita quiso reunir a los amigos en su propia casa para dar la bienvenida al año 1932 que, según ella, sería decisivo. «Y no sólo porque tendremos un hijo», añadió.

Sedaño, siempre bien informado, acudió a la fiesta con su novia, Luisa, a la que había conocido en su nuevo trabajo en el Ayuntamiento. Nacida en Sabiñánigo, era una muchacha morena de labios gruesos y grandes ojos grises. Con ella trajo Raúl noticias muy recientes. En la provincia de Badajoz, en Castilblanco, aquella misma tarde un grupo de jornaleros había matado a cuatro guardias civiles. «Traeré cola», aseguró Ventura. No se equivocó. El día de Reyes la Guardia Civil disparó en Arnedo contra una manifestación obrera matando a seis personas, cuatro de ellas mujeres. Treinta más quedaron heridas en el suelo. Los ánimos se encrespaban.

El día en que Paquita dio a luz, Germinal pasó por casa de los Vió para ver al recién nacido, un niño, y a Paquita. En un aparte, le comunicó a Jesús que en el Alto Llobregat la CNT había tomado los ayuntamientos, proclamando el comunismo libertario.

—Mi padre considera que es pronto para eso —le informó—, y yo pienso que es una locura. Durruti y los de la FAI controlan ya los sindicatos y si mi padre está hecho un lío, imagínate yo.

Cuando pocos días más tarde, ya restablecida la calma, el Gobierno deportó a más de cien sindicalistas catalanes enviándolos a Ifni, la CNT declaró la huelga general en toda España. Los Ors la secundaron. «No estoy de acuerdo con Durruti ni con Ascaso, pero no quiero sentirme un desclasado. Me gusten

o no, tengo que estar con ellos. No me podría mirar al espejo haciendo de esquirol», dijo Germinal.

—¿Qué culpa tienen de ello los niños a los que das clase? —le replicó Jesús.

Germinal no supo contestar. Se encogió de hombros y, en ausencia de Paquita, levantó al niño que lloraba en la cuna y se dio un paseo por la casa con él en brazos.

—Trabajo en un oficio que me gusta, estoy bien con vosotros... y, sin embargo, tengo una dolorosa sensación, la impresión de que ya no soy dueño de mi vida —confesó Germinal.

—Nadie lo es. Aunque, a veces, uno se crea el amo de su destino, no deja de ser una mera ilusión —replicó Jesús—. «En otro tiempo, si no recuerdo mal, mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones y se derramaban todos los vinos.» Así arrancaba Rimbaud su *Temporada en el infierno*, pero no estamos aún en el infierno y esos pensamientos tuyos... mejor no se los cuentes a Paquita. Le harías daño —afirmó Jesús.

El recién nacido fue inscrito por Jesús en el registro civil con el solo nombre de José, pero cuando, sin que Paquita opusiera resistencia, se le bautizó, la abuela quiso que llevara también el nombre de su esposo. José Antonio Vió no habría de usar luego su nombre de pila, un nombre compuesto que, sin apellidos, ya circulaba entonces en la prensa para designar al muy activo hijo del desaparecido dictador.

Antonio Vió estaba encantado con su nieto y cuando éste pudo alimentarse sin depender del pecho materno, a menudo era el abuelo, más que Manuela, quien solicitaba que el niño estuviera en la casa, incluso que durmiera allí junto a la cama matrimonial. No tenía don Antonio por costumbre subir al ático para ver a sus hijos y nieto, pero una tarde en la que Manuela estaba con un gripazo, y por ello el niño no debía bajar a su casa, se decidió a subir. Paquita abrió la puerta y, detrás de ella, vio al pequeño José en brazos de Germinal. Antonio Vió sabía de su existencia, incluso de qué familia procedía aquel maestro de Ejea. La naturalidad con la que Germinal sostenía al bebé y las sonrisas que éste le dedicaba no dejaron de sorprender al patriarca, pero

nada dijo. El bebé pasó de los brazos de Germinal a los de su abuelo sin perder la alegría y allí, en el salón, estuvieron los tres, atentos a la criatura y charlando de trivialidades, no sin que Vió le preguntara a Germinal por el trabajo, por los chicos que tenía en clase e incluso por su familia. Germinal, íntimamente incómodo, procuró ser amable, y cuando Jesús volvió de la Universidad, aún continuó un buen rato la conversación, hasta que la criada anunció que la cena ya estaba dispuesta, momento en que don Antonio rehusó la invitación y bajó a su domicilio.

La doble relación que tenía con sus dos amores, que contradecía cualquier código de conducta admisible socialmente, la sostenía Paquita con la naturalidad propia de alguien que se cree tocado por el destino para una misión que ha de cumplir contra viento y marea, y pretendía de su primo y de Germinal la misma naturalidad. Sabía que los lazos eran tan firmes como el cariño y la pasión de los que era receptora, una unión que, estaba convencida, no tenía fisuras ni admitía reproches. Le preocupaba, sin embargo, la opinión que los demás pudieran tener de Germinal, joven y guapo, a quien no se le conocían novias ni otros desahogos sentimentales. Una maestra, Eugenia Sáenz, que había sido alumna de Paquita, le había echado el ojo a Ors y, creyendo encontrar en Francisca la peana mediante la cual acceder al muchacho, se confesó con ella.

—Me gusta —dijo—. Es muy guapo y tiene fama de trabajador y de formal. Pero es un poco raro, ¿no crees? Nunca se le ve con mujeres, excepto tú, claro. Pero tú estás casada, no cuentas para eso —aseguró, inocente.

—Si quieres yo te lo presentaré —contestó la Vió, arriesgando.

—No me agradaría llevarme un chasco, la verdad —dijo Eugenia—. Algunas malas lenguas van diciendo por ahí que es... de esos.

—¿De cuáles? —preguntó Paquita algo alarmada.

—Yo no hago caso de chismes —se curó en salud Eugenia—, pero lo que dicen es que le gustan los hombres y no las mujeres, ya sabes.

Francisca tuvo, por un momento, la sorpresa en sus ojos, pero reaccionó de inmediato.

—Nunca se me hubiera ocurrido semejante barbaridad. Te lo presentaré y, si te lo propones, saldrás de dudas.

Cuando Paquita le contó a Germinal la conversación, éste se molestó. A él, que blasonaba de no importarle las opiniones de la gente burguesa, le sentó como un tiro enterarse de aquella maledicencia. «No me interesa conocer a esa correveidile», dijo, firme, y se negó a tratar con Eugenia ni a tomarse a broma aquel rumor, como le pedía Francisca.

La maternidad y, sobre todo, la lactancia cambiaron la vida de Francisca, pero en cuanto el pequeño dejó de mamar, intentó recuperar su vida anterior, aunque sus movimientos se redujeron, pues no quiso que el niño dependiera exclusivamente de criadas y abuelos. A menudo era ella quien lo sacaba a pasear y en alguno de los paseos se acercaba a casa de la Montes con el crío. Tener en su casa al nieto de su amante significaba mucho para ella y así se lo decía a Paquita.

Los Vió se trasladaron a la casa del pueblo a mediados de julio. El intento de golpe militar del general Sanjurjo en Sevilla y de algunas unidades de Madrid les llegó allí a través de la radio. Raúl Sedaño, que, acompañado de Luisa, los visitó aquel fin de semana, se mostró optimista: «Quien tropieza y no cae, adelanta camino», dijo. Aparte del argumento refranero, Raúl aseguró que «ahora saldrán adelante la reforma agraria y el estatuto catalán. Serán hitos que consolidarán la República».

Cuando, a finales de agosto, don Antonio se acercó hasta Vió, traía, entre la correspondencia, una carta para Jesús, enviada desde Munich por Petros Papachristos. «Como ya sabrás, los nazis han ganado las elecciones. Han obtenido catorce millones de votos y doscientos treinta diputados. Esto es el fin. Como ni los nazis ni nadie han podido formar gobierno, el siniestro Von Papen acaba de convocar nuevas elecciones para noviembre. Yo ya no estaré aquí. Acabo de escribir al rector de la Universidad mi carta de dimisión. Me vuelvo a Grecia. Como ya te he comentado, tengo en Ekali, muy cerca de Atenas, una casa con tierra. Me dedicaré a la agricultura, a dar clases en un Instituto y a jugar al ajedrez. De Goldbach ni te hablo, he decidido enterrar definitivamente la parte de mi vida que le he dedicado.»

Jesús leyó la carta de su amigo y quedó horrorizado por las siniestras previsiones que le impulsaban a dejar Alemania, pero también y de manera muy personal, porque, seguramente, perdería un colega y confidente en el que apoyarse para sus investigaciones. La «indecibilidad», por un lado, y el abandono de Petros, por el otro, le sumían en una soledad que le pareció insoportable. Se sentía perdido frente al inaccesible Fermat, a quien había llegado a odiar. Decidió escribir a Lardy contándole sus dudas y dándole cuenta de lo que creía que eran avances. Necesitaba algún apoyo para seguir en la batalla, aunque quizá lo más sensato era dejarlo todo y orientar su cabeza hacia objetivos más plausibles.

La intuición de Vió lo había llevado a formular una conjetura: «A toda forma modular corresponde una curva elíptica y viceversa», pero veía lejano el objetivo de convertir aquella fundada intuición en un teorema. Según él pensaba, ese camino que conducía hasta Fermat era tortuoso y pasaba primero por demostrar esta conjetura y después por comprobar que la curva elíptica construida a partir de una hipotética solución a la ecuación de Fermat no se correspondía con ninguna forma modular. Se lo explicó ampliamente a Lardy en una carta, donde también le expresaba sus dudas: «Tendría que haber una demostración más sencilla. Asequible a los conocimientos matemáticos existentes en el siglo XVII».

Harold Lardy le contestó a vuelta de correo, prometiéndole una respuesta cabal en cuanto hubiera estudiado los papeles enviados por Jesús. La carta de Lardy no era ni carne ni pescado. El profesor acogía en ella muy positivamente el camino ideado por Jesús, especialmente su conjetura acerca de elípticas y modulares. «El solo hecho de formularlo resulta interesante, y si usted pudiera demostrarlo, sería un auténtico hito. Merece la pena que lo intente.» Amablemente, sin embargo, le señalaba la enorme dificultad que entrañaba el trabajar sobre dos conjeturas a la vez, la de Fermat y la suya propia. «Además —añadía Lardy—, nos encontramos ante una proposición positiva (existe correspondencia biunívoca entre elípticas y modulares) y dos proposiciones negativas, la de Fermat: no existen tres números enteros, etcétera, etcétera, y la suya: no hay correspondencia entre la ecuación de Fermat en forma elíptica y cualquier forma modular. Si le he de ser sincero, me parece un camino difícil.

En todo caso, le animo a que publique su propia conjetura, así, probablemente, encuentre apoyo. Para demostrarla o para refutarla. En cuanto al camino sencillo, utilizando los conocimientos del siglo XVII, sólo se me ocurre una pregunta: ¿por qué ningún matemático lo ha descubierto?».

Jesús, quizá porque se sintiera inseguro respecto a su intuición, no quiso, de momento, publicar sus investigaciones. Tampoco estaba de humor para ello, pues la tranquilidad, tan necesaria, se había esfumado de su entorno.

A finales de agosto, como respuesta a la intentona de Sanjurjo y en apoyo de sus propias reivindicaciones, la CNT llenó la plaza de toros de Zaragoza en un mitin donde se expresaron fogosamente los deseos de llegar a la revolución social de inmediato. En los primeros días de septiembre, el gobernador mandó detener a una veintena de sindicalistas, entre ellos a Floreal Ors. Su hermano Germinal lo visitó en prisión y se indignó por el trato que Floreal había recibido. Cuando salió de la cárcel, Floreal entró a formar parte del comité de huelga en la construcción. Ese paro duró en Zaragoza treinta y ocho días y en ese tiempo Antonio Vió perdió los nervios y emponzoñó la convivencia en casa. Mohíno, desesperado, irascible, trasladó al domicilio familiar toda la rabia y el miedo que se le habían instalado dentro.

—No podéis compadrear con el hermano de un delincuente que no sólo nos quiere arruinar. Si por él fuera, ya estaríamos muertos —afirmó, rotundo—. Quieren trabajar menos, ¡cuarenta y cuatro horas a la semana! Quieren nuestra piel.

De poco valieron las palabras templadas de Jesús. Paquita, por una vez, permaneció en silencio, lo cual no consiguió aliviar la tensión. Cuando, en noviembre, sin acuerdo, la huelga en la construcción terminó con la derrota de los sindicalistas, comenzaron las movilizaciones en la industria azucarera. «Éste es el cuento de nunca acabar», se lamentó don Antonio.

—Intenta tomártelo con calma —se atrevió a recomendarle Jesús—. Todo acabará por asentarse.

—¿Calma? Es muy fácil decir esa palabra cuando se vive en una urna de cristal, en la abstracción de los números —contestó el padre—, pero si esos

números son los de la contabilidad y ves que te amenaza la ruina o algo peor, de nada vale la calma. Nadie ve en calma cómo le preparan su propio entierro y eso es lo que nos espera.

Aunque Antonio Vió echara pestes contra el Gobierno, éste no lo estaba pasando mejor. De poco le había servido poner en marcha la reforma agraria. En los primeros días del nuevo año, la FAI lanzó a la CNT hacia la insurrección. Preventivamente, en Zaragoza, el Gobierno ordenó detener a más de cien sindicalistas y entre ellos, otra vez, estaba Floreal.

En abril se celebraron elecciones municipales en Zaragoza y las ganó la oposición. Antonio Vió, como tantos, pensó que pronto volverían al Gobierno los suyos y se dispuso a esperar y a gastarse un dinero en hacerlo posible. Se sumó a la generosa derrama empresarial para financiar a la CEDA de Gil Robles y aún le quedó remanente para echar una mano a la Agrupación al Servicio de España, que pronto se transformaría en Falange Española.

Jaime Contreras era un empleado del catastro, algo tronado, que vestía a la antigua, pero aquel menestral se daba aires de aristócrata. Antonio Vió, más que conocerlo, lo veía deambular por el casino de una tertulia a otra. Se extrañó de que un hijo suyo, Agustín Contreras, se le presentara una mañana en el despacho para solicitar una entrevista «personal», eso le dijo a la secretaria. Don Antonio lo recibió. Era un muchacho de aspecto demacrado y maneras rotundas que, según dijo, trabajaba en un banco. El joven Contreras le contó que en breve plazo se constituiría un nuevo grupo político que iba a liderar José Antonio Primo de Rivera. El promotor en Zaragoza era Jesús Muro, a quien Vió ya conocía a través de la prensa por haber sido en su momento presidente de la Unión Patriótica, la organización montada por la dictadura. Contreras traía dos encargos, uno recaudatorio, otro informativo. Estaban montando un sindicato, al que denominó Central Obrera Nacional Sindicalista: «Puede contar, si lo necesita, con nosotros para suministrarle personal seguro y fiel. La sede está en la calle Casa Jiménez, precisó. Antonio Vió llamó al cajero e hizo que éste le entregara mil duros. Agustín Contreras, al agradecer la entrega, que le debió de parecer, no sin razón, un dineral, quedó a sus órdenes.

Cuando, meses más tarde, Contreras volvió del viaje que hizo a Madrid para asistir al mitin en el teatro de la Comedia, en el cual se fundó Falange Española, apareció en los periódicos junto a los cuatro o cinco sansepolcristas zaragozanos, todos con camisa azul, un azul «neto y proletario», color con el que aquellos procónsules del nuevo imperio se vestirían el resto de su vida. Una vida que, cuando se hizo «vieja», resultó muy rentable.

Las divisiones en el seno de los republicanos y la actitud virulenta de la CNT, manejada a su antojo por los más extremistas, trajeron consecuencias en el entorno de los primos Vió. Paquita, voluntariosa y convencida, se hallaba sumida en la perplejidad. Creía a pies juntillas no sólo en la democracia, también en que ésta tendría soluciones rápidas para que desapareciera de España, como por ensalmo, la miseria que arrastraba, pero la realidad era muy otra. En noviembre pudieron votar por primera vez las mujeres. Y Paquita votó, pese a las dudas que tenía de a quién hacerlo, una vez que la conjunción republicana había saltado por los aires. Al fin se decidió por Izquierda Republicana, impulsada por su simpatía hacia Manuel Azaña y, sobre todo, debido a la insistencia de Sedaño, que en vísperas electorales había saltado al partido de Azaña. «Definitivamente», le contestó a Ventura, cuando éste le volvió a embromar a cuenta de su «inestabilidad político-emocional».

Floreal, en contra de la opinión de su hermano y de su padre, acababa de ingresar en la FAI, lo cual trajo consigo, como inmediata consecuencia, ocupar cargos directivos en el sindicato y, según Germinal, «perder la libertad de criterio metiéndose en un grupo dentro del cual el individuo poco vale». Germinal Ors creía en la revolución, libre e igualitaria, como una utopía realizable. Sin muertes, sin violencias, igual que se derriba un edificio viejo, vacío y apolillado, para después, sobre aquel solar, levantar una casa nueva a gusto de todos. Empero, no soportaba el doctrinarismo «con el que unos pocos empujan a los más contra los fusiles, siempre bien engrasados, de la Guardia Civil».

Rafael Ventura y Jesús aparecían ante los demás como si estuvieran por encima de los acontecimientos, pero no era así. «Es más fácil estar *au dessus de la mêlée* que a la altura de las circunstancias —citaba Ventura—, y yo procuro estar en el nivel de éstas —se defendía—. Eso sí, me niego a comulgar

con ruedas de molino». A Jesús le agradaba más analizar que hablar, pero su talento analítico era incapaz de entender aquella complejidad cambiante de la política que, cada vez más, lo invadía todo: la relación social y la familiar, las amistades, los periódicos..., la vida. Fue a votar y esta vez lo hizo por los socialistas, a sabiendas de que ganarían las derechas. No se equivocó.

El partido de Lerroux obtuvo ciento dos diputados y el socialista, que lo seguía en número de representantes, tan sólo sesenta. El viejo «Emperador del Paralelo» había pasado por Zaragoza unos meses atrás para dar un mitin en la plaza de toros contra la autonomía de Cataluña y, de paso, contra los socialistas. Más tarde, en un banquete, recibió el homenaje que le ofrecía la patronal zaragozana, y allí estuvo Antonio Vió. Quien antaño había sido un trueno, el mismo que arengaba a sus huestes incitándolas a que entraran en los conventos «para elevar a las hermanas a la categoría de madres», se vestía ahora de nazareno.

El mismo día en que se constituían las nuevas Cortes, el 8 de diciembre, festividad de la Inmaculada, los anarquistas se lanzaron una vez más a la insurrección: «Frente a las urnas, la revolución social», gritaron. Los de la FAI habían decidido trasladar su Estado Mayor de Barcelona a Zaragoza. Aunque no fueran muchos los obreros dispuestos a embarcarse en aquella aventura, las calles de Zaragoza fueron testigos de actos violentos y lo mismo ocurrió en Barbastro y en otros pueblos y ciudades de Aragón y de España. El día trece, derrotada, cesó la revuelta libertaria. Floreal Ors tomó el camino que ya conocía, el de la cárcel, pero esta vez iba a permanecer en prisión un largo tiempo; mientras, el nuevo Gobierno se disponía a emular a Penélope, destejendo buena parte de lo que se había hilado en los dos años anteriores.

A finales de enero, los conflictos saltaron a la Universidad zaragozana y en las refriegas entre estudiantes de la FUE por un lado y entre quienes se les enfrentaban por el otro hubo un herido de bala. Con el objeto de aplacar los ánimos se suspendieron las clases hasta mediados de febrero. Jesús pensó que era un buen momento para tomar distancia del agobio. Y propuso a Francisca un viaje, una visita a Petros Papachristos en Atenas. Paquita se resistió, pensando que era una larga ausencia para el niño, pero tanto Manuela como Germinal, cada uno por su lado, la animaron y al fin aceptó.

Se embarcaron en Barcelona y, tras hacer escala en Roma y en Messina, llegaron al Pireo. Papachristos los estaba esperando en el puerto. Hacía un día espléndido y el griego, desbordante y en mangas de camisa, les dio la bienvenida. «Tienes una mujer más hermosa que la *Victoria de Samotracia*, pero con muchos menos años y mejor cabeza. No me extraña que la hayas ocultado tanto tiempo, las cosas buenas no conviene exhibirlas, pues hay mucho gavilán desocupado en busca de palomas», le dijo a Jesús en alemán, convencido de que aquella mujer no podía conocer ese idioma. «Gracias por el cumplido, pero no tengo vocación de paloma», le dijo Francisca, sonriente. A Papachristos se le mudó la color y se deshizo en disculpas. «No conviene usar hipótesis tan alegremente. ¿No decís eso los matemáticos?», remachó Francisca.

Papachristos tenía un Mercedes de grandes dimensiones que puso a disposición de los Vió. «Si queréis ver piedras, abundan por aquí», bromeó. Pasaron lo que quedaba de mañana y la tarde en Atenas. La ciudad resplandecía y todos sus habitantes se habían puesto de acuerdo aquel día para tomar las avenidas y las calles. Comieron en el barrio bajo de Plaka y luego subieron al Partenón. «Estas ruinas no las produjo el tiempo, sino los turcos y la pólvora que aquí almacenaban los muy bestias. También los ingleses hicieron un buen expolio. Seguramente pensaron que las cariátides y otras piezas se conservarían mejor bajo techo, en el Museo Británico, que aquí, al aire libre», informó Petros, sarcástico.

Al anochecer se dirigieron a Ekali, donde Papachristos tenía su casa, y los Vió no se acababan de creer que aquella villa florentina de tres plantas, con cinco hectáreas de terreno a su alrededor, fuera la residencia del solterón Petros. A la casa acudían cada día dos mujeres, madre e hija, que se ocupaban de la limpieza y la comida. De la finca se hacía cargo una familia de campesinos. «Yo me ocupo del huerto y del jardín —aclaró Petros—, ellos se quedan con la cosecha que produce el resto de la finca y me pagan una renta. Es muy baja, pero la verdad es que no tengo problemas económicos. Mi padre se pasó toda la vida peleando en los negocios que ahora continúan mis dos hermanos. Como él conocía mi ineptitud para esas cosas, me dejó esta casa y una renta anual y vitalicia, que es mayor de lo que yo puedo gastar», les informó.

—¿No es mucha casa para un hombre solo? —se atrevió a preguntar Francisca.

—Dos son una multitud —contestó Petros—. A veces vienen viejos y nuevos amigos. Tampoco desdeño las visitas femeninas, si es que alguna dama quiere acompañarme, siempre que no tenga la intención de instalarse aquí por mucho tiempo. También acude mi sobrino, Apostólos, a quien intento disuadir de su intención de convertirse en matemático, ¡qué horror!

Petros ocupaba un ala de la primera planta y, cuando la curiosa Francisca quiso ver aquellas estancias, Papachristos se resistió, pero ante la insistencia acabó por ceder. La habitación donde él dormía estaba arreglada, pues allí sí entraban las mujeres del servicio, pero los otros dos cuartos, muy grandes, les estaban vedados. Miles de libros en estanterías, mesas y suelos con una distribución que, a primera vista, parecía aleatoria, pero que no lo debía de ser para su dueño. Un enorme tablero de ajedrez ocupaba gran parte de una mesa de roble bajo una ventana. Mapas de todos los tamaños poblaban las paredes acompañando a una descomunal pizarra negra, frente a la cual lucía un cuadro al óleo. El retrato de un hombre vestido con casaca que, según Papachristos dijo a demanda de Francisca, era Euler. «¿Quién iba a ser si no? ¿No ves que es tuerto?», aclaró Petros, como si el genio suizo hubiera sido el único hombre de su tiempo a quien le faltaba la visión de un ojo.

La habitación que Petros había destinado a los Vió, en otra ala de la primera planta, también era de grandes dimensiones y contenía una cama con dosel. «Vamos a dormir como los papas», aventuró Paquita.

Durante la semana que pasaron en Grecia, los Vió contemplaron, en efecto, muchas ruinas, y todo ello sin visitar las islas. Aunque Papachristos les animó a que lo hicieran, prefirieron usar el Mercedes de Petros para conocer el Peloponeso, la península que en 1893 había sido separada del continente cuando se abrieron los más de seis kilómetros del canal de Corinto. Visitaron Micenas, la dudad de los átridas, la Puerta de los Leones y las tumbas de Agamenón y Clitemnestra. «¿Qué pretendían proteger con estos muros?», se preguntó Francisca. Estuvieron en Nauplia, en el golfo de Argólida, una villa italiana trasladada a Grecia, y, lo que más le iba a gustar a Paquita, en

Monemvassia, una ciudad medieval fortificada sobre el mar. Se dedicaron a respirar la paz, a menudo contemplando el mar desde una cala o viéndolo a través del ventanal de alguna taberna, a la vez que comían un buen pescado acompañado de vino resinoso.

Jesús se reencontró con un Papachristos cambiado, que eludía hablar de matemáticas, dispuesto a disfrutar «de las pequeñas cosas de la vida», según decía. Incluso estuvo proclive a devolverles la visita en España. «Coge a esa mujer y date una vuelta por el mundo, un largo viaje que dure un par de años, y olvídate de las Matemáticas, de la Universidad, de la política..., de todo», le recomendó a Jesús.

Cuando al fin los Vió volvieron a embarcarse, lo hicieron con pesar y la escala de dos días en Niza los desanimó. Fuera de temporada, la Riviera parecía habitada exclusivamente por decrepitos millonarios británicos o norteamericanos que estaban pidiendo a gritos un responso. Cuando desembarcaron en Barcelona y tomaron el tren de regreso, Paquita le confesó a su primo que lo único que le hacía agradable la vuelta a Zaragoza era el reencuentro con el niño y con Germinal. «A mí también», se sumó Jesús.

Cada nueva primavera, Rafael Ventura suscitaba un absurdo debate que se había convertido en un rito. Consistía en discutir acerca de las golondrinas. O, por mejor decir, se trataba de elucidar al vuelo si eran tales o se trataba de vencejos. La discusión solía durar horas y cada contertulio añadía un nuevo disparate, alguna seña de identidad definitiva que permitía distinguir las unas de los otros. Aquella primavera, además del debate sobre las golondrinas, Ventura trajo una mujer, una norteamericana de Boston, que se llamaba Carol. Rubia, de ojos clarísimos, espigada y de senos rotundos, se cubría normalmente con unos vestidos apropiados para bailar el charlestón, pero no tanto para pasearse a cuerpo gentil por las calles de Zaragoza. Llamaba la atención, cosa que a Ventura, lejos de molestarle, le encantaba. Un amigo francés, que Ventura había conocido en París, le había escrito anunciándole la llegada de Carol y, ésta, que se hospedaba en el hotel más caro de la ciudad, se le había presentado en la imprenta familiar, que él ya dirigía por entonces y donde también publicaba sus propios opúsculos y ensayos. Al afrancesado Ventura le costaba soltarse en inglés, pues lo manejaba a duras penas, y ésa

fue una de las razones que le hicieron buscar el apoyo de los Vió, especialmente el de Jesús. La bostoniana, además, y algo le había insinuado el amigo francés en su carta, no se andaba con remilgos ni circunloquios. El primer día le había invitado a subir a la habitación del hotel. Ventura, claro está, no había rechazado la oferta, pero le propuso un cambio: «Aquí no, que me conocen. Mejor te vienes a mi casa», le dijo en su inglés sincopado.

—Está buenísima —le confesó Ventura a Jesús—, pero me tiene agotado. He oído que algunos, muy ricos, se atiborran de caviar y acaban envenenados. Tengo miedo a que me llegue a ocurrir algo parecido. Es que no se cansa nunca. Para esto del amor tiene más resistencia que Uzcudum en el ring.

—No creo que te sea difícil encontrar a alguien que esté dispuesto a compartir tan agradable carga —aventuró Vió.

Enterada del asunto, Francisca se interesó cada vez más por Carol, dispuesta a convertirse en su confidente. Desempolvó el inglés, idioma que nunca le agradó, y se dedicó a pasear con ella, a llevarla al ático para charlar a solas, procurando que el asunto erótico se colara de rondón en la conversación. Carol le confesó que a su vuelta le esperaba un novio rico muy del agrado de sus padres, graduado en Harvard e hijo de un banquero. «Nosotros ponemos el apellido y ellos los dólares», le informó Carol con desparpajo.

—Le he pedido que me pagara un viaje por Europa. Me pienso quedar por aquí tanto como pueda —dijo—. Entenderás que no debo casarme sin haber conocido antes a unos cuantos hombres, y eso en Boston arruinaría mi reputación. He pensado que cien serán suficientes, aunque el número, la verdad, poco importa. Lo que importa es la variedad, ¿no te parece? Llevo un dietario en el que apunto los detalles.

La última frase destapó la siempre desbocada curiosidad de Francisca, que quiso conocer de inmediato aquellos «detalles». Carol se avino a mostrarle la libreta con sus comentarios. Ventura, el último de la lista, aparecía allí como «español, moreno, simpático, tamaño regular, nunca llega a tres. Aprobado».

—No veo mujeres en tu lista, ¿acaso nunca has probado...? —se atrevió a manifestar Paquita.

—¡Oh, sí! Pero a ellas no las clasifico. No forman parte del experimento.

Cuando acabaron de repasar aquella libreta, propia de un ganadero de reses bravas, Paquita ya tenía en la cabeza una idea loca, pero aún no sabía cómo la pondría en práctica.

Carol menudeaba su presencia en casa de los Vió y, finalmente, Francisca la invitó a que se trasladara del hotel a una de las habitaciones para invitados. Carol aceptó encantada. Transportó sus maletas y se instaló en el ático. Jesús intuyó de inmediato que su prima y esposa preparaba alguna jugarreta, pero, por una vez, Paquita se negó a confesarle sus intenciones. «Lo sabrás en su momento», prometió. Germinal, por su parte, no entendía que Francisca, tan cuidadosa con la compleja intimidad establecida entre los tres, se prestara a tener en la casa una testigo.

—¿Qué opinas de nuestro amigo el maestro? —le preguntó una noche Paquita a Carol.

—Es muy guapo —fue la escueta respuesta de la bostoniana.

—Me gustaría verlo inscrito en tu dietario, ¿qué te parece? —propuso Paquita, por derecho.

—Te confieso que había pensado en ello, pero me pareció inadecuado, sobre todo porque tu marido quizá piense que es un abuso usar vuestra casa para mis experimentos.

—No te preocupes por Jesús —dijo—, pero Germinal es muy tímido, aunque imagino que estaría encantado de conocerte mejor. Si tú quieres, haré de intermediaria.

—No tengo inconveniente —aceptó Carol.

El primero en enterarse de que se había iniciado el juego fue Jesús. «Cuidado no te quemes», fue su comentario. Germinal fue abordado por Paquita de muy distinto modo. Ella sabía bien que él se iba a resistir, pero también sabía que la curiosidad era su aliada. Se lo planteó en pleno acto amoroso. «Júrame que colaborarás. Hazlo por mí.» Con las defensas por tierra y el ánimo en el séptimo cielo, Germinal Ors se entregó al diablo tentador.

«Que no sea aquí», puso como leve condición mientras descendía de las alturas.

—Nos iremos al pueblo y allí tendrá lugar —le aclaró Francisca a Jesús.

—No cuentes con que yo esté presente —se negó lacónico.

Paquita supo que, por una vez, Jesús no levantaría su negativa, pero no le importó.

—Está bien —dijo—. Viajaremos los cuatro al pueblo. No puedes quedarte aquí mientras yo me voy con ellos. El sábado nos dejas en la casa y te bajas a Huesca. Los Acín estarán encantados de tenerte como huésped. Eres tonto, te perderás una hermosa velada.

La partida se desarrolló como Paquita había previsto. En el Alto Aragón el paisaje estaba en todo su esplendor y el romero perfumaba el ambiente. Un mundo desconocido para la norteamericana, que durante el viaje no paró de solicitar a Jesús precisiones sobre árboles y plantas, sobre caminos, montes y lugares. Las encinas de los valles, los pinos negros de las alturas, los alipos, las garrigas. La sabina albar por debajo de los quinientos metros y, sobre todo, las hayas, estrenando sus hojas verdísimas sobre la estepa de gramíneas, con el tomillo como rey de la pradera. La casona de Vió también sorprendió a la extranjera y aún más cuando se encontró dentro de la casa con la capilla gótica del siglo XVI que don Antonio había hecho instalar allí, no tanto como decoración sino para dotar la casa de una grandeza que él pretendía, sin decirlo, atribuir a sus ancestros.

Jesús anduvo un rato por la casa, visitó a los caseros en el pueblo cercano y se despidió, prometiendo volver el domingo, quizá a la hora de comer. Germinal se pasó la tarde metido en el cuarto de estudio de Jesús, hurgando entre los libros de la biblioteca. Se decidió al fin por una novela de Jarnés y para aliviar los nervios se enfrascó en ella hasta que el sol se puso. Las mujeres, entretanto, cambiaron de calzado, se metieron en sendos pantalones y fueron de excursión por el campo.

—Venimos hambrientas —anunció Paquita, ya de vuelta, elevando la voz desde la entrada—. Vamos a hacer la cena.

Aunque no frecuentaba la cocina, la Vió conocía los secretos del arte culinario y, con Carol como pinche, preparó las viandas traídas de Zaragoza. Un capón al horno con patatas y verduras en una sabrosa salsa. El pan de leña, la ensalada y un buen vino subido de la bodega hicieron el resto. El maestro, acostumbrado a malcomer, y la bostoniana se chuparon los dedos.

Antes de que acabaran la fruta del postre, Paquita preparó la sobremesa en el primer piso, para lo cual hizo café en un puchero y sacó del escondrijo donde la guardaba don Antonio para las grandes ocasiones una botella de coñac francés.

—Cuando yo me retire —le dijo en un aparte a Carol— no pierdas el tiempo y lo llevas a la habitación. Acompáñame y te la mostraré.

La rubia asintió sin rechistar. Cuando volvieron a la sala, Germinal ya se había servido una buena porción de coñac en una copa de balón. Francisca ejerció aquella noche de conversadora, intérprete y celestina sin cometer fallos en ninguno de los tres oficios simultáneos.

—Me voy a la cama, quiero leer un rato —dijo Paquita, y sin más preámbulos se retiró.

Pero no fue hacia su habitación, sino que, tal y como le había advertido a Germinal, pero no a la chica, se metió en el amplio armario de obra del cuarto en el que, según sus planes, entrarían los amantes. No tardaron mucho. Los oyó llegar, pero desde la rendija de la puerta entreabierta, orientada hacia la cama, no los veía. Un silencio de pocos minutos y al fin los vio caer sobre el lecho, entrelazados y desnudos. Desde la oscuridad de su cómodo escondite se dispuso a contemplar el espectáculo. Ver a Germinal, su amante tan querido, repitiendo con otra mujer las formas y maneras que tan bien conocía la excitaba, pero no sintió en ningún momento el latigazo de los celos. Era la prueba que esperaba obtener y quedó satisfecha, contenta de sí misma. El primer asalto acabó entre los gritos, en verdad desaforados, de la bostoniana, pero no tardó mucho en comenzar el segundo, que resultó moroso. La rubia siguió metida en su propio griterío y cuando llegó el final elevó el tono. Al poco, Germinal se levantó dejando a la muchacha acostada y aparentemente sin resuello. La bostoniana descansaba vuelta hacia la ventana, de espaldas al

armario. Silenciosamente, descalza como estaba, Paquita abandonó el refugio, pero no la habitación. Se despojó de las prendas que llevaba puestas y las dejó sobre la cómoda. Se acercó a la cama deshecha y se acostó al lado de Carol. Si ésta se sorprendió de la nueva compañía, no dio muestras de ello. «Me gusta que estés aquí», le susurró al oído. Paquita, saltadas todas las cerraduras, le acarició los senos y su mano derecha se fue deslizando por el hermoso cuerpo de la extranjera hasta llegar al boscoso e inundado lugar donde hundió sus dedos.

Germinal, que había vuelto al salón a reponerse con otra copa de coñac, estaba lleno de dudas. No sabía si volver al lecho donde estaba la rubia, retirarse a su cuarto o esperar en la cama matrimonial a que Paquita retornara a ella, pero, de nuevo, le atacó el virus de la curiosidad de tal manera que acabó por deslizarse hasta la habitación que poco antes había abandonado. No tuvo que traspasar la puerta para oír los amables gemidos de la refriega. La luz de la lámpara central, que colgaba del techo y había estado encendida todo el tiempo, iluminaba una escena que Germinal había intuido en las fantasías que habitan los largos momentos de entresueños, pero la realidad que ahora contemplaba era mucho más rica. Así que se acercó a la cama y consiguió hacerse un hueco en la batalla que allí se estaba librando. Las contendientes lo acogieron con amabilidad. Sus dedos y, en fin, todo su cuerpo se unió al derroche, que duró hasta que la luz incierta del alba entró por la ventana para sumarse a la de las bombillas. No hubo palabras en la despedida.

Cuando pasado el mediodía del domingo, Jesús, a quien acompañaban los Acín, hizo sonar el claxon del Hispano en la explanada empedrada delante de la casa, sólo Francisca acudió a la llamada. Llevaba puestos un pantalón negro y una blusa blanca y calzaba alpargatas de esparto. Recién salida del baño, sin ningún maquillaje, con el pelo húmedo peinado hacia atrás, estaba radiante. Besó en la mejilla a su esposo y algo le susurró al oído. Luego también besó a las niñas y a los padres. Rehusaron entrar en la casa y todos, los recién llegados y Francisca, subieron juntos a la colina que estaba detrás del edificio, desde donde se contemplaba el valle y también las cercanas montañas, cuyos picos más altos aún almacenaban la nieve del invierno, reflejando el sol como si fueran faros. Pasaron el día en Vió y por la tarde bajaron hasta Huesca,

donde cenaron. Ya de noche, dejaron a Germinal en su casa de Ejea y, pasadas las doce, entraron en Zaragoza. Francisca consiguió que durante aquel día luminoso no se hablara de la política y sus problemas y todos lo agradecieron.

Aquella noche, en la cama matrimonial, Jesús recibió las confidencias de su prima y no hubo detalle de la noche anterior que no le contara.

—Debieras haber estado con nosotros —se lamentó Francisca.

—Existe algo en mí que me retiene, ya lo sabes, y no son ni la timidez ni los escrúpulos.

—Hace demasiados años que no hablamos de Coleman —dijo ella de improviso—. ¿Crees que está olvidado?

—Esas cosas no se olvidan jamás. Tan sólo se recolocan en la memoria. Ya no me duele, es cierto, si es eso lo que quieres saber, pero supongo que me dejó una herida. El pasado nunca tiene remedio.

—Pero sí el futuro —se agarró a la cuerda Francisca—. Y es nuestro futuro lo que me interesa. ¿Estás seguro de mi amor?

—Sí, lo estoy —contestó él sin dudarlo.

—Yo también. Del mío y del tuyo, pero me preocupa que no seas capaz de que lo compartamos todo. Como siempre, dirás que es un juego peligroso, pero yo no lo veo así. Es bueno desbocarse, perder la vergüenza, entregarse a la complicidad. Esta chica, Carol, por ejemplo, se casará sólo por conveniencia y, sin embargo, es capaz de participar en este juego sin problemas. A mí me gusta el juego, pero, a diferencia de ella, no deseo separarlo del amor. Contigo, con Germinal... Un juego que enriquezca nuestras vidas. Bien mirado, serán esos momentos, en apariencia fugaces y enloquecidos, los únicos que nos llevaremos a la tumba. Hay otras cosas que nos importan, no lo dudo, pero el placer en su estado más puro es el más luminoso. Lo más profundo que nos es dado alcanzar se halla en la superficie de nuestra piel. Prométeme que lo pensarás.

—Te lo prometo —asintió Jesús.

Apenas había transcurrido una semana cuando Carol recibió un telegrama instándola a volver. «Han fijado mi boda para dentro de un mes y me reclaman en Boston con urgencia», anunció. Ventura y Francisca fueron a despedirla a la estación. «¿Quieres que te enseñe el dietario?», susurró la rubia al oído de Francisca, subidas las dos en el coche-cama que la llevaría a Madrid, para después viajar hasta Lisboa. «Lo que he escrito sobre aquella noche», aclaró innecesariamente.

—Fue hermoso, ¿verdad? —dijo Paquita.

—Sí lo fue —ratificó Carol—. Y si alguna vez vas a Boston o a Nueva York, yo te estaré esperando para recordarlo.

Ventura y Paquita agitaron desde el andén las manos hasta que el tren partió llevándose a Carol hacia el olvido.

Durante el verano, Jesús quiso pasar unos días fuera de España y alquiló una casita en la costa vasco-francesa, no lejos de Bayona. En junio, los jóvenes Vió se compraron un automóvil, un Opel. En él y con el niño viajaron a Francia en el verano y hasta allí, más tarde, se desplazó Germinal en su motocicleta para pasar con ellos quince días. Antes de partir de veraneo, Jesús habló con su padre y le expuso un proyecto que a don Antonio le pareció razonable. Aprovecharía la estancia en el país vecino para intentar comprar allí un terreno con la intención de edificar un chalet. Serviría para veranear, para alquilarlo o, si las cosas se torcían en España, como provisional residencia familiar. «Es una buena idea —dijo el empresario—, vete trabajando en ello. Tengo dinero en Suiza, así que no hay problemas».

Jesús, no sin cierta desgana, había pensado dedicar una parte de las vacaciones a sumergirse de nuevo con Fermat, a quien tenía algo abandonado, pero una vez en Francia, entre el niño, que sin las criadas daba más trabajo de lo que sus cómodos padres pensaban, el diseño de la casa con el que se había encaprichado y los viajes hasta Burdeos e incluso más al norte, intentando encontrar alguna finca en venta, se le pasó aquel mes y medio en un suspiro. En Cap Ferrat y cerca de la playa, encontró dos hectáreas, algo caras, pero que servirían para lo que buscaba.

Trató con un abogado de Burdeos y quedó en enviarle el dinero una vez que su padre diera el visto bueno. Así lo hizo a la vuelta y Jesús, incluyendo el diseño que había pergeñado, lo dejó todo en manos de la empresa paterna. Las cosas se demoraron pero al final del año siguiente comenzaron las obras. En doce meses más tendrían la casa levantada. A Jesús le vino bien realizar aquellas gestiones, que él consideró una forma de «soltarse y volar solo», y así se lo confesó a Francisca.

A la vuelta pasaron unos días de septiembre en el pueblo, en compañía de Manuela, y un día lluvioso, mientras cenaban los tres, Paquita les informó a Manuela y a Jesús de que estaba de nuevo embarazada. «Ojalá sea una niña», deseó Jesús. «Rezaré para ello», prometió la abuela.

Pocos días después de volver a Zaragoza, Jesús y Francisca se confesaron mutuamente su pereza mental ante la perspectiva de volver a las aulas. «El aburrimiento es uno de los impuestos que nos exige el hecho de estar vivos», sentenció Jesús. Pero aquella palabra: aburrimiento, tan infantil, resultó inoportuna. En la noche del 4 al 5 de octubre estalló la revolución. Algo les había dicho Germinal: «Se prepara otro movimiento, me lo ha contado mi padre, pero él cree que esta vez la CNT no se complicará la vida».

Durante la mañana del cinco, Zaragoza vivió una tensa calma. Pronto llegaron noticias de Barcelona, del País Vasco, de Andalucía y, sobre todo, de Asturias, donde más de veinte cuarteles de la Guardia Civil habían sido asaltados y tomados por los mineros, pero no eran los anarquistas quienes llevaban la voz cantante, sino los socialistas. Lo que no esperaba Germinal es que los enfrentamientos más graves en Aragón fueran a tener lugar en las Cinco Villas. Sin haber intervenido en ellos, ya por sus antecedentes familiares, porque llevaba el nombre que llevaba o, simplemente, por sus ideas, que no ocultaba, lo fueron a buscar a su casa de Ejea y se lo llevaron detenido. «Nosotros no sabemos nada», se justificó la pareja de la Guardia Civil que lo despertó de madrugada. En la cárcel se encontró con su padre y con su hermano Floreal, que llevaba encerrado varios meses. Al padre, cuya salud flaqueaba, lo soltaron pocos días después.

Francisca y Jesús se llevaron un gran disgusto y Paquita visitó a la madre y a la hermana de Germinal en su casa. Estaban acoquinadas, llenas de miedo. Nadie en su entorno sabía explicarles lo que había pasado. Al despedirse, Francisca deslizó en la faltriquera de la madre un sobre con mil pesetas. Temía que la mujer rechazara el dinero, pero no lo hizo.

Francisca y Jesús se reunieron con Ventura en su imprenta para ver qué podían hacer por Germinal. Aparte de visitarlo y ayudar a la familia no se les ocurrió nada útil. Hablar con don Antonio para que fuera él quien hiciera gestiones no les pareció pertinente.

—Ha sido una locura. No nos engañemos, hay un argumento de las derechas imposible de rebatir: en democracia, cuando se pierden las elecciones, uno se aguanta sin tirar las patas por alto —dijo Ventura.

—Pero el Gobierno de la República no puede estar compuesto por antirrepublicanos —argumentó Francisca.

—¿En qué artículo de la Constitución se dice eso? —cortó Ventura—. No creo que ése sea el problema. Lo peor es que ahora el Gobierno y quienes lo apoyan se sienten vencedores.

—¿Acaso no lo son? —interrumpió Jesús.

—Sí que lo son, pero no debieran comportarse como tales, sino buscar un acuerdo, al menos sobre las reglas del juego, impedir que siga operando el principio de acción y reacción. Parar el péndulo. En fin, tranquilizar los ánimos. Pero eso es soñar —concluyó Ventura.

A partir de que metieran en prisión a Manuel Azaña, Raúl Sedaño se había hecho invisible, pensando, quizá, que también él estaba en peligro, aunque la verdad era que nadie lo buscaba. Precisamente cuando, en diciembre, Azaña fue liberado, pues ninguna prueba había que indicara su participación en la insurrección, Germinal también fue puesto en libertad. No así su hermano. El maestro volvió a sus clases y tuvo la humorada de comenzar el primer día con la frase de Fray Luis: «Decíamos ayer». Los niños pusieron cara de extrañeza y hubo de explicarles de dónde venía aquella negra broma.

En marzo del año siguiente, aparentemente encauzadas las aguas, el Gobierno decidió conmutar por prisión las numerosas penas de muerte que se habían dictado, no sin que los más empecinados, y entre ellos don Antonio Vió, pusieran el grito en el cielo contra tal debilidad. Pero las cárceles siguieron llenas de presos políticos.

En julio, los Vió tuvieron una niña y aquel nacimiento acortó algo las distancias entre padres y abuelos. La relación, después de octubre y de los resultados que siguieron, se había deteriorado, especialmente entre don Antonio y Paquita, sabedor aquél de las visitas de los dos a la cárcel, atribuidas en exclusiva a la embarazada, «que en tal estado se atreva a ir a visitar a un rojo, empujando también a su marido...». Manuela callaba, rezaba y procuraba que la conversación política no entrara en casa, aunque ella, en el fondo, estaba de acuerdo con su esposo.

Paquita se empecinó en que su hija llevara el nombre de Libertad. Así fue inscrita por Jesús en el Registro Civil; sin embargo, la Iglesia se negó a bautizarla con un nombre que no estaba en el santoral. «Pues no la bautizamos y en paz», amenazó Francisca. Manuela lloró aquel día como para provocar una crecida del Ebro y don Antonio, cuando se enteró, montó en cólera. Jesús, cogido una vez más entre dos fuegos, buscó el apoyo de Germinal y de consuno intentaron convencer a la recién parida para que no hiciera una montaña de un asunto menor.

—¿Menor, decís? —Se defendió Paquita—. Se carga con el nombre toda la vida y para vosotros es un asunto menor.

—Pero la niña no ha elegido ese nombre, lo has escogido tú —argumentó, firme, Jesús.

—¿Es que no os gusta? Una persona que lleva como nombre el de un revolucionario de novela —dijo, mohína, dirigiéndose a Germinal— no puede rechazar el de Libertad.

—Pero mis abuelos ya habían muerto cuando yo nací y no pudieron protestar —bromeó el aludido—. Tampoco a mis padres se les ocurrió llevarme a bautizar.

—Pues yo no iré a ese bautizo —prometió Francisca, ya en franca retirada.

En ausencia de la madre, la niña recibió en la pila bautismal, de manos del padre Vázquez, el nombre más sencillo que se les ocurrió a Jesús y a la abuela: María. Francisca, obviamente, siempre la llamó Libertad.

Abrumado y perdido, Jesús meditaba la posibilidad de abandonar España durante un tiempo, pero era consciente de las dificultades del proyecto. Los niños, el trabajo que habría de buscar y, sobre todo, Germinal, que difícilmente se avendría a un trasterramiento voluntario; además, sería un exilio forzosamente subvencionado con los dineros del viejo Vió. Éste, que tanto se había alegrado del triunfo electoral de «los suyos», contemplaba con creciente aprensión los bandazos que daba el Gobierno de Lerroux y era, como todos sus pares de la patronal, partidario de que fuera Gil Robles quien lo sustituyera al frente del Ejecutivo. Pero existía un obstáculo parlamentario: los diputados radicales, y otro, más difícil aún, el presidente de la República, Alcalá Zamora, que se negaba a dar el visto bueno a tal posibilidad. Tras varios gobiernos inestables, en diciembre Alcalá Zamora encargó formar Gobierno a Portela Valladares, que, sin apoyos parlamentarios, firmó el decreto de disolución y convocó elecciones para el 16 de febrero.

«Por fin tendremos elecciones y podremos alcanzar un Gobierno estable», se alegró don Antonio. Pero no había contado con la resurrección de Azaña, que durante los meses anteriores había aglutinado a cientos de miles de personas durante sus mítines «en campo abierto» Tampoco don Antonio y sus amigos habían calibrado el efecto movilizador de tantos presos como había en las cárceles, entre ellos Floreal. El padre de los Ors prometió que él y toda su familia irían a votar «para sacar a mi hijo de la cárcel». Estaba claro que todos los anarquistas irían a las urnas.

Francisca, como tantos, recuperó sus ímpetus republicanos y arrastró a sus amigos por las plazas de toros y por los teatros donde se celebraban los mítines del recién constituido Frente Popular. Ventura y Jesús, aunque más templados, no dejaron de asistir a algunos actos electorales. Raúl Sedaño, casado ya con Luisa, volvió a levantar la cabeza y, exultante, daba por hecho que con la vuelta de Azaña llegaría la definitiva estabilidad a la República. La

ausencia de incidentes durante la campaña electoral le hizo pensar a Ventura que las cosas podrían, al fin, enderezarse.

—Al crearse dos bloques tan compactos, uno de derechas y otro de izquierdas —predijo Ventura—, desaparecerán los partidos centristas. Gane el Frente Popular o gane la CEDA, se podrán formar gobiernos estables, que falta hacen. Sólo se necesita que los perdedores acepten la derrota.

La tarde del 16 de febrero, un día lluvioso y con cierzo, después de haber estado más de una hora en la cola para la votación, los Vió y Germinal se encerraron en el ático, donde, ya vencida la tarde, fueron llegando los amigos para esperar noticias. Raúl Sedaño, desde la sede de su partido, les informaba por teléfono de los resultados parciales que allí iban llegando. «Está claro que ganamos en Zaragoza capital», les informó a las ocho. Tardó bastante más en comunicarles que el Frente Popular había perdido en la provincia zaragozana y en la de Teruel. Antes de medianoche les aseguró que, aunque por poco, «hemos ganado en Aragón: once diputados nosotros y diez ellos». La radio daba noticias confusas sobre los resultados en el resto de España. Aún hubo que esperar hasta el jueves 20 de febrero para conocer los resultados oficiales, pero ya el lunes 17, las radios daban por hecho que el Frente Popular había ganado las elecciones. Don Antonio no entendía cómo, habiendo sacado los suyos más votos que en las elecciones anteriores, habían sido derrotados. Era cierto que la derecha había crecido, pero las izquierdas habían aumentado en más de millón y medio sus votos. Como había anunciado Ventura, el centro se había hundido. En eso acertó, pero en lo demás sus dotes de adivino resultarían un fiasco.

Azaña fue llamado para que se hiciera cargo del Gobierno, antes incluso de que se proclamaran los resultados oficiales. Lo formó sólo con republicanos y Ventura puso el grito en el cielo.

—Volvemos a las andadas. El Frente Popular tiene la mayoría absoluta en las Cortes y Azaña debe contar con todos ellos —insistió—. Forzarles, como sea, a entrar en el Gobierno. ¿Cómo va a dejar fuera a los socialistas, que tienen cien diputados, el grupo más numeroso de la Cámara? —se lamentó.

—Desde fuera las cosas se suelen ver muy claras —le contestó Jesús—. ¿No se te ha ocurrido pensar que a lo peor no es Azaña quien no quiere, sino los socialistas que se niegan?

Salieron los presos de las cárceles y mientras sus conmlitones, desbordantes de alegría, ocupaban calles y plazas, sus adversarios, derrotados, se lamían las heridas, pero no perdieron mucho tiempo en ello, sino que comenzaron a mirar con apremio hacia los cuartos de banderas.

El día de San José, como era la costumbre en esa fecha, toda la familia se reunió en la casa paterna para comer y, de paso, para celebrar el santo del primer nieto. Éste, ajeno a la tensión del ambiente, se pasó la jornada entre enredos, carantoñas y gritos estridentes. Manuela consiguió evitar que la conversación se deslizara hacia cualquier asunto que pudiera suscitar la mínima opinión política, pero cuando ya se habían servido los cafés, Antonio Vió, malencarado durante todo el tiempo, no se aguantó más y, sin venir a cuento, aseguró, mirando de hito en hito al joven matrimonio, que «este Gobierno no llegará vivo al día del Pilar», y, sin haber obtenido respuesta para aquel augurio funeral, añadió, despectivo, dirigiéndose a su hijo: «Tú eres un calzonazos».

Francisca, que había estado contenida durante toda la velada, agarró al niño, que circulaba en torno a la gran mesa, y simplemente ordenó: «Vámonos». Luego se levantó y Jesús, su marido, fue hacia la cocina donde María-Libertad retozaba en brazos de las tatas, para despedirse después en un ambiente frío como el hielo.

El disgusto familiar amargó a todos, especialmente a Manuela y también a su hijo. Ofendido por las palabras desabridas que le había dirigido su padre, Jesús se sintió impotente, incapaz de sobrellevar aquella tensión. Desanimado para retomar el recurso de las Matemáticas que tanto le había servido de refugio en otro tiempo, tampoco podía recurrir a Francisca, en quien sí confiaba, pero no le podía ayudar, pues ella, quizá a su pesar, formaba parte del problema. La deriva que desde tiempo atrás habían tomado las relaciones de su esposa con el padre le hizo desear la independencia, una auténtica emancipación nunca intentada. Fue consciente de que el tren de vida que

llevaban no sería sostenible con los solos recursos económicos de ambos, pero lo que en verdad le impedía plantearse era su madre. Manuela no soportaría una separación traumática ni de ellos ni de los nietos.

Paquita, consciente de la situación familiar, intentó socavar las posiciones de su tío y visitó a la Montes, llevando consigo a la niña para que la conociera.

—Antonio está muy mal —confesó Ángela—. De un tiempo acá ya no es el que era. Ha perdido el humor y yo diría que hasta las ganas de vivir. Está preso de una obsesión política. No habla de otra cosa. En el fondo, tiene el corazón lleno de rabia y también de miedo.

La amante, pensó Paquita, había sido el descanso del guerrero, pero ya no era capaz de atemperar sus odios ni sus miedos. Cualquier movimiento en aquella dirección, por muy buenas que fueran las intenciones de la Montes, estaba condenado a la esterilidad.

Tras una larga conversación con su marido, Francisca adoptó la más estricta discreción en el seno familiar sobre asuntos políticos, a sabiendas de que su participación en actos públicos de ese carácter, por muy superficial que hubiera sido, formaba parte de los agravios acumulados en el alma de su tío.

Terminó el curso y Jesús decidió viajar a Madrid, donde se había citado con Julio Pastor. Pensaba que su antiguo mentor le podría ayudar en su intento de traslado a la Universidad Central. Si lo conseguía, no le sería difícil arrastrar a Madrid a Francisca y también a Germinal. La distancia, aunque fuera tan corta, podía mejorar las cosas y Manuela no se sentiría abandonada. Los dos primos pasaron en Madrid una semana, del hotel al Prado, del cine al teatro. Jesús imaginó que aquel verano podían volver a Grecia o, quizá, ir a Italia. Eran planes de huida limitada que no llegaría a realizar.

Cuando volvieron a Zaragoza, Rafael Ventura les informó, muy preocupado, de que, según había sabido a través de fuentes familiares, los militares preparaban algo y lo preparaban con urgencia. «Las gentes de orden de Zaragoza piensan en reeditar la dictadura, como si eso fuera tan fácil. Se llevarán un chasco —adelantó Ventura—, pero no soy capaz de imaginar cuál será el final de esta historia».

El miércoles 15 de julio, víspera del Carmen, Jesús y Francisca dejaron a los niños con Manuela y las criadas y, en el Opel, recogieron a Germinal y se fueron al pueblo. El viernes 17 corrieron como la pólvora por Zaragoza insistentes rumores de que los militares se habían sublevado en Marruecos. En la madrugada del sábado, a través de la enorme radio de varias bandas que ocupaba un sitio en el salón, Antonio Vió y su esposa, Manuela, escucharon las noticias según las cuales elementos de Falange, apoyados por la Legión, habían tomado la ciudad de Melilla. El delegado del Gobierno en aquella plaza bajo soberanía española, el alcalde y el comandante militar, general Romerales, habían sido detenidos. «El Gobierno declara que el movimiento está exclusivamente circunscrito a determinadas ciudades del Protectorado y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este empeño absurdo», añadió el locutor.

Antonio Vió, en permanente contacto telefónico con sus pares de la patronal zaragozana, no las tenía todas consigo respecto a lo que acabaría haciendo el general Cabanellas, capitán general de Zaragoza. «Es masón y de éstos no conviene fiarse», dijo Vió por teléfono a uno de sus interlocutores.

El general Núñez de Prado llegó a Zaragoza, enviado desde Madrid por el Gobierno, con la misión de aclarar la posición de Cabanellas y, en caso negativo, destituirlo y ocupar su puesto. Cabanellas le dio largas con astucia y cuando, a media tarde, llegaron a la Capitanía noticias de que Sevilla estaba en manos de los rebeldes y también Málaga y Cádiz, mandó detener a Núñez de Prado, que sería fusilado más tarde. Pocas horas después, ordenó colocar baterías y retenes de soldados en puntos estratégicos de la ciudad. «Parece que el viejo se mueve, pero aún no ha declarado el estado de guerra, y es lo que tiene la obligación de hacer», le informó a Vió una voz amiga, pasadas ya las doce de la noche.

Antonio Vió y Manuela apenas durmieron, pendientes como estaban de la radio y del teléfono. Al fin, con la primera luz del día, vieron aparecer en la calle un camión cargado con soldados de infantería. Un teniente, megáfono en mano, leía desde él un bando en el cual el general Cabanellas declaraba el estado de guerra. «Por fin el viejo se ha decidido», respiró Vió, contento, y más cuando le informaron de que el gobernador civil, Ángel Vera, junto con

Martínez Andrés, el alcalde, y todos los rojos del Ayuntamiento y de la Diputación, estaban presos. A partir del lunes, las calles se llenaron de las camisas azules de los falangistas y de las boinas rojas de los requetés, y con ellas aparecieron, en las madrugadas, multitud de cadáveres abandonados en las aceras, en los descampados, en las tapias del cementerio y en Valdespartera.

El 22 de julio, en medio de una sangrienta confusión, armado como si se dirigiera a una cacería y con un salvoconducto especial que le proporcionó el falangista Agustín Contreras, Antonio Vió, en el Hispano-Suiza con su chófer al volante, salió de Zaragoza hacia el pueblo. Lo que ocurrió después, su estancia allí, la vuelta, acompañado de su hijo Jesús, la desaparición de Francisca y de Germinal..., todo se lo llevó la guerra envuelto en un silencio espeso. Aquéllos fueron días de llamas a los que seguirían muchos años de humo.

Segunda parte

He conocido a personas comedidas en el hablar, pero mi padre las aventajó a todas. Las palabras salían de su boca como si lo hicieran a través de un cuentagotas. Calificarlo de lacónico hubiera sido generoso, pues no es imaginable un espartano capaz de tal ahorro verbal. José Vió era, en verdad, el rey del monosílabo y bien se le podían aplicar los versos que Lope de Vega dedicó al hierro vizcaíno: «Corto en palabras, pero en hechos largo». No sé con qué argumentos convenció a mi madre para que lo acompañara hasta el altar. Quizá fuera ella, que no es precisamente tímida, quien tomó la iniciativa. Se habían conocido en la Universidad, donde él estudiaba Derecho y ella Letras, pero comenzaron a tratarse o a ennoviarse bastante más tarde. Se casaron en 1960, cuando mi madre acababa de cumplir los veinticinco. Un año después nació mi hermano Fernando. Yo llegaría poco más tarde, en 1962. Debí de romper el molde, pues fui el segundo y último hijo de José Vió y de Dolores Basats.

Cuando salió de la Universidad, mi padre se hizo cargo de los negocios familiares, transformándolos en sociedades anónimas. Modernizó la azucarera y diversificó la actividad de la constructora, que comenzó a operar fuera de Aragón. En 1985 contrajo una rara enfermedad de las llamadas autoinmunes, la de Takayasu, que algunos médicos, quizá para ocultar su impotencia, atribuyeron al hecho de que sus padres fueron primos carnales. Murió en 1990.

Recuerdo aquellos sus últimos meses con profundo dolor. Convertido en asiduo cliente de los hospitales, debió de sufrir mucho, aunque de sus labios nunca salió una queja. Verlo consumirse, contemplar la decadencia de aquel hombre hasta apagarse definitivamente, fue una experiencia amarga. Mi hermano Fernando y yo lo acompañamos días y noches cuando, sin esperanza alguna, lo internaron por última vez en la Casa Grande, es decir, en el hospital

Miguel Servet. Él sabía que se estaba muriendo e intentaba distraer su angustia y el dolor que la enfermedad le producía hablándonos —lo poco que solía— sobre el futuro de la familia. «Vuestra madre os necesita», repetía. Durante los últimos días, las descargas de morfina que le suministraron para paliar el dolor, seguramente horrible, le sumergieron en un duermevela en el que se extinguió.

Mi madre lloró durante una semana la muerte de su esposo, luego cesó y, haciendo honor al realismo que se les atribuye a los catalanes, nos reunió a todos: a sus cuñados, María y Diego, a los hijos de éstos —nuestros primos Pepe, Matilde y Ana— y a nosotros dos, sus hijos, para plantearnos directamente qué hacer con los negocios familiares. «¿Alguno de vosotros está dispuesto a tomar las riendas?», preguntó. Todos fijaron sus ojos en mí, a quien, como ingeniero de caminos, se suponía más capacitado para hacerse cargo de la constructora. Nunca me había hecho gracia el trabajo gerencial y decliné la oferta, argumentando que prefería los planos y la construcción propiamente dicha a las labores organizativas y financieras para las que me consideraba incompetente. Mi hermano Fernando y mi primo Pepe estaban, obviamente, descartados. El primero vivía en California, dedicado a la Filología en la Universidad de Berkeley. Y Pepe aún menos, pues era ya un notable director escénico en Barcelona. Mis primas Matilde y Ana no quisieron siquiera que se hablara de la posibilidad de que alguna de ellas se pusiera al frente de los negocios. «Venderemos», dijo entonces mi madre. «Me parece lo más sensato», se unió a ella mi tío Diego, el marido de María Vió, quien también asintió.

No se tardó mucho en hallar compradores y fue Dragados, empresa en la que yo trabajaba entonces, la que se quedó con las acciones de los Vió. Recuerdo la escena en la notaría del tío Diego y las lágrimas de mi tía María cuando firmó la venta delante de su esposo.

Mi madre, que no estaba dispuesta a hacer vida de viuda, compró de inmediato un bajo en la Gran Vía, no lejos de nuestra vivienda, y puso allí una tienda de modas. «La más moderna y elegante de Zaragoza», decía ella entonces y sigue asegurando ahora, doce años después.

Los Vió-Basats y los García-Vió vivíamos en el mismo edificio de la Gran Vía. Ellos en el ático y nosotros en los pisos que había ocupado la familia desde que nuestro común bisabuelo edificó la casa al final de los años veinte o principios de los treinta. Pepe, el mayor de mis primos, solía hacer rancho aparte; los otros cuatro convivíamos intensamente cuando aún éramos niños. Pero lo mejor de nuestra infancia fueron los meses del verano que pasábamos en la casona del pueblo. Mi tía María y mi padre apenas iban por allí, tampoco el tío Diego. Sólo mi madre nos acompañaba, pero nunca aguantaba allá arriba más de una semana. A cargo de nosotros, durante los dos meses y medio del estiaje, se quedaba Pilar, que durante el invierno ejercía en casa de mis tíos unas labores propias de un mayordomo Victoriano. Era ella quien planificaba las labores de la servidumbre y se quitaba la zapatilla si los críos se desmandaban. En Vió hacía lo mismo y la primera vez que me amenazó con quitársela —debía de tener yo siete años— creí que bromeaba. Pronto pude comprobar que la cosa iba en serio. Estaba yo en la cocina jugando arriesgadamente con unos vasos cuando uno de ellos se fue al suelo haciéndose añicos. Pilar se acercó a mí y, sin mediar palabra, se quitó la zapatilla de fieltro y me dio dos azotes que aún me pican. Recuerdo que lloré, y no por el dolor, sino por la humillación de que alguien distinto de mis padres, además, una asalariada de mis tíos, se atreviera conmigo. «Se lo diré a mi madre cuando venga», dije entre hipidos. «Muy bien, pero primero le cuentas lo que has hecho con el vaso.» Matilde y Ana estaban encantadas de que a mi hermano y a mí se nos incluyera en la nómina de los adscritos a la gleba que no escapaban a la mano justiciera de Pilar. Ésta, la estricta gobernanta, venía acompañada hasta Vió por dos fámulas jóvenes, de las muchas que sucesivamente pasaron por las dos viviendas de la Gran Vía durante aquellos años. Eran muchachas llegadas desde su pueblo a Zaragoza para iniciar allí la vida adulta; no tardaban mucho en encontrar otro trabajo en alguna industria o en el comercio, echarse novio e irse de nuestras casas.

La casona de Vió y los cuatro —al principio cinco— muchachos debíamos de dar abundante trabajo, por eso acudían desde Buerba para echar una mano los caseros, Víctor y Encarna, cuyos hijos Ramonico y Julián se unían a nosotros, deslumbrados por los juguetes «modernos» que mi hermano y yo acarreábamos hasta el pueblo. Víctor había heredado de sus padres, que ya se

ocupaban de ello antes de la guerra civil, el cuidado de la casona. Recuerdo a la madre de Víctor, la señora Eulalia, ya viuda. Una mujer de habla aragonesa cerrada, vestida siempre de negro, que nos trataba con un cariño algo reverencial.

Lo que sé de árboles y de ríos, de plantas y de ovejas lo aprendí en aquellos veranos. Jugábamos a todo lo imaginable y, a las órdenes de mi primo Pepe, que ya apuntaba maneras, hacíamos teatro sobre textos que él mismo redactaba. Más tarde descubrí que se inspiraba en los libros que poblaban la biblioteca del abuelo Jesús, un cuarto que nos estaba vedado, pero del cual Pepe, mayor y más astuto, había encontrado el escondrijo donde se guardaba la llave. Mi hermano Fernando se reservaba el papel principal en aquellas funciones, mientras que a mí solía tocarme el de villano o segundón. Matilde y Ana eran, naturalmente, las damas requeridas de amores por nosotros, con Fernando como doncel triunfador y yo como humillado pretendiente.

Al caer la tarde, cuando los murciélagos levantaban el vuelo, solíamos jugar a escondeducas por los alrededores de la casa e incluso dentro de ella. Quien se «quedaba» contaba en voz alta hasta cincuenta y luego comenzaba la búsqueda, que podía durar bastante tiempo, entre otras cosas porque el espacio no estaba limitado y los árboles que rodeaban la casa tenían buenas ramas donde subirse y cobijarse al amparo de la oscuridad.

Fue en el verano de mis catorce años cuando, en uno de esos juegos, caí perdidamente enamorado de mi prima Ana. Ella tenía trece. Quizá a causa de la permanente convivencia o quizá de su belleza, el hecho es que la atracción que sentía por ella venía de atrás. Existe una foto, subidos juntos en un caballo de feria, a mis cinco o seis años, que atestigua nuestra muy particular relación. Pues bien, un anochecer descubrimos juntos un escondite peculiar: un establo alejado doscientos metros de la casa, donde las ovejas se cobijaban del frío. Vacío de animales en verano, allí se guardaba abundante hierba seca como alimento del ganado para cuando la nieve cubriera los campos. Entramos en la cabaña y nos recibió el olor del ganado. Nos metimos juntos entre la hierba, al abrigo de las miradas de Fernando, encargado de descubriarnos en aquella ocasión, que se ayudaba, el muy cuco, con una linterna. A Fernando le gustaba embromar a sus primas, especialmente a Ana (¿o he de decir mi Ana?),

hacerles sentir miedo. El caso fue que estando entre el heno, pegaditos el uno al otro, yo me atreví, tan propicio era el ambiente, a pasar mi mano derecha sobre una de sus nalgas. Temí un exabrupto o una bofetada, pero no hubo respuesta. Ella se dejó hacer y entonces sentí, primero, el tacto muelle por encima del vestido, luego, la suavidad de aquella piel cuando, vista la acogida silenciosa, me atreví a deslizar la mano por debajo de la tela. Fueron minutos de un dulce contacto que produjeron un inmediato efecto sobre mi inexperta virilidad. Ella debió de notarlo, mas nada dijo. Finalmente, sin que mi hermano pudiera dar con nosotros, salimos de la cabaña cuando la voz de Pilar nos reclamó para la cena. No me fue fácil recolocar bajo mi pantalón, disimuladamente, las cosas en su sitio.

Las visitas a la cabaña se repitieron algunas veces más sin que nunca pasáramos a mayores, pues ni siquiera llegamos a besarnos. Allí nos escondíamos durante el juego, pero también un par de veces a plena luz del día. Ése fue nuestro error, porque Pilar, atenta vigilante, debió de vernos marchar hacia la choza y allí se presentó, sorprendiéndonos. No recuerdo haber pasado mayor vergüenza en mi vida. La áspera reconvención de aquella odiosa mujer, dirigida a mí y no tanto a mi prima, me bajó de las nubes a la cruel realidad, la de lo prohibido. No volvimos allí e incluso aquella contrariedad, la de vernos descubiertos in fraganti, afectó a mis fantasías nocturnas, en las que había elaborado todo un mundo con Ana y yo como protagonistas. En mi imaginación la salvaba de peligros sin cuento, la llevaba al altar y, en lógica secuencia, nos íbamos juntos a la cama donde ella aparecía, al fin, en su espléndida, maravillosa y total desnudez.

Nuestros veranos en el pueblo se fueron diluyendo con la edad hasta desaparecer, pero a los veinte años, cuando regresé desde Madrid, donde estudiaba, para pasar el verano en Zaragoza, mi padre me regaló un coche, un magnífico Citroën. Con él volví a Vió por primera vez solo, atraído no tanto por la añoranza de mi niñez perdida como por el misterio que la casona encerraba, el enigma de nuestros abuelos. Sabíamos que ella se llamaba Francisca y él Jesús, que eran primos, que habían vivido en el ático que ahora ocupaban los tíos, María y Diego, con sus hijos, mis primos. Aquel ático conservaba y conserva los colores originales, los muebles y algunos cuadros en las paredes

de cuando los abuelos la habitaban. Ellos habían desaparecido, se nos dijo, en la confusión de los primeros días de la guerra civil. José, mi padre, y mi tía María huían de la conversación acerca de los suyos y despachaban nuestras curiosidades infantiles con evasivas o evidentes mentiras. La primera que descubrimos fue la fecha en la que había muerto nuestro abuelo Jesús, que no era 1936 sino diez años más tarde. Eulalia, la madre de Víctor, nos indicó la tumba en la que estaba enterrado, allí en el pueblo. «Jesús Vió Falcones 1903-1946», decía la lápida. Pero la tumba de la abuela Francisca no estaba allí y Eulalia, con cara de espanto, siempre se negó a darnos explicación alguna que aclarara aquella ausencia. Un muro de silencio parecía haberse levantado sobre la memoria de aquellos destinos, tan próximos a nosotros y seguramente trágicos.

En el octubre de mis veinte años, acababa de comenzar el curso cuando Fernando y yo, que compartíamos piso en la calle General Dávila de Madrid, volvimos a Zaragoza para votar en las elecciones de 1982 que habían de ganar los socialistas, a quienes mi hermano y yo también votamos. Al día siguiente de las elecciones fui a buscar un libro que tenía solicitado en Ventura e hijos, la vieja imprenta y librería a la que yo acudía desde el Bachillerato. Se trataba de un libro de álgebra lineal y protesté ante la dependienta que, según yo pensaba, se había olvidado de pedirlo a la editorial. Cuando dije mi nombre, un señor mayor, casi un anciano, al que había visto algunas veces por allí y también paseando por Independencia, levantó la cabeza de los papeles que estaba leyendo sobre un hermoso bureau de caoba y me miró. «¿Has dicho que te llamas...?», preguntó. «Adolfo Vió», repetí. Se puso en pie mientras decía: «Matemáticas..., matemáticas..., ¿cómo se llamaba tu abuelo paterno?», me volvió a preguntar. Le di el nombre de mi abuelo y entonces, rodeando el mostrador, se acercó a mí para decirme:

—Tu abuelo, Jesús Vió, era un gran matemático, ¿lo sabías? Fue profesor en la Facultad de Ciencias. Y esta imprenta editó su tesis doctoral, pero yo lo conocí más tarde. La tesis se la dirigió un notable y conocido matemático de entonces. Un inglés llamado Harold Lardy, pues tu abuelo estudió en Cambridge.

—Pues no lo sabía —le confesé—. Apenas sé nada de él —añadí.

—Yo fui amigo suyo y también de tu abuela. Era una mujer bellísima, lo habrás comprobado en las fotografías...

—Aunque usted no lo crea, no he visto nunca una fotografía suya.

—Vaya, vaya... —susurró el hombre—. Me llamo Rafael Ventura y soy el dueño de esta imprenta. Si lo deseas, pásate por casa y hablamos de aquellos tiempos... y de tus abuelos, que eran personas muy interesantes —dijo, a la vez que sacaba del bolsillo interior de la chaqueta una tarjeta de visita que me ofreció.

Al día siguiente lo llamé, me citó y me recibió en su casa. Vivía en un piso muy grande, en el paseo de la Independencia. Resultaba evidente que su dinero no provenía sólo de la imprenta ni de la venta de libros. Los cuadros que llenaban las paredes eran todos valiosos; los muebles, la forma de vestir exquisita del viejo..., en fin, mil y un detalles que hablaban de una vida más que desahogada.

—Soy viudo y hago vida de viudo —me dijo, introduciéndome en una sala con una biblioteca de roble rebosante de libros, muchos de ellos bellamente encuadernados—. Estos que ves aquí son libros de diario —aclaró ante la curiosidad que debió de ver en mí—. La biblioteca la tengo en el pueblo. Iremos allí, si te parece, para rescatar la tesis de tu abuelo, aunque yo de matemáticas lo ignoro todo. Vivo con mi hija y mis dos nietos. Para mí, la verdad, ha sido una bendición que se divorciara de su marido, que es un leño —aclaró, otorgándome una confianza que me pareció excesiva.

Rafael Ventura me contó algunos detalles de la vida que habían llevado mis abuelos antes de la guerra. Sus estudios, su manejo de los idiomas, las mutuas amistades, el día de su boda, los avatares políticos que juntos habían «más contemplado que vivido», dijo. «Todo se lo llevó la guerra», se lamentó.

—A Ramón Acín, el pintor, a su mujer, a Raúl Sedaño y a Luisa, su esposa, los asesinaron los franquistas en los primeros días de la guerra —continuó el señor Ventura—. Creo que yo me salvé porque mi padre y mis tíos eran más de derechas que el rey Wamba. De todas formas, hasta el año cuarenta no volví a pisar la calle. Sé que Jesús, tu abuelo, volvió a Zaragoza desde el pueblo,

donde lo había sorprendido el levantamiento militar, traído por don Antonio, su padre, que tenía buenos amigos entre los militares y los falangistas. Pero de tu abuela nunca más se supo. No era mujer que se dejara llevar del ronzal. Tampoco se llegó a conocer el destino de Germinal, amigo también de todos nosotros y especialmente de Ramón Acín. Germinal tenía con tus abuelos una amistad muy especial. Con aquel nombre y los antecedentes familiares que arrastraba, todos anarquistas..., y su hermano Floreal, de la FAI, o Germinal pudo pasarse a las tropas de Durruti que intentaban tomar Zaragoza o lo fusilaron los franquistas. Desde luego, la víspera del Carmen de 1936 marchó con tus abuelos a Vió. Tampoco a tu abuelo Jesús lo volví a ver. Cuando acabó la guerra se encerró en el pueblo y sólo supe de él por una esquela que apareció en *el Herald*, donde se anunciaba su muerte. Creo que eso ocurrió en 1946. Desde luego, ya había terminado la guerra mundial.

—¿Qué tipo de amistad era la de Germinal con mis abuelos? —me atreví a preguntar.

El señor Ventura me miró de hito en hito y luego sonrió.

—Hasta el momento te he contado hechos, pero tú quieres que te sugiera hipótesis.

—Hágalo —le pedí.

—Pareces persona muy curiosa... —me dijo sin apagar en sus labios la sonrisa.

—Lo soy —reconocí—. Y más respecto a mis abuelos. Dentro de la familia nos está vedada la conversación sobre ellos.

—Tu abuelo Jesús era un genio. Un niño «prodigio», se decía entonces. Ahora los llaman superdotados, ¿no es así? Pues bien, estos muchachos son algo difíciles de tratar, pero yo me entendía bien con él, aunque quien lo comprendía de verdad y también lo manejaba era Paquita. Fue ella quien lo llevó hasta la vicaría, quien organizaba su vida de estudioso. Ella llevaba la batuta y, desde luego, Germinal Ors estaba enamorado de ella.

—¿Y mi abuela le correspondía? —interrumpí.

—No sé con precisión de qué manera..., pero creo que sí. Eso del amor es difícil de ocultar y el de Germinal resultaba evidente. A todos nos gustaba Paquita. Hubiéramos dado los dedos de una mano por pasar una velada en su íntima compañía. Pero quizá no debiera ser tan explícito con su nieto —se frenó el viejo, pulcro como un noble británico.

—Por favor, continúe, que ya no soy un niño —lo animé, lleno de curiosidad.

—Está bien —aceptó—. Había algo en ella que otorgaba confianza, tenía un carácter excelente, alegre y vivaracho, y un talento vivo y creador. No era mujer común sino extraordinaria. No sé si ella correspondía, digamos, físicamente, al enamoramiento de Germinal. En todo caso, su esposo y primo compartía la amistad de Ors sin ningún problema. Al menos en apariencia, componían un triángulo perfecto.

Algo en la expresión de Rafael Ventura me dijo que aún le quedaba cuerda de la que tirar y que, además, estaba deseando hablar. Así que insistí.

—Pero usted sabe bien que hay detalles, indicios, miradas... que son como faros e indican el perfil de la costa. No me tenga usted en ascuas, siga, por favor.

La sonrisa del viejo se transformó en franca carcajada.

—A eso se llama «tirar de la lengua» —dijo—, pero a los viejos es fácil sacarles lo que piensan. Sobre todo si la narración les lleva hasta su juventud.

—No se corte —me atreví a decir.

—No llevo navaja. Nunca fui partidario de las armas blancas, así que cortarme no me voy a cortar —comentó, jocoso—. Allá va pues mi hipótesis fundamental. Una chica norteamericana llamada Carol llegó a Zaragoza y a mí recomendada por un amigo francés. Estábamos ya en la República. Era una mujer en busca de aventuras, y no sólo turísticas. Llegó a Europa un tanto desbocada, dispuesta a llenar su vida de experiencias. Quizá era excesiva en su lujuria, que es un término que deriva de lujo, pero al lujo conviene ponerle también límite. Así se lo dije a Jesús y él, como siempre, se lo comunicó a

Paquita. La imaginación de Francisca debió de encenderse con el cuento y se dispuso, eso pienso, a ensayar. Sé, porque la americana me lo contó antes de marcharse, que Carol, Germinal y Paquita se encerraron un fin de semana en la casona de Vió y compartieron mesa, mantel y cama.

—¿Los tres juntos?

—¿La mesa, el mantel y la cama? —preguntó en broma.

—No. Las tres personas.

—Según la extranjera, así fue. Pero ¿acaso pensáis los jóvenes que esas cosas las habéis inventado vosotros? —me preguntó, retórico y sobrado.

—¿Y mi abuelo? —solicité.

—Por lo que sé, Jesús se negó a participar en el juego, pero fue él quien los llevó en el coche hasta el pueblo. Así que Jesús estaba al cabo de la calle.

—¿No tendrá usted alguna fotografía en la que estén mis abuelos?

El señor Ventura se quedó pensativo un momento.

—Seguro que sí —dijo al fin—. Pero estarán en el pueblo. Las buscaremos cuando vayamos juntos allí.

Fernando y yo regresamos a Madrid y durante aquel trimestre la conversación con el señor Ventura no abandonó mi cabeza. El destino oculto de los abuelos se había convertido en una obsesión para mí. Un enigma que estaba dispuesto a desvelar. Me hice el firme propósito de no contar a nadie de la familia lo que sabía ni lo que fuera descubriendo en la investigación que entonces decidí emprender.

Cuando volví a Zaragoza en las siguientes Navidades llamé a Rafael Ventura y, de inmediato, quiso que fuéramos a su casa del pueblo. En la calle Mayor de Caspe tenía el señor Ventura una casa auténticamente señorial, de tres plantas. Un edificio de finales del siglo XIX perfectamente conservado. En el interior se combinaban muebles rústicos y de estilo en una rara armonía. Todas las paredes libres, con la sola excepción de una en el salón de la primera planta, ocupada por un cuadro de dos por dos metros firmado por Ramón

Acín, estaban cubiertas por librerías de nogal hechas a medida, que se cerraban con puertas acristaladas de corte francés. En la parte más baja, opaca, se hallaban archivados los más variados documentos.

«Primero buscaremos las fotos», anunció don Rafael mientras recorriamos la casa abriendo las ventanas. En un archivo del salón, bien ordenadas y en curiosos álbumes, se almacenaba una multitud de fotos. Sentado en una sillita de anea que trajo de la cocina, Ventura me fue indicando las colecciones que yo, sentado en el suelo, iba sacando del armario. Don Rafael mostraba una memoria privilegiada y más en un hombre que no estaba lejos de los ochenta. No tardaron en aparecer las fotos que buscábamos, no menos de treinta. Sentados alrededor de la gran mesa del comedor, don Rafael me fue indicando las *dramatis personae*.

Allí estaban, desde luego, mis abuelos, Germinal, Ramón Acín, de quien ya tenía yo noticia, su esposa y sus hijas, Raúl Sedaño y su mujer... Les solía acompañar un joven espigado que en las fotos invernales llevaba pajarita, pantalones de tubo, un bastón ligero y se cubría con una capa. Cuando le pregunté quién era aquel extraño personaje, me miró sonriendo y dijo: «¿Tanto he cambiado?».

—Llévate las que quieras —me ofreció, al cabo.

—Se lo agradezco mucho —le dije—, pero sería un crimen deshacer esta maravillosa colección. Haré algo mejor. Me llevaré unas cuantas y haré copias, después se las devuelvo, pues éste es su lugar.

—Está bien —aceptó—, pero te quedas los originales. Aunque ya sé que las nuevas técnicas hacen milagros con las reproducciones, siempre se pierde algo de nitidez y para la colección sirven las copias.

En el fondo de algunas fotografías se veía la casona de Vió. Allí estaba, exactamente igual, como si el tiempo no hubiera pasado por ella. Mas, de todas las fotos, la que más llamó mi atención fue una en la que aparecían cinco personajes: mis abuelos, Germinal, la esposa y una de las hijas de Ramón Acín. Estaban colocados delante de una casa. Ventura me dijo que era la de los Acín en la ciudad de Huesca. Germinal llevaba una camisa blanca, pantalones

oscuros y calzaba alpargatas de esparto. Aquella indumentaria contrastaba con la de mi abuelo Jesús, un joven de rasgos correctísimos que cubría su camisa de manga corta con un chaleco de rombos a juego con los calcetines largos que se dejaban ver bajo los pantalones bombachos de lanilla. Calzaba unos zapatos veraniegos de dos colores y parecía haberse trasladado, un cuarto de hora antes de posar para la foto, desde los verdes campos de Eton al secarral aragonés. Su mirada se perdía detrás del fotógrafo, quienquiera que éste hubiera sido. Por el contrario, la hija de Acín se agarraba a las faldas de su madre como si temiera que el hecho de fotografiarse fuera también un acto de secuestro. Tenía razón Ventura, mi abuela era una mujer muy guapa y debajo de aquella blusa blanca y del pantalón negro que llevaba en la fotografía se adivinaba un cuerpo fino y a la vez generoso, de una arquitectura muy notable.

En la biblioteca de don Rafael abundaba la Filosofía, más incluso que la Literatura, aunque ésta, mucha de ella en francés, estuviera ampliamente representada. En las habitaciones de la planta baja, dentro de una librería, estaban las ediciones de su propia imprenta. Básicamente poesía, algunos muy cuidados libros de arte, sobre todo de pintores aragoneses..., y el librito de Jesús Vió *El último teorema de Fermat y las curvas elípticas*, la tesis doctoral en castellano, que él había presentado en Cambridge y en inglés. Don Rafael lo extrajo de la estantería para dármelo, como si entregara el Santo Grial a un cruzado.

Comimos en el restaurante El Dique del Poblado de Pescadores. «Dan buen ternasco asado, ya verás», me había informado don Rafael. Durante la comida y luego, ya en el coche, volviendo a Zaragoza, Ventura derivó hacia la política. Me habló de la República, a la cual, según él, habían arruinado la impaciencia y la desmesura de unos y la mala fe y el miedo de los otros. «Después, tras la derrota, aquí se impusieron el miedo y la venganza. El forzado olvido y el desprecio. No se podía buscar el pasado en la memoria o en el recuerdo, que acaso son como piedras sobre un hormiguero que, una vez destapado, no sabe hacer más que correr en contradictorio frenesí, sin otra protección que el cielo.» Sin embargo, se le veía contento por el resultado de las elecciones del pasado octubre. «Si aquellos socialistas de entonces hubieran sido como estos de ahora, probablemente nos hubiéramos ahorrado la matanza que supuso la

guerra y, en consecuencia, la negrura que la siguió, tantos años de persecución, de incultura y de aburrimiento», dijo. Cuando le confesé que mi hermano y yo los habíamos votado, se alegró. Era obvio que él había hecho lo mismo.

Fotocopié el librito, reproduje las fotografías y volví a casa del señor Ventura para entregarle las copias de las fotos y el libro antes de volver a Madrid y a mis estudios en la Escuela de Caminos.

Cuando regresé a Zaragoza para pasar la Semana Santa, aprovechando el buen tiempo que hacía, subí hasta Vió con la intención de encerrarme en la habitación del abuelo y realizar un registro a fondo. Pasé allí más de una semana pues de improviso cayó una nevada tardía que hizo imposible mi vuelta. Sólo el todo terreno de Víctor servía de enlace con la «civilización», es decir, con Buerba, de donde él me traía la comida que preparaba Encarna, su mujer.

Entre los libros de mi abuelo abundaba la literatura en castellano, inglés y alemán. Desde Shakespeare a Dickens, Goethe y novelas de Thomas Mann. Entre los españoles, aparte de los clásicos, allí estaban Galdós, Baroja, Clarín, Jarnés, Sender... En muchos de ellos Jesús Vió había impreso un ex libris con una inscripción enigmática: «Sangre vertió su boca soberana». Cuando, más tarde, se lo dije a Ventura, me aclaró que aquél era un verso de Quevedo.

Numerosos libros de Matemáticas, de Física y de Arquitectura ocupaban toda una pared. De ellos, muy pocos en castellano. Los de Arquitectura, todos en alemán, estaban anotados en los márgenes con una letra firme y clara, supuse que por él. Me chocó que aquellas anotaciones estuvieran también en alemán. Más tarde, al hojear algunos libros de Matemáticas, comprobé que también contenían anotaciones marginales y todas en el idioma en que estaba escrito el libro. Envidié la facilidad de mi abuelo para las lenguas. Sobre todo con el alemán, que era y sigue siendo una lengua imposible para mí.

De la revista *Proceedings of the London Mathematical Society* había una buena colección, prácticamente todos los números entre 1924 y 1935. Me dediqué durante muchas horas a repasarlos y hallé la tesis de mi abuelo, esta vez en inglés, y cuatro artículos más firmados por él, todos ellos en torno al

último teorema de Fermat y asuntos afines. Era evidente que había dedicado mucho tiempo a aquel problema que llevaba sin resolverse tres siglos. Aunque yo estaba (y sigo estando) lejos de ser un especialista en Matemáticas y mucho menos en teoría de los números, alguna facilidad sí que he tenido, ya desde el Bachillerato, para esa disciplina a la que, al parecer, había dedicado la mayor parte de su vida intelectual mi abuelo. El hecho de que Jesús Vió hubiera abordado una conjetura aún no resuelta dio alas a mi curiosidad y también a mi imaginación.

Colocadas en el suelo del gran armario empotrado reposaban varias carpetas azules de gomas junto a seis cuadernos grandes. En estos últimos estaban escritas, básicamente, fórmulas, demostraciones matemáticas, en la ya inconfundible letra de mi abuelo. Las carpetas contenían cartas y partituras musicales. Junto a este material, apoyado en la pared, reposaba un estuche de violín. Don Rafael ya me había informado de las habilidades musicales de Jesús Vió que, según él, era un «virtuoso». Cuando abrí el estuche y vi el violín junto a su arco, perfectamente conservados, sentí un escalofrío, como si aquel instrumento amenazara con sonar para mí, después de haber enmudecido durante casi cuarenta años.

Las cartas provenían en su mayoría de dos personas. Una era Harold Lardy, de quien yo tenía noticia a través de Ventura y también por su libro que recientemente se había traducido al castellano: *Autojustificación de un matemático*. Naturalmente, las cartas de Lardy estaban en inglés y las pude leer. Aparte de suministrar pistas fechadas acerca de la marcha de las investigaciones en las que andaba metido mi abuelo, traslucían un gran aprecio por la persona de Jesús Vió y también admiración por su talento. He de confesar que me sentí orgulloso, como si aquellos elogios y deferencias, al leerlos tantos años después, me concernieran muy personalmente. El otro comunicante era un tal Petros Papachristos, obviamente un griego, pero las cartas estaban escritas en alemán y muchas de ellas provenían de Munich; otras habían sido remitidas desde Grecia. Me hice el propósito de hacerlas traducir. Entre las cartas había algún artículo de Matemáticas y encontré allí el que Kurt Gödel había escrito en 1931, el teorema de la indecibilidad o incompletud que en su momento revolucionó las matemáticas. Intuí las

razones por las que estaba allí en su versión original. Había sido cortado con unas tijeras de la revista en que se publicó, y enviado a mi abuelo por Papachristos, que seguramente era otro matemático o, quizá, lógico.

Por más que busqué y rebusqué no hallé nada personal entre aquellos papeles. Ni una fotografía ni postales ni notas ni cartas o referencias a mi abuela Francisca. Resultaba evidente que alguien antes que yo había expurgado a fondo el contenido de aquella habitación tanto tiempo vacía. Los cajones de la mesa de roble no contenían ni polvo, al igual que las mesillas de noche... Sólo la lámpara destinada a iluminar las lecturas, estudios y escrituras de mi abuelo recordaba que aquel lugar había estado vivo. También la cama de gran tamaño y el sillón de orejas, donde imaginé sentada a mi abuela, evocaban a quienes habían pasado allí muy largas horas.

De vuelta en Zaragoza, informé a Ventura de mis descubrimientos, en verdad escasos. Él me solicitó precisiones acerca de Fermat, que le di en lo que pude. Al informarle de que aquel teorema nunca demostrado llevaba sin resolverse desde el siglo XVII, la curiosidad iluminó sus ojos. «En todo caso —le dije—, ya sé algo de mi abuelo, pero de mi abuela nada de nada, como si se la hubiera tragado la tierra. ¿Por dónde empezar?», le pregunté.

—Tu abuela quizá murió en aquellos horribles primeros días de la guerra. Si no fue así, algún rastro habrá dejado. Lo encontraremos —dijo, muy seguro, en plural.

—¿Por dónde comenzamos? —repetí.

—Déjame pensar —pidió. Y después de unos segundos de silencio se arrancó de nuevo—. Vamos a ver. Si Paquita murió entonces hay poco que hacer, excepto el Registro Civil, aunque en los archivos de los fallecidos hay muchos que aparecen como desconocidos. Si no murió, se pueden manejar muchas hipótesis. Comencemos por una razonable. Jesús volvió a Zaragoza y al redil de su padre, pero Paquita y Germinal consiguieron pasarse al otro lado, lo cual en aquellos primeros días de la guerra era posible, incluso fácil. Ello nos lleva seguramente a Cataluña, pero antes, convendría tirar por el lado de los Ors. Oí decir, entre susurros, claro, que a Floreal, el hermano, y al padre los mataron el 19 de julio, pero queda la hermana: Esperanza Ors Pía. Supongo

que la madre habrá muerto, pues de estar viva pasaría de los cien años. Los Ors vivían en Las Delicias y yo sé dónde. En ese mismo barrio están las casas baratas que diseñó tu abuelo. Por cierto, que en una de ellas vivía entonces la amante de don Antonio, una tal Ángela Montes..., pero ella ya habrá muerto. Y si vive no creo que esté allí. En todo caso, te acompañaré para indicarte la casa en la que vivían los Ors.

Ventura volvió a quedar pensativo. Luego añadió:

—Los caseros del pueblo, algo debieron de saber u oír..., aunque fueran rumores.

En el barrio de Las Delicias nadie sabía quiénes eran los Ors, no recordaban ese nombre. A pesar de ello, el viaje no lo hice en balde. Vi las casas diseñadas por mi abuelo y entendí su dedicación a la arquitectura que los libros del pueblo anunciaban.

Lo primero que hice al regresar a Madrid fue buscar un traductor de alemán para las cartas de Petros Papachristos. Encontrarlo fue fácil, pero me pidió un dineral. «La letra es clara, pero no dejan de estar escritas a mano. Eso encarece el presupuesto», se justificó. Le conté a mi padre una historia sobre una imprescindible traducción de apuntes en alemán y él pagó sin rechistar.

II

El señor Papachristos, que, deduje, había conocido a mi abuelo en Inglaterra, parecía un tipo vitalista y simpático que había dedicado buena parte de su vida a una quimera: intentar demostrar la conjetura de Goldbach, nada menos; había abandonado la carrera académica y con ella su particular pelea con los números primos a partir del artículo de Gödel. No dejaba de resultar curioso que nunca citara a éste por su nombre en las cartas. «Enano», «impío», «tarado», «pichafría»... eran las palabras que Papachristos empleaba para denominar al lógico moravo.

Atraído por la curiosidad y dispuesto a revivir cuanto pudiera los afanes en los que se había ocupado mi abuelo, dediqué un puñado de horas de aquel invierno al último teorema de Fermat y a la conjetura de Goldbach. En la biblioteca de la Escuela y en la Facultad de Matemáticas de la Complutense encontré material reciente, tanto como para hacer varias tesis doctorales. Deduje que nada sustantivo se había aportado desde que mi abuelo, por una parte, y Papachristos, por la otra, habían abandonado sus distintas y solitarias investigaciones. Excepción hecha, claro está, de las comprobaciones que los modernos ordenadores permitían con su potentísima capacidad de cálculo. En efecto, por aquellas fechas se había comprobado que la conjetura de Goldbach se cumplía para todos los pares inferiores a 2×10^{10} . Un número enorme..., pero de la demostración, nada de nada.

Decidí lanzar el sedal lejos y escribí al señor Papachristos. Era improbable que viviera y que, además, continuara en Ekali, pero por probar nada perdía. Como el náufrago que lanza un mensaje a la mar dentro de una botella, le envié una carta en inglés. No hubo respuesta de inmediato. Hubieron de pasar dos años, el tiempo que tardó la botella en llegar a la playa.

Adolfo Basats, mi tío y padrino, a quien debo mi nombre, abogado bien conocido en Cataluña, había sido elegido concejal de una ciudad vecina a Barcelona en las elecciones de 1979. Cuando los socialistas ganaron las generales del año 82, fue nombrado para un alto cargo en el Ministerio de Justicia y dos años después pasó, ascendiendo, al Ministerio del Interior. Fernando y yo íbamos con frecuencia a comer o a cenar a su casa, montada provisionalmente en la calle Pío XII de Madrid, donde vivía solo, pues su mujer y nuestros dos primos seguían residiendo en Barcelona. El servicio (cocina y camareros) estaba cubierto en aquella vivienda por jóvenes guardias civiles que ejercían su labor vestidos de uniforme, lo cual no dejaba de impresionarnos a mi hermano y a mí. «Ésta es la casa más ecológica de España», aseguraba el tío Adolfo. «¿No veis el color con el que va vestido el personal?», añadía.

Mi madre siempre había dicho que su hermano era una gran persona, «aunque se meta en esos líos políticos». En efecto, mi tío había pasado unas largas vacaciones en la cárcel de Carabanchel, tras visitar el Tribunal de Orden Público, aunque jamás habló de ello ni antes ni después de la muerte de Franco. Y, desde luego, sí era una gran persona. Alegre y cariñoso, siempre nos recibía eufórico y dispuesto a divertirnos con sus anécdotas desternillantes de policías y delincuentes, de burócratas y políticos. Su cargo le servía, pensaba yo, para conocer gente, y su humor convertía la más dura realidad en algo digerible. «Cualquier tragedia se atempera si se cuenta adecuadamente», sostenía. Era un hombre vitalista al que llevaban por la calle de la alegría las mujeres.

Una noche, no recuerdo por qué razón, me presenté en Pío XII de improviso. Noté en el guardia, que me abrió la puerta y que me conocía, cierto embarazo, como si se resistiera a dejarme pasar, pero inmediatamente asomó la cabeza mi tío y, percibiendo las dudas del civil, le dijo: «Déjelo entrar, que éste es de confianza. ¿No conoce a mi ahijado?». El guardia se quitó de en medio entre disculpas y me dirigí a saludar a mi tío, que aguardaba en la puerta del salón. Cuando entré en aquel cuarto me encontré allí a una mujer. Era evidente que ella se había vestido para la ocasión. Las gasas de su vestido y su amplio escote, más propios de una recepción real que de una cena de trabajo, así lo

denunciaban. «Te presento a Maruja. Es una compañera», dijo él. La mujer, algo cortada o sorprendida, vio, me imagino, arruinada la velada, pero se equivocó de plano. No era mi tío persona que se dejara amilanar y tanto la cena como la sobremesa transcurrieron como si Maruja y yo nos conociéramos de toda la vida. Ella era diputada en el Congreso, en verdad una militante convencida. En algún momento la charla derivó, lógicamente, hacia la política, y ella se expresó con una fe envidiable. Según Maruja, Felipe González y, en general, los socialistas iban a cambiar el país de cabo a rabo. «Es nuestra hora y no la vamos a desaprovechar», aseguró.

—Me conformo —matizó mi tío— con que al salir nosotros del Gobierno, el Ejército, los jueces y la policía se hayan olvidado de sus mañas de antaño. De paso, si entramos en Europa y nos aproximamos al nivel de asistencia social que tienen por allí, nos podremos dar con un canto en los dientes.

—Eso está hecho —aseguró Maruja, optimista.

—No será tan fácil. Los cambios rápidos se deshacen también a gran velocidad. Es preferible caminar con tiento, incluso de puntillas, procurando pisar sólo los callos necesarios.

La sobremesa se estaba prolongando, así que pedí disculpas y anuncié mi partida. «Yo también me voy», se sumó Maruja. Pero mi tío no estaba por la labor. «Por favor, quédate. Tenemos que seguir hablando», le dijo, haciéndome una seña de la cual ella se apercibió. Se ruborizó, pero no insistió en irse. Era evidente que no había sido invitada tan sólo para compartir una amable charla y ser presentada a un inoportuno sobrino.

No tenía yo muchas esperanzas en que la vía Ors me llevara a buen puerto, pero antes de salir me atreví a pedir ayuda a mi tío para localizar a Esperanza Ors Pía. Tomó nota del nombre y de los apellidos y nada me preguntó. Una semana después tenía en mi poder la dirección de Esperanza Ors y su teléfono. Esperanza Ors era viuda con dos hijas y vivía en Silla, al lado de Valencia. También le solicité datos acerca de Ángela Montes pero, al no poder aportar el segundo apellido, el listado sacado del ordenador era largo. Más de cincuenta mujeres españolas se habían censado en 1981 bajo ese nombre, pero ninguna en Zaragoza.

Cuando volví a casa de mis padres en las vacaciones de verano del 84, llamé al señor Ventura, que me invitó a su casa. «Vente al caer la tarde, cenaremos aquí», me dijo.

Su hija y los nietos estaban en Cullera, me informó. «Tostándose en el Mediterráneo como si fueran suecos. Qué costumbre tan necia», comentó. Me pasó a su despacho y allí estuvimos un par de horas. Luego cenamos juntos unas buenas verduras y pescado que nos preparó la chica que se ocupaba de la casa y de su cuidado, una morena recia, de Caspe, sanota y de buen ver. Le conté a Ventura mis cortos avances en la investigación, incluidas las cartas del griego Papachristos. Se interesó por ellas. Quiso saber el contenido del artículo de Gödel.

—En aquellos años, en los que mi abuelo se dedicó más intensamente a la investigación —comencé—, ocurrieron hechos que revolucionaron las Matemáticas. A principios del siglo XX, un notable matemático alemán llamado David Hilbert fundó un movimiento con el que pretendía crear una especie de *Summa matemática*, es decir, reescribir todo lo que se había descubierto desde Pitágoras con bases nuevas y firmes y una coherencia total. Partiendo de muy pocos axiomas (evidencias que no necesitan demostración) —dije—, se trataba de construir un sólido edificio completo e inatacable. A esa labor colectiva y revolucionaria se sumaron los modernos lógicos, entre otros los del Círculo de Viena, pero la obra que mejor resume y explica aquellos esfuerzos la escribieron dos ingleses: Bertrand Russell y Alfred Whitehead y se titula *Principia mathematica*. El primer volumen se publicó en 1910. Los matemáticos creyeron poseer, al fin, un arma decisiva mediante la cual podrían abordar nuevos descubrimientos y derribar definitivamente la ciudadela en la que resistían muy viejas conjeturas, como la de Goldbach o la de Fermat. Esa oleada de optimismo iba pronto a chocar contra una roca que nadie había previsto. En 1931, un jovencísimo lógico moravo que vivía en Viena y se llamaba Kurt Gödel, con un trabajo al que puso un largo, descriptivo y humilde título: Sobre proposiciones formalmente indecidibles en los *Principia mathematica* y sistemas afines, echó por tierra todas las seguridades y esperanzas anunciadas. Gödel demostró, entre otras cosas, que aunque el conjunto de axiomas de una teoría sea coherente, existen en ella teoremas

que no se pueden refutar ni demostrar, que son indecidibles. Mi abuelo, poco después de que Gödel publicara su trabajo, recibió desde Munich un telegrama enviado por su colega griego, Petros Papachristos. Decía así: «Un malnacido acaba de torcerme la vida. Sigue carta». Pronto llegó la carta y con ella Papachristos le envió a mi abuelo el trabajo de Gödel. Yo la he recuperado y es una carta amarga. En ella le comunicaba su intención de abandonar la conjetura de Goldbach, en la que había estado trabajando intensamente durante los últimos diez años —busqué la carta en mi portafolios y leí—: «Cuando en la cuenta de la compra o de la lavandería me encuentro con un número primo, me entran sudores fríos, como si acabara de toparme con el mismo Belcebú. Lo podrás comprobar cuando leas el trabajo de este miserable moravo que se dedica a señalar lo que es indecidible; pues bien, yo tengo decidido olvidarme de la conjetura de Goldbach y retirarme a Ekali, en las afueras de Atenas, donde poseo una casa con tierra. Me dedicaré a la agricultura, a dar clases en el Instituto y a jugar al ajedrez, son oficios menos arriesgados que este de perseguir una ilusión», concluía. En efecto, Papachristos se retiró a Ekali y jamás volvió a publicar nada acerca de su oficio de matemático, pero siguió carteándose con Jesús Vió.

—Este Gödel —me dijo Ventura, pensativo— debió de ser un hombre muy notable.

Cuando le informé del desgraciado final que el lógico moravo había tenido en los Estados Unidos y de sus fallidos esfuerzos manicomiales intentando demostrar la existencia de Dios, me miró fijamente y dijo: «De este hombre se puede afirmar con propiedad que se pasó de listo». Luego me solicitó precisiones acerca de los números primos.

—¿Cuál es la gracia que encontraba en ellos este griego de nombre tan cristiano? —dijo Ventura—. Mira que llamarse Petros Papachristos..., con tales credenciales estaba predestinado a la crucifixión —añadió.

—Mientras que los químicos disponen solamente de unos cien elementos con los que trabajar —comencé—, los matemáticos interesados en los números primos han de vérselas con un conjunto infinito de ellos. Estos

números, además, tienen un comportamiento perverso. Se ocultan entre los demás números y no existe una fórmula que permita capturarlos a todos.

—¿Capturar números, como si se tratara de delincuentes? —bromeó.

—Pues sí, es una forma de ver el asunto —acepté—. Existe, sin embargo, una criba gráfica descubierta por un tipo que vivió en el siglo III antes de Cristo y que se llamaba Eratóstenes, pero hacer este cribado gráfico para números de muchas cifras resulta imposible —le dije—. Ahora los ordenadores echan una mano, aunque siguen usando la criba de Eratóstenes. No existe otra forma. Hay números primos que sólo están separados por un número par —proseguí—; por ejemplo: 5 y 7, 11 y 13, 41 y 43 o 9.857 y 9.859. A éstos se les llama primos gemelos. Sin embargo, en otros casos, dos primos pueden estar separados por centenares de miles de enteros no primos. Esta ausencia de regularidad ha traído y trae de cabeza a los matemáticos. Pero sí se ha avanzado en la búsqueda de su distribución estadística. En los años treinta, Lardy, el profesor de mi abuelo, avanzó mucho en el análisis y la distribución de un tipo de primos llamados «primos de Mersenne». Sería engorroso entrar en ello ahora. Pero volvamos a nuestro amigo el griego —sugerí—. En 1937, cuando Papachristos ya había abandonado la persecución de Goldbach, un ruso llamado Ivan Matveevich Vinogradov creyó haber demostrado la conjetura para números «suficientemente grandes». En una de las cartas que el griego envió a mi abuelo, en plena guerra civil y que debió de llegar mucho más tarde —busqué la carta— le decía: «Recordarás que en Bolonia le adelanté a Lardy eso que el soviético dice haber descubierto ahora y Lardy se tomó a broma el concepto suficientemente grande. Diez años después, este maldito ruso lo saca a la luz y pretende apuntarse un tanto, y no sólo eso, el padrecito Stalin le ha dado cien mil rublos por la hazaña». En todo caso —continué—, la conjetura de Goldbach sigue ahí, sin demostración, tal como la dejó el amigo de mi abuelo. Quizá, como intuyó Papachristos, esta conjetura está incluida entre las que no se pueden probar ni refutar. Lo mismo ocurre con el teorema de Fermat, del que se ocupó mi abuelo y que sigue sin encontrar demostración.

—Lo dejamos por hoy, si te parece —sugirió Ventura—. Nunca imaginé que las matemáticas pudieran parecerse a una novela de Sherlock Holmes. Siento habérmelo perdido.

—Si no con Sherlock Holmes —dije con intención de concluir—, los números primos tienen que ver con el espionaje.

—¿Qué me estás diciendo? —protestó, sorprendido.

—Así es, ese comportamiento errático de los números primos los convierte en un utensilio imprescindible para construir códigos prácticamente indescifrables, que se usan para enviar mensajes secretos.

—De Sherlock Holmes a James Bond..., ya veo —concluyó Ventura.

Al despedirnos después de cenar, quedamos en vernos el jueves de aquella misma semana. Ese día lo fui a buscar y dimos un paseo por Zaragoza. Nos acercamos al barrio de Las Delicias para intentar rastrear la pista de Ángela Montes. Como si fuéramos vendedores de enciclopedias, tocamos unos cuantos timbres al azar sin ningún éxito. Al fin, una vecina nos encaminó a la casa de dos ancianos que, según la informante, vivían allí «de toda la vida». Los viejos nos hicieron esperar un buen rato con los oídos atentos al portero automático, pero al fin nos abrieron y subimos. El marido parecía realmente muy viejo y estaba sordo como una tapia. Ella, vivaracha y curiosa, no bajaba de los ochenta. Nos pasó al salón y se empeñó en que tomáramos un moscatel. El cuarto no era demasiado amplio y menos después de haber instalado en él un mueble de dimensiones exageradas. La televisión, que ocupaba allí el centro, era también de un tamaño desproporcionado.

—Ángela Montes... Ángela Montes... —repitió la mujer—. Sí, me acuerdo de ella. Creo que vivía aquí al lado, en Sangenis, ¿no, Paco? —solicitó confirmación.

Paco se limitó a preguntar: «¿Cómo dices?», con la voz descontrolada que caracteriza a los sordos. Su esposa lo dejó por imposible.

—Sí, sí era ella. Una señora gruesa. Mucho mayor que yo. Quizá haya muerto. Pero díganme, ¿por qué la buscan? —quiso saber.

—Esa señora —dijo Ventura, bajando la voz— fue en tiempos la amante de un tío mío que acaba de morir y le ha dejado un buen pellizco en el testamento. Mi hijo —dijo señalándome— y yo la buscamos porque si ella no cobra, nosotros tampoco. Pero por favor, todo esto que quede entre nosotros —añadió mientras le entregaba a la mujer su tarjeta.

«Ésta es una fórmula infalible para que, si está viva, aparezca», me dijo don Rafael mientras bajábamos las escaleras.

De todas formas, nos acercamos a la calle Sangenis, a la dirección que la mujer nos había suministrado. Eran dieciséis viviendas y Ventura me desaconsejó que llamara a tantos timbres. «El anzuelo está echado. Si en una semana no hay respuesta, volveremos», sugirió.

El lunes siguiente apareció en el contestador de Ventura una llamada de quien decía ser sobrina de Ángela Montes. Dejaba su dirección y su teléfono. Llamamos y concertamos una cita.

La mujer, que no andaría lejos de los sesenta, vivía sola. «Toda mi familia está en Jaca», nos aclaró.

—Me vine a Zaragoza, a casa de mi tía, el año cincuenta y tres. Cuando ella murió, hace siete años, me dejó esta casa y algún dinero, pero quiero volverme a Jaca en cuanto encuentre un comprador para la casa —añadió.

Quiso saber qué era lo de la herencia y Ventura siguió con el enredo, asegurando que sólo si Ángela estuviera viva podría cobrar.

—Sí, mi tía tuvo... —la mujer dudó— una larga relación con un señor muy rico de Zaragoza, pero cuando él murió ella cobró la herencia que le había dejado. No entiendo esta segunda... —reflexionó hecha un lío.

—¿No recuerda cómo se llamaba aquel hombre?

—Creo que su nombre era Antonio. Sí, don Antonio Vió. En alguna forma, ¿usted me entiende?, la tía Ángela era su viuda, aunque nunca se hubiera casado con él.

Ventura me pidió que le enseñara a la mujer mi carnet de identidad. Lo hice.

—Ve usted, este muchacho es bisnieto de Antonio Vió —dijo Ventura descubriendo el engaño—. Quizá su tía de usted —continuó don Rafael— le habló de los hijos de don Antonio. Desaparecieron cuando la guerra. Su nieto y yo, que fui amigo de ellos, estamos tratando de saber qué les ocurrió.

—Sé que todos murieron prematuramente. También la esposa de don Antonio murió pronto, pero no recuerdo que mi tía me contara nada más. Era muy reservada para sus cosas.

Ángela Montes, si algo sabía, se lo había llevado a la tumba. Tuve la sensación de que quienquiera que fuera el encargado de echar toneladas de tierra sobre los rastros de mis abuelos y de su amigo Germinal había tenido éxito. Aliado, claro está, con el tiempo, el hermano siamés del olvido. El tiempo y también el silencio impuesto. Pero yo estaba decidido a seguir, aunque cada día que pasaba desapareciera algún potencial testigo.

—Este rastreo no es como los que aparecen en las novelas negras o en las películas. Es más laborioso y mucho más decepcionante, pero algo encontraremos —me animó Ventura.

A mediados de agosto llamé a Esperanza Ors. Fue ella quien se puso al teléfono. Se sorprendió, sin duda, cuando le di mi nombre, pero su voz, al principio seca, se fue dulcificando. Quedamos en vernos durante la semana siguiente. Le propuse a Ventura que me acompañara. «No conviene, al menos, en una primera ocasión», me dijo. «Me presentaría ante ella como una sombra del pasado. Alguien que sobrevivió mientras los suyos murieron. Aunque sólo sea en su inconsciente, apareceré ante ella como un traidor», dedujo.

Viajé a Valencia en coche y comprobé la pésima comunicación por carretera entre las dos ciudades. Pero eso no fue lo peor. Me costó Dios y ayuda dar con un alojamiento en Valencia, tomada como estaba la ciudad por los veraneantes. Tuve que ir hasta Mislata, un barrio algo apartado, para encontrar una pensión (en realidad una familia que alquilaba habitaciones durante el verano). Pero como no hay mal del que no se derive algún bien, Mislata no está lejos de Silla, donde vivía Esperanza.

Después de avisar por teléfono, me acerqué a Silla pasadas las once de la mañana. Esperanza Ors vivía en una casa de diez plantas, una colmena ruidosa de las que se construyeron en los años sesenta. Era una mujer enjuta y llevaba en el rostro las huellas de una pena imprecisa. Había sido guapa, pero su cara raramente se iluminaba con una sonrisa. Superaba los setenta, aunque mantenía el cuerpo, los gestos y el movimiento propios de una edad mucho menor. Nos sentamos en una sala en la que irrumpieron, sucesivamente, dos muchachos. Un chico y una chica quinceañeros solicitando precisiones y encargando recados a su abuela para marchar después a la playa. Esperanza vivía con sus dos hijas, una de ellas soltera, los dos nietos y el padre de los chicos. En total seis personas en un piso que no llegaría a los cien metros cuadrados. «Naturalmente que los conocía..., y mucho», me confirmó cuando le hablé de mis abuelos.

—Algunas veces venían a nuestra casa —continuó—. Sí, creo recordar que la primera vez que vinieron juntos fue con ocasión de las elecciones que trajeron la República. Francisca quería convencer a mi padre para que fuera a votar... A ella le caía muy bien mi padre y a él le hacía gracia Paquita. Los dos se divertían discutiendo. Además, era una mujer muy guapa y a él se le animaban los ojillos cuando la veía, el pobre.

Yo sabía que no iba a ser fácil, pero le pregunté por lo que había pasado en los primeros días de la guerra. Me miró o, mejor dicho, dirigió sus ojos hacia mi cara, pero la mirada estaba en algún punto detrás de mi cabeza. Se mantuvo en silencio unos segundos y, al fin, habló.

—A mi hermano Floreal lo mataron el 19 de julio. Era de la FAI y lo descubrieron con las armas en la mano. Los fusilaron a todos allí mismo, en la calle. A mi padre lo vinieron a buscar tres días después. Le dieron el paseo. Un vecino nos dijo que fuéramos a Valdespartera, que allí estaban fusilando a mucha gente. Mi madre y yo llegamos, temblando, al lugar. ¡Qué espectáculo! Los cadáveres tirados en el suelo. Habían caído unos sobre otros, entrelazándose, y era preciso separarlos para poder ver sus caras. Tardamos un buen rato en encontrar el cuerpo de mi padre. Tuvimos que pedir ayuda a la funeraria para poderlo llevar al depósito. Fue horrible.

Pensé que Esperanza iba a llorar, pero no. Se aguantó o quizá ya no le quedaba llanto para aquella vieja tragedia cuyo recuerdo, era evidente, seguía produciéndole un intenso dolor.

—¿No supieron nada de Germinal?

—Él vivía en Ejea, donde era maestro. Vino a casa la víspera del Carmen y nos dijo que se iría a Huesca con los Vió, con tus abuelos. Y no tuvimos más noticias de él. Creímos que los habían fusilado a todos junto a Ramón Acín y a su mujer. Eso hemos pensado siempre.

Le expliqué que no había sido así, que el levantamiento los había sorprendido en la casona del pueblo. Especulé con la posibilidad de que mi abuela y Germinal se hubieran pasado al otro lado, uniéndose a las tropas de Durruti.

—Es posible —aceptó—, pero en tal caso mi hermano moriría en el frente. Si hubiera sobrevivido, si se hubiera ido al exilio, de una forma o de otra, habría dado con nosotros. Tenemos mucha familia aquí, en Valencia.

Insistí en que mi abuela y Germinal pudieran huir juntos. «Podrían estar vivos», le dije. Pero Esperanza, al menos en lo que se refería a su hermano, lo negó y su razonamiento resultaba contundente. Después de un buen rato de charla me atreví a plantearle una pregunta comprometida.

—¿Usted cree que Germinal y mi abuela estaban enamorados? —dije.

—Tu abuela era una mujer casada —contestó firme, levantando levemente la voz para continuar en un tono normal—. Mi hermano quería y admiraba a tu abuelo, eso hacía que lo respetara... En realidad los tres eran como hermanos —añadió tras un lapso.

Comprobé que aquella puerta estaba cerrada, que las hipotéticas relaciones privadas entre Germinal y mis abuelos no habían llegado a conocimiento de ella. Era lógico.

—¿No conservará alguna foto de aquella época? —solicité, cambiando de tema.

—Sí, alguna tengo —dijo levantándose a buscarlas.

Volvió enseguida con una caja metálica de galletas que contenía un montón de fotografías. La puso encima de la mesa y comenzó a buscar.

—Aquí hay una en la que estamos todos —dijo, extrayendo una de gran formato, naturalmente, en blanco y negro—. Todos menos Jesús, que es quien la hizo —aclaró.

Me la tendió. Se levantó y se puso detrás de mí mostrándome con el dedo índice a cada uno de los que allí estaban. «Mi padre», dijo señalando a un hombre robusto, no muy alto, de pelo negro, que se llevaba un cigarrillo a la boca. «Mi madre», una mujer enlutada con los brazos cruzados sobre el pecho. «Floreal», un joven cetrino que reía ante la cámara. «Germinal», al que ya había visto en las fotos de Ventura. «Tu abuela», que llevaba un vestido largo, seguramente de percal y en todo caso floreado. «Y yo.» La Esperanza que aparecía en la foto era una joven esbelta y sonriente que recordaba, sí, a la mujer que acababa de poner, quizá sin darse cuenta, su mano izquierda sobre mi hombro.

—Mi madre murió en el año sesenta y cinco —aclaró—. Vivía aquí, con nosotros. A mi marido lo perdí en 1970. Su única ilusión era sobrevivir a Franco..., y ya ves.

—¿Me puede prestar esta fotografía? —le pregunté—. Haré una copia y le devolveré el original —prometí.

—Puedes llevarte las que quieras, pero sí me gustaría conservarlas.

Me quedé únicamente con la foto grande y me dispuse a irme, pero ella se opuso.

—Te quedas a comer —afirmó—. Faltaría más.

Seguimos charlando. Luego la acompañé a la cocina, donde se puso a trajar.

—Voy a ver si en casa hay algo para que comas un arroz decente.

Volvimos al salón y se empeñó en que compartiéramos un Tío Pepe que sacó de una alacena. «El arroz lo haré cuando lleguen todos los comensales.»

Primero llegó la madre de los chicos, Aurora, que trabajaba de cajera en un supermercado. Luego la hija soltera, Soledad, una morena de pelo corto, delgada como su madre, que rondaba los cuarenta años y trabajaba en un banco. Más tarde vino el yerno, Vicente, que trabajaba en la Ford de Almusafes. Era un hombre rubio de ojos claros, fuerte, que hablaba con notable acento valenciano y no llegaba a los cincuenta. Esperanza, hechas las presentaciones, se fue a la cocina y los demás la acompañamos. Las hijas pusieron la mesa, mientras Vicente se duchaba.

No había comido una paella mejor en mi vida. El arroz, ni pasado ni duro, suelto, tenía un sabor delicioso. «Mi suegra tiene muy buena mano para el arroz», dijo Vicente cuando elogió la paella.

«No tiene mérito. Llevo toda mi vida viéndolo hacer y haciéndolo. Sólo es cuestión de punto», replicó ella, quitándole importancia.

Esperanza explicó a sus hijas y al yerno las razones de mi presencia allí y ellos me solicitaron información acerca de mi familia y de sus avatares.

—Recuperar el pasado es siempre difícil —afirmó Vicente cuando hube terminado de informarlos—, y más si la gente no quiere hablar de ello. Antes, porque corrías el riesgo de que te metieran en la trena, y ahora, por eso de la «reconciliación nacional», nadie quiere que se destape la caja de los truenos. Aquello fue muy duro y quizá lo mejor sea olvidarlo.

—Pero todos tenemos derecho a saber —me atreví a decir—. Si mi abuela y el hermano de Esperanza desaparecieron o murieron, los que llegamos después o quienes los quisieron en vida tenemos la obligación de buscarlos, aunque sólo sea para darles una tumba en la que poner sus nombres.

—Quizá tengas razón —me contestó Vicente—, pero esa búsqueda removerá el dolor. También olvidar puede ser bueno.

En ese momento entraron por la puerta los nietos de Esperanza, que venían rebozados en arena, pero no hambrientos. Confesaron haber pasado por un

McDonald's, lo que provocó la reconvención de su abuela. «No coméis más que porquerías», dijo. Cuando las hijas y el yerno de Esperanza volvieron al trabajo me uní a ellos y abandoné la casa. Esperanza se despidió de mí con un abrazo y noté sobre el mío un levísimo y pasajero temblor en su cuerpo.

Volví a Zaragoza e informé a Ventura de los resultados de mi viaje a Valencia. «Me alegro de que Esperanza no esté sola y de que no tenga achaques. Lo ha debido de pasar muy mal», me dijo.

Había llegado el momento de recurrir a los caseros de Vió. La señora Eulalia, la madre de Víctor, había muerto hacía por lo menos diez años, mas yo pensaba que, si algo sabía ella, lo habría comentado en casa. Decidí tener una conversación con Víctor y Ventura estuvo de acuerdo. «En los pueblos no existen secretos», aseguró.

Subí a Vió en los últimos días de agosto. Esperé a que Víctor y su mujer, Encarna, me invitaran a comer en su casa para hacer un aparte con él. «Yo tenía cinco años cuando empezó la guerra», me aclaró al preguntarle por la llegada a Vió de don Antonio en julio de 1936. «No me acuerdo de nada», añadió.

Insistí acerca de su memoria adulta, cualquier cosa que hubiera oído en casa o quizá en el pueblo.

—Sé que mi padre, en los primeros días de la guerra, fue una noche a la casona reclamado por tu bisabuelo, pero no recuerdo que contara nada. Cuando don Antonio Vió murió, unos años más tarde, nos dejó un dinero en el testamento, con el que se compró la casa y las tierras que tenemos. La verdad es que mi padre lo veneraba.

—¿Y mi abuelo Jesús? —le pregunté.

—De él sí me acuerdo. Solo en la casona durante los últimos años de su vida. No hablaba con nadie, no recibía visitas. Mi madre iba a diario para arreglar la casa y hacer la comida y, a menudo, me llevaba con ella. Cuando él me veía zascandileando por allí siempre me daba una peseta. Lo recuerdo leyendo en su cuarto. Aunque mi madre me tenía prohibido subir al primer piso, yo subía, seguramente buscando la peseta. Ya sabes cómo son los

chavales. «Pasa, pasa», me decía. Leía sentado en el sillón, pero cuando escribía lo hacía sobre la mesa de roble que sigue estando allí. A veces salía a pasear, pero no recuerdo verlo en el coche, un Opel, que guardaba en el garaje y que se llevaron después de que él muriera.

—Murió en 1946. ¿No vino algún médico a verlo?

—Yo tenía ya catorce años cuando murió. Me acuerdo bien —dijo Víctor—. La víspera había caído una buena nevada y hacía sol el día del entierro.

—¿De qué murió? —pregunté.

Estábamos sentados a la mesa. Encarna ya había terminado de fregar los cacharros y se ausentó discretamente. Víctor me miró como si lo que le acababa de preguntar fuera un secreto a voces del cual yo, forzosamente, debiera estar enterado.

—Mi madre se lo encontró tumbado en la cama y vestido. Al parecer, llevaba allí muchas horas. Se había suicidado. Cianuro, eso dijeron.

—¿Quiénes lo dijeron? —pregunté, sorprendido.

—En primer lugar, el médico, que llegó de Ainsa para certificar la defunción. Sé que el doctor tuvo unas palabras con don Antonio acerca de la autopsia, a la que tu bisabuelo se opuso. Habló con alguien importante de Zaragoza para que no la hicieran. Recuerdo que a doña Manuela, tu bisabuela, la tuvieron que bajar al hospital de Huesca. Se puso fatal, la pobre. Cuando, dos años después, ella murió, mi madre aseguraba que había muerto de pena. Quizá fuera verdad.

«¿Cómo era posible que todo aquello se nos hubiera ocultado?», pensé. De vuelta en Zaragoza, se lo conté a Ventura y no pareció extrañarse. «La soledad es mala compañía», se limitó a decir.

En primavera me llegó la respuesta de la carta que yo había enviado, al albur, dirigida a Petros Papachristos en Ekali. La enviaba un hombre llamado Apostólos Doxiadis desde Nueva York.

«Estimado señor Vió: acabo de regresar de Grecia, en donde me he encontrado con la carta que usted dirigió a mi tío Petros. Le he de comunicar que el señor Papachristos murió de una apoplejía hace ya doce años y que su casa de Ekali, por voluntad expresa de la familia, fue cedida a la Sociedad Helénica de Matemáticas, con el objeto de que la convirtiera en sede del Archivo Papachristos, de cuya Fundación soy presidente. He ordenado que se buscara entre las cartas personales de mi tío y, en efecto, se me informa de que existe una colección de veinticuatro cartas, manuscritas en alemán, remitidas por Jesús Vió desde España y desde el Reino Unido. Están a su disposición.»

Beatriz, de quien daré noticia enseguida, se encargó de organizar el viaje a Grecia. «Iremos a ese archivo, pero también a Creta. No vamos a quedarnos en ese pueblo quince días», propuso. Y así lo hicimos.

El Archivo Papachristos en Ekali ocupaba un edificio de tres plantas rodeado de árboles en medio de una finca. La casa, recién pintada con colores ocres, parecía una villa italiana. La carta de Apostólos Doxiadis me abrió las puertas y pude ver las veinticuatro cartas que mi abuelo había enviado a su amigo, pero las cosas se torcieron cuando solicité una copia. «Son cartas personales y no deben salir del archivo», me dijeron en un correcto inglés. «Sólo una autorización especial de la junta directiva nos habilitaría para entregárselas en un microfilm», aseguraron ante mi insistencia.

A riesgo de destrozar nuestras vacaciones, intenté resolverlo hablando con el señor Doxiadis, cosa que no resultó fácil. Tras dos días perdidos viendo cómo la cara de Beatriz se agriaba, di con él en Boston. Estaba impartiendo, eso me dijo, un curso sobre teoría de juegos en la cercana Universidad de Harvard. Le conté los inconvenientes que me había encontrado y entonces me prometió enviar un fax autorizando la copia. «Espero que eso baste», añadió, poniéndome nervioso. Pero bastó, aunque tuve que pagar el microfilm, como si, en lugar de unas cartas, al fin y al cabo de mi abuelo, se tratara de una fórmula secreta para curar el cáncer. Cuando volví a Madrid las hice traducir al castellano, y así pude leerlas.

La mayor parte de ellas trataban de asuntos matemáticos cuya secuencia se hacía inteligible si se ponían en orden con las que Papachristos había enviado a mi abuelo. Mi abuelo le daba cuenta al griego de algunos acontecimientos relevantes, como su matrimonio con Francisca. Las cuitas políticas durante la República también ocupaban algún espacio, siempre secundario respecto al asunto de las matemáticas. En todo caso, pude deducir que mis abuelos habían visitado a Papachristos en Ekali, pasando algunos días en la casa, ahora archivo, en donde habíamos estado Beatriz y yo el último verano. Fechadas después de las guerras civil y mundial, y tras un periodo vacío de correspondencia de casi diez años, había tres cartas. La última llevaba como fecha el 7 de febrero de 1946, es decir, pocos días antes de su muerte. Anunciaba un descubrimiento y, a la vez, era una despedida.

El descubrimiento se expresaba lacónicamente: «Siempre consideré improbable que Fermat nos hubiera engañado a todos cuando escribió que él tenía la solución de su famoso teorema. Hace un par de años tuve una intuición y la he seguido. Creo haber dado con la solución sin recurrir a conceptos que no estuvieran vigentes en tiempos de Fermat. Sin embargo, no tengo ningún interés en hacer público mi descubrimiento, así que lo he escrito y lo he guardado bien. Si alguien, después de mi muerte, lo encuentra y tiene ganas de publicarlo, que lo haga y que le aproveche... Me perdonarás que a ti tampoco te lo envíe».

La despedida estaba escrita por un hombre que había sido abandonado por cualquier esperanza: «Durante estos últimos años, quizá arrastrado por un optimismo insensato, he mantenido la quimera de rehacer mi vida y enlazar con un pasado que se vuelve grato en el recuerdo. Aun a sabiendas de que ya nada habrá de ser como antes, he esperado una señal, cualquiera que ésta fuera, que me permitiera hacerme la ilusión de recobrar a Francisca, aunque para ello hubiera de comenzar de nuevo mi vida fuera de este país, que hace ya mucho tiempo dejó de ser el mío. Aguardé a que concluyera la guerra en Europa y ya ha pasado casi un año sin que la señal haya llegado. Probablemente Francisca haya muerto, pero si no es así, también la habré perdido. No existe nada que me ate a esta vida sonámbula y sin objeto. Me despido de ti recordando los buenos y viejos tiempos que pasamos en

Inglaterra, en Bolonia o ahí, en Ekali. No contestes a esta carta, pues ya no estaré aquí para leerla. Un sentido abrazo».

Leyendo aquella carta, que no me había sido enviada, sentí que Jesús Vió la dirigía a mí y la desesperanza que ella destilaba me sobrecogió.

Volví a Vió y rebusqué de nuevo entre los papeles de mi abuelo. No quedó rincón que no escudriñara en busca de aquella demostración matemática que él anunciara en su carta al señor Papachristos, pero todo fue inútil y supuse que Jesús Vió, como si se tratara de una venganza, había escondido aquellos folios en otro lugar.

III

Mi hermano Fernando y yo compartíamos en Madrid, ya lo dije, un piso en la calle del General Dávila, donde estuvo el antiguo campo de fútbol del Atlético de Madrid, el Metropolitano, en unos terrenos propiedad de la empresa del ferrocarril urbano que hacía muchos años habían sido convenientemente recalificados. Era un apartamento de casi ciento cincuenta metros que nosotros habíamos amueblado. Cuando, algo después, el dueño de la finca lo puso en venta, mi padre, sin pensárselo dos veces, compró el piso. El sitio tenía la ventaja de estar próximo a la Ciudad Universitaria donde, tanto Fernando como yo, estudiábamos.

Fernando llevaba, a mi juicio, una vida envidiable. Se encerraba el mes previo a los exámenes finales y sacaba unas notas excelentes, bien es verdad que para su carrera (Filología Inglesa) partía con ventaja, pues durante el Bachillerato tanto a él como a mí nos torturaron con el inglés y lo hablábamos y lo escribíamos con soltura cuando ingresamos en la Universidad. Fuera como fuera, Fernando llevaba en Madrid una vida regalada mientras que yo me pasé cinco años encerrado en mi cuarto estudiando. No sé por qué razón —quizá por el mucho tiempo que mi hermano le dedicaba al asunto— siempre andaba rodeado de chicas, tan abundantes en su facultad como escasas en mi escuela, y por nuestra casa de General Dávila pasaba lo que me parecía una legión de Amazonas. Mi hermano nunca tuvo novia, sino novias, y alguna vez descubrí, al levantarme temprano —cosa que él jamás hizo—, las huellas evidentes de que no una sino dos habían pasado la noche en nuestra casa y no precisamente en el sofá del salón.

En el verano de 1983 Fernando terminó la carrera y se dispuso a buscar un empleo, «pero fuera de España», aseguró. De todas formas, el curso 83-84 lo pasó dando clases de inglés en un colegio de Pozuelo, esperando encontrar algo mejor en Inglaterra o en los Estados Unidos. También recabó los servicios

de nuestro tío Adolfo y por mediación suya consiguió una beca Fullbright para estudiar en Berkeley. Allí marchó en el otoño del 84 y allí sigue. Cuando presentó con éxito su tesis sobre los dramas italianos de Shakespeare, cambió de lengua y se quedó de profesor de Literatura hispana en aquella Universidad; luego se casó con Judith, quien acabó atándolo en corto y dándole dos hijos: Fernando y John, mis sobrinos, que hablan el castellano con un inconfundible acento yanqui.

Durante la semana de su despedida, recién comenzado mi último curso en la escuela, pasaron por nuestro piso no sé cuántas chicas, pues Fernando tenía la rara habilidad de cambiar de «preferida» sin que la precedente se sintiera descabalgada. Una tarde, quizá porque se le cruzaron los cables de la agenda o porque se le acumulaba el trabajo, me llamó a capítulo para pedirme que lo acompañara durante la cena que celebraría allí, en nuestra casa. «Son dos chicas estupendas», me anunció. Aunque para Fernando todas eran «estupendas», lo vi tan apurado que acepté.

A las nueve llamaron a la puerta los del restaurante Ciriaco, lugar que él frecuentaba y desde donde le hacían el favor de traerle la cena cuando tenía compromisos, pues él nunca quiso meterse en la cocina si no era para comerse a deshora lo que yo cocinaba. Media hora después llegó Pilucha, una mujer que no cumpliría ya los treinta y cinco, a la que yo conocía de haberla visto alguna vez en el pasillo o en la sala de nuestra casa. Algo más tarde se presentó Beatriz, que era, según mi hermano, la que me estaba destinada.

Me tocó hacer los honores, ofrecerles de beber, preparar la mesa y escoger el vino del botellero que, ése sí, Fernando mantenía surtido. Era evidente que las dos mujeres no se conocían y que ambas habían pensado ser las únicas comensales. Al fin, llegó Fernando, sonriente. Traía dos regalos que entregó a las mujeres con la parafernalia y parsimonia que le caracterizan. Creo poder asegurar que la gargantilla y los pendientes de una y la pulsera de la otra consiguieron quitarles el cabreo que, a mi juicio, rumiaban cada cual por su lado.

Durante la cena, Fernando acaparó, como solía, la atención. Abrió y cerró conversaciones, estuvo ocurrente y gracioso. Por una vez, sin hacerme de

menos, aunque, eso sí, marcando la diferencia entre el hermano mayor y el menor. Pilucha jugaba el difícil papel de mujer fatal. Insinuaciones nada veladas, movimientos pausados de su cuerpo y de sus manos ayudándose del vestido, escotado hasta la exageración. Beatriz, que poseía un humor más bien cáustico, observaba aquellas maniobras de su rival con aire de sabérselas todas. Pilucha se levantó, buscó entre los discos uno de tangos, lo puso y sacó a bailar a mi hermano. Beatriz me susurró al oído:

—Parece que las cosas se van a decantar. No sé si pelear o dejarme llevar. ¿Tú qué opinas?

—Mejor te dejas llevar —contesté—, pero sólo cuando cambie la música. Yo no sé bailar tangos.

Pilucha mostró sus habilidades tangueras con esos virulentos movimientos de piernas y caderas, tan obviamente sexuales, que caracterizan a un baile tan canalla. Mi hermano se dejaba ir manteniendo el tipo con unas habilidades que yo desconocía.

Gardel acabó de cantar *Cafetín de Buenos Aires* y comenzó *El día que me quieras*.

—Ven para acá —dijo Beatriz —, que esto no es un tango.

Me fui con ella al centro del salón y se enlazó a mí con tanta fuerza que sentí un cierto ahogo. Pasó su mano izquierda por mi nuca y me atrajo hasta su boca. El beso, intenso y largo, me dejó sin respiración. Era evidente que Beatriz quería mostrarle a mi hermano lo poco que el menosprecio le atañía y yo me sentí utilizado. Cesó la música y Fernando, haciendo un breve aparte conmigo, me soltó: «Llévatela a la cama. No te arrepentirás».

Pero no fui yo quien tomó la iniciativa. Poco después, estando sentados los cuatro en los sillones, en un momento en que la conversación había decaído, Beatriz se levantó como si la reclamara una urgencia y dijo: «Vámonos, Adolfo, que estos señores tendrán cosas de las que hablar». Me tomó de la mano y me sacó del salón sin más trámites, arrastrándome hasta mi habitación.

Beatriz tenía un rostro agradable, con personalidad, que quizá provenía de su nariz aguileña. Los labios apetecibles y sus grandes ojos oscuros la dotaban de un toque sensual. Pero lo mejor era su cuerpo. Pequeño, pero bien acabado. Tenía muslos de atleta y su trasero respingón era una balada sobre la firmeza. Si me llevó a la cama con la sola intención de la venganza, he de reconocer que lo disimuló muy bien. Beatriz era un volcán. En cuanto estuvimos desnudos, dejó de hablar. Como si para ella la práctica del amor no tuviera nada que ver con cualquier otra realidad, se transfiguraba. No hablaba, es cierto, pero no callaba. No permitía otras órdenes que las suyas y su placer seguía una curva sinusoidal, interminable. Agotadas mis reservas, que no debían de ser pocas dada mi pertinaz abstinencia, sólo se detuvo cuando mi voz la hizo volver a la realidad. «¡Qué fuerte!», dijo, y se levantó para ir al baño. Volvió recién duchada, me pidió un libro y, antes de ponerse a leer con la intención confesada de atraer el sueño, inició una conversación sobre literatura como si nada hubiera ocurrido durante la hora precedente.

Me desperté temprano, me levanté, me duché y salí a la calle para desayunar y adquirir el periódico. Antes de volver pasé por una confitería y compré unos croissants. Nadie se había movido dentro de la casa, pero Beatriz ya estaba despierta y leyendo. «¿Dónde has ido?», me preguntó. «Espérate aquí y ve desnudándote —dijo—. Voy a la ducha y vuelvo. El polvo mañanero es de lo más sabroso y no nos lo vamos a perder, que hoy es sábado», ordenó. Obedecí y volví al lecho. Cuando ella regresó con el pelo mojado, quitó el edredón bajo el que yo estaba y, alegre, saltó sobre mí diciendo, como el obrero que retoma el trabajo: «Vamos a ello». No tuvimos prisa y luego, siempre a sus órdenes, volvimos a la ducha.

—Llévame de excursión —me pidió mientras se secaba—. El hayedo de Montejo se pone espléndido en vísperas del otoño —sugirió.

Y para allá nos fuimos, pero antes pasamos por su casa con objeto de que se cambiara de ropa. Beatriz compartía entonces piso con dos amigas en Moratalaz y desde allí, por la M-30, cogimos la carretera de Burgos. Paseamos por el hayedo entre excursionistas y fuimos a comer a la Puebla del Rincón, en un pequeño parador que estaba a medio construir. De vuelta, paramos en lo alto de una colina para ver el paisaje bajo el sol otoñal.

—¿Tienes una manta en el coche? —me preguntó.

—Creo que sí. ¿Para qué? —indagué.

—Para qué va a ser, para follar entre estos árboles —dijo, señalando el bosque cercano—. ¿No lo has hecho nunca?

Confesé que no.

—Creo que te has perdido muchas cosas y yo te las quiero mostrar —prometió.

Tuve miedo de que alguien, quizá una familia con niños, se presentara por allí y nos sorprendiera en plena actividad. Se lo dije.

—¿Tú piensas que nos van a conocer? Pareces de pueblo —replicó.

Por suerte, nadie se acercó. De haberlo hecho hubiera contemplado un espectáculo ridículo. Un hombre en decúbito supino, completamente vestido, pero con los pantalones a la altura de las rodillas, debajo de una mujer cubierta con un jersey de lana y enseñando el trasero.

El domingo fuimos al Rastro y al cine y, sobre todo, continuamos contándonos mutuamente nuestras vidas. Beatriz, que conocía a Fernando de la facultad, había hecho la carrera de Letras, que terminaría aquel mismo curso, trabajando en los más variados oficios y disfrutando de una beca. Sus padres vivían en un pueblo de Toledo con nombre de comestible: Cebolla. Tenía un hermano militar y una hermana que vivía en Cuenca, casada y con dos hijos. En política era radical, pero no fanática. Quiero decir que no se encastillaba en sus posiciones. Lo que verdaderamente le atraía era la acción, el no estar quieta. A raíz del referéndum de la OTAN, durante cuya larga campaña no paró, se metió en lo que más tarde sería Izquierda Unida, en el sector minoritario y no «pecero». Entre «apocalípticos e integrados», Beatriz tenía claro que nunca estaría censada en las filas de los segundos. Nuestra unión, con altibajos, era, según ella, «una relación sana, sin ataduras, libre». Aprendí de ella y con ella muchas cosas, tal como me había prometido. También sufrí de ausencias, porque Beatriz pensaba que la posesión era un mal y no se recataba en combatirlo reclamando y ejerciendo su

independencia. Además, tenía, entre otras, la teoría de la sinceridad. Era «sano» —palabra clave en su vocabulario— contar al otro las aventuras propias, aunque fueran triviales y no significaran nada que pusiera en peligro los lazos establecidos entre nosotros dos. Viajar en su compañía era muy divertido. Preparaba los viajes con meticulosidad y era capaz de arreglar los más variados incidentes. Fuimos juntos a Francia varias veces durante el tiempo en que anduve tras la pista de mi abuela. Contaré a este propósito una anécdota que describe, a mi juicio, su actitud voluntariosa. Viajamos a Vió con la intención de pernoctar allí y al día siguiente cruzar los Pirineos y llegar a Toulouse. A Beatriz le gustaron tanto la casa y el paisaje que, pese a mis protestas recordándole que teníamos una cita en la mañana del día siguiente, demoramos mucho la salida, y nos cogió la noche cruzando las montañas. Llegamos a Toulouse pasadas ya las once y bien sabíamos los dos que en verano no era fácil encontrar alojamiento en Francia. Consciente de su culpa, tras vernos rechazados en varios hoteles que estaban completos, nos fuimos hacia el centro de la ciudad y me hizo pasar frente a un hotel cuyo desvaído letrero luminoso denotaba su pésima calidad. Paramos y se fue hacia el hotelucho. Volvió encantada. «Tienen habitaciones, baja del coche», me ordenó. Dejé el automóvil mal estacionado y acarree los bultos. Nada más entrar en la mínima recepción, que atendía un joven argelino, me di cuenta de qué tipo de hotel era aquél. Unas cuantas muchachas de distintas procedencias raciales, pintadas como monas, denunciaban el uso al que estaban destinadas las habitaciones. «Son imaginaciones tuyas», me dijo Bea cuando se lo hice saber.

Subimos a la habitación. La cama, con las sábanas apenas estiradas, delataba la reciente presencia de alguna de las chicas con su pareja mercenaria. Beatriz siguió negando y así continuó durante la cena, que consiguió que nos sirvieran en un restaurante cercano aunque ya estaban cerrando. Sólo aceptó la evidencia cuando a las dos de la mañana nos sacó del sueño una bronca que se celebraba en el pasillo. Ni corta ni perezosa, Beatriz salió medio desnuda a protestar y yo, desde la cama, pude oír a una mujer reclamando a su cliente la soldada y cómo éste se negaba con argumentos irreproducibles. «Quizá tengas razón y ésta sea una casa de putas», me dijo cuando regresó a la cama. Dio media vuelta y se volvió a dormir.

Fue mi tío Adolfo quien, a preguntas mías, me había señalado que existía en Francia, concretamente en Toulouse, una asociación de exiliados y deportados españoles. «Si es que tu abuela no murió en la guerra, quizá marchó hacia Francia», aventuró.

Desde luego, el nombre de Francisca Vió no aparecía por lado alguno en los archivos españoles de la guerra civil. Los archiveros que me ayudaron en Cataluña, en Aragón y en Salamanca no encontraron pista alguna de ella. Se lo comenté a Ventura y fue él quien me dijo que merecía la pena intentar lo que llamó «la vía francesa».

La organización de exiliados y deportados españoles disponía en Toulouse de una pobre oficina, atendida, cuando la visitamos Bea y yo, por un par de jóvenes, nietos de españoles, que ya hablaban el castellano con acento francés. Los archivos aún estaban en papel. «Hemos solicitado al Gobierno español una subvención para mecanizarlos», explicaron. «Pues esperad sentados», les anunció Bea, impertinente. Beatriz y yo nos instalamos allí durante varios días y no hubo ficha que no revisáramos. Algunas tenían cosidas con grapas fotografías antiguas, pero la mayor parte carecía de fotos.

Las fichas pretendían ser sistemáticas: fecha y lugar de nacimiento, frontera de entrada en Francia, oficio o profesión, etcétera, pero pocas estaban correctamente cumplimentadas. En muchas de ellas se recogía la palabra «Argelès». Beatriz, que me ayudaba en la revisión de las fichas, me preguntó qué significaba esa palabra.

—Un campo de concentración —le dije—. En realidad una playa alambrada donde el Gobierno francés, que presidía entonces Daladier, internó a una parte de los ochenta mil españoles que salieron por las fronteras en el invierno de 1938-1939. Al principio no había barracones, ni tiendas de campaña, ni letrinas. Soldados republicanos desarmados, viejos, mujeres, niños... durmiendo a la intemperie. Muchos murieron allí.

En el fichero no había ni rastro de Francisca Vió, pero al tercer día di con una ficha sin foto que me llamó la atención. No constaba el lugar ni la fecha de nacimiento, sólo el nombre y tres anotaciones. El nombre era Francisca Ors y las anotaciones: «Argelès», «Resistencia» y «Deportada a Buchenwald en

1944». Que se tratara de una simple casualidad era lo más probable. Al fin y al cabo, el apellido Ors, aunque no sea corriente, tampoco es raro en la zona española del Mediterráneo, y Francisca no es precisamente un nombre infrecuente. Imaginé, sin embargo, una hipótesis. Quizá mi abuela se hubiera casado con Germinal durante la guerra civil, tal vez en Barcelona, y de ahí el apellido, pues las mujeres en Francia pierden el suyo en beneficio del de su marido. Si entre las fichas aparecía la de Germinal, ya no cabría duda. Pero Germinal no apareció. Estuvimos seguros de ello cuando, agotados, Beatriz y yo dimos fin a un segundo repaso.

Cuando preguntamos por Buchenwald, que significa en alemán «bosque de hayas», nos dieron una pequeña ficha que contenía escasa información. Allí figuraba que el campo de concentración fue construido por los nazis en 1937, destinado a presos políticos, homosexuales y judíos. Con la guerra fueron llevados al campo muchos extranjeros para ser esclavizados trabajando para la industria bélica. El día en que las tropas norteamericanas liberaron el campo, el noventa y cinco por ciento de los presos eran extranjeros. Unos meses antes, en el otoño de 1944, se había abierto allí un campo para mujeres. Aunque no había sido propiamente un campo de exterminio, en Buchenwald hubo asesinatos en masa y muchos prisioneros fueron sometidos a experimentos químicos y biológicos. Otros muchos murieron de enfermedades y desnutrición. Los edificios fueron demolidos en 1951 y en 1958 se inauguró el monumento conmemorativo y el Memorial National Buchenwald, que más tarde pasó a manos de una Fundación encargada del mantenimiento y de las visitas.

Buchenwald, junto a Weimar, bajo las colinas de Ettersberg, había quedado después de la guerra en la zona soviética, e intentar trasladarnos hasta allí resultaba complicado, pues existía el riesgo de recorrer muchos kilómetros y no conseguir atravesar la frontera entre las dos Alemanias. Decidimos posponerlo.

Cuando le comuniqué a Ventura mis descubrimientos en Toulouse, me dijo que eran muchas las probabilidades de que Francisca, si es que era ella, hubiera sobrevivido. «En primer lugar, fueron pocos los meses de la deportación y, además, ella hablaba perfectamente el alemán. Conocer el

idioma de los verdugos mejoraba la situación de los deportados. Lo he leído en varios libros», argumentó.

Las noticias que de Buchenwald tenía yo entonces provenían de la única novela de Jorge Semprún que había leído, *El largo viaje*. Cuando le pedí a mi tío Adolfo alguna información más acerca de aquel campo de concentración, también él me remitió a Semprún y a sus libros. «Tuve ocasión de conocerlo en París, en los años sesenta, cuando a él ya lo habían expulsado del Partido Comunista. Había ganado el Premio Formentor de novela y se acababa de estrenar *La guerre est finie*, la película de Resnais cuyo guión es de Semprún», dijo mi tío.

Conseguí hacerme con todos los libros de Semprún que habían sido traducidos al español y, más que leerlos, los devoré. No porque pensara encontrar allí alguna referencia sobre la identidad de Francisca Ors, sino porque me atraparon. Conseguí también los vídeos de las películas de las que había sido guionista. Había visto *Z* en el cine, pero *La confesión*, *Staviski*, *Una mujer en la ventana*... las vimos Bea y yo en el salón de mi casa de General Dávila.

Quise conocer a Jorge Semprún e incluso se lo dije a mi tío, que se ofreció para escribirle una carta pidiendo una entrevista para mí, pero lo aleatorio de mi empeño y también el retraimiento que me producía abordar a un hombre, a quien suponía muy ocupado, con un asunto personal tan confuso, me hicieron desistir y no viajé a París para verlo. Sin embargo, en el verano de 1988, Jorge Semprún fue nombrado ministro de Cultura y, naturalmente, se vino a vivir a Madrid. Entonces le insistí a mi tío y me consiguió una cita con él.

Estaba anocheciendo, pero aún se colaban los últimos rayos del sol otoñal sobre Madrid, cuando, sin tenerlas todas conmigo, convencido de que haría el ridículo, llegué al edificio de las Siete Chimeneas, en la plaza del Rey. Una mujer me estaba esperando en la entrada y me acompañó hasta la antesala del ministro, en la segunda planta. Apenas tuve que esperar allí unos minutos, enseguida me llevaron al despacho. Jorge Semprún estaba sentado detrás de la mesa corrigiendo un informe o un discurso. Levantó la cabeza y, sonriente, me invitó a sentarme. «¿Quieres tomar algo?», dijo. Además de la mesa,

funcional y negra, que ocupaba el ministro, al norte del despacho había otra, redonda, para reuniones, delante de una pequeña estantería llena de libros de reciente publicación. Frente a la mesa de trabajo estaba colocado un tresillo, rodeando una mesa baja sobre la cual reposaba una apreciable cantidad de catálogos muy bien editados que daban cuenta de otras tantas exposiciones.

Me senté en el sofá suponiendo que el sillón a mi derecha, colocado de espaldas al ventanal, era el que usaba normalmente el ministro. Jorge Semprún terminó el repaso y llamó por el teléfono interior a una secretaria que entró de inmediato para retirar los papeles. Se levantó y se echó la mano a los riñones. «El lumbago es mala compañía para los trajines ministeriales, pero tiene la ventaja de que se va enseguida», dijo, mientras se sentaba en el sillón a mi derecha.

Lo había visto en fotografías, incluso en alguna entrevista por la televisión, pero en persona resultaba distinto. Cercano y distendido, irradiaba confianza, una amabilidad nada estudiada ni profesional, eso me pareció.

—Me ha dicho Adolfo que querías verme. Tú dirás —se ofreció.

Le resumí la historia de mis abuelos y vi que le picaba la curiosidad.

—¿Quizá conoció usted en Buchenwald a Paquita Ors? —le pregunté finalmente.

—Cuando yo era un niño todo el mundo en España se trataba de usted, pero esa costumbre ya había decaído cuando volví en los años cincuenta. ¿La apeamos? —asentí y siguió—. Conocí a una Paquita Ors, pero no en el campo. Allí las mujeres estaban fuera del recinto principal. La conocí años después, cuando entré en la Unesco. Ella también trabajaba allí.

Saqué el sobre con las fotografías, las extendí sobre los catálogos que estaban en la mesa y le fui señalando a mi abuela. «Quizá sea la misma mujer», aventuré.

—Es ella —concluyó enseguida—. Cuando la conocí ya no era tan joven como aparece aquí, pero seguía siendo una mujer muy guapa. En efecto,

recuerdo que alguien me dijo que había estado deportada en Buchenwald. Pero ella y yo nunca hablamos de ello.

—¿Por qué? —me atreví a preguntar.

—Quienes estuvimos en los campos nunca lo hacíamos, a no ser que fuera estrictamente necesario, y menos entre nosotros, los deportados. Haber sobrevivido a semejante horror en cierto modo nos paralizaba. La mente humana tiene muchas razones para esa censura.

—Pero muchos de tus libros tratan precisamente de ello.

—Sí —dijo—, pero te contaré algo. Cuando salí de allí en el cuarenta y cinco me propuse escribir acerca de los campos y de inmediato me puse a la tarea. Enseguida supe que era incapaz, que no podría abordarlo. Tuvieron que pasar más de diez años, y fue aquí, en Madrid, donde vivía clandestinamente y disponía de muchos tiempos muertos, cuando me atreví. Una noche, estando en la casa en la que me acogía un matrimonio de camaradas, agarré un cuaderno y la narración fluyó al fin, digamos, sola. Fue *El largo viaje*, ¿la has leído?

Me daba reparo confesarle lo mucho que me había gustado pero, no sin esfuerzo, lo hice. Me lo agradeció.

—Para Francisca Ors, o Vió, la persecución y la miseria no eran nuevas —dijo, volviendo al tema—, como para tantos españoles que sufrieron la caída de Cataluña, las playas de Argelès, todo el peso de la derrota..., la deportación sólo fue la continuación de una historia infernal. Conocí a muchos españoles que recorrieron ese itinerario y lo hicieron sostenidos tan sólo por la fe en sus ideas y la esperanza de que aquello no podría durar eternamente. Algunos no superaron la prueba, se quebraron en el camino. No resistieron físicamente o se destruyeron moralmente.

—Mi abuela, si es que vive, tendrá ochenta y tres años. ¿No habrá alguna forma de llegar hasta ella?

—Abundan los españoles que escribieron sus recuerdos y entre ellos alguna mujer. Déjame tiempo y te conseguiré algunos títulos de esos libros —

prometió—. En todo caso, si ella vive, lo más probable es que siga en Francia. Adolfo, tu tío, está en el Ministerio del Interior, no creo que le sea difícil conseguir que sus colegas franceses le hagan el favor de comprobarlo — propuso.

Salí del ministerio abrumado; quizá en mi fuero interno había deseado que el nombre de Francisca Ors no hubiera sido sino una coincidencia. La realidad recién descubierta me colocaba en una situación que sentí embarazosa. Si ella vivía y yo, su nieto, descubría su secreto..., sólo el imaginarme yendo a París para visitarla me llenaba de ansiedad. ¿Y si aquella mujer no quería verme? Por otro lado, yo era incapaz de prever cuál sería la reacción de mi padre y la de la tía María. Probablemente ellos quisieran seguir en la ignorancia, tal como habían estado durante casi toda su vida. No me perdonarían el haber desvelado aquel secreto. Encontrar y sacar a la luz a su madre les pondría en una situación desdichada. Era evidente que Francisca había renunciado a su maternidad. Había desaparecido en algún momento de la guerra y se había transformado en otra persona, con otro nombre. «Yo es otro», recordé el verso de Rimbaud. Me imaginé a Francisca viviendo sobre una montaña de reproches. Pero ¿qué reproches? ¿Qué había sucedido para primero separarse de Jesús y luego entregarse al olvido? ¿Qué fiero hachazo cortó aquellos lazos, trenzados con tanta decisión y empeño? Algo en mí, sin embargo, me impulsaba a continuar, y no era sólo la curiosidad. Era algo más profundo, la necesidad de saber, de conocer el origen moral de mi propia existencia.

Tal y como me había sugerido Semprún, hablé con mi tío y le pedí que hiciera la gestión con las autoridades francesas. Me lo prometió pero, algo mosqueado, por primera vez me solicitó explicaciones.

—No es que yo sea curioso —se defendió—, pero quizá no estuviera de más que me dijeras para qué quieres estos datos... y otros que me has pedido.

No tuve más remedio que referirle toda la historia. Le rogué, muy apurado, que no contara nada, ni siquiera a mi madre, y me lo prometió.

—Si esta mujer vive —reflexionó—, tendrás que pensarte muy en serio si debes desvelarlo. Este país está lleno de secretos que nadie quiere sacar a la

luz. Por eso es tan difícil recomponer la memoria, y más aún la verdad... Y, sin embargo, es necesario.

Un mes más tarde llegó la información de Francia. Francisca Ors no aparecía en ningún censo, sin embargo, en la Prefectura de París constaba una persona con ese nombre y enviaban una fotocopia de la ficha. Allí estaban los rastros que había ido dejando durante su vida francesa... y su fotografía. Había regresado de Alemania, de la deportación, en julio de 1945 y, de inmediato, había obtenido la *carte de séjour*. Una anotación señalaba su condición de «resistente». Traductora era la profesión declarada y a partir de 1948 aparecía la Unesco como la empresa en la que trabajaba. En 1962 había cambiado de trabajo y figuraba en ese apartado la editorial Gallimard. Los sucesivos domicilios también estaban recogidos allí, pero la ficha concluía en 1970. Una nota daba la explicación: «Nacionalizada francesa».

El círculo se estaba reduciendo y el hecho de que no apareciera en el censo sostenía la hipótesis de su muerte, lo cual, paradójicamente, me produjo un inconsciente alivio del que me sentí culpable. Tuve clara la pista que debía seguir y se llamaba Gallimard.

La semana siguiente, el ministro Semprún me envió un sobre que una chica de su secretaría trajo en mano hasta mi despacho. Era un listado acompañado por una nota manuscrita: «Creo que ha habido suerte. No conozco el libro, pero, por el título, parece autobiográfico. Un abrazo». Y firmaba Jorge Semprún.

En la lista, y señalado con un marcador amarillo, aparecía el título del libro: *Los años sin fortuna*, la autora: Francisca Ors, y la editorial: Gallimard. El libro se había editado en 1961.

Sería imposible encontrarlo en las librerías, pero donde estaba con toda seguridad era en la Biblioteca Nacional de Francia. No resultó difícil, aunque sí algo caro y, sobre todo, largo, conseguir una copia, que llegó en microfilm. Lo hice reproducir en papel y me pasé la noche siguiente leyéndolo, subrayándolo, intentando no sólo enterarme de lo que allí decía sino también de lo que no decía. Tuve a Beatriz en vela, leyéndolo conmigo y ayudándome con las dudas, que eran muchas, pues mi francés es malo. Más tarde decidí

traducirlo a mi cargo para poder leerlo en castellano. En todo caso, de aquella primera lectura compartida con Beatriz quedó claro que la autora no había querido abordar sus años en España. El relato comenzaba con el paso de la frontera hispano-francesa en enero de 1939 y concluía el día de la liberación de Buchenwald. Desde luego, era autobiográfico, pero atendía más a lo ocurrido en el entorno que a las desgracias sufridas por la autora en carne propia. Sus sentimientos y dolores, las miserias y destrozos se deducían, pero no se narraban. Francisca había querido escribir un libro aparentemente distanciado, pero aquella distancia conseguía el efecto contrario en el lector, involucrándolo en una historia horrenda, contada sin recurrir jamás al sentimentalismo. Una literatura austera y por eso más demoledora. El dolor no brotaba del rencor de la autora, nacía en el alma del lector. Aquella noche Beatriz lloró todo el tiempo que pasó leyendo y yo, aunque no supe recurrir al llanto, quedé atrapado por una congoja que vuelve al recordarlo.

El libro sólo contenía una referencia a los años de España, la dedicatoria: «A Germinal, que me dio su nombre». Cualesquiera que hubieran sido las razones para renunciar a su pasado, a sus hijos y a España —y algunas había de tener—, quedé atrapado por aquella mujer y deseé fervientemente que viviera. Me imaginé queriéndola, abrazándola, compartiendo con ella la vida que quizá le quedara.

Decidí pedirle el último favor al ministro: una carta de presentación para Gallimard. Semprún lo hizo encantado y aquel verano Beatriz y yo viajamos a París.

La expresiva carta de Semprún nos abrió las puertas de Gallimard. Francisca había trabajado para ellos como traductora de alemán, desde 1962 hasta su jubilación, en 1970. Durante aquellos ocho años Günter Grass, Heinrich Boll, Thomas Bernhard..., habían pasado por sus manos para poder ser leídos en francés. Después de jubilada había seguido haciendo algún trabajo para la editorial. Quien dirigía el departamento de traducciones, Monsieur Duvet, un hombre de unos cincuenta años, alto y desgarrado, ligero como una pluma, la había conocido y tratado. Fue él quien nos informó de que Francisca había muerto cinco años atrás, en 1984. Sabía la dirección de su último domicilio y el lugar donde estaba su tumba, pues había asistido al entierro en el cementerio

de Montparnasse. Francisca había vivido sus últimos años en la Rué Condé, muy cerca del Carrefour del Odéon. El señor Duvet nos habló de «una dama», profesora de lengua en un liceo, con la cual convivía Francisca y que, «probablemente —eso nos dijo—, la ayudaba a dar los últimos retoques a la versión francesa de sus traducciones». Duvet no recordaba el nombre de aquella mujer.

Beatriz y yo salimos de las oficinas de Gallimard y nos dirigimos a la Rué Condé, a la dirección que nos habían dado. El edificio había sido recientemente rehabilitado. Entramos en el portal gracias a que estaba abierto para los obreros que realizaban allí los últimos retoques de la obra, que parecía prácticamente concluida. La casa disponía de un ascensor completamente nuevo y en él subimos hasta el cuarto piso, en cuya letra B había tenido el domicilio Francisca. Con alguna aprensión, oprimí el timbre. Al insistir, se oyó una voz femenina que preguntaba: «¿Quién?». Beatriz improvisó una respuesta imprecisa: «Un mensaje de España», dijo. Poco después se oyeron los cerrojos y en el umbral apareció una mujer con atuendo deportivo, delgada, de ojos azules luminosos, que estaría en los sesenta, pero muy bien llevados. El pelo corto y rubio, un rubio que habría sido suyo pero que ahora se ayudaba del tinte. Ante su demanda le di mi nombre y le entregué mi pasaporte, que había sacado del bolsillo. Extrañada, lo miró un momento y me lo devolvió.

—Soy nieto de Francisca Ors y quisiera conocer cuál fue su vida en Francia...

Enseguida percibí que la mujer apenas entendía el español. Le rogué a Bea que me sustituyera. «Queríamos hablar con usted acerca de Francisca Ors, él es su nieto», dijo Bea en francés.

—No sabía que Francisca tuviera familia en España y menos que tuviera nietos —dijo la mujer, algo incómoda o quizá desconfiada.

Aun así nos hizo pasar y cerró la puerta a nuestras espaldas. Nos introdujo en una sala con dos mesas de trabajo y varias sillas. La pared estaba cubierta por estanterías de buena madera llenas de libros en alemán y en francés. Se presentó como Martine Goldstein. Una vez que rechazamos la bebida que ella nos ofreció y estuvimos los tres sentados, Beatriz le contó toda la historia, que

Martine no acababa de creerse. Saqué del portafolios las fotos y se las enseñé, señalándole a Francisca y a las demás personas que aparecían en ellas. Esto la convenció. Se quedó silenciosa e impresionada. En sus ojos anidaba el asombro.

—Es increíble —dijo, al fin—. Jamás me habló de ello. Siempre he pensado, y si lo he pensado es porque ella me lo dijo, que Francisca había perdido a toda su familia durante la guerra civil. Incluido su amigo, Germinal, de quien me contó que había muerto en el frente del Ebro.

—Es posible que Germinal —volví a señalarle sobre una de las fotos— muriera en la batalla del Ebro, pero es bien cierto que Francisca tuvo una hija y un hijo en España. El varón es mi padre —dije despacio, dándole tiempo a Bea para que tradujese.

Martine, que había nacido en Bretaña, nos contó que conoció a Francisca en Buchenwald y después fueron conducidas juntas al albergue para deportados que las tropas de la Francia Libre habían montado en Estrasburgo al acabar la guerra. Según nos dijo, era judía y había perdido a sus padres y hermanos en los campos de exterminio. «Al terminar la guerra, tenía diecisiete años y estaba sola», añadió.

—Vinimos juntas a París —continuó— y no me separé de Francisca hasta su muerte. Ella fue quien pagó mis estudios, quien me mantuvo hasta que empecé a trabajar. Fue, durante todos esos años, mi única familia. Si no hubiera sido por ella, yo hubiera muerto entonces o acabado mis días en un manicomio para enfermos irrecurables.

Martine —el rostro inexpresivo, la mirada perdida en la ventana por la que entraba un famélico rayo de sol— nos fue contando lentamente y con voz neutra su calvario, desde que a los trece años, en Rennes, sacaron a toda la familia de la casa. «Los gendarmes y no los alemanes fueron los encargados de nuestra detención», nos dijo. Luego, al Velódromo de invierno, ya en París, y después al campo de exterminio de Auschwitz. «Sobreviví gracias a un SS de quien fui esclava durante tres años. Él me llevó consigo cuando, al final, lo trasladaron a Buchenwald. Tras aquella experiencia no he podido tener una relación sexual con ningún hombre», confesó. «Los soldados norteamericanos

lo cazaron en las afueras de Weimar y lo devolvieron al campo. Los prisioneros se hicieron cargo de él, lo interrogaron toda la noche y lo fusilaron con la primera luz del día. Asistí al interrogatorio y a su muerte con una indiferencia que aún me asusta. Nadie sale inocente de una experiencia así. Tras el sacrificio, una no podrá ser, tampoco, dueña de sí misma. ¿Qué importa lo que yo decidí o lo que me fue impuesto? En los días finales de la guerra, toqué el fondo de lo que se ha dado en llamar existencia. No había culpa ni falta moral. En mí ya no podía haber pecado ni arrepentimiento. Recuerdo aquel pasillo de los escalofríos, dentro del barracón, que yo recorría cada noche desde el cuarto de baño hasta su dormitorio, semidesnuda y aterrada. El solado de tablas, la luz incierta de la única bombilla. Él, después, y en muy pocos minutos, se dormía con un sueño de niño que yo maldecía. ¿Cómo podía zafarse del horror bajo aquella respiración profunda, como el latido de una bestia o el rugido del mar? Todos quienes sobrevivimos a los campos, en algún momento de nuestras vidas o, quizá, para siempre, hemos sufrido la mala conciencia del traidor, simplemente por haber seguido viviendo mientras los más perecieron allí.»

Cuando concluyó su relato, volvió a mirarnos. Entonces le pedí que nos acompañara al cementerio. En la mañana del día siguiente fuimos los tres a Montparnasse y depositamos unas flores sobre la tumba de Francisca. «Francisca Ors. 1905-1984. Tus camaradas de la Resistencia no te olvidan», estaba escrito en bajorrelieve sobre un mármol negro.

«Fueron ellos, los resistentes, quienes se encargaron de la fosa», nos informó Martine cuando le pregunté por la inscripción.

Haber entrevistado el itinerario de mi abuela, aunque fuera a la distancia que el tiempo alarga, me produjo una profunda desazón y un encerramiento dentro de mí mismo del que Beatriz, también impresionada, intentaba sacarme. Supe entonces lo que era la nostalgia, «el dolor del regreso», en su acepción etimológica. Sabía, a través de los libros, los horrores a que se habían visto sometidos tantos españoles durante y después de la guerra civil. Había visto películas que se desarrollaban en los campos de concentración. Había leído a Semprún, a Levi... Conocía o podía imaginar hasta qué punto el ser humano es capaz de llegar en su crueldad, pero una cosa es suponer y otra

palpar, seguir el rastro de una vida deshecha. La existencia dolorosa y trágica de los supervivientes, como Martine, como mi abuela. Vidas dedicadas a construir un olvido imposible. Una quimera inalcanzable. Y fui consciente de que para mí tampoco habría olvido. A pesar de todo, no añoré ni añoro la ignorancia en la que había vivido hasta entonces.

IV

Si ahora, recién inaugurado el siglo XXI, miro hacia atrás, compruebo que el tiempo dedicado a la investigación del enigma familiar que aquí vengo narrando ocupa una parte pequeña de lo entonces vivido, aunque para mí fuera muy relevante por ser la búsqueda de una memoria oculta. Un descubrimiento incompleto, obtenido pieza a pieza, que convivió con otros, los de mi profesión, los del amor o los de la política. Fue aquélla la edad de la razón que, según dicen, comienza con el abandono de la juventud, aunque en la actualidad ésta pretenda alargarse más allá de lo que la biología tradicionalmente solía señalar.

Cuando concluí mis estudios en la Escuela de Caminos, a mis veintitrés años, tuve la conciencia de haber cerrado una etapa de mi vida y que ante mí se abría una nueva, más prometedora. No sabía muy bien si todo lo aprendido, si aquellos esfuerzos por sacar adelante asignaturas y proyectos me servirían de algo o se quedarían en simple erudición. Elegí aquella profesión porque, desde niño, había querido modelar o crear cosas tangibles. Jamás pensé dedicarme a la especulación teórica o a la docencia, profesiones dignísimas que sigo detestando.

En septiembre del año en que acabé los estudios, sin que yo nada le dijera, tío Adolfo me sugirió la posibilidad de entrar a trabajar en Renfe. Acepté de inmediato y cuando se lo comuniqué a mi padre, él, que, al parecer, había querido que yo entrara en la empresa familiar, se limitó a decir: «Si es de tu gusto, hazlo, aunque yo había pensado que te quedaras en Zaragoza».

Mi tío Adolfo era amigo desde larga data de quien entonces presidía la red de los ferrocarriles españoles, un catalán de Figueras que no provenía del ámbito ferroviario, sino del industrial. Era ingeniero y había trabajado largo

tiempo en la dirección de la empresa Bedaux. De familia republicana, Ramón Boixadós era un niño cuando comenzó la guerra civil y había hecho suyas las convicciones familiares que lo convertirían en un empresario atípico. Mantenía con Jordi Pujol una vieja amistad y también con el catedrático Fabián Estapé. Con éste, con el banquero Escámez, con el socialista Ramón Rubial y con algún sindicalista notable hacía tertulia después de compartir mesa y mantel en El Nuevo Valentín, un viejo restaurante próximo al estadio Bernabéu. En aquella tertulia, a la que alguna vez me invitó, se hablaba de los más variados temas y, sobre todo, se jugaba al dominó, arte en el cual Boixadós era un auténtico maestro.

Ramón Boixadós trataba con amabilidad a sus subordinados, una actitud más deferente que paternalista, pero con sus iguales o superiores era un duro negociador, de argumentos contundentes y posiciones firmes. Un hombre de palabra, recto, que jamás intentaba engañar. Defendía los dineros públicos como si fueran suyos. «En este país abunda la gente que actúa ateniéndose a la sentencia según la cual *cosa del común, cosa de ningún* y así nos ha ido», solía comentar. Aprendí mucho junto a Boixadós en mi cargo de asesor técnico adscrito a la Presidencia. Como él decía, yo era una especie de «chica para todo», labor que me agradaba.

Por entonces se inició la planificación del ferrocarril de alta velocidad que unos años más tarde uniría Sevilla con Madrid. Era una apuesta difícil y compleja que me llevó, con Boixadós y otros ingenieros de Renfe, a Francia y a Alemania para entrevistarnos con las empresas europeas que participaban en la construcción del AVE. Cuando Boixadós consideraba que la negociación había ido por buen camino —«Hoy nos hemos ahorrado muchos duros», decía— nos invitaba a comer o a cenar en algún bistrot de «buen yantar y a *bon preu*», solía añadir.

Cuando cambió el Gobierno y cesó el ministro que lo había nombrado, Boixadós reunió en su despacho a los más próximos y nos anunció que «probablemente tendremos que hacer el equipaje», tales fueron sus palabras. «Ha cambiado el ministro, pero no el Gobierno», me atreví a decir. «Con los proyectos que tiene ahora Renfe... no parece aconsejable cambiar de caballo en medio de la corriente», añadí.

—Eso que has dicho es racional y razonable —dijo Boixadós cuando nos quedamos solos en su despacho—, pero lo razonable no está inscrito en los genes de los seres humanos y menos en el ADN de los políticos, que suele ser muy especial. Existe un término que éstos usan y del que abusan: confianza. Y sólo se tiene confianza en los más próximos.

—Pero tú eres «próximo» a los proyectos de este Gobierno, ¿o no? —me atreví a decir.

—Es cierto, pero al nuevo ministro sólo lo conozco de oídas —me replicó.

Aquella misma mañana Boixadós acudió al ministerio para poner su cargo a disposición del ministro, pero éste, elogiando su labor, lo confirmó en él, según nos dijo.

—Parece que yo tenía razón —le comenté.

—Es posible... —me contestó, evasivo.

Pocos meses después, sin que nada hubiera cambiado, Boixadós recibió una llamada de su amigo el jefe del gabinete del ministro, que también continuaba en su puesto después del cambio, y le informó que había pasado por sus manos, camino del Consejo, el cese de Boixadós como presidente de Renfe. Sin anunciárselo al interesado, el ministro quería cesarlo por sorpresa. Nada más conocer esas intenciones, Boixadós convocó en el hotel Palace una rueda de prensa en la cual anunció su dimisión. «He cubierto una etapa de mi vida al frente de Renfe y creo haberlo hecho en beneficio del ferrocarril español y a satisfacción de quienes me nombraron», comunicó a los periodistas.

El ministro, enterado a través de la radio de que Boixadós lo había «madrugado», llamó a su jefe de gabinete para decirle: «Del cese sólo teníamos conocimiento dos personas y yo no le he dicho nada a Boixadós. Así que en lugar de uno habrá dos ceses». Y en efecto, cesó a Boixadós y al jefe de gabinete.

Salí de Renfe de la mano de Boixadós y cuando le pregunté cuáles eran las ventajas que pensaba obtener el ministro al cesarlo sin previo aviso, conculcando así las más elementales normas de la buena crianza, Boixadós se

limitó a contestar con una frase lapidaria: «La obscena exhibición del poder personal. ¿Te parece poco?».

Aquella traca final, la arbitrariedad, la mala educación, el desprecio por la objetividad hacia un trabajo hecho con solvencia y con ilusión me dejó un mal sabor de boca y rebajó notablemente las creencias, quizá ingenuas, que yo había depositado en la política. Pensé que era un mundo, uno más, en el que reinaba la arbitrariedad. No tanto en las decisiones generales como en el trato personal, el que más nos duele. Consideré, además, que aquel cese representaba un despilfarro, pues cualquier Gobierno necesita de gente trabajadora y competente. Pero en esto último quizá me equivocaba.

Poco después, de la mano de Pujol y del alcalde Maragall, Bobeados fue llamado a dirigir un gran proyecto en Barcelona, que preparaba ya las olimpiadas. Quiso entonces llevarme con él, pero rehusé. No me apetecía salir de Madrid, donde ya había encontrado acomodo en una constructora, en Dragados. Cuando lo supo mi padre, me lo reprochó. «Te has hecho madrileño —me dijo— y además vas a trabajar para la competencia», añadió. Argumenté diciendo que necesitaba aprender muchas cosas antes de ponerme a dirigir una empresa, aunque fuera de tipo medio como la nuestra.

Mi decepción política, si puede llamarse tal, fue convenientemente jaleada por Beatriz, que no tragaba a los socialistas, comenzando por quien entonces los dirigía. Ella, que nunca los había votado y jamás se había dejado encandilar por los líderes, cualesquiera que fueran, se convirtió muy pronto en adalid del desencanto. «Para sentirse desencantado es preciso haber estado encantado previamente», la picaba yo. Desde que, nada más llegar los socialistas al Gobierno, comenzaron las reconversiones industriales con las consiguientes respuestas obreras en forma de plantes y manifestaciones, Bea se convirtió en seguidora itinerante de todas las causas, por diversas, contradictorias o perdidas que fueran. Pero su movilidad y militancia subió de tono y de nivel cuando el presidente del Gobierno convocó el referéndum sobre la OTAN. Tres años antes de que se viniera al suelo el muro de Berlín y con él desaparecieran la Unión Soviética y la guerra fría, España se dispuso a decidir si debía seguir o no en la OTAN.

Visto a distancia, aquello fue un disparate. Trajo tensiones y enfrentamientos que pudieron haberse ahorrado si alguien hubiera previsto que la Unión Soviética, ella sí, era ya un viejo y arruinado tigre de papel que pronto quedaría enterrado, dejando tras de sí una muy larga fila de desastres, entre los cuales no era el menor la montaña de esperanzas sobre la que se había edificado setenta años atrás. Mas, fuera como fuera, aquel referéndum entraba en mi casa de la calle General Dávila cada vez que Beatriz traspasaba la puerta, y no para encontrar cerca de mí el merecido descanso del guerrero, sino para continuar la guerra por otros medios. «Estáis errados y perdidos», me espetaba, metiéndome en el mismo saco que la patronal, el Gobierno y los desorientados socialistas que se habían pasado, según ella, al enemigo. «Mira cómo les aplaude Fraga», añadía como gran argumento. Y de poco valió que el citado, entonces jefe de la oposición, asegurara que él se abstendría el día de la votación. «Lo dice con la boca pequeña», dejó caer Bea el día en que Manuel Fraga salió por televisión pidiendo la abstención de sus huestes, dejando bien claro que el sí no valía, pero menos aún el votar no. Con todo, lo que peor llevaba Beatriz era el eslogan utilizado por los socialistas en aquella ocasión: «Por el interés de España. Vota sí». «España y su interés. Que me lo expliquen. Con qué alegría usan los poderosos la palabra España, como si quienes no comulgamos con las ruedas de su molino fuéramos extranjeros. Interés, interés... sólo lo da y lo tiene el capital», decía.

A pesar de todo, la virtud que siempre tuvo Bea residía en la versatilidad con la que pasaba de la agria disertación política a la cama o a la risa o a ambas. Y allí, en el lecho, como ya dije, Beatriz se transformaba en otra persona. Activa, sí, pero callada aunque no silenciosa. Luego, en el remanso posterior, retomaba la palabra amable, cariñosa, y el humor picante y divertido que tanto me agradaba.

El 12 de marzo de 1986 hacía en Madrid un día gris. Recién entrado en la constructora, yo estaba urgido por el proyecto de una carretera en Guadalajara, y allí pasé la mañana, sobre el terreno. Comí en Sacedón y regresé a Madrid a media tarde. Acudí a votar y dije sí a la OTAN; luego me fui a casa para trabajar en el proyecto. Cuando cerraron los colegios electorales puse la radio, que dio un avance de los resultados. En contra de lo anunciado

por las encuestas, había ganado el sí. Hacia las diez de la noche llamaron al portero automático y era Beatriz, que, aunque tenía llaves de la casa, siempre tocaba al timbre antes de subir. Llegó silenciosa hasta el cuarto donde yo trabajaba, me saludó algo seca y se sentó en el sofá que había frente a mi mesa. De improviso, comenzó a llorar en silencio, sin tregua y sin consuelo. Me preocupó y le ofrecí que fuéramos a cenar fuera de casa, al cine, a bailar o a disfrutar de algún espectáculo musical de los que tanto le gustaban. Pero se negó, y siguió llorando con la mirada perdida en la pared. Todo el castillo de ilusiones que, como tantos, ella había construido durante los últimos meses, quedaba roto y arruinado. «Este país no hay quien lo entienda: dice una cosa a los encuestadores y luego hace lo contrario en las urnas», se lamentó.

Al fin se secó las lágrimas y salimos a dar un paseo; cenó con ganas en el restaurante San Mamés y luego regresamos a casa. En el hall había un perchero de árbol en el que se dejaban las prendas de abrigo. Beatriz se quitó el suyo y lo colgó, pero no paró ahí..., se desprendió meticulosamente de toda la ropa que llevaba puesta, con la que fue adornando el perchero, y, cuando estuvo completamente desnuda, me tomó de la mano, me arrastró hasta el salón y me dejó en la puerta mientras apartaba la mesilla del centro. Se tumbó sobre la alfombra gris, abrió las piernas con agilidad de bailarina, mostrándome su acogedora intimidad, y dijo: «Ven». «¿Aquí y ahora?», me atreví a preguntar. «Precisamente», contestó.

Las urgencias, que desde el primer día me había propuesto Beatriz en lo que se refiere a lugares atípicos sobre los cuales comenzar y concluir las maniobras del amor continuaron durante todos los años que estuvimos juntos. En trenes y descampados, en bosques y refugios de montaña, en los incómodos asientos traseros de mi coche, en los lavabos del Kunsthistoriche vienes, en los verdes prados de Cambridge, adonde fuimos tras las huellas de Jesús Vió, o en cualquier otro insólito lugar, Beatriz me reclamaba para que cumpliera con el rito de «romper la monotonía», según ella decía. No era la apresurada exigencia del sexo lo que la impulsaba a ello, sino el humor y el riesgo, las ganas de reír, de mostrar su descaro, de ver la cara sorprendida de quien, por azar, nos descubriera en actitud tan elocuente.

Una soleada tarde de primavera, recuerdo que era viernes, estábamos en Valencia; yo por razones de trabajo y Beatriz para acompañarme. Nos bañábamos en la playa de El Saler y, cuando salimos del agua, Beatriz cogió la ropa y las toallas y se dirigió hacia una pequeña duna en donde crecían unos juncos. Cuando, siguiéndola, llegué tras aquel verde de escasísima espesura, Beatriz se había quitado el bañador y hube de ponerme a lo que se me demandaba. En ello estábamos cuando oí, muy próxima, una voz femenina que le anunciaba a su acompañante: «Mira, están follando». Como era preceptivo, seguimos a lo nuestro y, cuando al fin llegó el descanso, pudimos comprobar que cerca de nosotros, a menos de tres metros, estaban sentadas en la arena dos muchachas cogidas de la mano, contemplando muy atentas el espectáculo. Al entender que éste ya había concluido, comenzaron a aplaudir entre risitas. Beatriz no se cortó y dirigiéndose a las chicas reclamó su opinión. «¿Os ha gustado?», dijo. Entonces, en lugar de abandonar sus escaños privilegiados, las muchachas, una detrás de otra, aseguraron que la función había sido divertida. Beatriz pegó la hebra con ellas y acabamos los cuatro cenando juntos en el barrio del Carmen. No sé lo que hubiera pasado si en lugar de aquella pareja hubiera aparecido otra, menos amorosa y nada cómplice, la de la Guardia Civil.

Huir de la monotonía como norma hizo, seguramente, que nuestra relación se prolongase durante tantos años, aunque no sin problemas, diferencias y desencuentros largos. Aquel medio matrimonio nunca pasó por la vicaría ni por la convivencia bajo el mismo techo, hasta poco antes de la ruptura definitiva. Nuestro discurrir común era el del río Guadiana. De repente, mediara o no alguna diferencia, nos distanciábamos y dejábamos de vernos durante semanas. Largas ausencias, apenas rotas por alguna llamada telefónica. Beatriz reclamaba para sí la independencia y la iniciativa. «Vivir mi vida», aseguraba, y nunca quise que me aclarara en qué parte de su vida estaba la mía. Ella no ocultaba que en mi ausencia se veía con otros, si le aportaban «materia de curiosidad», tales eran sus palabras. Todo lo confesaba en el siguiente reencuentro, pero no daba nombres y, si entraba en detalles morbosos, éstos tenían sitio en su picante erotismo, el cual utilizaba, pienso, con la sola intención de excitarme. «Hasta que conocí a ese cubano que te digo, nunca me había ido a la cama con un negro, aunque, para decirlo todo, la

primera vez lo hicimos en los lavabos del Elígeme» o bien «Tengo treinta y dos años y nunca lo había hecho con una mujer, así que acepté. Fue divertido y suave. Ésa es la palabra: suavidad. La piel suave. Las caricias suaves».

Nunca busqué compensaciones durante las ausencias de Bea, pero si se presentaba la ocasión y, sobre todo, si alguna amiga, permanente o de paso, tomaba la iniciativa, yo no la rechazaba. Eso sí, sin ninguna intención de continuidad, pues el hilo que me unía a Bea era más firme de lo que yo entonces suponía. Cuando ella regresaba, durante la ceremonia del reencuentro, que alargábamos tanto como podíamos, Beatriz exigía precisiones al tiempo que las daba. Nunca le oculté nada y supongo que ella tampoco a mí. Aquellas confesiones, en lugar de provocar los celos, fueron a menudo la salsa de la vida.

Si había una circunstancia mía que Beatriz llevaba mal, pues le provocaba una pertinaz resistencia oculta que salía a flote en los momentos menos oportunos, era ésta: Beatriz me consideraba una persona adinerada. Familiarmente era verdad y nunca tuve problemas en conseguir de mi padre el dinero que yo necesitaba. Pero recurrir a la ayuda de mi padre era la excepción y no la regla. Yo vivía de lo que mi trabajo me daba y, desde luego, mis gastos no eran grandes, los adecuados a mi sueldo que, sin ser malo, tampoco llamaba la atención entre los de mi profesión. Probablemente era aquella seguridad de que nunca me faltaría de nada lo que le hacía sentir a ella cierto rencor hacia la clase a la que yo pertenecía. Sus orígenes no fueron boyantes, aunque estaban lejos de la pobreza, pero habían marcado aquel resentimiento que aquí o allá saltaba como un resorte en forma de reproche. «Los ricos carecéis de sensibilidad», una de sus frases, me desesperaba. Su sueldo de profesora era, por supuesto, mucho menor que el mío y si viajábamos juntos, como teníamos por costumbre, debía ser yo quien pagara el viaje en su mayor parte. Era lo justo, pero Beatriz, sabiéndolo, se resistía y proponía enjuagues imposibles. «Pagaremos a medias», exigía. Y yo asentía, comprando al día siguiente los billetes y reservando los hoteles a mi cuenta. «Te debo la mitad. ¿Cuándo te pago?», volvía, terne, y yo le daba largas, sabiendo que después del viaje no volvería a insistir. Era, obviamente, un juego en el que, supongo,

residía su protesta igualitaria. Como si la igualdad entre dos personas que se quieren pasara por el pago de un viaje o de una cena.

Una noche, al final de los años ochenta, estando en casa con Beatriz, sonó el teléfono y era mi prima Ana. Hacía tiempo que no hablaba con ella y me llamaba para anunciarme su próximo matrimonio e invitarme a la boda. Se casaba con Julián Bárdenas, un economista que había sido compañero mío en el colegio de Zaragoza. Después de terminar el Bachillerato me había visto con Julián alguna vez, con ocasión de esas tristes reuniones que se empeñan en organizar los antiguos alumnos. Siempre me pareció un pijo. De buena familia, Julián Bárdenas se comportaba como si su linaje procediera de Fernando el Católico, cosa que estaba bien lejos de la realidad, pues su padre era un nuevo rico, que había hecho dinero con la chatarra en los más duros años del primer franquismo. Desde niño hablaba con el tono que adquieren muchos de los egresados de la escuela diplomática y que bascula entre la afectación y la estulticia. Nunca me cayó bien y el hecho de que se casara con mi prima no me lo hacía más amable. «Vente con quien tú quieras», me dijo Ana cuando le aseguré que iría a la boda.

Beatriz se hizo de rogar, pero al fin aceptó. El día de la boda reservé habitación en el hotel Corona de Aragón, lo que me supuso las críticas de mi madre por no ir a nuestra casa, críticas que desaparecieron cuando le confesé que no iría a Zaragoza solo.

Fue la primera y última vez que Beatriz coincidió con mis padres y pudo contemplar a sus anchas a los Vió. La ceremonia se celebró en El Pilar y a la basílica fuimos «vestidos de pingüinos», en frase de Beatriz. Luego, la cena en el Pantxica Orio del paseo de la Mina. Pepe, el hermano de Ana, no estuvo en la iglesia, pero sí en el banquete. Acudió acompañado de su «novio», un alemán imponente con el que convivía en Barcelona y al que llamaba Fritz. Mi primo era ya un conocido director de escena, desde teatro clásico hasta ópera, pasando por la danza. Se había vestido para la ocasión con un traje entre beréber e hindú, que no podía sino llamar la atención. Pero más sorprendente resultó que se paseara por las mesas acompañado de su amante, al que se empeñaba en presentar como «marido». Mi tía María, sentada en la mesa presidencial, debió de pasar un mal rato viendo a su indiscreto hijo entre los

atildados trajes de etiqueta de «lo mejor» de Zaragoza, agitando los velos del vestido multicolor con el que se cubría.

Ana estaba guapísima con su traje blanco y las mejillas sonrojadas, más por la tensión del momento que por el maquillaje. He de reconocer que sentí envidia de aquel zangolotino, que se acostaría con ella tras la cena. Beatriz, entretanto, sonreía, acumulaba detalles y observaba comportamientos, que me fue desgranando durante los días que siguieron a la celebración.

—No lo niegues, en algún momento de tu pubertad has soñado con Ana. Una novia guapísima —me dijo mientras, a las tantas, yo me quitaba el chaqué en la habitación del hotel.

—Es cierto —acepté—, pero lo que me jode de verdad es que se haya casado con semejante necio.

—No hay hombre en el mundo al que hubieras dado tu aprobación. Confiésalo.

Era muy tarde y no tenía el cuerpo para iniciar una conversación acerca de Ana y menos el día de su boda, así que no repliqué.

Al día siguiente, mientras Beatriz se demoraba en el hotel para, luego, dar una vuelta en solitario por Zaragoza («Una ciudad sólo se conoce si se pasea en soledad», me dijo), me fui a ver a Ventura. Lo encontré decaído, como si, de repente, los años se le hubieran echado encima. Charlamos sobre la boda y otras actualidades zaragozanas, nacionales e internacionales.

—No dejes de pensar en tu abuela Francisca, en sus años de exilio, en su pertinaz olvido. Todo lo que hemos descubierto de ella —dijo en plural— me desazona.

Volvimos a Madrid y tardé mucho tiempo en regresar a Zaragoza. Cuando lo hice fue respondiendo a una llamada de la hija de Rafael Ventura. Me había dejado en el contestador de casa un mensaje sucinto. La llamé y me informó: «Mi padre está en el hospital y quiere verte».

Aquella misma noche salí hacia allá en el tren. Mi madre se asustó cuando de madrugada me presenté sin anunciarlo en nuestra casa. Mi padre se

extrañó de que su hijo acudiera a visitar a un anciano al que apenas conocía, pero, como era su costumbre, nada dijo. A Rafael Ventura lo habían operado tres días antes de un cáncer de colon en el Miguel Servet. La agresión quirúrgica le había dejado hundido, pero su cabeza funcionaba con la misma lucidez de siempre.

—Cuando era joven me angustiaba el mero pensamiento de la muerte. La muerte que, durante los largos años de plomo, tuvimos tan cerca los de mi generación. Ahora, cuando la siento inexorablemente próxima, esta vieja dama ha dejado de asustarme. La inmensa mayoría de mi gente, aquellos con quienes compartí de tú a tú la vida, se han ido ya y uno se va quedando solo. La vida se asemeja a un viaje en autobús, del que se van apeando los viajeros y, sabiendo que se acerca el final del trayecto, sólo se espera escuchar, tras la última parada, la voz del conductor que ordena: «Bájese usted, el autobús no sigue».

Mas, sea como sea, te pasas media vida haciendo proyectos, la mayor parte de ellos fallidos, y la otra media recordándolos. La memoria es buena compañera de los viejos, pero resulta esquiva porque propende al abandono cuando más la necesitas y porque, a menudo, te engaña. La mía, a la que animo, me lleva con frecuencia a los años en que fui joven y me los presenta edulcorados. Trozos de vida, paisajes y personas con quienes conviví vuelven a mí alegres y brillantes, como si nuestra juventud hubiera sido una fiesta sin tregua. Yo sé que no fue así, que, aun en los días relucientes, siempre hubo nubes en el horizonte. Desde el París de los años veinte en el que yo viví hasta la Zaragoza llena de promesas que se deshizo en el verano de 1936. Quizá por eso, por no dejarme llevar por la añoranza, me interesó y me interesa la búsqueda que iniciaste, intentando dar con las claves en las que vivieron y murieron tus abuelos paternos. Ha resultado doloroso, lo sé, pero te será útil, porque no es sano vivir en el engaño. Te he de confesar que leo y releo el libro que dejó escrito tu abuela Francisca y en él encuentro, mejor que en cualquier otro, la narración de la tragedia que todos padecemos. A este propósito te haré dos peticiones y te daré un consejo. Te pido que no juzgues con severidad a tus abuelos, el abandono de ella o la cobardía de él. De todos, quizá fuera Jesús el más desvalido y ya pagó con creces su culpa, si la hubo. La segunda es

que no decaigas en el empeño de encontrar las huellas de Germinal. Eres muy joven y, aquí o allá, si estás atento, saltará la chispa que iluminará aquel destino. Finalmente, el consejo: si al final encuentras la verdad, no será grata. Piénsatelo antes de hacerla pública. El daño que entonces se perpetró procura que no repercuta sobre quienes ninguna culpa tuvieron. Pienso en tu padre y en tu tía, claro, pero también en otros que pudieran sentirse concernidos. Nadie tiene derecho a imponer el olvido o el engaño y menos por la fuerza, pero, sin olvido, la vida puede volverse insoportable.

Era ya tarde y un par de enfermeras entraron en la habitación para hacerle las curas y controlar los tres frascos colgados de un soporte metálico de los que salían unos tubos de plástico conectados a la muñeca y al cuello de Rafael Ventura. Salí del cuarto mientras las mujeres se dirigían al enfermo con un tuteo infantil que me desconcertó. «¿Tienes molestias, Rafael?» o «Te portas muy bien, Rafael». Pensé que era la norma y que con ella se pretendía una mayor proximidad con el paciente, pero me pareció humillante.

Al cruzarme en el pasillo con las enfermeras, que ya salían de la habitación, una de ellas me preguntó si pensaba quedarme durante la noche acompañando al enfermo y le dije que sí, pero cuando se lo comuniqué a Ventura, se negó.

—No, tampoco les dejo quedarse a mi hija o a mis nietos. No me agrada que nadie me mire mientras duermo y esta noche pienso dormir. Si necesitara algo, aquí hay un timbre y acuden de inmediato. Nos cuidan bien, aunque, como en mi caso, el asunto no tenga mucho arreglo. Para algo han servido los votos que les dimos en el 82, ¿recuerdas?

—¿Quiere que le encienda el televisor? —sugerí.

—La Constitución prohíbe la tortura, y más si se trata de un enfermo —contestó.

Serían las once cuando me despedí de Ventura y salí de la Casa Grande. Como a muchos, los hospitales me parecen espacios deprimentes y en aquella ocasión más. Tuve el presentimiento de que no volvería a verlo, que Ventura me había llamado para despedirse. Al día siguiente regresé a Madrid y apenas

un mes más tarde su hija volvió a llamarme para decirme que la noche anterior Rafael Ventura había muerto. El entierro que Ventura había solicitado, laico, se celebró con la lectura de unos versos que para la ocasión habían preparado dos conocidos escritores y el *Heraldo* publicó una página necrológica que no hubiera desagradado al muerto.

Tiempo después, mi madre me informó de que mi prima Ana se había separado de su marido. Había pasado tan sólo año y medio desde el día de la boda. «Ha vuelto a casa de sus padres y ha iniciado los trámites del divorcio. Lo está pasando mal, llámala», me aconsejó.

Hablé con Ana y la encontré desanimada y dolorida. «Ha sido horrible. Ya te contaré», me confesó. Le sugerí que quizá le hiciera bien poner tierra de por medio y venirse a Madrid a pasar unos días. «Estoy con abogados a ver si consigo el divorcio. Un latazo que me retiene en Zaragoza, pero lo pensaré», me dijo.

Ana había hecho la licenciatura en Derecho y, de inmediato, se puso a trabajar en la notaría de su padre, pero aquel oficio nunca le había gustado. Lo dejó con la boda y ahora, una vez separada, se le hacía cuesta arriba retomarlo otra vez.

Dos semanas más tarde fue ella quien llamó para decirme que sí, que se vendría a Madrid. «Si tienes sitio y si me sacas por ahí de juerga», añadió.

El matrimonio con Julián Bárdenas se había deshecho entre broncas y, por suerte, sin hijos. Ana, según me confesó, lo había pasado muy mal con aquel imbécil, cuyo trabajo consistía en vender productos varios de calidad dudosa, que intentaba colocar entre las amistades de su padre. «Últimamente andaba en tratos con un conocido ex concejal de Zaragoza que ahora está en el Ministerio del Interior. Esos negocios tienen muy mala pinta y me temo que acabarán como el rosario de la aurora. Dejarlo ha sido un descanso, pero me ha hecho mucho daño», concluyó.

Cuando vino a Madrid, desde el primer momento, Bea y Ana hicieron buenas migas. Fue un mes en el que los tres nos entregamos a una abundante vida social. Cenas, excursiones, cines, teatros, conciertos, exposiciones..., ello

me hizo conocer el Madrid de la noche y también el turístico, lo cual, como norma, puede ser tedioso, pero durante una temporada resultó agradable. Nos divertimos y cuando Ana regresó a Zaragoza había recobrado la alegría y, sobre todo, las ganas de iniciar nuevos proyectos. Decidió arremangarse e irse a Londres, matricularse en la London School y hacer un postgrado en dirección de empresas. Se pasó allí dos años, ligó con un pakistaní y luego con un yanqui. Cuando regresó era otra mujer y parecía dispuesta a comerse el mundo. Supongo que con la ayuda de su padre, entró en una fábrica de cosméticos y pasó a dirigir la parte comercial y financiera de la empresa. No volvió a pensar en el matrimonio, ni en el malogrado ni en otro futuro.

Durante la estancia de Ana en Madrid, Beatriz, que a menudo se quedaba a dormir en mi casa, no dejaba de embromarme con mi prima las noches en que dormía en su casa. «Aprovecha mi ausencia y tírale los tejos —me decía por teléfono—. Ya sabes lo que reza el dicho popular tan conocido y sabio: “A la prima se la arrima”». Estoy seguro de que en la parte morbosa de su mente Bea tenía elaborada toda una fantasía en la que Ana y yo éramos los protagonistas. Pero no ocurrió nada, aunque he de confesar que, ya fuera por las bromas picantes de Beatriz, ya proviniera del propio recuerdo o de lo atractiva que siempre me pareció mi prima, alguna noche el gusanillo del deseo me tentó, pero nunca me atreví a dar tan peligroso paso. Y aunque lo medité, la probabilidad de recibir una negativa lo echaba por tierra. Pensaba y pienso que no existe nada tan ridículo y desairado como un varón rechazado. La cara del rijoso frenado en seco con la sonrisa helada me parece insoportable. Hay quien sostiene acerca de este asunto que la probabilidad, a priori, es una sobre diez, cualquiera que sea el grupo femenino sobre el que se intente la aproximación, pero estos optimistas con aficiones de filatélico nunca cuentan lo que pasa las nueve veces restantes, las de la negativa.

En el otoño de 1984, un grupo de matemáticos especializados en teoría de los números se reunió en Oberwolfach, en el corazón de la Selva Negra, para discutir sobre las curvas elípticas. Uno de ellos, Gerhard Frey, que trabajaba en Saarbruck, resucitó a Jesús Vió. Expuso allí un resumen de la tesis doctoral y de los artículos de mi abuelo que la mayor parte de los asistentes desconocía. Mostró, siguiendo los trabajos elaborados sesenta años atrás por el

matemático aragonés, que el último teorema de Fermat se podía deducir de la no existencia de una cierta curva elíptica construida a partir de una hipotética solución a la ecuación de Fermat. Concretamente, Jesús Vió había conjeturado que a toda curva elíptica corresponde una forma modular y viceversa, y que por lo tanto la hipotética solución a la ecuación de Fermat no podría existir si la curva elíptica asociada con ella resultase no ser modular. Pero Frey no demostró que esta curva elíptica construida a partir de una hipotética solución a la ecuación de Fermat no fuera modular; además, quedaba por probar que otra conjetura de mi abuelo, según la cual había una correspondencia biunívoca entre curvas elípticas y formas modulares, era cierta.

Cuando, al final de los años ochenta, se celebró en Berkeley un Congreso Internacional de Matemáticas, seguí atentamente los preparativos y me propuse asistir a él. Mi hermano Fernando me facilitó las cosas, consiguiéndome una invitación y, lo que fue más interesante, poniéndome en contacto con un profesor de Berkeley, Kin Rivat, a quien escribí adjuntándole la tesis de mi abuelo y todos sus artículos y notas. Rivat conocía los trabajos de Jesús Vió tan sólo a través de la conferencia que había dado Frey en Oberwolfach y estudió a fondo lo que le envié antes del congreso. Un mes antes de que éste comenzara, Rivat me escribió anunciándome que había avanzado —«muy seriamente», fueron sus palabras— en la demostración de que la curva elíptica construida a partir de una hipotética solución a la ecuación de Fermat no es modular.

Beatriz y yo viajamos hasta California en julio de aquel año. «No pensarás que me voy a encerrar en ese congreso, ¿verdad?», me había advertido.

Ella quería viajar desde allí a México y a mí también me hubiera gustado, pero no fue posible, pues una llamada de la empresa me apremió para que regresara a Madrid. Aquello nos frustró y el viaje tuvo que esperar mejor ocasión. Unos años después lo realizamos sin que nadie nos lo interrumpiera.

Cuando Rivat explicó ante el congreso la estrategia que estaba siguiendo, recibió algunos parabienes que la calificaron vagamente de prometedora. Había demostrado un caso particular, pero no había conseguido generalizarlo. Cuando se levantó de la mesa donde había expuesto su ponencia me acerqué

a él para saludarlo. Rivat estaba hablando con otro matemático al que me presentó. Se llamaba Bart Mansur. Me invitaron a que los acompañara fuera del edificio, a un café de nombre italiano: Strada. Pidieron dos capuchinos y yo me sumé. De inmediato se pusieron a hablar entre ellos, jaleándose un buen rato con crueles comentarios acerca del estado deplorable en el que, a su juicio, estaban las Matemáticas. De repente, Mansur, mientras sorbía su capuchino, se dirigió a Rivat y le dijo: «Pero tú no sé de qué te quejas. Ya tienes la demostración. Basta con que añadas la estructura gamma-cero de (M) y se acabó». A Rivat se le atragantó el café. «¿Qué dices?», exigió. Entonces, Mansur, dejando la taza ya vacía sobre la mesa, tomó unos folios y sacando una pluma viejísima de su tronada chaqueta se puso a garabatear a toda velocidad fórmulas matemáticas. Cuando terminó de escribir, le pasó los papeles a Kin Rivat. Se hizo un silencio que no fue demasiado largo. Rivat no gritó ¡eureka!, pero podría haberlo hecho. «Lo he tenido ante mis narices sin verlo», se quejó. Luego le dio las gracias a Mansur y se levantó, anunciando que se iba a trabajar. Nos dejó solos y Bart Mansur, que tenía el aspecto de haber salido aquella mañana de un frenopático, comenzó a hablarme de Velázquez, de Murillo, de Zurbarán, de El Greco y de Ribera... como si fueran de su familia. Lo sabía todo. Cuando le pregunté sobre su última visita al Prado, me contestó que no conocía España. «Pienso ir el próximo invierno. No debo demorarlo más», prometió.

Antes de que concluyeran las jornadas del congreso, Kin Rivat presentó la ampliación de su ponencia demostrando, de forma concluyente, que la ecuación de Fermat no era modular.

«Ahora, para acabar con el enigma de Fermat, sólo queda demostrar la conjetura que formuló tu abuelo», me aseguró. «Es decir, que a toda forma modular corresponde una curva elíptica y viceversa. Pero no seré yo quien lo intente, pues esa demostración me resulta inaccesible», añadió. Lo que me dijo Rivat era lo que pensaba entonces la inmensa mayoría de los matemáticos, pero, por suerte, había una excepción.

Tiempo después, en los primeros días de junio de 1993, cacé en Internet un mensaje que anunciaba algo insólito. Decía que el día 23, en Cambridge, el matemático Andrew Wiles, un británico emigrado a los Estados Unidos que

ocupaba una cátedra en Princeton y que desde los diez años había caído en la misma trampa que mi abuelo, el último teorema de Fermat, pronunciaría unas conferencias demostrándolo. En ello había trabajado sin pausa durante siete años.

Saqué billete para Londres y me busqué un hotel en Cambridge. La sala del Instituto Isaac Newton en la que Wiles se disponía a dar las conferencias estaba atestada. Pude ver en la primera fila a Rivat al lado de Mansur. La serie de conferencias se titulaba Formas modulares, curvas elípticas y representaciones de Galois, y pensé que, probablemente, había hecho el viaje en balde.

El primer día, Wiles se limitó a revolotear en torno a la conjetura de Fermat, sin anunciar siquiera cuáles eran sus intenciones. En la segunda sesión pareció que profundizaba algo más. «No sé qué es lo que está haciendo, aunque sí hay una enorme cantidad de trabajo. Habrá que esperar a mañana», me dijo Rivat cuando me acerqué a saludarlo. El día siguiente fue el de la apoteosis. La sala estaba plagada de fotógrafos y cámaras de televisión. Wiles siguió llenando una pizarra tras otra y al final se limitó a leer lo que parecía el final de su demostración. Se volvió sobre la pizarra, escribió el teorema de Fermat en su formulación primitiva, dijo con aire británico: «Creo que lo dejaré aquí», y se sentó. Los asistentes, puestos en pie, aplaudieron durante varios minutos.

El Guardián del día siguiente colocaba en primera página la noticia: «Todo acabó para el último enigma de las Matemáticas». El *New York Times* escogió otro titular: «El fin de un antiguo misterio matemático». El diario francés *Le Monde* fue más preciso: «El teorema de Fermat al fin resuelto». Me alegré de haber asistido al final de una historia que tanto había ocupado a mi abuelo y me sentí partícipe de aquel éxito, sobre todo porque Wiles citó a Jesús Vió varias veces a lo largo de su disertación. Sin embargo, para Wiles, llevado a los altares por la prensa (la revista *People* lo eligió como uno de los «personajes más fascinantes» del año junto a la princesa Diana de Gales), comenzaba un calvario.

El manuscrito de doscientos folios enviado por Wiles a la revista *Inventiones Mathematicæ* fue remitido también a seis expertos, para que realizaran un

exhaustivo escrutinio sobre él. En agosto, uno de ellos, llamado Nick Katz, se topó con un error que creyó trivial y así se lo comunicó a Wiles, pero la explicación que éste le remitió resultó insatisfactoria. En realidad, Katz había encontrado un grave defecto en la demostración. Wiles se encerró de nuevo a trabajar, pero esta vez lo hacía contrarreloj y acompañado por Richard Taylor, un antiguo alumno suyo. Enseguida comenzaron los rumores. Los matemáticos pensaron que la demostración se había frustrado definitivamente. Fueron catorce meses de tortura durante los cuales, a menudo, el matemático inglés estuvo a punto de tirar la toalla, pero Wiles acabó por encontrar la salida del laberinto.

En mayo de 1995 la revista *Annals of Mathematics* publicó dos artículos (130 páginas en total) que enterraban definitivamente el enigma de Fermat. Wiles cobró el Premio Wolfskehl y, al fin, descansó. El enigma había sido resuelto y precisamente siguiendo la línea marcada por mi abuelo, pero éste había dejado escrito en la carta de despedida enviada a Papachristos que tenía una solución más sencilla, la cual no recurría a conceptos modernos como los utilizados en su demostración por Wiles, conceptos estos que, desde luego, no podía conocer Fermat. ¿Qué razón podía tener Fermat para mentir respecto a ese único teorema y no hacerlo respecto a todos los demás? Es posible que Fermat tuviera una demostración incorrecta, pero de que tenía una demostración no cabía duda.

Quizá voluntariosamente, yo seguí convencido de que Wiles había demostrado el maldito teorema, pero también de que aquello no era el final de mi historia. El final lo había escrito y escondido mi abuelo y yo no pararía hasta encontrarlo.

V

Al comienzo de los años noventa, muerto ya mi padre, Beatriz, que poco a poco había ido trayendo sus cosas a mi casa, instaló en ella su cuarto de estudio «supletorio» en el que ya había colocado su pequeña biblioteca y su ordenador. Abandonó el piso que compartía en Moratalaz y pasamos a vivir juntos. No puse inconvenientes, al contrario, me pareció una decisión acertada y así se lo dije. Las incomodidades que representaba el ajetreo de ir y venir de una punta a otra de Madrid eran obvias, pero la vida marital a tiempo completo también las tenía. El hecho de que la casa fuera mía no dejó de levantar en ella, tan pagada de su independencia económica, reticencias, que aparecían en la conversación, aquí y allá, como un reproche o una queja. Jamás quise seguirla en una argumentación que me parecía disparatada. El control obligado sobre «el otro», que impone la convivencia, no le sentaba bien y, quizás, a mí tampoco. Se negaba a ser tratada en público, es decir, entre nuestros conocidos, parientes o amigos como mi «novia» o mi «mujer», y si alguien, que no yo, lo hacía, era suave y privadamente recriminado o desmentido. No quería admitir que las cosas habían cambiado y, por ello, vivía en una contradicción que entonces no me pareció grave.

Cuando viajé a Cambridge para asistir a las conferencias de Wiles, Bea no quiso acompañarme. Alegó su ignorancia en cuestiones matemáticas. «No me voy a enterar de nada», dijo. A mi vuelta la encontré distante o preocupada. Quizá las dos cosas a la vez. Una noche, a la vuelta de un cine, estábamos en la cocina picoteando un poco de jamón y queso y se quedó mirándome fijamente en silencio. Me sentí observado como debe de percibir un insecto la mirada del entomólogo. «¿Qué te pasa?», indagué. «Nada, pero tenemos que hablar». Tenemos que hablar, tres palabras con las que se ha iniciado el naufragio de tantas parejas. Me inquieté, como suele hacerlo el niño cogido en una falta, y solicité precisiones acerca del objeto de la charla. «¿De qué?», pregunté. «De nosotros», me contestó. «Está bien, hablaremos. Pero mejor mañana, que hoy

es tarde y me toca madrugar», alegué. «Claro, claro, yo también me levantaré pronto», aceptó amable.

Nos fuimos a la cama e hicimos el amor. Después, Beatriz se levantó y pensé que había ido al baño, pero tardaba en regresar, así que yo también me levanté. Ella estaba, a oscuras, sentada en el salón y había puesto, muy quedo, una sinfonía de Mozart. Me extrañó, y más cuando encendí la luz y la vi en el sofá, la cabeza hacia atrás sobre el respaldo y el rostro húmedo por las lágrimas que salían, abundantes, de sus ojos y se deslizaban, tal era la postura, no por las mejillas sino hacia las sienes. Lloraba sin llanto en silencio absoluto. «Apaga, por favor», me dijo. Lo hice y me senté a su lado. La tomé de la mano y no me rechazó. Pasaron muchos minutos antes de que hablara. Ella, tan poco partidaria del silencio, no se sentía capaz de afrontar con palabras aquello que la martirizaba. Al fin se decidió.

—Lo nuestro no funciona —comenzó—. No es un reproche y menos una culpa que yo te quiera atribuir..., simplemente, no marcha.

Le pedí que precisara más, que me dijera en qué había yo de cambiar, le rogué que hablara.

—Esta vez me temo que las palabras no servirán de nada. Me ahogo y, cada tarde, una mano me agarra la boca del estómago y no me suelta hasta el amanecer.

—Quizá se trate de una pequeña depresión..., a lo mejor es bueno que hables con un psicólogo o psiquiatra.

—Ya lo he hecho —contestó.

—¿Y qué te ha dicho? —insistí.

—Poco. No son muy expresivos, ya lo sabes. Unas pastillas y a esperar. Llevo así varios meses. Él insiste en que no es grave y en que, desde luego, no es una depresión.

—Hagámosle caso —dije en plural—. El tiempo acaba por arreglar estas cosas.

—El tiempo no las arreglará, las pudrirá, y no estoy dispuesta a arrastrarme por la vida viendo cómo se deteriora un amor en el cual, aunque tú no lo creas, he apostado mucho. No soporto la idea de hacerme mayor mientras se estrecha cada vez más el horizonte.

No supe qué decir, pero ella sí.

—He decidido dejar esta casa —continuó— y no volver a verte, al menos, durante un largo tiempo. Me voy —y se puso otra vez a llorar, pero ahora con un llanto sonoro e incontenible. Fueron minutos opresivos, durante los cuales no tuve más palabras que las obvias e inútiles: «Cálmate», «Mañana lo verás de otra forma» y frases de parecida catadura. Al fin, agotado, le pedí que nos fuéramos a dormir. «Ve tú, yo iré enseguida», me contestó.

Era muy tarde y me dormí nada más meterme en la cama. Me introduje en el sueño huyendo de una realidad que, de repente, se me había vuelto insoportable. Esperaba, inconscientemente, que el día aclararía las nubes. Me levanté temprano y con un sueño que arrastraría toda la jornada. Ella no se había acostado. Seguía allí, en el sofá, cubierta con una manta de viaje y la música puesta. «Nos vemos esta tarde», le dije al despedirme con un beso.

Durante la mañana intenté localizarla en el trabajo, pero no había ido. Llamé a casa y sólo respondía el contestador. Cuando regresé, ya tarde, silbé, como solía. Una contraseña amable a la que ella respondía siempre desde donde estuviera con una frase cómplice y bromista: «Cariño, ya me voy desnudando». Pero no estaba en casa. Sobre la mesa de mi despacho había un sobre con mi nombre y dentro de él unos folios que concluían en una despedida: «Me voy y me llevo mis cosas. He pensado que así nos resultaría menos dolorosa la despedida. Te he querido mucho y aún te quiero, pero no puedo ni debo seguir aquí. Te pido que no me llames. Yo lo haré cuando, pasado un tiempo, pueda hacerlo sin que ello me produzca dolor. Besos. Beatriz».

La carta comenzaba con un recordatorio: «Como te dije anoche, no soporto la idea de que lo nuestro se convierta en una rutina; creo que el amor, como las personas, debería morir joven, para no soportar el lento deterioro que el tiempo trae consigo. A veces me imagino que envejecemos juntos y me aterra

la idea. Me veo a tu lado en la cama. Tú con canas, yo achacosa, y segura de que estarás pensando: “¿Quién es esta vieja que duerme conmigo?”. Supongo que los hijos obligan y también atemperan la inexorable decadencia, pero yo no he querido ni quiero tener hijos. La decadencia física, sí, pero también la otra, aquella que es causada por el uso, por lo previsible. Cuando ante una pregunta o una opinión comienzas a intuir (y no fallas) cuál va a ser la respuesta, es la hora de abandonar el barco. Duele, y mucho, pero es preferible ese trago a ir sorbiendo gota a gota la ruina irreparable de un amor que se apaga, de una convivencia sin sorpresas ni brillo».

La habitación donde había instalado su estudio estaba vacía y de los armarios había desaparecido la ropa femenina. Ni cremas ni pinturas... hasta su cepillo de dientes faltaba del baño. No había dejado rastro de su larga estancia y sentí la repentina ausencia como una agresión. Me puse a recordar mis pasos y los suyos durante los últimos meses y no hallé un desencuentro grave con que justificar la brusca separación que —supe— sería definitiva.

Desolado y dolido, me dediqué en cuerpo y alma al trabajo. Viajé e hice amistades cuanto me fue posible, pensando que así aceleraba el necesario olvido, pero durante muchos meses esperé una llamada suya. Al fin recibí una carta en la que me decía que había entrado en la Cruz Roja y estaba destinada en África, adonde viajaría al día siguiente. Era una carta amable, la que se escribe a un amigo, pero en nada evocaba la unión de tantos años, todo lo que habíamos compartido. Estaba decidida a sacarme para siempre de su vida y aquella carta lo certificaba.

VI

A mediados del año 2000, una multinacional francoalemana se dirigió a mí para intentar comprarnos la casa y la finca de Vió. Pretendían transformar la casa «por supuesto, manteniendo la vieja estructura originaria», en «un parador inteligente», eso anunciaron, en el cual instalarían las más modernas tecnologías de comunicación. «De suerte que un ejecutivo, por ejemplo, podrá pasarse allí una semana cazando sin alejarse de sus negocios. Todo en tiempo real», dijeron. Para «empezar a hablar» ofrecieron trescientos millones de pesetas, casi dos millones de euros. Hablé con mi madre y estuvo de acuerdo en la venta. Era una cantidad que difícilmente pagaría nadie. Mi madre, tan Basats, se puso en marcha y habló con el tío Diego, a quien le pareció bien, pero mi tía María se cerró en banda y dijo que ella «no podía vender». Según mi madre me contó, el tío Diego no conseguía convencer a su esposa, pues ésta aseguraba que le había jurado a su abuelo, Antonio Vió, que nunca vendería la casa.

Hablé con el tío Diego para urgirle una respuesta, pues los de la empresa me apremiaban y él, como siempre, buscó una solución: la tía María donaría a sus hijos los derechos que tenía en Vió y éstos, libres de la promesa materna, podrían vender.

—Es una estupidez que nos va a costar un dineral en impuestos —me dijo—, pero a tu tía no hay quien la saque de sus trece. Me dice que le juró a su abuelo en el lecho de muerte no venderla y ella no firmará.

—Pero ¿está de acuerdo en ceder los derechos a mis primos? —indagué.

—Creo haberla convencido, pues ella así no vende. Negocia tú la venta, a ver si les sacas algunas perras más a esos hoteleros, y yo me encargo de arreglar los papeles —concluyó.

La venta significaba deshacernos de una parte de nuestra infancia, pero, en mi caso, el triste final de nuestro abuelo, acaecido allí, me había retraído de volver a Vió y mis primos, al igual que mi hermano, no mostraban ningún interés en utilizar la casa que, junto con la finca, no daban sino gastos. Negocié con la multinacional y conseguí, de entrada, que se hicieran cargo de Víctor y de Encarna, suministrándoles un trabajo y un sueldo decentes. Aceptaron de inmediato.

Durante las negociaciones con la multinacional, me vi a menudo con mi prima Ana en Zaragoza. A finales de marzo de 2001 se concluyó el acuerdo con los compradores, que mejoraron la oferta inicial hasta redondear los dos millones de euros en metálico más doscientos mil en acciones de la compañía, que no podríamos vender hasta pasados cuatro años. Todos en la familia estuvieron conformes. Tan sólo quedaban por rematar algunos detalles menores: los muebles que la familia deseaba retener, aparte de las cosas personales, como los libros y escritos de nuestro abuelo. Para cerrar definitivamente el trato me cité en Vió con un representante de la empresa el día 14 de abril. Aprovechando las vacaciones de Semana Santa, viajé hasta Zaragoza en un todoterreno y le pedí a Ana que me acompañara hasta Vió para seleccionar allí los muebles, retirar los libros y hacer entrega de la casa. En la mañana del Viernes Santo, provistos de sendas bolsas de viaje, subimos al jeep y tomamos la dirección de Huesca.

—¿Cuánto hace que no vas al Pirineo? —le pregunté.

—Muchos años —contestó—. Tantos, que no lo recuerdo.

—Te haré un recordatorio —prometí—. En el Alto Pirineo, la zona axial —comencé a recitar— está formada por un basamento paleozoico y cristalino, flanqueada, al norte y al sur, por una cobertura sedimentaria interna, violentamente plegada...

—¿Me vas a dar una clase de Geología? —me interrumpió, sonriendo.

—A lo mejor te interesa más la Botánica —le propuse.

—Prueba con ella.

Sin perder de vista la autovía, bastante concurrida pese a la hora temprana, intenté darle un aire profesoral al relato.

—Abundan los árboles de hoja caduca, como las hayas, que no se encuentran en montañas de menos altitud. Las encinas penetran en las partes bajas de los valles, para, más arriba, dejar paso a las coníferas. Entre ellas, los pinos negros que abundan en los pisos superiores, por debajo de las praderas alpinas. Hasta los cuatrocientos metros de altitud prevalece la sabina albar, dominando una estepa de gramíneas, donde destaca el tomillo. Hasta los setecientos se asocian el pino alepo con la garriga. Allí también están el romero y las pistáceas. Más arriba aparece la encina con abundancia de boj, coscoja y jara...

—Con eso es suficiente. Me doy por ilustrada —me cortó.

—Está bien. Quizá te apetezca más una conversación familiar.

—¿Como cuál? —indagó Ana.

—¿Podemos comenzar por nuestra abuela Francisca? ¿Qué sabes de ella?

—Sé que murió cuando la guerra y poco más. No mucho, la verdad.

—Era muy guapa —le informé—, pero nunca habrás visto un retrato suyo.

—Es cierto. Nunca lo he visto —me confirmó.

—Hasta hace unos años, yo tampoco. Pero te aseguro que, de joven, era una belleza. Es una historia poco edificante. Para empezar no murió durante la guerra civil, sino hace tan sólo diecisiete años.

—¿Qué cuento es ése? ¿Se muere nuestra abuela y ni mis hermanos ni yo nos enteramos?

—A nosotros tampoco nos dijeron nada —me justifiqué—. Ella vivía en Francia. Allí huyó después de la guerra.

—¿Y nosotros in albis?

—Pues sí. ¿Sabías que el abuelo Jesús y su mujer, Francisca, eran primos carnales, como nosotros?

—Algo me suena.

—La abuela Francisca era hija de Pedro Vió, hermano de Antonio, el padre de nuestro abuelo Jesús. Pedro y Antonio Vió fueron nuestros comunes bisabuelos. Pedro, que había estado en la guerra de Cuba, murió en Zaragoza poco tiempo después de nacer su hija, nuestra abuela, y ésta se crió en la casa de su tío Antonio con su primo, que era, como ella, hijo único. Ambos se casaron y tuvieron dos hijos: mi padre y tu madre, que, cuando estalló la guerra, eran unos críos de cuatro años y año y medio respectivamente. Y ahí empiezan las dudas. ¿Sabes cómo se llama en realidad tu madre?

—No me digas que no sabes cómo se llama tu tía María.

—Pues no se llama María sino Libertad. Vete al registro y lo compruebas.

—¿Tú has ido?

—Pues sí. Aunque eso no sea muy relevante, sí constituye un indicio.

—Un indicio ¿de qué?

—De toda aquella historia.

—Una historia que me vas a contar, ¿no es así?

—Sólo si tú quieres que la cuente.

Habíamos salido de la autovía y ya estábamos en la carretera de Huesca. La primavera estallaba en el color verde de los álamos y en el fulgor de las hojas de los robles que se oteaban lejos, donde también se veía una colina calcinada por un reciente incendio. Le conté todo lo que había conseguido saber. Ana siguió la narración tomada por la curiosidad y quedó impresionada.

—Me resulta difícil entender que esta historia terrible haya sucedido tan cerca de nosotros y no hayamos sabido nada. Es la ignorancia y el silencio creado a nuestro alrededor lo que más me horroriza.

—¿Quieres que comamos en Huesca? —pregunté, cambiando de conversación.

—Todavía no tengo apetito —dijo Ana.

Bordeando el embalse de Mediano, llegamos a Ainsa pasadas las dos. Allí comimos. Además, en el mesón compramos media docena de huevos, fiambres y algo de fruta para llevar. «Por si nos apetece cenar en la casa», propuse.

Por la carretera que circula pegada a la orilla del Ara, antes de las cuatro llegamos a Lavelilla. Allí decidí abandonar la carretera principal y probar por una pista de montaña. «No te preocupes, que con este cacharro llegaremos», dije, en mala hora. Por el barranco de Espuña, bajo la masa montañosa de la Sierra Solana, el jeep nos llevó hasta Yeba sin aparente esfuerzo. A partir de Yeba la pista pierde firme y se convierte en un sendero. No habíamos recorrido un kilómetro cuando el paso se hizo imposible. «Ya me maliciaba yo que esta idea tuya no nos conduciría a buen puerto», me criticó Ana. «Vamos a dar la vuelta y en paz», acepté, derrotado. «En paz y con una hora perdida», añadió ella hurgando, zumbona, en la herida. Al fin llegamos a Escalona y desde allí tomamos por la carretera que lleva hasta Fardo. Antes, al llegar a Puyarruego, me atreví a coger la carretera nueva, que yo no conocía. Esta vez hubo suerte y en poco tiempo estábamos en Buerba. Paramos en casa de Víctor y Encarna para recoger la llave de la casa. Aparcamos el todoterreno delante de la entrada principal de la casona que pronto sería un hotel. Dentro olía a cerrado y hacía frío, una temperatura muy inferior a la del exterior. Encendí la vieja caldera de leña que, para sorpresa de Ana, funcionaba y enseguida calentó los radiadores de hierro forjado. También la luz eléctrica marchaba perfectamente. Luego nos fuimos a dar un paseo.

—Es una pena perder la casa, aunque apenas la usemos —dijo ella cuando nos paramos a mirarla desde el cerro.

—Y más con sus fantasmas —dije—. En los cuentos de fantasmas no hay sosiego para los que murieron sin justicia. Quizá es ello la expresión de un deseo o la contumacia con que perduran en el mundo las huellas de la infamia.

—Te ha quedado muy bien —me elogió Ana, sonriente.

—Pero no es mío. Es un préstamo literario —confesé.

Volvimos a la casa, nos pusimos a trabajar en el inventario de los muebles. «Podíamos quedarnos con todos, al fin y al cabo los nuevos dueños tendrán que amueblarlo», dijo Ana. Le sugerí que seleccionáramos sólo una parte y que el resto se lo quedara Víctor, con quien ya había hablado del asunto.

Nos entretuvimos un buen rato colocando un *post-it* amarillo sobre cada mueble. En unos pusimos la palabra «Víctor», en otros «Vió». Así estábamos, decidiendo de consuno la selección, cuando llamó a la puerta Encarna, que, según dijo, venía a hacer las camas y traía consigo una cesta de mimbre con viandas. «El pollo es de corral», anunció. Cuando Encarna acabó sus labores, la acercamos en el jeep hasta su casa y, a la vuelta, propuse que cenáramos un arroz con el pollo «de corral», que me encargué de cocinar en una olla de hierro. Sobre la enorme mesa de madera de la cocina, el uno frente al otro, comimos el arroz con pollo regándolo con un vino tinto, embocado, que subí de la bodega. Luego charlamos largo rato.

Viéndola frente a mí, sonriente y habladora, me hizo recordar nuestros encuentros en la cabaña, cuando siendo niños nos escondíamos allí entre la hierba seca. Me invadió una ternura llena de erotismo y supe que aquel amor infantil se había hecho adulto dentro de mí, emboscado, como había estado durante tantos años.

Las nubes, que se habían ido juntando al caer la tarde, empezaron a descargar la lluvia, que golpeó con fuerza en los cristales. Enseguida comenzó la tormenta, cuyos truenos se oían a lo lejos. Decidimos irnos a descansar a las habitaciones que Encarna había preparado en la primera planta. Ana ocupó una de las destinadas a invitados, de casi treinta metros cuadrados. La cama había tenido en tiempos un dosel, del cual aún conservaba en cada una de sus cuatro esquinas los mástiles de roble. En el gran lecho matrimonial no hacía mucho que se había sustituido el colchón de lana por otro moderno. Cerca de la ventana, que se abría hacia el oeste, había una mesa, también de roble, redonda, alrededor de la cual hubieran podido tomar asiento el rey Arturo y sus caballeros. Frente a la cama, que tenía adosadas dos mesillas de noche,

una gran chimenea que no se había usado en años. Un armario de varios cuerpos ocupaba toda la pared del lado este. Varias sillas y un sillón completaban el mobiliario.

Me despedí deseándole buenos sueños y fui a mi habitación, la que había usado mi abuelo, en el fondo del ancho pasillo. Me desnudé, me puse una camiseta deportiva y con ese solo atuendo me metí en la cama. La leve humedad de las sábanas me produjo un escalofrío. Sobre la mesilla de noche había una lámpara nueva, halógena, que encendí, apagando desde la cama la luz general que provenía de una araña de cristales que tenía fundidas algunas de sus doce bombillas. Había tomado de la estantería un libro de Baroja, *El árbol de la ciencia*, que, al abrirlo, crujió. En la primera página estaba impreso con un sello de agua el ex libris de Jesús Vió, con su nombre y el verso de Quevedo: «Sangre vertió su boca soberana». Una vez más elucubré acerca del significado de aquel mensaje. La tormenta se había concentrado sobre el valle y cuando apenas llevaba leídas quince páginas de la novela, un relámpago, cuya luz restallante se filtró por las contraventanas al unísono con el chasquido del trueno, cortó la corriente y dejó la habitación a oscuras. Decidí dormirme, consiguiéndolo en pocos minutos.

De la profundidad del primer sueño vino a sacarme una voz, primero quedamente y luego más alta. «¿Estás ahí, Adolfo?», me decía. Cuando volví a la vigilia reconocí la voz de Ana, que desde la puerta me llamaba. Orientándola, conseguí que llegara hasta mi cama. La noté temblorosa y la invité a compartir el lecho, cosa que hizo. Se pegó a mí y entonces percibí la temblequera que la había tomado; sus manos estaban frías y cuando pregunté qué le pasaba, hube de esperar casi un minuto antes de escuchar la respuesta.

—Me ha ocurrido algo horrible —acertó a musitar sin que el temblor remitiera.

—Ya pasó, ya pasó —le dije, como si se tratara de una niña.

Se abrazó más a mí y poco a poco se fue tranquilizando. Entonces habló.

—Cuando aquel rayo mató la luz, ya estaba viniéndome el sueño y creí oír una voz. Pensé que era el viento al entrar por la chimenea. Poco después se

repitió varias veces y entendí la frase que decía: «Estoy aquí, no me dejes solo». Era una voz de sombra.

—Quizá te impresionó la historia que te he contado. Estás asustada —le dije, pasándole la mano por los cabellos.

—Cuando era niña, a tu hermano Fernando y a mi hermano Pepe les gustaba asustarme y, a veces, sin que tú lo supieras, me iba junto a ti para quitarme el miedo. Pero esto ha sido muy distinto. Sé distinguir la realidad del sueño y el miedo nunca me ha hecho imaginar voces inexistentes. La voz, el susurro, que cada vez oía con mayor nitidez, no formaba parte de una pesadilla ni tampoco era el viento.

La tormenta amainaba y los relámpagos, cada vez más distantes, se separaban ya varios segundos de los truenos, que habían pasado del chasquido a percibirse como un sonido sordo y lejano. La besé en el cabello y la invité a dormir. Pegada a mí como una lapa, pronto sentí que su respiración se atemperaba. El sueño la había tomado.

Me desperté poco después de las nueve y, pensando que lo mejor era salir al campo, me levanté para abrir la ventana. El sol brillaba en un cielo completamente despejado. En el aire se percibían los efectos de la tormenta, que había empapado los campos. «No te vayas», me dijo desde la cama entreabriendo los ojos.

Volví al lecho, algo avergonzado por mi desnudez, aunque también sentí el oculto placer de exhibir mi cuerpo, por primera vez, ante ella. De nuevo dentro del lecho, la besé en la mejilla, dándole los buenos días. Ana volvió al abrazo que apenas había abandonado durante la noche, pero esta vez pasó su pierna derecha por encima de mí. En sólo unos segundos, noté, no sin alarma, que no iba a poder controlar algunos cambios que se estaban produciendo en mi cuerpo. Cubierto tan sólo por aquella ridícula camiseta, estaba condenado a ser descubierto, pues Ana, cuyo muslo me oprimía con levedad precisamente allí, no podría ignorar la jugarreta que la madre naturaleza me estaba haciendo. Al notar el desarrollo, tan rápido, que aquella postura suya estaba provocando, retiró muy despacio el muslo, no para abandonar la presa, sino para agarrarla con su mano derecha. Primero suavemente, luego con la

decisión del cazador para con la pieza cobrada. En silencio, la mano habilidosa no parecía estar dispuesta a abandonar antes de que aquel miembro desbocado cumpliera su misión. Entonces, sin abandonar el abrazo en el que, tan dulcemente, estaba atrapado, ordené una levísima torsión levógira a mi cuerpo y, a la vez, deslicé mi mano izquierda sobre su vientre, hasta introducirla debajo de la breve prenda de algodón que lo cubría. El tacto con la humedad disparó todas las alarmas, desatascó todos los frenos y sin recato o disimulo alguno y sin mediar palabra comenzó la batalla aplazada durante tanto tiempo. Una batalla larga, intensa, repetida, que, cuando concluyó, me dejó los músculos laxos, el espíritu alegre y triunfador y el alma en calma.

Eran más de las once cuando nos asomamos, desnudos, a la ventana.

—¿A qué hora vendrán los del hotel? —preguntó Ana.

—Los he citado para después de comer —contesté.

En ese mismo instante, como si se sintiera conjurado, sonó mi teléfono móvil que estaba sobre la mesilla. Los hoteleros solicitaban tregua y no tuve inconveniente en posponer la cita veinticuatro horas. «Ahora intentaremos cazar al fantasma», dije, y agarrando la sábana encimera, que ya llevaba en el suelo algún tiempo, me cubrí con ella y ululando la perseguí para abrazarla. Agarrando con las dos manos sus prietas posaderas, el insolente fantasma preguntó: «¿Todo esto es para mí?».

Pasamos a la habitación que por tan breve tiempo había ocupado Ana y, tras escudriñarla, nada encontramos. Sin embargo, en la habitación contigua, la chimenea, que compartía el tiro con la del cuarto donde había estado Ana, sobresalía normalmente de la pared, pero tan sólo por su lado derecho, por el izquierdo un tabique se prolongaba desde allí hasta la pared frontera en la cual se empotraba. «Aquí hay un hueco. Quizá un antiguo armario», dije, golpeando con los nudillos el panderete.

—Si quieres, subo un pico de los que hay en la bodega y tiro los ladrillos —propuse.

—Ni hablar —me cortó Ana.

—En todo caso, lo harán los albañiles cuando empiecen la reforma —concluí.

Desayunamos y luego, por la carretera, paseando, nos fuimos hasta Buerba. Los campos estaban calados por la abundante lluvia de la noche. Encarna y Víctor se empeñaron en invitarnos a almorzar y aceptamos, aunque no teníamos el apetito a punto. Encarna nos contó que sus dos hijos vivían en Barcelona, trabajando en la Seat, y allí se habían casado. «Apenas vienen por el pueblo», añadió con pena.

Ana estaba segura de que Encarna se había dado cuenta de que entre nosotros había algo más que parentesco. Según dijo, un halo de complicidad femenina en la mirada se lo había hecho sentir. Cuando, de vuelta en casa, me lo indicó, se me ocurrió decirle que «al fin y al cabo no hay nada extraño en ello. Somos números primos y nadie puede dividirnos excepto la unidad. La nuestra, claro está».

—Ya no recuerdo lo que es un número primo —admitió Ana.

—Te lo acabo de decir, aquel que no tiene divisores: el tres, el cinco, el siete, el once... El caso de nuestros abuelos está claro, era el tres. Nosotros ya veremos. Para ser el cinco habremos de engendrar tres hijos, que tendrán cuatro apellidos capicúas.

—¡Qué horror! —exclamó, sonriendo—. Nunca te acostarás sin saber un par de cosas más —añadió, bromista.

El domingo, después de arreglar los asuntos pendientes con los compradores, bien entrada la noche para evitar posibles atascos, tomamos el camino de vuelta. Yo viajé en una nube.

—Vente a Madrid conmigo —me arranqué, sin pensarlo, apoyado en el volante, tras un largo silencio.

—No tengas tanta prisa —replicó—. Además, no puedo ni quiero dejar mi trabajo, que me ha costado mucho conseguir.

—Creo que siempre he estado enamorado de ti —confesé, sin mirarla.

—Quizá yo también, pero déjame reposar este arrebató. Debemos pensarlo con más calma —respondió.

Decidimos pasar la noche en un hotel de Zaragoza, pues Ana carecía allí de casa propia. Ella se levantó temprano, porque necesitaba ir a casa de sus padres, donde vivía, para cambiarse antes de ir al trabajo. La acompañé y sin subir a saludar a mis tíos ni despedirme de mi madre, tomé la autovía hacia Madrid. Allí llegué antes del mediodía.

Aquel verano viajamos juntos a la República Dominicana, a Puerto Rico y a Cuba y el sol del Caribe nos dejó como nuevos. Cuando el 1 de septiembre regresamos a Madrid, tostados y radiantes, estuve dispuesto a compartirlo todo con ella. Por primera vez, me atreví a mencionar la palabra matrimonio. «Aunque, de momento, sigamos en domicilios separados», propuse. Presionada por mí, Ana se atrevió a tantear a su madre, pero no encontró en la respuesta ningún entusiasmo. La tía María se limitó a emitir un mal augurio. «Un matrimonio entre primos carnales trae mala suerte, sobre todo, en esta familia», le dijo.

A mediados de septiembre, recibí una llamada del arquitecto encargado de la restauración que estaba transformando la casa de Vió en hotel. «Hemos encontrado algo y, antes de tomar ninguna decisión, quiero que usted lo vea», me dijo. Era un jueves y el viernes por la tarde, después de recoger a Ana en Zaragoza, nos presentamos en el pueblo. El joven arquitecto nos-estaba esperando.

La casa era una triste ruina. Sin muebles, con las instalaciones de la calefacción arrancadas y los suelos de madera sucios de cal y de cemento. En la planta baja trajinaban media docena de obreros. En la habitación del primer piso, donde estuvo Ana la noche de la tormenta, el muro que separaba aquel cuarto del contiguo había sido parcialmente derribado. En el rincón, donde yo había detectado el hueco que supuse era un antiguo armario, el tabique estaba caído. El arquitecto tomó una gran linterna y pidió que me acercara. «Usted espérese un momento aquí, por favor», le dijo a Ana, que, pálida como una pared encalada, se quedó quieta muy cerca de la puerta que acababa de atravesar. Alumbrándome con la potente luz de la linterna, me asomé por el

hueco y contemplé el hallazgo durante unos segundos. Saqué la cabeza de allí y me volví hacia Ana, cuya temblequera era notable. «Un cadáver», le dije. «Mejor que no lo veas», añadí.

Con la espalda apoyada en una pared del estrecho cubículo estaba la momia de un hombre. La apergaminada piel del rostro, que recubría la calavera, dejaba adivinar las facciones del muerto. Una camisa blanca, prendida tan sólo por un par de botones y con manchas marrones en el pecho, le cubría el tórax. En las extremidades inferiores tenía puestos unos pantalones negros o quizá azules. Había en ellos algo que me llamó la atención. Estaban desabrochados y el cinturón de cuero también. El cadáver no llevaba zapatos, tampoco calcetines.

—¿Qué hacemos? —preguntó el arquitecto, tras un largo silencio.

—Avisar a la Guardia Civil —propuse.

El arquitecto, diligente, llamó por teléfono al cuartel de Ainsa. Dos horas más tarde, una patrulla con un jeep y una ambulancia se presentó frente a la casa. Un teniente venía a su mando. El arquitecto, el teniente y yo subimos a la primera planta. Tras la inspección visual, el teniente ordenó a uno de los guardias que tomara fotografías del cadáver y que también grabara un vídeo. El guardia extrajo del jeep las dos cámaras y con la adecuada iluminación realizó su tarea. «Para sacar el cadáver de ese hueco tendremos que derribar completamente el tabique y hacerlo con cuidado, pero antes avisaré a la juez, por si quiere acercarse», dijo el teniente. Se fue hasta el jeep y desde allí mantuvo por teléfono una corta conversación. Después, el arquitecto ordenó a dos obreros que acompañaran al teniente hasta el primer piso. Los golpes de la piqueta se oían desde la espaciosa explanada de adoquines, delante de la casa. Cuando cesó el ruido, el teniente ordenó que subieran los de la ambulancia. Entraron en la casa provistos de una camilla y un gran saco de plástico negro que se abría mediante una cremallera. No tardaron mucho en bajar con el cuerpo.

—También hemos encontrado estas dos cartulinas —dijo el camillero, alargándoselas al teniente.

—¿Me las deja ver? —pedí. El teniente me las pasó.

Era la demostración del teorema de Fermat que yo tanto había buscado. Intenté echarles una ojeada, pero el teniente me las reclamó.

—Podrá recuperarlas —dijo— cuando las vea la juez.

—Creo saber quién es el muerto —me atreví a decir.

—En tal caso —dijo el teniente—, mejor se vienen con nosotros hasta Ainsa y hace usted una declaración por escrito. Así no tendremos que molestarle más. Es posible que ese cadáver lleve ahí cien años —añadió.

—Está bien, les seguiremos —acepté.

Durante el viaje comencé a rumiar lo que había de declarar ante la Guardia Civil. Quizá me había precipitado al anunciar la identidad del muerto, pues era posible que la juez quisiera tirar de ese hilo y acabara por aparecer en el sumario Esperanza Ors. Al fin y al cabo, sólo había una forma cabal de demostrar que el cuerpo emparedado era el de Germinal, y consistía en comparar las pruebas de ADN del cadáver con las de Esperanza. Descubrir que su hermano no había muerto en el frente ni ante un pelotón franquista iba a representar para ella un nuevo trauma. Eso me preocupaba, pero también que mi familia apareciera ante los ojos de aquella mujer como responsable de la muerte de Germinal y de la ocultación de su cadáver durante más de sesenta años. Empero ¿no había sido yo quien sostuvo ante Esperanza y su familia que era nuestra obligación encontrar la verdad?

Le comuniqué a mi prima las dudas que me acosaban y ella tomó partido.

—¿Qué gana ella conociendo la verdad? —me preguntó.

—Saber lo que ocurrió —contesté.

—Sí, pero a un coste muy alto para ella y para los demás. Piensa en mi madre. Se verá envuelta en un escándalo que arrastrará por el lodo a su abuelo don Antonio, a quien, según ella dice, adoraba, y también a su padre, nuestro abuelo Jesús, que nunca reveló el escondite donde estaba el cadáver de su amigo.

Llegamos a Ainsa cuando aún no había anochecido y una hora después había terminado mi declaración. En ella me abstuve de citar a Esperanza, pero hice algo más. Mentí al insinuar que lo más probable había sido que Germinal, seguramente muerto en un enfrentamiento con los franquistas, había sido piadosamente «emparedado» por sus amigos para evitar que el cadáver los delatara. Apoyé la hipótesis en la militancia anarquista del muerto, en el hecho de que su hermano y su padre habían seguido igual suerte. En fin, mentí, y mi mentira, como tantas veces, fue la expresión de una cobardía. Yo, que durante años había buscado la verdad con ahínco, cuando, al cabo, me encontraba ante ella, la ocultaba o, por mejor decir, la edulcoraba hasta desfigurarla en beneficio propio. Podía argumentar en mi favor que aquella, aun siendo una mentira, era piadosa, pues pretendía con ella evitar varios males, pero seguía siendo una mentira, otra forma de alimentar y practicar el olvido, todo lo contrario de lo que me había impulsado a buscar la verdad de mi propio pasado. Y, de improviso, estando junto al teniente, que me acompañaba hasta la salida del cuartel, me asaltó otra duda: ¿tendrían los herederos del muerto algún derecho económico que pudieran reclamar? De ser afirmativa la respuesta, no sólo les privaba de la verdad, también les hurtaba un derecho.

—Los restos de ese hombre los llevaremos a Zaragoza hoy mismo. Es allí donde los forenses disponen de medios suficientes —me informó el teniente al despedirse.

—Me gustaría hablar con el forense, si es que usted me puede dar su nombre —le pedí.

—La cosa esta *sub iudice*, pero no creo que haya inconveniente. Llámeme el lunes, que ya tendré los datos —dijo, amable, el teniente, recitando después el número de su móvil.

Entre Ainsa y Huesca, donde paramos a cenar, Ana apenas pronunció palabra. Cierta congoja contagiosa se había apoderado de nosotros. Sentados a la mesa, mientras esperábamos que nos sirvieran la cena, Ana, al fin, se arrancó.

—He pasado un mal rato. Ha vuelto a mí la angustia de aquella noche. No puedo olvidar la voz que yo escuché, y más sabiendo que estaba allí encerrado

durante tantos años. Es una historia terrible. ¿Tú crees que lo mataron? — preguntó.

—No me cabe la menor duda. Las manchas que tiene la camisa son de sangre. Pero he de saber algo más. Por eso quiero hablar con el forense.

—¿Para qué?

—Para que haga las pruebas de ADN. Quiero aclarar si nosotros somos nietos de Jesús o de él. Si el forense se presta, y no veo por qué había de negarse, le daremos una muestra tuya y otra mía. También de tu madre. Vale con un mechón de pelo. Claro que si no quieres...

—Lo haré —prometió Ana—. ¿Y esas cartulinas que han encontrado?

—Por lo que he podido ver, se trata de una demostración matemática — dije—. La demostración de un teorema al que nuestro abuelo dedicó buena parte de su vida.

—¿Y cómo han ido a parar allí? —insistió Ana.

—Es obvio que fue Jesús Vió, nuestro abuelo, quien las metió allí, abriendo un agujero en la pared que luego volvió a taponar. Lo hizo poco antes de suicidarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la carta que él escribió a su amigo el matemático griego, en la que le anunciaba que había resuelto el enigma. Esa carta está fechada poco antes de suicidarse. El suicidio lo anunciaba en la carta, que fue la de la despedida.

—Todo esto es un horror —concluyó Ana.

Aquella noche dormimos por primera vez en el apartamento que acababa de comprarse Ana en Zaragoza, muy cerca de la Gran Vía. Allí había iniciado una semiindependencia, pues seguía yendo a comer y a cenar casi todos los días con sus padres.

Lo primero que hice una vez en Madrid fue consultar a un abogado acerca de los posibles derechos económicos que tendrían los herederos en un caso

como el de Germinal. «Si está prescrito, ninguno», me aseguró. Pero aquélla era una tranquilidad legal, no moral.

El martes me llamaron del juzgado de Ainsa para anunciarme que la señora juez quería verme para aclarar algunos extremos de mi declaración ante la Guardia Civil. He de confesar que aquella llamada, a la que siguió un requerimiento formal por escrito, me puso algo nervioso. El jueves a las doce me presenté puntual en Ainsa. La juez me recibió en su despacho. Era una mujer joven, de aspecto adusto y distante, que procuraba no mirar a los ojos de su interlocutor. Vestía un traje de chaqueta, oscuro, que la envejecía. El cabello, castaño, recogido hacia atrás, le daba un aire monjil y, aunque era bien parecida, había dejado el atractivo erótico en algún armario de su casa antes de acudir al juzgado.

—Usted ha declarado —comenzó— que los restos encontrados en la casa de Vió son de... Germinal Ors —dijo, buscando el nombre en los papeles—. ¿En qué se basa?

—Es tan sólo una hipótesis razonable —contesté.

Luego le relaté que mis abuelos y Germinal habían salido de Zaragoza hacia Vió y que estando allí estalló la guerra.

—Y esa historia según la cual este hombre murió en un enfrentamiento armado y luego sus amigos lo ocultaron, ¿se le ha ocurrido a usted o tiene datos que lo avalan?

—Sigue siendo una hipótesis —dije.

—Bien, en tal caso, lo dejaremos en eso, en una hipótesis. Puede retirarse —añadió.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me atreví a demandar.

—Hágala —ordenó.

—¿Cuál es el procedimiento que piensa seguir?

—El habitual en estos casos. Tras la autopsia, de la que ya tengo los resultados, emitiré un edicto que se publicará en el Boletín Oficial de la

Comunidad Autónoma. Si no aparece nadie reclamando el cuerpo y, dado el tiempo transcurrido, que ha hecho prescribir el delito, si es que lo hubo, se procederá a la inhumación.

—Quería recuperar las cartulinas que se encontraron junto al cadáver — insistí.

—Parecen fórmulas matemáticas y poco pueden ayudar en este caso —dijo con suficiencia—. Puede llevárselas, pero haré una fotocopia para unirla al expediente —concedió.

La demostración estaba escrita con pluma estilográfica y tinta negra que el tiempo había hecho virar al sepia. Tomé las cartulinas en mis manos casi con unción. La juez se levantó, me tendió la mano y, sin mirarme, dio los buenos días y se volvió a sentar mientras yo desaparecía cerrando la puerta.

Quedé convencido de que aquella mujer, por las razones que fueran, no deseaba investigar. Seguramente consideraba, como tantos, que los asuntos de la guerra civil estaban bien en donde estaban, enterrados o, en todo caso, entre las páginas escritas por los historiadores, como si aquella guerra hubiera ocurrido en tiempo de los romanos. Pero también se me hizo evidente que la reticencia de la juez —joven y reaccionaria, que, probablemente, me había tomado por un enredador, «de esos que andan por cunetas y campos desenterrando viejos cadáveres y entuertos»— no hacía sino favorecer mis designios. Los de ocultar a Esperanza y a su familia lo que había ocurrido en Vió un día de julio de 1936.

Le di bastantes vueltas en mi cabeza al hecho de que Jesús Vió hubiera escrito con letra muy cuidada aquella demostración en dos cartulinas que no eran rectangulares, como habitualmente lo son, sino cuadradas. Acabé por llegar a la conclusión de que la intención primera de mi abuelo había sido la de imprimir el texto en dos mosaicos. Luego, cuando decidió acabar con su vida, debió de pensar que el juego, también el de Fermat, había terminado. Pocos meses más tarde de estos descubrimientos, decidí completar la primera intención de mi abuelo. Viajé hasta Manises y unos buenos artesanos me hicieron el favor de entregarme un par de juegos de mosaicos con las fórmulas impresas en ellos, pero me faltó valor para visitar cerca de allí a Esperanza Ors.

Me sentí incapaz de volver a verla y tener que ocultarle el terrible destino de Germinal.

En cuanto llegué a Madrid microfilmé el texto de mi abuelo y lo hice pasar a máquina. Luego lo leí con atención y me pareció que la demostración era correcta, pero no podía fiarme de mis solos conocimientos, así que le pasé las fórmulas a quien había sido mi profesor de Matemáticas y le conté la historia de las investigaciones de mi abuelo. Una semana más tarde me llamó por teléfono.

—No le he encontrado fallos, mas, para estar seguro de que la demostración es correcta, sería preciso enviar el trabajo a una revista especializada, ellos se encargarán de un análisis exhaustivo. Si quieres, yo me ocupo de ello, junto a algún colega de la Facultad de Matemáticas.

Le dije que estaría encantado de que así lo hiciera.

El lunes de aquella semana, antes de viajar hasta Ainsa, había hablado por teléfono desde Madrid con el forense, que, amable, me había dado una cita para el viernes. Así que la noche del jueves me quedé en el apartamento de Ana en Zaragoza. El forense nos recibió a las once del viernes. Era un médico que aún no había cumplido los cuarenta y que se interesó, algo morbosamente, por la historia que no tuve más remedio que contarle sumariamente, evitando citar a Esperanza. Allí mismo me sacó una muestra de sangre y también otra a Ana, que aportó un sobre conteniendo un mechón del pelo de su madre, a quien había engañado para recortarle una parte de la media melena que siempre lucía.

—En quince días tendré los resultados del ADN —aseguró el médico—, pero ya puedo enseñaros el informe de la autopsia. Sólo lo ha visto la juez, pero no creo que cometa un delito si os lo dejo leer.

A pesar del tiempo transcurrido —y en ese aspecto el informe se curaba en salud señalando como fecha probable de la muerte entre 1930 y 1940—, algunas conclusiones eran claras. En primer lugar, los perdigones loberos que, por decenas, se encontraron en el cadáver no dejaban lugar para la duda respecto a la posible causa de la muerte. El cuerpo, que no llevaba ropa

interior, muy probablemente se encontraba desnudo en el momento de morir. La camisa, manchada de sangre, no estaba agujereada, muestra inequívoca de que se la habían puesto después de dispararle. Ni siquiera se habían molestado en abrocharle el pantalón y el cinto. Tampoco estaba calzado. Se diría, precisaba el informe, que el enterrador sintió recato y no quiso emparedarlo desnudo. Por eso lo medio vistió.

Dos semanas más tarde, Ana y yo nos volvimos a entrevistar con el forense. Nos dijo que las pruebas de ADN eran concluyentes. El muerto tenía un parentesco muy directo con la propietaria del cabello y en menor grado con uno de los dos que habían aportado las muestras sanguíneas. «Tal como sospechabais, uno de vosotros es nieto de Germinal Ors, si es que así se llamaba», concluyó el forense.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Ana dirigiéndose al forense.

—No es necesario que él lo diga —contesté—. Eres tú. La deducción es simple. Si tu madre es la hija, tal como demuestra la prueba, quien nada tiene que ver genéticamente con Germinal soy yo.

—Entonces ¿no somos primos? —preguntó Ana, hecha un lío.

—Claro que sí, te olvidas de Francisca. Ella sigue siendo nuestra común abuela —aclaré.

Abandonamos aquel recinto funeral muy afectados. Aunque habíamos previsto algo de lo que el forense nos iba a comunicar, no por esperado dejó de impresionarnos. Comprobar que se ha vivido bajo una impostura, aunque fuera lejana y ajena, no deja de ser un golpe sobre la propia identidad. Corría el cierzo y hacía frío aquella tarde, pero preferimos pasear hasta el apartamento de Ana. Sentados en el salón, yo sobre un sillón de orejas frente a ella, que ocupaba la parte izquierda de un sofá de tres plazas, al fin, Ana se decidió por las palabras.

—¿Cómo pudo ocurrir? —se preguntó.

—De tres personas salen tres parejas —comencé— y un solo trío. Cuatro relaciones, cuatro mundos. Acertar en el dibujo, aunque sea tan sólo en lo que

conciérne a una sola variable de las muchas que componen cada uno de esos mundos, es más bien improbable. Aunque tuviéramos igual probabilidad de acertar que de equivocarnos en cada uno de ellos, tan sólo seis veces de cada cien acertaríamos. Nadie que sea razonable apostaría en un juego así.

—Pero tú no eres razonable —aseguró Ana— y me vas a contar lo que piensas.

—Lo que pienso, sí, pero la verdad no la sabremos nunca —contesté.

—La verdad es una palabra demasiado gruesa —dijo Ana—. Me conformo con una hipótesis plausible.

—Para venir de Letras, no está mal lo que has dicho —le dije.

—Pues empieza —solicitó.

—El amor y la admiración que Germinal sentía hacia Francisca eran evidentes y correspondidos, antes incluso de que ella se casara con su primo Jesús, eso decía Rafael Ventura. Sin embargo, la decisión de casarse con Jesús partió también de ella. ¿Por qué? Seguramente porque no quería perderlo, porque deseaba protegerlo, porque estaba enamorada de su primo, aunque lo estuviera de otra forma. Yo creo que nuestra abuela, como cualquier ser humano, lo quería todo. En este caso, deseaba tener a sus dos hombres y le parecía factible. Por lo que sé, era entonces una mujer curiosa, juguetona y empecinada. Estoy casi seguro de que aquel triángulo, construido sobre su voluntad, funcionó bien. No sólo era posible, también resultó estable.

—¿Y cuál era el papel de Jesús? —indagó Ana.

—Quizá también él estaba enamorado de los dos, y aunque sobre la relación física entre ambos varones no me atrevo ni siquiera a aventurar una hipótesis, sí estoy seguro de que a menudo los tres compartieron el mismo lecho.

—¿Y todo eso en una Zaragoza tan pacata como debía de ser la de antes de la guerra? —reflexionó, más que preguntó, Ana.

—Un amor loco y, además, prohibido no se detiene ante nada —dije.

—Es posible —aceptó Ana—. Tengo una amiga, una sesuda profesora de Filosofía con cara de no haber roto un plato, que asegura que «el amor es fou o es ni fu ni fa».

—Un buen axioma —dije, sonriendo.

Me levanté del sillón y uniendo la palabra a la acción me senté junto a ella y deslicé mi mano por su espalda, hasta introducirla suave pero firmemente entre la cinturilla del pantalón negro y la camisa blanca que llevaba puesta. Con la otra mano en su nuca atraje su rostro hacia mi boca. Un beso que no tuvimos prisa en acabar.

—Si la guerra no se hubiera interpuesto —dije, retomando la conversación—, haciendo viajar al viejo hasta donde nunca debiera haber ido, lo más probable es que el trío hubiera agotado sus vidas, quizá en Madrid, en Barcelona o en París, sin más dificultades que las derivadas de la convivencia, que, en lo tocante al fuego y a la pasión, no suele ser viento, sino agua.

—¿Y tú eres quien se quiere casar? —denunció Ana.

—Es que nosotros hemos de recuperar muchos años perdidos —me defendí.

—Yo creo que el viejo los sorprendió en la cama. Si no, ¿por qué estaba Germinal desnudo? —avanzó Ana—. Pero lo que me extraña es que estuvieran tan entretenidos, mientras a su alrededor ya había comenzado el incendio.

—Si no oyeron la radio, quizá no supieran aún nada del golpe militar —aventuré— o, lo que es más probable, pensaron que aquello no pasaría a mayores o, viendo la proximidad de un peligro y antes de tomar una decisión, cualquiera que ella fuera, se refugiaran en el otro mundo, aquel donde no existen más que entrega y reconocimiento. En lo que se refiere al viejo, la ira le nubló los ojos, no sentía sino una turbia mezcla de temblor y furor. No dijo nada, de su boca abierta emergió un sonido hueco y débil, como el de un conducto obturado. Luego disparó y de los dos cañones de la escopeta salió fuego acompañando al plomo, y los ojos de Germinal, ya muerto, giraron en sus órbitas para quedar mirando al suelo. Durante el resto de la noche, en la casa cerrada y solitaria, sonaron pasos apresurados, gritos de dolor, el roce de

un cuerpo arrastrado hasta el hueco que con premura se estaba construyendo. Con las luces del día, entre dos ladridos de un perro solitario, el eco de un cañón lejano vino a restablecer el silencio habitual del lugar.

—¿Cómo puedes imaginarlo con esa precisión? —preguntó Ana.

—La descripción no es mía. Se trata de un préstamo literario. En todo caso, como has dicho, ellos tres estaban en la cama cuando irrumpió el viejo, pues está claro que nadie mata a otro ordenándole antes que se desnude. Los dos supervivientes debieron de quedar petrificados y, aunque yo no carezca de imaginación, no soy capaz de hilvanar lo que pasó después: la huida de Francisca y la rendición de Jesús, que es, de los tres, quien más piedad merece, por ser el más cobarde.

—A partir de aquel momento, debió de llevar una vida imposible —reflexionó Ana—. La humillación, la pena, el abandono, la soledad...

—De las muchas decisiones que pudo haber tomado nuestro abuelo, escogió la peor, la de la muerte en vida —dije.

—Quizá para estar cerca de la tumba oculta de su amigo —concluyó Ana.

—No lo creo. Fue la cobardía, que es mala compañera. La cobardía que paraliza y aterra. La cobardía que impulsa a huir o a rendirse ante el enemigo. Un virus moral que nos reduce a la condición de animal asustado. Una actitud humillante que suele llevar en sí misma el castigo.

—Y si, al fin, decidió suicidarse, ¿por qué no lo hizo antes, cuando perdió a Francisca y también a Germinal?

—Porque le quedaba un hilo al que agarrarse: las matemáticas, aquel enigma de Fermat al que había dedicado gran parte de su vida. Cuando alcanzó la demostración se quedó sin nada que lo sostuviera. Encerró los papeles en la tumba de su amigo y desapareció.

La tarde estaba ya vencida cuando bajamos hasta el Ebro. La sombra de la basílica se alargaba más allá de la orilla. Apoyados en la baranda, la abracé. Vistos de espaldas, se nos podía confundir con cualquier pareja juvenil. La cabeza de ella sobre mi hombro izquierdo y mi mano alrededor de su cintura.

—Te propongo que hagamos una cosa —me dijo Ana, rompiendo el silencio—. Enterremos a Germinal en Vió... Aún escucho su voz, y no me digas que no crees en fantasmas, pues yo tampoco creo, pero aquella voz era real... Pero dejemos eso, lo que yo quiero es que descanse junto a su amigo, allí en el cementerio de Vió y, si es posible, que algún día podamos traer de París los restos de Francisca.

—Está bien, nadie se va a oponer, bastará con reclamar su cuerpo —le dije.

—Si es así, yo encargaré una lápida. Una de mármol blanco. Ya he pensado lo que mandaré escribir en ella:

GERMINAL ORS – 1936

Víctima de la guerra civil

Su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Precisiones y agradecimientos

La trama matemática incluida en esta novela se ha nutrido de diversas publicaciones, especialmente de *El enigma de Fermat*, de Simón Singh; *Fermat, el mago de los números*, de Blas Torrecilla; *El placer estético de las matemáticas*, de Serge Lang; *El turista matemático*, de Ivars Peterson; *Autojustificación de un matemático*, de G. H. Hardy y *El tío Petros y la conjetura de Goldbach*, de Apostólos Doxiadis. De este último libro extraje el personaje de Petros Papachristos, rehaciéndolo en mi novela.

Pero, sobre todo, le debo una especial referencia a Juan de Dios García, que leyó el manuscrito y me proporcionó la demostración que figura en el anexo y que a él se debe exclusivamente.

Carlos Pérez Anadón y Mercedes Gallizo me suministraron abundante información histórica sobre el Aragón anterior a la guerra civil y Alfredo Aróla me precisó varios detalles urbanos de Zaragoza. Agustín Camón y su hija Pilar me hicieron adecuadas aclaraciones geográficas. A todos ellos les doy aquí las gracias. Agradezco, asimismo, las críticas y correcciones recibidas durante la escritura de Ana Amorós, Clara I. Francia y Lucinda Álvarez. A ésta y a Laly Enríquez les he de agradecer su paciencia para con mi letra y mis continuas correcciones. Finalmente, les doy las gracias a Clementina Diez de Baldeón y a José María Barreda, pues a ellos debe su título esta novela.

La novela contiene implícitos homenajes literarios a Ramón J. Sender, Fernando Vallejo, Cesare Pavese, Juan Benet y Antonio Muñoz Molina, que el lector sabrá reconocer.

Anexo

EL ÚLTIMO TEOREMA DE FERMAT

Proposición: Demostrar que la ecuación $c^n + d^n = b^n$ no tiene solución en el campo de los números enteros, para $n > 2$, es equivalente a demostrar la imposibilidad de que sean potencias n -ésimas las expresiones

$$d^n = d_1 \left[\sum_{i=1}^n \binom{n}{i} c^{n-i} d_1^{i-1} \right] \text{ y } c^n = c_1 \left[\sum_{i=1}^n \binom{n}{i} c_1^{n-i} d^{i-1} \right]$$

Dichas expresiones son las resultantes de eliminar el término c^n o d^n del desarrollo del binomio de Newton $b^n = (c + d_1)^n$.

Supuestos: Sin pérdida de generalidad, se puede suponer que $0 < c < d < b$, que (b, c, d) son primos entre sí y que el exponente n es primo.

Proposición 1: El que la terna (b, c, d) sea una *Solución no deseada* de Fermat implica que existe un $d_1 < d$ perteneciente al campo de los números naturales que hace que $c + d_1 = b$. De forma simétrica existe un $c_1 < c$ que hace que $c_1 + d = b$, no pudiendo ser d_1 y c_1 , simultáneamente, iguales a 1.

Para que se cumpla alguna de las siguientes condiciones: que $c_1 = n^{n-1} c_{11}^n$ y $d_1 = n^{n-1} d_{11}^n$ (desechable, cuando $n > 2$, por tener factores comunes), que $c_1 = c_{11}^n$ y $d_1 = n^{n-1} d_{11}^n$, que $c_1 = n^{n-1} c_{11}^n$, y $d_1 = d_{11}^n$, o que $c_1 = c_{11}^n$ y $d_1 = d_{11}^n$.

Dado que, al menos, uno de los términos d_1 o c_1 ha de ser del tipo x_{11}^n , cuando $n > 2$, si no existen *Soluciones no deseadas de Fermat* para los

supuestos tipo $b = x + x_{11}^n$, se podría afirmar que no existen para ninguno de los otros supuestos.

Sólo cuando $d_{11} = n = 2$, d_{11} puede dividir a nc^{n-1} sin necesidad de que divida a c , lo que hace posible la existencia de soluciones en números enteros en el caso pitagórico. Igual sucede cuando $c_{11} = n = 2$.

Primera conclusión: Como consecuencia de este primer paso las particiones de b han de ser del tipo $c + d_{11}^n = b$ o $c_{11}^n + d = b$, siendo c o d números naturales y, necesariamente, $d_{11} > 1$ o $c_{11} > 1$.

Proposición 2: De la expresión $d^n = (d_{11}d_2)^n = \sum_{i=1}^n \binom{n}{i} c^{n-i} d_{11}^{ni}$ se deduce que $(d_{11}d_2)^n = d_{11}^{n^2} + K$, luego $d_{11}d^2 > d_{11}^n$, lo que garantiza la existencia de una partición del tipo $d_{11}d_2 = c_i + d_{11}^n$ que permite descubrir una nueva propiedad para las particiones de b ya que se ha de cumplir que $c = c_1 + h_1^n$ o que $c = c_i + n^{n-1}h_1^n$.

Dado que está garantizada la existencia de la partición $c_i + d_{11}^n = d_{11}d_2$ se cumplirá que $\sum_{i=0}^n \binom{n}{i} c_i^{ni} d_{11}^{ni} = (d_{11}d_2)^n$. Comparando esta nueva expresión con $\sum_{i=1}^n \binom{n}{i} d_{11}^{ni} = (d_{11}d_2)^n$ se tendrá que cumplir la igualdad de sus primeros términos, lo que permite obtener una nueva expresión que relaciona $c_i < c$ con c tal como $c_i^n = \sum_{i=1}^{n-1} \binom{n}{i} (c^{n-i} - c_1^{n-i})$ o, lo que es lo mismo, $c_i^n = n(c - c_i)d_{11}^{ni} \sum_{j=2}^n (\sum_{s=j}^n c^{n-s} c_i^{s-2}) d_{11}^{n(j-2)}$ ya que todos los términos son divisibles por $c - c_i$.

Si se hace $c - c_i = h$, es evidente que, al ser $c_i = d_{11}^n \sqrt[n]{nhC_j}$, es obligado que h tenga factores comunes con c , cualquiera que sea h , ya que este factor tiene factores comunes con c_i y es igual a $c - c_i$. Ahora bien, a fin de que no existan *Soluciones no deseadas* de Fermat es necesario que $C_j = \sum_{j=2}^n (\sum_{s=j}^n c^{n-s} c_i^{s-2}) d_{11}^{n(j-2)}$, aparte de ser una potencia n -ésima, no tenga factores comunes con h , ya que si los tuviera, d_{11} y c no serían primos entre sí. A fin de evitar esta posibilidad, las únicas opciones que quedan son que $h = h_1^n$ o que $h = n^{n-1}h_n^1$.

Segunda conclusión: Por tanto, a partir de las particiones del tipo $c + d_{11}^n = b$, se llega a que $c = c_i + h_1^n$ o $c = c_j + n^{n-1}h_1^n$, de donde se deriva una nueva precisión para las particiones de b : no basta con que uno de los sumandos sea una potencia n -ésima, sino que, además, el otro ha de ser un número natural más una potencia n -ésima (multiplicada o no por el exponente), es decir, $b = (c_i + h_1^n) + d_{11}^n$ o $b = (c_i + n^{n-1}h_1^n) + d_{11}^n$.

Es evidente que si b contiene entre sus particiones cualquiera de los dos tipos anteriores, contiene también otras del tipo $b = c_i + (h_1^n + d_{11}^n)$ o $b = c_i + (n^{n-1}h_1^n + d_{11}^n)$.

Corolario final: Si se comienza analizando el caso en el que $h_1^n + d_{11}^n = d_{i1}$, necesariamente hay que suponer que dicha expresión no puede ser una potencia n -ésima d_{i11}^n ya que, si lo fuera, sería imprescindible que se cumpliera la relación de Fermat con números más pequeños tales que $h_1 + d_2 = d_{i11} < b$. Es evidente que ello conllevaría un proceso de descenso continuado, imposible en el campo de los números naturales.

Si, por el contrario, se supone que d_{i1} no es una potencia n -ésima, entonces es obligado admitir que $c_i = c_{i1}^n$, a fin de que la partición de b cuente, entre sus componentes, con una potencia n -ésima ya que, en caso contrario, sería imposible que la nueva partición $c_i + d_{i1} = b$ diese lugar a una *Solución no deseada de Fermat*.

Por tanto, el proceso continuado de ir buscando las condiciones que hacen posible una *Solución no deseada de Fermat* lleva, desde una partición inicial $c + d_{11}^n = b$, a otra análoga $c_{i1}^n + d_{i1} = b$ pero en la que $c_{i1}^n < d_{11}^n$, lo que exige, también, por esta vía, un proceso de descenso continuado, imposible en el campo de los números naturales.

Si se analiza el caso en que $b = c_i + (n^{n-1}h_1^n + d_{11}^n)$, entonces se tendría que $[\sqrt[n]{n^{n-1}h_1}]^n + d_{11}^n = d_{i1}$, lo que hace que, dado que n es un número primo, $[\sqrt[n]{n^{n-1}h_1}]^n$ no pueda ser una potencia n -ésima de un número natural y, por

tanto, cuando $d_{i1} = d_{i11}^n$, no cabe plantearse que se cumpla la relación de Fermat en números más pequeños sino que, directamente, aparece la posibilidad de que $c_i + d_{i11}^n = b$. Ahora bien, es evidente que, habiendo iniciado el proceso con una partición de $c + d_{11}^n = b$ se ha tenido que pasar a otra con $c_j < c$. Por tanto, también, por esta vía de la demostración, aparece un proceso de descenso continuado ya que, en la siguiente iteración, se necesita una nueva partición de b con un $c_j < c_i$, lo que resulta imposible en el campo de los números naturales.

Conclusión: Fermat tenía razón. No existen ternas en números enteros que satisfagan la ecuación $c^n + d^n = b^n$, para $n > 2$.